

Aportes a la construcción del país

*Selección de
pensadores antioqueños*



Presentación a cargo de:
Héctor Quintero Arredondo



Universidad del Rosario





UR

Aportes a la construcción del país
Selección de pensadores antioqueños

Aportes a la construcción del país: selección de pensadores antioqueños / Presentación a cargo de Héctor Quintero Arredondo. —Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, 2013.

397 páginas.—(Colección Memoria Viva, Bicentenario Antioquia)

ISBN: 978-958-738-429-1 (rústica)

ISBN: 978-958-738-430-7 (digital)

Barba Jacob, Porfirio, 1883-1942 / Kastos, Emiro, 1825-1884 / López, Alejandro, 1876-1940 / López, Libardo, 1870-1977 / López de Mesa, Luis, 1884-1967 / Montoya y Flórez, Juan Bautista, 1867-1937 / Restrepo, Antonio José, 1855-1933 / Suárez, Marco Fidel, 1855-1927 / Tejada Cano, Luis, 1898-1924 / Uribe Piedrahíta, César, 1897-1951 / Ensayos colombianos / Escritores colombianos/ I. Universidad del Rosario. / II. Quintero Arredondo, Héctor, presentador / III. Título / IV. Serie.

A 864

SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. Biblioteca

amv

Diciembre 10 de 2013

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Aportes a la construcción del país

Selección de pensadores antioqueños

Presentación a cargo de:
Héctor Quintero Arredondo



Colección Memoria Viva, Bicentenario Antioquia

© 2013 Editorial Universidad del Rosario
© 2013 Universidad del Rosario
© 2013 Presentación de: Héctor Quintero Arredondo
© 2013 Porfirio Barba Jacob, Emiro Kastos, Alejandro López, Libardo López, Luis López de Mesa, Juan Bautista Montoya y Flórez, Antonio José Restrepo, Marco Fidel Suárez, Luis Tejada, César Uribe Piedrahita

Editorial Universidad del Rosario
Carrera 7 N° 12B-41, oficina 501 • Teléfono 297 02 00
<http://editorial.urosario.edu.co>

Primera edición: Bogotá D.C., diciembre de 2013

ISBN: 978-958-738-429-1 (rústica)
ISBN: 978-958-738-430-7 (digital)

Coordinación editorial:
Editorial Universidad del Rosario
Diseño de cubierta y diagramación:
Precolombi EU-David Reyes
Imagen de cubierta: Colegio de Antioquia, hoy
Universidad de Antioquia, Plazuela de San Ignacio,
Medellín. Fundado por Santander el 9 de octubre de
1822. *Revista Credencial Historia*, no. 28, abril de 1992.
Impresión:

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reproducida sin el permiso previo por escrito de la Editorial Universidad del Rosario.

Contenido

Presentación	xi
<i>Héctor Quintero Arredondo</i>	

PORFIRIO BARBA JACOB

1. Lo que ha significado la conquista del istmo de Panamá por los mercaderes de EE.UU.	3
2. El sacrificio de Emiliano Zapata. No ha sido estéril.....	9
3. El monumento a Bolívar en Nueva York.....	13
4. La tiranía en Venezuela.....	19
5. Un verdadero arranque de maternidad España está con América.....	23
6. El Bolcheviquismo y la Revolución mexicana	27

EMIRO KASTOS

1. La imprenta, la inteligencia y la fuerza.....	33
2. Costumbres parroquiales en Antioquia	39
3. Un baile en Medellín	49
4. Enfermedades sociales	51
5. La juventud su posición en la Nueva Granada	59

ALEJANDRO LÓPEZ

1. El fin del laissez-faire, (1931).....	67
2. Hilado del fique	75
3. La cuestión agraria.....	83
3. Dineros y deudas.....	111
4. Vías de transportes.....	113
5. La tierra	139

LIBARDO LÓPEZ

1. ¿Cuándo terminará la crisis?.....	153
2. El ahorro	157
3. Protección a la industria nacional.....	163
4. Proyectos de ley y ensayos que tratan de asuntos económicos (1931) ...	167

LUIS LÓPEZ DE MESA

1. Las tesis y los hombres	175
2. La orbita de la convivencia.....	181
3. Seis reformas institucionales	185
4. Los cuatro baluartes del delincuente	199
5. Capitalismo mental.....	203

JUAN BAUTISTA MONTOYA Y FLÓREZ

1. Origen de la elefancia en Colombia	209
2. Un leprosorio modelo en Colombia.....	217
3. Reformas necesarias a nuestro sistema de aislamiento	227
4. Deducciones generales	231
5. La deformación artificial del cráneo en los antiguos aborígenes de Colombia.....	235
6. Clínica quirúrgica	249

ANTONIO JOSÉ RESTREPO

- | | |
|--|-----|
| 1. Jorge Isaacs y “María” | 257 |
| 2. Los Capuchinos del Caroni, leyenda histórico-burlesca | 267 |

MARCO FIDEL SUÁREZ

- | | |
|--------------------------------|-----|
| 1. La gramática de Bello | 289 |
| 2. Un texto de filosofía | 305 |
| 3. El positivismo | 309 |

LUIS TEJADA

- | | |
|---|-----|
| 1. Los Libros..... | 325 |
| 2. El arte de olvidar lo que se lee | 327 |
| 3. La buena prensa | 331 |
| 4. Luis Bernal..... | 333 |
| 5. El Maestro | 337 |
| 6. El periodismo..... | 339 |
| 7. León de Greiff | 343 |
| 8. Visiones de la montaña | 345 |
| 9. La mujer en el gobierno | 349 |
| 10. Tres escritoras antioqueñas..... | 351 |

CÉSAR URIBE PIEDRAHITA

- | | |
|---|-----|
| 1. Teotl en Santa Marta | 357 |
| 2. Comentarios a un “Replique insonoro” | 359 |
| 3. Carlos Correa, pintor de la vida | 365 |

Presentación

Héctor Quintero Arredondo*

Introducción

Hubo un momento, que afortunadamente pasó con rapidez, en que tuve la tentación de preguntar por las razones que animaron al director de este proyecto para escoger los nombres de los pensadores antioqueños que componen esta galería.

Gracias a Dios, aquello fue flor de un día. En cuanto al número, no hubiera tenido respuesta mi curiosidad: qué tal definir con cifra alguna el tope de los pensadores de Antioquia, ¡triste sería acomodarlos en cualquier número!, y en cuanto a nombres, me dije que era mejor dejar que otros hubieran efectuado la escogencia y, por ello, me encerré con los señalados; coloqué la brújula de mi nave y me puse a surcar aguas conocidas y desconocidas. He gozado mucho, también he sufrido, porque intenté coordinar el material de este magnífico libro con deliciosos conocimientos que se asoman y fue tanto lo apreciado que hube de admitir —con Porfirio, uno de los escogidos— que solo somos una llama al viento, y fue entonces cuando me devolví, antes de que el viento la apagara.

* Miembro de número y expresidente de la Academia Antioqueña de Historia. Intelectual y político. Durante décadas fue profesor de la Universidad Pontificia Bolivariana y también regentó cátedras en la Universidad de Medellín. Autor de *La historia perdida, El estado libre y soberano de Antioquia, Córdoba. Héroe continental, Lo fundamental de la Independencia* y las columnas de *El Mundo*. Coautor de la *Perestroika del café y Política, guerra y cultura en la independencia de Antioquia*. Exsenador y exembajador.

Método de trabajo

He organizado mi colaboración de manera que los personajes estudiados aparezcan en armonía con la evolución histórica de Antioquia. Procuraré describir el entorno en el cual nacieron y vivieron, las relaciones que se presentaron y luego intentaré plasmar la trascendencia de su pensamiento.

Ruego que tengamos en cuenta, desde ahora, que el territorio antioqueño y la composición de su población han variado en muchos aspectos a lo largo de la historia, aunque en uno y otro campo se mantiene un compuesto nuclear básico.

Amplió esta afirmación: el primer mapa de Antioquia, elaborado por José Manuel Restrepo, presentó una visión del territorio enmarcada en una especie de triángulo o cono, que posee por base el río Chinchiná y luego se estrecha suavemente, buscando la confluencia de los ríos Magdalena y Cauca. De aquella figura a la actual, si hiciéramos un estudio minucioso sobre la forma como evolucionó el territorio, veríamos figuras casi cuadradas por la no presencia de Urabá y otras veces gibas en el norte ante las discusiones sobre el Bajo Cauca, para llegar finalmente a la actual que es elegante y airosa y que parece gritar que ve, respira y vive.

Otro tanto podemos decir sobre la población. Los cristianos viejos iniciales vieron llegar a vascos, gallegos, asturianos, y muchos de ellos se mezclaron con negros e indios. El tema de la presencia judaica y árabe aún sigue agitando controversias, y ya en la república llegaron, para ayudar fundamentalmente en la tecnificación de la minería, ingleses, alemanes y norteamericanos; en nuestros días se cuenta con migraciones de libaneses y de sirios, a más de la generosa presencia indígena y sabanera que habita Urabá y el Bajo Cauca. Qué tentación me da introducirme en el debate sobre la diferencia entre paisas y antioqueños, teniendo en cuenta a los que hoy no habitan los sesenta y tres mil kilómetros... Pero soy consciente de que este no es el momento para ello. Con lo escrito basta para este acápite.

Los días del primer estado federal

El siglo XIX —época en que nacieron y actuaron estos pensadores— fue importantísimo en la historia de Antioquia. De la provincia atrasada, solo digna de figurar, según Mon y Velarde, atrás de las menos desarrolladas de África, sin brillo alguno intelectual, en estos doscientos años pasa por momentos estelares, sobre todo en los tiempos de los estados federales y tiene que sufrir

reparticiones, como si fuera Polonia, derrotas y victorias que sirvieron para afirmar su identidad.

Lo acontecido en el tránsito de la noche oscura en la cual, a pesar de existir oro a borbotones, no se dio desarrollo humano significativo, hacia la Antioquia pensante de Emiro Kastos, Antonio José Restrepo, Luis López Suárez, Juan de Dios Uribe, Mariano Ospina y Rafael Uribe Uribe, es algo que quien desee conocer al pueblo de la dura cerviz, feliz expresión de Isaacs, debe estudiar y es por ahí, por donde debemos comenzar la profundización de nuestro tema. Alejandro López, que tanto amó su IC (ingeniero civil), nos abre el camino cuando se ocupa en los finales del siglo XVIII, época en la que aparece Juan Antonio Mon y Velarde en la entonces más atrasada provincia del reino.

El cerebro López (Medellín 1876-Fusagasugá 1948) fue educado para observar y ejecutar, tal como lo demostró cuando fue ministro de Obras Públicas en 1922, en la presidencia de Pedro Nel Ospina, y de Educación, bajo López el grande; por eso se detuvo con tanto cuidado en las reformas de Mon. Con maestría desmenuza la reforma política, la administrativa y la fiscal, en búsqueda de la depuración del desgüeño y la corrupción, para luego —hace más de doscientos años— crear condiciones adecuadas para el florecimiento de las industrias mineras y agrícolas: semillas, gratificaciones para cultivar tabaco, cacao, algodón y un ambicioso plan de adjudicación de baldíos y fundación de pueblos hacia donde salieron colonizadores y enviaron los mendigos.

Fue ese el momento de la primera expansión antioqueña. Las minas del Bajo Cauca parecían agotarse, dado que el oro ya no se encontraba en la superficie, y ello llevó a que Cáceres y Zaragoza —las fundaciones de don Gaspar de Rodas— se redujeran y que otras poblaciones desaparecieran. Tocó el turno del protagonismo a la meseta norte y al oriente lejano. De manera especial la primera presentó yacimientos auríferos cercanos a Medellín, que producía elementos de pan coger y así se estableció el vínculo comercial.

En pocos años apareció San Antonio del Infante, hoy Don Matías, donde vendría al mundo Luis López de Mesa; Santa Rosa de los Osos o de los Oros, la patria chica de Porfirio Barba Jacob y también de Pedro Justo Berrío, el arquetipo del pensamiento conservador del siglo XIX, y San Luis de Góngora, curioso nombre que no ha podido ser explicado, en cuanto a su composición, que hoy conocemos como Yarumal, cuna de Epifanio Mejía, el autor del canto a la libertad, que con el tiempo sirvió de letra para el himno

antioqueño. Mon descubrió y lo aprovechó, algo que está implícito en el alma de los antioqueños: su deseo de independencia personal. Ya volveré —como MacArthur— con Alejandro López.

La independencia llegó para Antioquia cuando transitaba por esta expansión. Las dos ciudades, las dos villas y los muchos sitios entendieron que había un nuevo escenario y muchos negocios por hacer; fue el comienzo de la diáspora.

El segundo estado federal

Pero los antioqueños no estaban solos y el antiguo reino empezaba a buscar la organización territorial que todavía no encuentra. Antioquia fue parcelada y esa circunstancia, herida digo yo, solo se cambió hacia 1856, cuando un grupo de conservadores dirigidos por Rafael María Giraldo, más por atrincherarse que por creer en el sistema, organizaron el segundo estado federal que luego derivó y se consolidó, a partir de 1863, después de la Constitución de Rionegro.

En esos momentos del proceso hubo una agitación fundamental. La mayoría de los hijos de La Montaña se ubicaron en el conservatismo y es cuando se empieza a notar la importancia de la manera de pensar de don Mariano Ospina Rodríguez, que ya no es el conspirador septembrino, ni el mentor de José María Córdova, sino —al decir de Camacho Roldán— el nuevo Pelayo que pasa a orientar un bastión conservador del nuevo Estado.

Ello hace producir —desde la trinchera de las minorías— mentes esforzadas, quizás altaneras, que reclaman espacios y que justifican con dureza. Entre ellos, incluidos en este libro, encontramos a Emiro Kastos y Antonio José Restrepo, y por fuera de libro a Juan de Dios Uribe, Camilo Antonio Echeverry y Pascual Bravo.

Sin embargo —antes de ocuparnos del primero de estos pensadores— es necesario que ocupemos algún espacio para detallar las circunstancias que llevaron a otro proceso colonizador, esta vez hacia el suroeste, antes de que el pueblo antioqueño marchara aún más al sur, para llegar a Manizales, al Quindío de los caucanos y al norte tolimense y vallecaucano.

La expansión en la época de Mon y Velarde llevó a que algunos pobladores se fueran al sur de Envigado y fundaran la población de Amagá, donde años después nació Belisario Betancur y luego empezaron a explotar minas de oro en el territorio de lo que hoy es Titiribí. Para la época de la guerra de

la independencia se sabía de la existencia de estas poblaciones; por ejemplo, conocemos que don Luis Girardot, padre de Atanasio, el héroe del Bárbula, vivió en Titiribí, por 1812. Pero pasar el río Cauca era un desafío. Nadie se atrevía a cruzarlo. Hacia la década de 1830-1840, Antioquia se decide a la apertura de esas tierras y en uso de diferentes sistemas —concesiones de tierra, colonización organizada o colonos independientes— abre el denominado suroeste lejano que entre 1850 y el final del siglo ve aparecer a Valparaíso, Támesis, Concordia, Bolívar, Salgar, Andes, Jardín, Jericó y Betania. Allá nacen grandes espíritus antioqueños: Antonio José Restrepo, Emiro Kastos, Rafael y Juan de Dios Uribe, Mario Aramburo, Gonzalo Arango, y se gesta la vida de Álvaro Uribe Vélez.

El látigo

Es Emiro Kastos, seudónimo con el que escribió Juan de Dios Restrepo (Amagá 1825-Ibagué 1884), quien primero fustiga el espíritu conservador de los antioqueños, de manera tan radical que llega a fundar una sociedad antijesuítica de amigos del país, y ya en su madurez, mientras su mano pudo escribir, fue un crítico de la Regeneración.

El espíritu volteriano le salió por los poros a Kastos. Su elegía de la imprenta, el estudio de las consecuencias que ella trajo sobre la humanidad, a la cabeza de las cuales sitúa la aparición de una clase pensante que se hace respetar de guerreros y coronados, es de una belleza y una profundidad admirables.

Pero qué duro es Kastos con los antioqueños que atesoran y no viven. En olla casi infernal revuelve tesón, trabajo, inventiva, miseria, avaricia, alcoholismo, dominación, para luego tocar uno de los puntos más sensibles de la orientación antioqueña, donde salirse de la fila es caer en herejía y comunismo. No menos duro es el autor con el pueblo colombiano. Abomina de la herencia española que obedece, según Kastos, a un sencillo recuerdo histórico: mientras España hacía siesta, Europa le quitaba el oro y el valor de sus famosos tercios.

Por eso (*El Tiempo*, 1859) nos falta empuje, no tenemos avance en cuanto al desarrollo, tendemos a especular en todo, nos fascina la usura. Somos perezosos, fanáticos, intolerantes e hipócritas. Y nuestra sociedad no permite el libre examen, de manera especial en materia religiosa, ni el debate económico y entonces, se pregunta, ¿cómo fundar una república?

Es tal su fragor que llega a proponer como ejemplo para sacudir estas lacras, a Mehmet Alí (1769-1849), también conocido como Muhammad Ali,

diseñador del esquema económico y social de Egipto moderno, por lo cual algunos lo señalan como su verdadero fundador, quien en un golpe radical nacionalizó los latifundios egipcios.

El laico

Pocos años después nace Antonio José Restrepo, lucero de la inteligencia, librepensador, correcaminos, trovador, parlamentario, un prodigio del intelecto. No resisto la tentación de que sea el propio Antonio José (Concordia 1855-Barcelona 1933) quien se presente. Otto Morales Benítez, en su tomo IV de *La montaña de la dura cerviz*, le da la palabra al trovador: “Soy Ñito en Concordia, Antonio José Restrepo en Medellín; el Honorable Senador en Bogotá, el Embajador en Ginebra y el Juez en Gallos en Titiribí”.

Es este Antonio José Restrepo el mismo que estremeció al Congreso de Colombia cuando se enfrentó al gran Guillermo Valencia en el célebre debate sobre la pena de muerte; confrontación de ideas en las cuales Ñito sostenía la necesidad de abstenerse de institucionalizarla, y también es el autor de la célebre poesía que preside el cementerio de los libres de Circasia, donde Antonio José expresa: “la muerte [...] es una transformación en que el sentimiento puede quizá prolongarse por espacios de dulces claridades o de benignas sombras”.

Pues bien, en este bello libro Antonio José nos regala dos piezas de antología. Primero nos ocupamos de *María*, de Jorge Isaacs. Apenas lógico que todo lo relacionado en el Cauca, que él tantas veces cruzó, le llegara al alma, y además nos permite acercarnos al noble judaico vallecaucano que tanto amó a nuestra Antioquia. Muy pocos saben que Isaacs fue gobernador de Antioquia, que estuvo vinculado con nuestras empresas, que combatió en nuestras guerras y que por su estrecha vinculación llegó a profesar un profundo amor por el pueblo antioqueño, hasta el punto de ordenar que sus cenizas quedaran en Medellín.

Ñito se solaza con María, con Río Moro, con la tierra de Córdoba,¹ y es tanto su afecto por María que incluye en sus escritos la carta laudatoria que el profesor Jac Moleschott, catedrático de filosofía de la Universidad de Roma y senador del reino de Italia escribió sobre el tema en abril de 1882.

¹ Todavía Córdoba se escribía con b; no se había encontrado que el general se firmaba con v.

Entre líneas, Restrepo efectúa una importante insinuación cuando expresa que el judaico encontraba en Antioquia “afinidades secretas en todas partes” y cierra con una amorosa frase escrita ante su pérdida, cuando canta que ella implica la tristeza suprema que deja la desaparición de un ideal casto y hermoso.

Bien diferente es el segundo texto que nos regala esta colección rosarista. Ahora el anticlerical, el librepensador a ultranza, toma la pluma para narrar —a su manera— la forma como desaparecieron los capuchinos del Caroní.

Mucho se habla de las misiones de Paraguay, del Brasil, del sur en general; Caroní, en Venezuela, fue bien importante, pero no goza de la fama de sus hermanas. Allá veintidós monjes catalanes, realistas, dominaban tierras, indios y ganados. El gran Piar fue quien se propuso aprovechar ese emporio para la independencia y el vencedor de San Félix y del Juncal se tomó Caroní. Los monjes terminaron exterminados y desde esa época se discute si fue Bolívar o Piar o Jacinto Lara el culpable del pretendido atropello.

El alma gibelina de Antonio José describe con dureza a los monjes aquellos, en especial a fray Tejuelo Gandull, que para el autor es un ignorante, ladrón, glotón y depravado, y por ello lo pasea asietándolo espiritualmente hasta llevarlo —en unión de sus veintiún hermanos— a la Divina Pastora sin necesidad de medio físico de transporte.

Por último, recordemos una de sus facetas más conocidas: la de trovador. La trova anida en el alma del antioqueño; es una especie de copla repentista apuntalada en finales que sirven de nuevos principios, donde la inventiva, la relación cerebro-palabra, la rima y el ritmo tienen que darse silvestres, mientras la guitarra y el tiple se ponen al servicio del trovero. Ñito fue un maestro del arte y con un personaje de leyenda, Salvo Ruiz, cantó en fondas, en caminos, en haciendas y ranchos, mientras el dulce aguardiente de caña corría generoso y animoso por sus venas.

El final del siglo y la transición

Y así llegamos a los personajes que nacieron después de medio siglo (xix) y cuyas luchas y luces se dieron en el final de la decimonovena centuria y principios del siglo xx. Este lapso implica para los antioqueños cuatro grandes momentos. La plena vigencia del estado liberal, que duró poco y que terminó en la batalla del Cascajo con la muerte de Pascual Bravo; el cordial entendimiento de los conservadores triunfantes en el Cascajo, dirigidos por Pedro

Justo Berrío, con la dirigencia del Olimpo Radical, quien guió la república hasta Rafael Núñez; el periodo de la Regeneración, y la timorata república conservadora. Adentrémonos en ellos.

El poeta mayor

Cuanto me gustó que el primero de los que ingresa al escritorio de los examinados sea Porfirio Barba Jacob. La mayor sorpresa que nos regala el director es que uno de los mejores poetas colombianos, quizá solo igualado por Silva y en algo por Pombo y Flórez, no llega a la colección como versificador, sino como escritor y pensador político.

Puede que la primera sensación sea la de que escondieran a Porfirio, pero luego al leer lo que comentaré, se regresa a la satisfacción de volverse a encontrar con Barba, o con Miguel Ángel Osorio Benítez, o Juan que algunas veces es sin miedo, otras sin tierra o Azteca; pero también le sirvieron como seudónimos Ricardo Arenales, Junius Califare, Almafuerte, Main Ximénez...

Miguel Ángel Osorio Benítez, nombre con el que lo bautizaron, nació en la goda Santa Rosa de Osos, en 1883, y murió en la ciudad de México en 1942, pero los aires de su inspiración adolescente los recibió en Angostura, en casa de sus abuelos y ellos debieron tocar fibras muy especiales porque su primera novela (*Virginia*) fue decomisada y envoltada por la censura del alcalde de Santa Rosa.

Acá voy a transmitirles un regalo de una de las cumbres del pensamiento colombiano, a quien los antioqueños amamos y admiramos: el hijo de Rio-sucio, don Otto Morales Benítez; en el libro al cual nos referimos cuenta que Miguel Ángel fue —durante la Guerra de los Mil Días— oficial del ejército conservador, y para ello se basa en las narraciones que tuvieron por contertulios a varios alegres compadres que a orillas del padre Cauca escucharon embelesados esta versión de boca de Félix Betancur, compañero de armas de Porfirio; claro que decir “compañero de armas” resulta exagerado. Porfirio, según Betancur, no manejaba las armas, rezaba para que no apareciese ningún ejército liberal, no hubo combate alguno y su alistamiento obedeció, en el primer episodio, a la necesidad de marchar al norte, a Ituango, y por ello los conservadores lo reclutaron a la fuerza. El segundo acaeció en Sopetrán rumbo al Magdalena, porque el alma romántica del poeta creyó que marchando con esa columna que caminaba hacia Panamá conocería el mar y luego podría volar a Costa Rica y al Caribe, donde los poetas sí eran apreciados.

Otro sueño de Arenales que no se cumplió; perdió su novela, no lo amó la ilusión en Ituango, y cuando su batallón ya estaba en el río grande de la Magdalena, se supo que el rojo Benjamín Herrera había firmado el tratado de Wisconsin y que no habría más guerra. Maldita sea, ni mar, ni poesía respetable; un llanto más y las ansias guardadas para más adelante.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para no quedarme en Porfirio. Me encanta su aventura. Frunzo mis labios ante sus aparentes dislates. Leo y releo su poesía. Admiro su periplo centroamericano.

Gracias a que en Antioquia la Guerra de los Mil Días fue benigna y no pasó de persecuciones a hipotéticas guerrillas liberales que comandaron Cosme Manotas o el Negro Marín, Porfirio quedó vivo y con los años se tragó de mar. El Caribe lo vio casi en todos los países y presencié sus expulsiones, puesto que Barba fue un polémico escritor, atacó las dictaduras, censuró a los Estados Unidos, se emocionó con Bolívar en estatua en pleno Nueva York, asimiló a Emiliano Zapata con Graco, abominó la tiranía del venezolano Juan Vicente Gómez (que atacaba la libertad de prensa y compraba la intelectualidad) y le quedó tiempo para filosofar sobre el consumismo que amenaza la independencia del espíritu hispanoamericano, que se basaba, en su esquema, en un principio sencillo y profundo que se expresó en un brindis histórico, cuando alzó su copa para decir que brindaba por España hermana, no por la España dominadora de América.

Con gran mérito la colección recuerda facetas desconocidas de Miguel Ángel Osorio. De cierta forma —no sé si se conocía la página— se responde a la canción dolorida de Jairo Tobón Baena cuando escribió —con motivo del centenario del natalicio de Barba— que era necesario profundizar en su papel como maestro fundador de las universidades Popular de Guatemala y de México, creador de las bibliotecas públicas de Jalisco y Guatemala, catedrático de la Escuela Normal de Chilpancingo, para luego indagar qué se sabe de sus revistas *Contemporánea*, *Ideas y Noticias*, *Cancionero Antioqueño* y de sus escritos en los periódicos *Churubusco* (México), *La Ceiba* (Honduras), *El Porvenir* (Monterrey), *El Imparcial* (Guatemala) o *Últimas Noticias del Excelsior* (México).

¡Ah, Barba!, para qué dijiste que eras un marihuano; ahí te dejaron los morbosos!

Despidámonos del gran Porfirio diciendo que en otro de los escritos que ustedes encontrarán y que me encanta, porque lo comparto, aflora la ansiedad

que tenemos los que profesamos pensamientos liberales con tendencia de izquierda, cuando tenemos que afrontar las frustraciones del ideal tolstosiano ante la brutalidad del binomio (en tiempos de Barba) Lenin-Trotsky, que con otro u otros nombres resucita de tanto en tanto en el mundo de las ideas.

Un conservador al estilo antioqueño

En la otra orilla estuvo un excelso del idioma, un cristiano confeso y progresista a la moda de León XIII, un clásico de los conservadores antioqueños que, aunque católicos, apostólicos, romanos y papistas, son muchos menos fanáticos en ideas políticas que, por ejemplo, los pilares de la Regeneración. Díganlo si no Marceliano Vélez y este don Marco Fidel Suárez, que paso a comentar.

Don Marco (Bello o Hatoviejo 1855-Roma 1929) fue siete veces ministro, presidente electo para el periodo 1918-1922, pero no terminó porque las presiones lo obligaron a renunciar en 1921 y, sin duda, a pesar de haber sido un intelectual, fue uno de los mandatarios que en asuntos de progreso físico puede distinguirse: la aviación, el telégrafo o el muelle de Buenaventura, que lo recuerdan con cariño.

Pero nuestro libro no tiene por objeto ocuparse del presidente, ni siquiera del bello recuerdo de su humilde origen, como que su madre doña Rosalía Suárez era una humilde lavandera y él siempre la amó, respetó y presentó sin buscar ni admitir el apellido de su padre natural. Suárez y Obando comparten este tipo de origen y es admirable que en una sociedad tan pacata como la nuestra hayan escalado la presidencia de Colombia.

En nuestro trabajo nos ocuparemos de introducir —para que se profundice en el libro— a don Marco el literato y gramático, por un lado, y a don Marco el filósofo, por otro. También tuvo seudónimo famoso: Luciano Pulgar y con él firmó los famosos sueños que todos deberíamos releer; pero donde uno se queda impresionado es en los conocimientos gramaticales de Suárez. Se paseó por la Roma de Dionosio Tracio y por la lengua de Castilla con Antonio de Lebrija y luego se recreó con el fénix, o sea, con don Andrés Bello, el jurista, el educador, el gramático, que sabía escribir de manera tan bella como para convertir la aridez de un código, el civil nuestro, en una pieza delicada y armoniosa del idioma.

Los invito a que sigan sobre el tema pero no pierdan de vista cómo este purista es también un investigador y una especie de sociólogo del idioma y en

específico de la gramática. Para Suárez existen reglas generales en los idiomas, pero cada uno es independiente, soberano si se quiere, porque el idioma es expresión de un pueblo que es algo esencialmente vivo, cambiante.

La idea expresada por la palabra no puede ser una ley inmutable, varía; por eso dice que una lengua viva es un cuerpo que crece siempre, sin tasa, sin medida. Tal vez sea este el momento de narrar una versión oral que conocí antes de asimilar los conocimientos expresados sobre la evolución del idioma. Según esta narración, don Marco, aún en el ejercicio de la Presidencia, nunca suspendió sus investigaciones sobre el idioma y, por ello, su viejo amigo, don Juan Evangelista Martínez, tenía acceso frecuente para cambiar conocimientos y conceptos sobre estos temas.

Una mañana, al calor de un chocolate santafereño, Evangelista dijo:

—Marco, vengo de San Victorino y allá escuché una palabra nueva.

—¿Cuál? —inquirió don Marco.

—Imagínate que una mujer vendedora de frutas y hortalizas, airada, le espetó a otra el vocablo culipronta.

—Ah, Juan Evangelista, habría dicho don Marco con una sonrisa maliciosa, apúntala, quiere decir puta en verdulero.

Sobre el pensamiento y los escritos de Suárez que se incluyen debo resaltar su respeto por León de Greiff, que para su época era un joven poeta, amado y discutido, sobre quien dice que es un valor literario que empieza a surgir. Lo describe como recio, penetrante. Afirma que trae nuevas formas literarias y armonías musicales para el verso. Cuanta visión la de Suárez en torno a León de Greiff (Medellín 1895-1976). Basta con leer y escuchar un par de segmentos del relato de Sergio Stepansky para entenderlo:

Juego mi vida, cambio mi vida,
la llevo perdida
sin remedio.
Y la juego, o la cambio por el más infantil espejismo,
la dono en usufructo, o la regalo...;
o la trueco por una sonrisa y cuatro besos:
todo, todo me da lo mismo:
lo eximio y lo ruin, lo trivial, lo perfecto, lo malo...

Todo, todo me da lo mismo:
todo me cabe en el diminuto, hórrido abismo
donde se anudan serpentinos mis sesos.

También encontramos varias columnas de don Marco, curiosamente escritas en periódicos liberales, de las cuales enfatizo su interés por el avance femenino en las letras y en el gobierno.

En el asunto de las letras femeninas, señala tres casos de antioqueñas que le parece deben subrayarse. La primera de ellas, muy conocida: María Cano, sindicalista, escritora, la flor del trabajo la llamaron, y luego dos menos conocidas: María Eastman y Fita Uribe. Sobre Fita rememoro las conversaciones de mi casa, donde con frecuencia la recordaban: buen saber, buen decir, buen cantar y buen amar.

Atento estuvo don Marco al desarrollo político de las mujeres. En 1924 escudriñaba la política inglesa, donde las mujeres avanzaban e insinuaba que las colombianas habrían de salir de lo que él consideraba el Medioevo y aprestarse a llegar a lo público. ¡No se imaginaba Suárez lo rápido que se recorrería el camino!

Podremos también introducirnos en el Suárez filósofo (Marco Fidel, no el español). Sin ambages se matriculó en la escolástica y tomó puesto en la línea aristotélico-tomista. Parte de la certeza de que el hombre necesita, de manera vital, la existencia de la filosofía y no tiene duda de que dentro de su concepción, la metafísica y la teología son parte de la ciencia que busca la sabiduría.

Sencillo y profundo es el prólogo que escribió para la obra del padre Francisco Ginebra, que bajo el nombre de *Elementos de filosofía*, estaba destinada a la enseñanza.

Correspondió al noble claustro del Rosario la honrosa oportunidad de servir como sede para la conferencia de don Marco sobre el positivismo en 1893. Para Suárez la base de esta escuela filosófica se encuentra en su férrea creencia de que solo es aceptable la experiencia y, por ello, todo concepto diferente es desechable como conducente para llegar a la verdad. Entonces, la teología y la metafísica quedan en entredicho; con mucha fuerza, que no sé si proviene del despecho, del dolor o del sarcasmo, dice que la metafísica quedaría reducida a la física.

Para refutar no se queda en las percepciones y las angustias propias de la existencia de los seres humanos; por el contrario, aporta ejemplos como el tema

de los colores y los sonidos, que en veces son creaciones fantásticas ajenas a lo tradicional que se reflejan en los órganos pertinentes, no solo en los tonos, sino también en figuras aparentemente no conocidas.

Yo que no he sido precisamente un adorador de la metafísica, al pasar por estas ideas, no puedo dejar de recordar un bello trozo de Hans Küng, el gran teólogo de nuestros tiempos, que en su oportunidad me impactó gratamente; el profesor Küng, tan silenciado y considerado peligroso por los derechistas del Vaticano, dice que la física aún sigue encontrando zonas oscuras, y al investigarlas aparecen nuevos espacios de trabajo. Entonces sí a la física, que tocamos, vemos y sentimos, le pasa esto, ¿por qué negar un espacio a la metafísica?

Curioso que desde orilla tan lejana un pseudohereje refuerce —tan oportunamente— a un ortodoxo. Definitivamente, al culminar nuestro encuentro con don Marco, tenemos que darle la razón, cuando afirma que el libro vale por lo que sugiere y que desdeñar a Dios es tan difícil que ni siquiera se lo podría odiar, porque ello implicaría reconocer que existe.

El pensamiento universal y la economía política.

Los López antioqueños

Hacia los años finales del siglo XIX, Antioquia vivió una época esplendorosa caracterizada por el avance educativo que tuvo por epicentro a la Universidad de Antioquia, que en este tiempo otorgó sus primeros títulos y creó nuevas escuelas. Al tiempo, el esfuerzo colectivo se volcó hacia la construcción del ferrocarril de Antioquia, obra que copó todo el fin del siglo y el primer cuarto del siguiente. Así mismo, la expansión fue inmensa. Se terminó de abrir suroeste, se llegó y sobrepasó Chinchiná, apareció en el mapa de las realidades el territorio aledaño al Magdalena y hubo ciudades como Sonsón, Manizales, Jericó, Abejorral y Puerto Berrío que competían con Medellín.

Caído el Olimpo Radical y superada la Guerra de los Mil Días, Antioquia inició su despegue industrial, y aquí viene para mí un momento agrídulce, porque al tiempo que aplaudo el avance educativo y el despegue industrial, tengo que reconocer que ello se centró en el Valle de Aburrá. Fue entonces cuando se frenó el desarrollo de la periferia antioqueña: Andes y Bolívar no pudieron conectarse al Atrato con la grandeza que deseaban, bien fuera por la vía del río Andágueda o mediante la utilización de otros caminos, Bolívar llegó al Pacífico por una trocha y lo propio le aconteció a Jardín para encon-

trarse con Riosucio, el Magdalena perdió su navegabilidad, Manizales hizo su propia vida y la orgullosa Sonsón languideció con lentitud.

La montaña, en ese escenario, le ofrenda al país tres hombres excepcionales. Difícil saber cuál de ellos fue el más completo, pero quizá no me equivoque si digo que Luis López de Mesa (Don Matías 1884-Medellín 1967), quien brilló en sociología, politología y filosofía, tuvo la mayor figuración; mientras Alejandro López (Medellín 1876-Fusagasugá 1940) y Libardo López tuvieron papel un poco menos conocido, aunque escribieron asuntos muy interesantes en el campo de la teoría económica.

Vamos primero con el profesor López de Mesa. De formación básica médico, con especialización en siquiatria, López fue un sabio en el sentido amplio de la palabra. Ministro de Educación de López y de Santos, ministro de Relaciones Exteriores con Santos y Ospina, miembro de las academias, escritor, investigador, profesor.

Desde luego, lo publicado en este libro es un asomo sobre lo que escribió el profesor y quien quiera leerlo a fondo debe separar muchas horas para tal ejercicio. De manera especial recomiendo su trabajo sobre la formación de la nación colombiana, que ayuda poderosamente a comprender, desde el punto de vista antropológico, quiénes somos los colombianos y cómo deberíamos organizarnos territorialmente.

Tocamos dos grandes temas. Se parte de su propuesta a la nación para que el acuerdo político, que llamamos en su momento Frente Nacional, fuera más allá de la alternación en la Presidencia y el ejercicio conjunto del poder, o sea, un simple convenio de partido a partido.

López de Mesa creía que era necesario aprovechar la coyuntura, para lograr que el acuerdo nacional saliera de una convención entre partidos y fuera todo un acuerdo de la sociedad colombiana, para lograr el bien común con base en la calidad de los ciudadanos. En torno a ello escribió una carta dirigida a los grandes conductores del momento: Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez, Carlos Lleras, e incluyó al jefe de los protestantes de la época, que se agrupaban bajo el nombre del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), que comandaba Alfonso López Michelsen. Proponía una reforma a la educación y al ejercicio político que implicaba la revisión de las estructuras, el manejo de las humanidades, preparación de los profesores y llegaba hasta el combate al alcoholismo y a la reeducación del pueblo colombiano.

Visto este asunto con la retroactividad que emana del primer decantamiento que hace la historia, se pregunta uno si el no haber escuchado al doctor López de Mesa fue lo que llevó al Frente Nacional, experimento necesario pero un poco anestésico, a convertirse en un mecanismo de partición de los gajes del poder, de la marrana —diría Camilo Torres, el cura revolucionario— y a desdibujar las ideas que animaban a los partidos tradicionales. Pero, por otra parte, quizá el célebre profesor pecó de un poco de ingenuidad, porque nadie puede desconocer que los colombianos, siempre creciendo en población y con un sistema educativo tan débil, difícilmente podemos llegar al pacto con el cual soñaba.

En otro campo de sus trabajos, produjo un curioso planteamiento sobre el manejo de quienes afrontan investigaciones o primeras condenas en asuntos penales. Tengo que decirlo. Ahora que algunos colombianos quieren mandar a la cárcel a sus compatriotas por mil razones, que los centros penitenciarios revientan y son antros de organizaciones delictivas, vale la pena que se vuelva a leer a López de Mesa sobre el tema. El profesor creía que muchos delitos cometidos por primera vez deberían poder manejarse sin necesidad de enviar a la cárcel a los sindicados o a los condenados, para lo cual debía pensarse en los arreglos con los agraviados o en hogares penales con sus familias, restituciones económicas al fisco, etc.

Incluso propuso un esquema para el pago de las penas que partía de bases muy diferentes a las que aplicamos al caso colombiano. En ese sueño existían sitios alejados, él los llamaba *villa bondad*, y en ellos los condenados y sus familias, si así lo quisieran, compartirían la vida en esos centros especiales trabajando, educándose, sin el traumatismo de la separación y las vejaciones del hacinamiento que atenta contra la dignidad humana.

Aristóteles decía que la economía es parte fundamental de la política

En el campo de la economía y del desarrollo físico brillaron Alejandro y Libardo López. El pensamiento de Alejandro López construye la primera piedra de lo que se denomina el *liberalismo intervencionista*, que marcó toda una época en Colombia. Creo que llegó puro hasta Hernando Agudelo Villa, Hernán Toro Agudelo y Fabio Lozano Simoneli, para luego caer en un pozo de confusiones en el que actualmente se mantiene.

Verán ustedes lo interesante que resulta la premisa de Alejandro López cuando recuerda que Keynes (entonces vivo y coleando), a quien (según el estudiado) nadie podría desconocer su liberalismo, era el autor del libro *The End of Laissez-Faire*, el fin del dejar hacer y que, por ende, el planteamiento según el cual para actuar como liberal es necesario ser leseferista no tiene razón de ser, máxime cuando el tal principio del *laissez-faire*, de acuerdo con el autor, no se encuentra en Adam Smith, ni en Ricardo o Malthus. Es más, aporta como argumento bien robusto que Adam Smith predicó leyes para la navegación y la usura y, por ende, no puede decirse que era el rey en materia de inmovilismo del Estado en el campo económico, y para cerrar su importante argumento afirma que su mano invisible obedece a un concepto deísta y optimista del mundo.

Así, el intervencionismo se abrió paso. Conocimos la revolución en marcha, las reformas de 1936, el fortalecimiento del Estado, el crecimiento de sus unidades administrativas bajo la inspiración de Carlos Lleras.

Alejandro López consideraba que ello era societismo, más que socialismo, y con esa visión predicó la reforma agraria basada en la distribución de tierras, la intervención de la industria bancaria, la creación de superintendencias, el monopolio para los telégrafos, el control de los ferrocarriles, el empuje a la construcción de vías.

Casi como una obsesión se ocupó del tema agrícola. Fue muy interesante su polémica en torno a la lucha que se plantea entre los que obtienen tierras mediante ordenamientos legales —el papel sellado que él llamaba— y el hacha —o sea, la vinculación del esfuerzo humano—; controversia que hoy sigue teniendo plena vigencia. De la misma manera continua agitándose otra de sus quejas cuando afirmaba que era necesario impulsar el arado y reducir el pastoreo.

Curiosa fue su posición en torno a la necesidad de reducir lo que él llamaba el fabriquismo, o sea, la tendencia a construir grandes centros fabriles que, en opinión de Alejandro, cerraba el paso a la iniciativa independiente y al trabajo a domicilio, lo cual llevaría al inmovilismo.

Situación similar veía López en el asunto de la tenencia de la tierra como fenómeno de acumulación de capitales y no como una actividad agroindustrial. Ambos casos han constituido pasos de nuestro accidentado proceso económico. Si alguien quiere conocer más sobre este brillante intelectual, puede leer su obra *Problemas colombianos* y también le aconsejo que averigüe por su

tesis de grado, que sirvió para perforar el túnel de la Quebra en Antioquia, solución inicialmente desechada, que el joven ingeniero presentó para obtener su título como ingeniero civil de la Universidad Nacional de Colombia.

El consumo y la protección

Me falta Libardo López. Yo diría que fue un líbero de la economía y por eso odiaba tanto lo que él calificaba parsimonioso en estas materias. Sus planteamientos en torno al capital y a las industrias van a enrojecer a más de un economista de los que prenden velas al ahorro.

Libardo López fue un devoto del consumo. Para él, limitarlo o tatarlo es una tontería. El ahorro, en su opinión, lleva a la avaricia y es materia perfecta para que, entregado a la banca, vuelva encarecido y disminuye el consumo, que es el motor de la economía. Delicioso su argumento trasladado de la física: la energía no se ahorra, ni se acumula.

Semejante espíritu no podría dejar de meterse con el proteccionismo y el libre cambio y allí —sin ambages— dice que se debe proteger lo viable o lo que puede ser viable, y tal principio de filosofía económica debe aplicarse al libre cambio.

Me gustó mucho su visión del papel del Banco de la República, expuesta con motivo de la segunda visita de la Misión Kemerer que, por cierto, parece desdibujada en nuestra historia económica.

En 1931, decía que el banco no tiene como papel fundamental obtener dividendos, que su papel es atender ampliamente los intereses económicos de la nación y que incluso debería hacer operaciones de mercado abierto con el público.

Interesante esta opinión hoy cuando muchos consideran que el único papel del banco es el control de la inflación, y también somos muchos los que, admitiendo que ese fue el mandato constitucional de 1991 y lo importante que resulta el control de ese flagelo, nos preguntamos si algo parecido a lo propuesto por Libardo López es lo conveniente, sobre todo cuando pasamos por momentos en que en materia económica ella parece estrangulada y no simplemente controlada la inflación.

Un médico eminente

Antioquia tiene entre sus orgullos positivos los aportes con que ha contribuido en el campo de las ciencias biológicas, de manera especial en la medicina. Sin

los recursos propios de las capitales, este pueblo, aficionado genéticamente a estas actividades, gustoso se ha unido a los esfuerzos que con poco apoyo estatal realizan los colombianos.

De ahí que la inclusión entre estos intelectuales del nombre del médico Juan Bautista Montoya y Flores (Titiribí 1867-Medellín 1937) nos haya complacido. Fue el doctor Montoya un gran investigador digno de figurar en la lista, honrosa al máximo, que comenzara entre nosotros don José Celestino Mutis. La medicina en Antioquia comenzó a salir del empirismo cuando los primeros estudiantes fueron a París y se formaron en la escuela francesa, que seguía las orientaciones del doctor Victor Broussais y podemos señalar como el primero de este proceso al doctor José María Martínez Pardo.

En unión del doctor José Ignacio Quevedo, médico que había sido de Santander, luego de lo cual se radicó en Medellín, formó una dupla que constituyó el pilar de la medicina académica, posteriormente reforzada por ilustres representantes de la escuela escocesa representada por N. Jervis, H. Blair y G. Williamson. La Universidad de Antioquia otorgó los primeros títulos en medicina en 1875, y de ahí en adelante vino abundante y buena cosecha que colocó a la medicina antioqueña en un sitio preferente. De esa cantera proviene el doctor Montoya.

Todos los que lo han estudiado recuerdan que su constancia y seriedad hizo que en los catastros de estas materias se registre que el hongo llamado *montoyela* honra a su descubridor que es nuestro comentado, quien además en 1896 hizo incluir en el *pensum* de estudios médicos la cátedra de bacteriología.

El libro nos presenta al médico Montoya y Flores escribiendo dos temas apasionantes: la visión sobre la lepra en Colombia, a la altura de 1910, y los estudios sobre la reducción de cráneos, como práctica usual en algunas culturas aborígenes.

Como buen científico, fue paciente en la búsqueda de datos históricos que le ayudaran a encontrar los cabos de todo el sistema; en el tema de la elefantosis o lepra que abocaré primero se remonta a los andaluces que, seguramente —gracias o lamentablemente—, recibieron tanto influjo del Mediterráneo como de los negros venidos de Guinea, Congo y Angola. Se detiene en el caso de don Gonzalo Jiménez de Quesada, primer enfermo famoso que hubo de retirarse a sus encomiendas para buscar descanso de cuerpo y espíritu, ante el flagelo que lo consumía.

Todavía en su época no se sabía exactamente cuál era la naturaleza de la enfermedad, e incluso otros sustantivos como dermatitis o sífilis servían para enrarecer el cuadro de la investigación; pero, al margen del esfuerzo que pretendía establecer la naturaleza de la enfermedad, sus efectos causaban pánico, puesto que las deformaciones en cara y manos, las discusiones sobre su transmisión y la fama de su incurabilidad hacían que socialmente su manejo fuera materia de debates.

Allí trabajó Montoya. Propuso unos leprosorios tipo modelo que llevaran esperanza al paciente, y a los médicos, optimismo y dedicación. Hoy es solo recuerdo, porque la ciencia, gracias a Dios, registra positivos avances.

Ocupó también su inteligencia el estudio de la reducción de cráneos, o sea, la deformación artificial de estos, cuya técnica —en esos momentos— se consideraba venida de Asia. La colocación de tablillas, una en el colodrillo y otra en la frente, o la utilización de la faja circular fueron los métodos más utilizados, y el doctor Montoya los explica de manera admirable. El pasado aborigen empieza —bastante tarde por cierto— a estudiarse entre nosotros y un poco a la zaga de mexicanos y peruanos que hace años vienen trabajando en estos campos.

Por ello es tan notable y plausible el esfuerzo que en su momento realizó el doctor Montoya, quien no solo trabajó en el tema de la reducción, sino también en la de trepanación, sin descuidar la forma como se anestesiaba a los pacientes, quizá con chicha adicionada con narcóticos provenientes del borrachero, la tonga y el chamico, y que por ello conocemos palabras como *emborrachar*, *entongar* y *enchamicar*.

Los trabajos del doctor Juan Bautista deberían ayudar a profundizar en antropología, sociología, derecho, medicina y politología, acerca del maravilloso y riquísimo mundo que conocieron los aborígenes y que científicamente puede servir para mejorar las condiciones de vida de la humanidad, sin declarar con cierto maniqueísmo que todo esto es bueno y todo aquello, sin excepción, es malo.

Espero que estas notas sirvan a los lectores, y presento al histórico, noble y eficiente claustro de la Universidad del Rosario, donde, antes de la Independencia y después de ésta, tantos antioqueños han estudiado. Mi saludo respetuoso de agradecimiento y reconocimiento.

Porfirio Barba Jacob

Porfirio Barba Jacob (1883-1942)

Porfirio Barba Jacob, uno de los seudónimos utilizados por el escritor Miguel Ángel Osorio Benítez, nació en 1883 en Santa Rosa de Osos, Antioquia. Inició su peregrinaje en 1895, lo que le permitió viajar no solo por Colombia, sino también por Estados Unidos y Centroamérica.

En 1902 fundó en Bogotá el periódico literario *El Cancionero Antioqueño*, en el que utilizó el seudónimo Marín Jiménez. Por esa época escribió la novela *Virginia*, que, como muchas de sus obras, fue considerada “inmoral” y no fue puesta en circulación. Su poema más conocido, *Parábola de la vida profunda*, fue escrito en 1907 como parte de su primera compilación de poemas, *Campesina florida*.

Trabajó en el periódico *El Espectador* en 1927, antes de irse definitivamente a México, donde murió de tuberculosis en 1942.

1. Lo que ha significado la conquista del istmo de Panamá por los mercaderes de EE.UU.*

La independencia del istmo es una utopía; la democracia un sarcasmo; la riqueza pública está en manos de yanquis, y los hijos del país no hacen otra cosa que vegetar como parias en su propio suelo.

Durante la agitación que precedió al robo del Panamá por los Estados Unidos, los prohombres interesados en sustraer aquel departamento a la soberanía de Colombia se esforzaron por hacer creer al pueblo, con una propaganda disimulada pero insistente, que las condiciones del istmo mejorarían bajo la bandera de las barras y las estrellas, que los negocios entrarían en una era de asombrosa prosperidad y que la democracia sería efectiva en aquel suelo donde tanta sangre había bajo la bandera de las barras y las estrellas, que los negocios entrarían en una era de asombrosa prosperidad y que la democracia sería efectiva en aquel suelo donde tanta sangre había corrido en guerras civiles.

Tal propaganda encontró eso en algunos espíritus —pocos, por cierto— que por interés personal o por falta de penetración se prestaron a tomar parte en la indigna comedia de la revolución de “independencia”.

Los hechos se consumaron conforme a los deseos de los conspiradores y a las órdenes del presidente Roosevelt. El grito de rebelión se dio el 3 de noviembre de 1903, y una semana más tarde ya estaba constituida la “República” bajo la protección de los acorazados de la Casa Blanca.

* Publicado en *Churubusco*, viernes 15 de mayo de 1914.
N. del E: se conservó ortografía y gramática de los artículos originales.

En cuanto a las ilusiones de prosperidad, democracia, fuerza y holgura, no tardaron en venir por tierra, y los hechos revelaron con una elocuencia espantosa cuál iba a ser la suerte de la joven república. He aquí algunos datos concretos sobre este particular.

Los derechos de aduana en la zona del canal

Conforme al tratado suscrito entre los Estados Unidos y los representantes de la República de Panamá, pocos días después de la farsa del 3 de noviembre, se concede la libre introducción de toda clase de artículos americanos a la zona del canal, en cuanto esos artículos se destinen a los trabajadores de la grande obra y a los empleados de Washington.

Los negociantes yanquis comprendieron desde el primer instante que esta cláusula del tratado les ofrecía modo de enriquecerse. Para lograrlo, establecieron en la zona americana grandes almacenes en que se vendía de todo lo que el pueblo pudiera necesitar. Estos artículos resultaban a muy bajo precio, puesto que no tenían que pagar derechos aduanales. Primeramente se vendían sólo a los trabajadores; pero poco a poco el comercio fue extendiéndose a todos los habitantes del país. De las más remotas provincias acudían allí los especuladores en grande y en pequeño, que mediante recomendaciones e influencias podían surtir sus almacenes con mercancía muy barata.

En el acto se vio este hecho doloroso: que el comercio autóctono, el que no tenía padrinos ni facilidad para conquistarse la gracia de los próceres del Norte, no podía soportar la competencia que se le hacía, e iba a la ruina inevitable.

Un año más tarde no había en Panamá un solo almacén de importancia en manos de panameños. Los hijos del país, supeditados por los extranjeros, vegetan desde entonces en la miseria más irritante.

Las complicaciones que esto trajo consigo

Durante el primer año, el gobierno de la flamante república no tuvo angustias fiscales: con el dinero que le facilitaron los Estados Unidos —las treinta monedas de Judas— pudo organizar todos los servicios, inclusive una diplomacia presuntuosa e inútil; estableció numerosas escuelas, pensionó a muchos jóvenes para que fuesen a estudiar... a Washington y a Chicago, y emprendió la constitución de grandes obras públicas.

Pero el empréstito se acabó. Y entonces los próceres panameños se dieron cuenta de que el país, tan reducido en extensión territorial, tan inculto y

tan falto de riquezas naturales fácilmente explotables, no tenían rentas para vivir. La principal de todas ellas —la de aduanas— no producía sino exiguas cantidades, por causa de la competencia que se derivaba del libre comercio en la zona del canal.

Y los sueños de grandeza y holgura se vinieron abajo. Los diplomáticos vieron reducidos sus sueldos; los jóvenes pensionados regresaron al istmo, y las grandes obras públicas se quedaron empezadas.

Son parias en su propia tierra

Antes de que se emprendieran las obras de saneamiento —que con tan asombrosos resultados llevaron a cabo los yanquis— empezó a afluir al istmo un considerable número de representantes de sindicatos y compañías americanas. Esta gente, que había olido el tocino y que traía dinero, se apresuró a comprar tierras “malsanas”, las más próximas al canal, las que soportaban el peso de los grandes bosques, las que irían a ser atravesadas por los futuros ferrocarriles... Y adquirieron por precios irrisorios, vastas extensiones en toda la superficie de la república.

Se hizo saneamiento. Los precios de la propiedad agraria se elevaron a sumas fabulosas y esto enriqueció a los hombres rubios. En cuanto a los hijos del país, les quedaban las tierras menos férciles, las más remotas, las que confinan con el desierto, las que no alcanzaron el favor de ser saneados.

Y desde entonces, Panamá se comprende de dos categorías de hombres: una, la de los americanos, ricos, seguros de sí mismos, autoritarios y orgullosos, que imponen su voluntad y que tienen la conciencia de su ventajosa posición; otra, la de los panameños, que vieron escaparse la fortuna, que poseen míseras haciendas sin cultivo, y que son verdaderos parias en su propia tierra, sujetos a rendir tributo a sus rubios conquistadores.

La tristeza de las razas indígenas

En territorio panameño existían, a tiempo de la “independencia”, varias tribus de indios semisalvajes. Estos indios son rudos, de excelente salud y de gran resistencia física; tienen un valor extraordinario y una astucia admirable; y seguramente bajo un sistema de educación prudente y sabio, llegarían a asimilarse los elementos de la cultura y se convertirían en ciudadanos útiles al país.

Pero los yanquis no están para educar “razas inferiores”. Su ideal es el exterminio de todos los indígenas por los métodos que sirvieron para acabar con los “pieles rojas”.

Para librarse de las razas primitivas de Panamá, han puesto en práctica un sistema represivo verdaderamente cruel; puede decirse que no hay recurso que no empleen con el fin de alejar a los indios. Y estos se han ido retirando de lo que antes fue su patria: queman los poblados y se marchan a ponerse bajo la sombra de la bandera de Colombia. Colombia no hace aún nada por ellos, pero al menos los considera como hijos y no los ultraja.

La tristeza de estos indios en su éxodo fuera del territorio panameño, es una de las páginas más elocuentes de la historia de la grande iniquidad que tuvo su principio el 3 de noviembre de 1903 y que todo el mundo sancionó como obra civilizadora.

Tales son los frutos de la conquista americana

En cuanto a las ciudades de Panamá y Colón —las únicas de cierta importancia en el istmo— son hoy en extremo ricas; parecen inmensos mercados que tuvieran un gran destino futuro. Sin embargo, su decadencia no tardará en llegar: cuando se establezca el tráfico del canal, ni la riqueza ni los hombres se detendrán en ellas. Sus moradores verán pasar los grandes buques en viaje a través de los mares inmensos, y recordarán con nostalgia la época en que dos mundos se daban la mano en aquellas urbes, y en que afluían allí, de tránsito, los tesoros de todos los pueblos.

Véase, pues, cuáles han sido y cuáles serán los frutos de la conquista de los yanquis en lo que antes era un departamento de Colombia. La “República”, manchada por la ignominia como los hijos de adulterio, pasará a través de los años como un cuerpo sin espíritu; sus gobernantes, nombrados desde Washington, seguirán haciendo la comedia democrática, cuyos personajes designan en las salas del Capitolio un Roosevelt, un Taft o un Wilson; y no habrá un hombre que no se entristezca y se avergüence de decir: “soy panameño”.

La vergüenza de ser panameño y la gloria de ser colombiano

El más ilustre de los poetas líricos de la joven generación suramericana —Leopoldo de la Rosa— declara que se siente ultrajado cuando le recuerdan que el destino le hizo nacer en la ciudad de Balboa. “Es cierto que nació

allá —dice— pero nací bajo la bandera colombiana, que no da sombras de ignominia sobre los lugares en que flota”.

Y mientras la pseudo república del istmo vive esta vida de miserias morales, Colombia, llena de orgullo por sus homéricas luchas, llena de juventud y de entusiasmo, continúa aquilatando su alma libre, forjando sus riquezas, grande y pura en su dignidad y como invitando a todos los pueblos a escuchar el rumor de sus yunques entremezclado con los cantos líricos de sus poetas.

Desde las cumbres colombianas de Tolima y del Ruiz, del Huila y del Puracé, puede verse a los lejos una mancha grisácea, en la cual destella este letrero tremendo. “I.N.R.I.” — ¡Es la inscripción que la justicia de los hombres y de los dioses ha colocado sobre la frente de la república panameña!

2. El sacrificio de Emiliano Zapata No ha sido estéril*

Cuando se haya serenado el mar turbulento de nuestras pasiones políticas y haya transcurrido el tiempo necesario que coloque a nuestros literatos y pensadores a una distancia respetable de esta última década, y de los actores de la gran tragedia mexicana, cuyo epílogo brusco se desarrolló en Tlaxcalantongo, entonces será posible escribir la historia de la reciente revolución, exenta de mentiras convencionales y con profundo respeto a la verdad. El espíritu analítico inspirado en un sentimiento de justicia, señalará a los FALSOS DIOS y a las FIGURAS DECORATIVAS que lograron sorprender un tanto a la POPULARIDAD, el lugar secundario y oscuro que les corresponde, y elevará sobre el pedestal de la gratitud nacional a los VERDADEROS HOMBRES que merecen realmente el conocimiento de la patria.

En nuestras últimas convulsiones intestinas, Emiliano Zapata se yergue imponente en las abruptas montañas del sur, como uno de los elementos representativos y mejor orientados para conseguir por medio de una lucha sin tregua la positiva redención del pueblo; el patriota suriano fue inmune al esplendor palaciego, nunca despertó su ambición el viejo Palacio de los Virreyes, ni tuvo pretensiones de héroe de leyenda, ni de necesario conductor de pueblos, ni de labrar fortunas con la punta de su espada, habiendo sido el eterno ideal de su vida de luchador incansable, el repartimiento popular y lo que consideraba como base de la futura grandeza de la nación.

* Publicado en *El Demócrata*, domingo 10 de abril de 1921.

Emiliano Zapata, modesto agricultor indígena en los campos de Morelos, apareció en el estadio de la política como un defensor de la democracia, sosteniendo la candidatura popular de Leyva, y enfrentándose al dictador de Tuxtepec que impuso a Pablo Escandón como pretor de la entidad suriana; fue de los primeros en abrazar con entusiasmo el Plan de San Luis a la sombra de Madero, luchando con tenacidad de espartano hasta conseguir el derrumbamiento del porfirismo; y continuó siendo durante la usurpación y el carrancismo, en las impenetrables selvas del solar nativo, en invencible cayo Sempronio Graco del ideal agrario, dispuesto a no envainar la espada, a triunfar con gloria o a morir con honra, en tanto no se cumplieran las promesas hechas por la revolución en los campos de batalla.

La pasión política trató en vano de coronar la cabeza de este sincero y abnegado luchador con la corona repelente del desprestigio: era el incendiario, el salteador de caminos, el arrasador de pueblos, la hiena sedienta de sangre humana, el ángel exterminador del Apocalipsis.

¡Mentira! –Era un caudillo de conciencia honrada dentro de la coraza de un patriotismo saludable, con su ejército de soldados agricultores admirablemente organizado, siempre luchó con elementos propios, sin recurrir a empréstitos interiores, ni a solicitar jamás la protección del extranjero; y su causa, tirios y troyanos la reconocen después de su muerte, no fue la de la ambición, sino la del bienestar popular.

Y el gran guerrillero del sur no fue vencido por el enemigo en leal contienda bélica, fue abatido por la TRAICIÓN, la planta maldita que ha florecido en el seno de la patria desde la primavera de la independencia. A través de nuestra historia desfila una falange de traidores, hombres sombríos y taciturnos que llevan en la frente una aureola dantesca, dejando proyectada en la interminable trayectoria del tiempo, una sombra fatídica que semeja la túnica de Judas.

Elizondo entrega al patíbulo las cabezas de los grandes insurgentes por la ambición de un grado; Iturbide, enemigo de la independencia, con el Plan de Iguala traiciona al virreynato, viendo en lontananza una corona que le fue muy cara; Bustamante, con el brazo de Picaluga exterminó a Guerrero para escalar la presidencia; Santa Ana vendió un pedazo de la patria y es casi el responsable de la independencia de Texas; Paredes Arrillaga, ante el enemigo que profana el territorio, da la espalda para adueñarse del poder; muchas inteligencias claras patrocinaron la intervención y muchos elementos fuertes sostuvieron el imperio; Huerta, por la escala del crimen llegó a la altura del

mando supremo, inmolando a los mandatarios de la república; Jesús Guajardo, acatando la insinuación de un hombre que se escondía tras de unos espejuelos oscuros, simulando lealtad y partidatismo, asesinó brutaemente a Zapata, acto ignominioso y repugnante que reprobó el país, pero que premió con largueza don Venustiano Carranza, llenando las escaleras del asesino con cincuenta mil pesos sacados del tesoro nacional, y agregando entorchados más a su uniforme.

Y Carranza más tarde, después de haber escuchado en los salones del Palacio Nacional las protestas de lealtad de los suyos, va en busca del enemigo en los campos de Aljibes, recibe por la retaguardia el golpe de muerte que partía de los mismos hombres que hacía unas cuantas horas le habían sonreído y apretado fuertemente la mano. Si la víctima de Tlaxcalantongo hubiera tenido el don de oír a larga distancia, estamos seguros de que en los momentos de su angustiosa muerte hubiera escuchado voces conocidas que entonaban regocijadas por las calles de México el himno de la victoria.

Zapata muerto, ha sido ya justificado ante la conciencia nacional como un mexicano patriota y sincero que consagró su valor, su entusiasmo y su gran voluntad, en defensa de una causa que merecerá la sanción de la historia. Su lucha no fue estéril; el estado de Morelos que estaba repartido entre siete personas, será pronto el escenario de una actividad inusitada, que convertirá el fértil territorio suriano en uno de los principales graneros de la república.

3. El monumento a Bolívar en Nueva York*

Entre los hombres que han ejercido influjo en el nacimiento y en la constitución de los pueblos por medio de la guerra, Bolívar aparece como un monte dorado a fuego, que sintetiza en sus entrañas todos los esfuerzos pasados, que lleva en latencia todos los gérmenes futuros, y que, contrastándose en el azul, figura la proyección ilimitada del pensamiento y del amor. César se eleva sobre el pedestal de la Roma adulta, y no hace sino dejar ideados los caminos de una vasta reforma: Bolívar desenvuelve en la América niña la conciencia de la personalidad, y consume una gran revolución con su ardiente elocuencia, con su espada flamígera, con su genio de estadista. Alejandro Magno, como una flecha que escapó del arco ex-temporáneamente, señala el ímpetu más atrevido y más rápido del genio guerrero. Y en medio de fragosas conquistas, aquel joven, bello como un Dios y ardiente como un relámpago, vislumbró la ley de la solidaridad humana en el trabajo, y fió al comercio de los hombres lo que para la filosofía no era sino una cima inaccesible.

Pero el héroe que parece ir ciñendo el Asia con un cinco hecho de espadas, no logra ceñir su albedrío al decoro de su inteligencia, y se extingue como la vibración de la flecha en la fugacidad de su vuelo. Bolívar se alza, triunfa, brilla: su nombre resuena en Europa como emblema y augurio de las más generosas reivindicaciones; recoger las experiencias del poder, saborea las hieles humanas, y consume el viaje de circunnavegación del mundo moral, entre el rumor de las olas y de las palmas en la melancolía de san Pedro Alejandrino. Como la de Sócrates, como la de Jesús, su muerte es conmovedora y ejemplar.

* Publicado en *El Demócrata*, domingo 24 de abril de 1921.

¿Y el curso proteiforme? Guerrero, legislador, economista, tribuno, escritor, filósofo, “comediante y tragediante” —su nombre será pasmo de generaciones—; llamea el genio en su frente como el milagro de Pentecostés, cuando ceñía de lenguas las cabezas de los apóstoles. Napoleón, es, sin embargo, como un río sin cause, que en la majestad de sus desordenes borra límites, arrasa y fecunda, sin que sea posible referir a un ideal desinteresado y absoluto —a un ideal religioso— sus impulsos primarios. El pensamiento y la acción de Libertador ofrecen, en cambio, la unidad magnífica del principio amoroso que los anima: desde la escena del monte Aventino, donde jura con la fe ardiente de la adolescencia consagrarse a la causa del Nuevo Mundo, hasta el día en que escribe su nombre en las constelaciones. Bolívar es el símbolo de la libertad en el armonioso concierto de la paz, el trabajo y la ternura. “Quisiera tener una fortuna material que dar a cada colombiano —le escribía a un amigo—; pero no tengo nada; no tengo sino un corazón para amarlos y una espada para defenderlos”. Nace en la opulencia, es el árbitro de la América, ejerce poder absoluto, los pueblos le ofrendan coronas de diamantes y espadas de oro... y cuando descansa en la quietud de la muerte no posee una camisa para que lo amortajen. Pero esto no es sino el acto final en la epopeya de su magnanimidad: leed sus inflamados discursos, sus cartas a los generales y amigos, el ensayo de Angostura, donde el sabio y el artista compiten para crear la sociología americana; leed la defensa de la Constitución de Bolivia o la epístola de Jamaica —cruzada de relámpagos proféticos, como dice Rodó— y hallaréis la referencia moral indeclinable, el principio augusto, el anhelo de constituir pueblos libres para el bien del género humano; en fin, la voluntad de sacrificio que arde como una lámpara votiva ante el ara de Dios. La virtud —en la significación latina de la palabra— da al Libertador un halo de romanticismo que no ciñe la figura de otros guerreros. Y la virtud en él es iluminación, valor, ímpetu, improvisación generosa, fantasía desatada, sujeción a la realidad, gracia de artista, ternura de hombre, Bolívar asume en sí todas las energías nobles de la raza niña: él, como héroe de esa niñez magnífica, representa la originalidad de los pueblos latinos del Nuevo Mundo, y prueba la fuerza de ellos para las obras superiores de la civilización.

Por eso la patria hispanoamericana, que empieza a ser la más bella realidad de estos tiempos, reconoce en Bolívar a su genio autóctono, a su héroe representativo. Y por eso ha palpitado de emoción al saber que iba a inaugurarse en Nueva York, entre la severidad de las ceremonias oficiales y ante el

concurso de todos los pueblos, un monumento al Libertador de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador y Perú, al creador de Bolivia, al gran guerrero, gran escritor, gran revolucionario, gran sociólogo y gran estadista.

* * *

¿Teníamos derecho los hispanoamericanos para esperar que el primer mandatario de los Estados Unidos, al hablar al pie de ese monumento y ante ciudadanos de todas las democracias de América, dijese palabras de una profunda tónica moral, dignas de esta época batalladora y agitada en que se renueva el mundo: palabras con nuevo e ideal sentido: palabras que fueran la seguridad de nuestro libre desarrollo, según el ritmo neolatino que estamos creando, y, en fin, que fuesen como el reconocimiento de nuestra aptitud, revelada en las supremas aptitudes de Simón Bolívar?

Sí lo teníamos. Estamos llenos de un cruel e incurable escepticismo por lo que hace a las promesas de amistad del Tío Samuel, y ninguna ocasión mejor para combatirlo, tocándolo en fuerza armoniosa y activa, que la de esa fiesta continental en honor del héroe del Sur, del héroe de nuestra raza.

¿Y qué dijo el presidente Harding? La Prensa Asociada nos transmitió, seleccionándolas con el gran rigor práctico de los yanquis, las palabras del discurso en que la afirmaciones más categóricas sobre el problema del panamericanismo. Y bien, tales palabras son las viejas palabras, un poco menos férvidas; se vuelve a invocar la Doctrina Monroe, sin definir el término “América” y sin purificarlo de ese egoísmo agresivo que nos defiende contra Europa, pero no nos defiende contra los Estados Unidos. Bajo la fórmula de “un panamericano generoso y dispuesto a la simpatía” —fórmula vaga, on-deante y casi incoercible, en fin de fines—, se vuelve a pregonar con arte sutil que debemos esforzarnos en una labor pacífica, mirando simpáticamente en el capital yanqui se posesione de nuestras riquezas en nombre de la civilización...

Al no decir nada, Harding ha sido por lo menos sincero. Acaso deseó decir algo; pero vio el remiendo de la dignidad nacional americana en el tratado Urrutia-Thompson, con Colombia; vio las cadenas de Puerto Rico y de Santo-Domingo y recordó la fría indiferencia con que sigue, sin una palabra de estímulo, los nobles esfuerzos de México por la libertad y por la renovación de la vida en el sentido cristiano... y se reprimió. De otra suerte, cada vocablo le hubiese abrasado los labios como una impostura.

En realidad, la América española no tiene una sola garantía eficaz respecto del poder de agresión de los Estados Unidos. Agresión fulminante como en Panamá o de ritmo lento como en Nicaragua, donde se echó sobre la herida que se nos hacía el manto irrisorio de un tratado: *quia nominor leo...*; o agresión envuelta en los cheques del protestantismo para combatir nuestra unidad nacional y darnos, en cambio, el confite del libre examen, que tiene por almendra un guijarro... Agresión en cada una de las notas con que a cada paso se coarta el derecho de México para legislar sobre sus propias riquezas. Agresión estimulada por el beneplácito oficial, en la campaña de los petroleros por medio de la prensa, que urde indignidades y vomita despecho...

Oponer a todo esto la fórmula de Monroe, hablando de un panamericanismo generoso y dispuesto a la simpatía — ¡y en los momentos de inaugurar el monumento al Libertador Bolívar!—, es realmente probar una triste incapacidad para el vuelo del espíritu. Si en lugar de ellos se hubiese proclamado, por ejemplo, el principio de la política continental por afinidades espirituales, dejando que México asumiese con respecto a Centroamérica el papel que debería asumir; si, por lógica desenvolvimiento de tal principio, se hubiese indicado la posibilidad de restituir su unidad a Colombia por la libre incorporación de los panameños, mediante un plebiscito; y si se hubiese asegurado una generosa y pronta rectificación en la conducta que se está siguiendo con Santo Domingo —iniquidad que a todos nos hiere y nos subleva; si se hubiese evocado, ante la efigie augusta, el sueño de la república antillana que ardió en la mente de Bolívar, y se hubiese ofrecido estimular su realización dentro de las nuevas normas impuestas por las mudanzas del mundo... si en lugar de la monótona repetición de hubiese dicho algo grande y definitivo, en fin— podríamos creer que los Estados Unidos habían comprendido el supremo interés que debe unirnos, no como a tutor y pupilo, sino como hermanos en la igualdad de los grandes pueblos, aparejados para las grandes batallas que han de venir, que se han iniciado ya con la crisis de la civilización.

* * *

La realidad profunda que late en el seno de nuestra porfía con los Estados Unidos no se ha revelado aún a los pensamientos ni a los estadistas de aquel país. Ellos no comprenden que el tipo de civilización que están elaborando —que han cimentado casi— no nos satisface a pesar de sus excelencias. No-

sotros no queremos protestantismos con su pudor en cuclillas, ni muchachas, ni domingos azules para los jóvenes, ni relajación de la familia en nombre del divorcio, ni linchamientos, ni opresión de razas por el color de la epidermis, ni el capital en la forma de pulpo voraz del trust yanqui. No queremos, en fin, que el sensualismo en sus formas de confort y elegancia venga a sustituir nuestros ideales en el obscuro afán de la vida.

En el cántico maravilloso de san Francisco de Asís, que resplandece entre sus dulces y ardientes florecillas, reconoce el seráfico poeta cuán grato es dejar un instante la faena, apoyarse en el hierro del trabajo, y mirar el vuelo de las alondras que dan paz y contento al espíritu... Nosotros no queremos que la civilización americana nos impida mirar el vuelo de las alondras.

Para que los hombres de pensamiento y de acción de los Estados Unidos reconociesen, no la fraternidad que debe unirnos, sino la necesidad de que nosotros seamos colaboradores autónomos en el trabajo de la cultura y el bien del mundo, sería necesario que ellos hiciesen una rectificación de sus valores espirituales: los hallarían mezquinos y podrían admitir entonces que la América española lleva en su corazón anhelos supremos de vida.

Para contribuir en esa rectificación, afirmemos insistentemente las prerrogativas de nuestra raza: justifiquemos con algo más que las limitaciones de patrias (concepto feudal que es necesario renovar) nuestro anhelo de autonomía. Digamos, en fin, contra la frialdad del discurso de presidente Harding al pie del monumento Bolívar, palabras ardientes, de libertad y de combate, de amor cristiano y de eterno sentido.

Las entrañas del mundo laten hoy con un latir tan hondo que parece augurar una tragedia siniestra o un alba de paz. Para las nuevas libertades nacerán nuevos Bolívares. Se oye el estrépito de algo que se derrumba, muro a muro. La tierra, regada con sangre, tiene un vaho misterioso. El alma humana pide algo más consolador que los automóviles, más positivos que los aeroplanos, más prácticos que los ferrocarriles y los bancos: ¡pide una ley moral que no le dio Europa, que no le dan los Estados Unidos! Una ley que acaso nadie dará sino todos los pueblos en la armonía del trabajo y el ensueño del futuro. La América española quiere contribuir, por la independencia de su espíritu, a ese divino invento.

He aquí la realidad profunda, que aún no han podido comprender los estadistas yanquis, y que nosotros necesitamos pregonar con el esfuerzo iluminado y valeroso. Ante todo, tengamos fe en la victoria final. Cuando se trate

de deslumbrarnos con el sentido práctico de los yanquis, a manera de fantasma que devora a quienes no se le rinden, recordemos que nuestros abuelos latinos organizaron todo el mundo y le dieron esplendor y riqueza; y que España, que a fuer de práctica fue siempre idealista, engendró con su sangre, nutrió con su leche y educó en el regazo de su amor entre coro de veinte repúblicas, que son como la refluorescencia de la humanidad bajo la ternura del hálito divino.

¡Hispanoamérica! ¡Hispanoamérica como la realidad más generosa de la historia: como la aspiración del mundo a un ritmo nuevo: como la más vasta y más libre coordinación de las voluntades para los supremos anhelos del alma! Hispanoamérica rebosando la abundancia de sus campos, la alegría y la paz de sus hogares; la luz de sus inteligencias, la bondad de su barro indígena. Hispanoamérica limpia de las llagas de la injusticia secular, abierta a los trabajadores de todos los pueblos, solidaria de la humanidad en la defensa de los supremos valores. ¡Hispanoamérica como una voz pura y natural en el coro de la civilización y de la vida, en el vuelo de alondra de las generaciones hacia la única realidad, que es Dios!

4. La tiranía en Venezuela*

El atentado de Gómez contra los estudiantes

La tiranía de Juan Vicente Gómez representa la última y más trágica manifestación del feudalismo en América y es un ultraje a la conciencia de los hombres honrados, y a la evolución liberal y cristiana del mundo. El día en que ese hombre desciñó de sus pies de macaco las alpargatas de la obscuridad para subir al escenario de la política, se hizo esclavo de Castro y se ofreció a sustentar su dictadura: medianero entre éste y las trotaconventos de Caracas, escabel de los pies del amo en las noches de juerga, espía de las intenciones secretas de los cortesanos, adquiriere preeminencia en todos los concursos de intriga, rige los conciertos de la abyección y prepara su dominio. Su actitud, sin embargo, es la del siervo a quien fascinan las glorias y los talentos del señor; está uncido a él por los cordones umbilicales del pasado y de la gratitud, y merece que un día el forjador de sainetes patrióticos lo designe para sustituirlo en el poder en un breve interinato.

Gómez enseña entonces su garra de tigre: urde una pantomima, se proclama presidente de Venezuela, y empieza a tiranizar. Mata de un golpe la libertad de la prensa, impide las reuniones del pueblo, aprehende y encarcela a cuantos rehuyen la sumisión incondicional, destierra a los sospechosos, inaugura el régimen de prostitución de los intelectuales por medio de dádivas y de amenazas impone caciquillas en los estados, asegura la impunidad de los asesinatos, y reclama y toma para sí el privilegio de ordenar a su libre talante

* Publicado en *El Demócrata*, miércoles 25 de abril de 1921.

el dinero de la nación. Todos los poderes han muerto, y sobre sus ruinas erige él los parapetos de la tiranía, tan tenebrosa como su alma.

Lo mismo que todos los asesinos de la libertad, éste tiene la impavidez necesaria para sonreír a la representación de sus farsas. Cuando la indignación del pueblo se torna clamorosa, Gómez inaugura un tramo de ferrocarril, una carretera o una granja. Cuando sabe que en alguna comarca de la república de advierte la inquietud precursora de la catástrofes, envía sus batallones —esbirros de América con uniformes de Europa— con el fin de que su presencia imponga el silencio y la sumisión. ¡Qué ejército! Ni Alemania... La tormenta parece disiparse, y el tramoyista proclama una vez más que nadie lo supera en ímpetu para estimular el desarrollo material del país.

¡Ah carreteras de Venezuela, por donde ha pasado la libertad civil atada a las colas de los caballeros de Juan Vicente! ¡Ah ferrocarriles, que llevan y traen los hierros de la opresión de aquel noble y glorioso país! ¡Ah soldados, que tienen en las puntas de sus bayonetas los jirones del honor nacional! Los valores morales fueron prostituidos: la lealtad es un delito, el civismo una afrenta, el respeto a las tradiciones una inferioridad. ¿Para qué honor, ímpetu, sujeción a las instituciones republicanas, libre concurso de las voluntades en la contienda por el bien? Los venezolanos deben alejar de sí “el funesto vicio de pensar”, la presentación absurda e innecesaria de ser ciudadanos. La herencia de gloria de los próceres no es sino un tema retórico, y Bolívar un monigote de feria que se da como regalo a Nueva York para que la Casa Blanca sea propicia a la dictadura del Palacio de Miraflores. ¿Por qué se agita en turbulencias la multitud de Maracaibo o de San Cristóbal, de Barcelona o de Cumaná? El país tiene caminos, cañones e industrias, con que se enriquecen los favoritos del magnate... ¿Para qué quiere honor ni dignidad? Pague los tributos, coma y calle.

¿Por qué sorprendernos, pues, ante la noticia de que Gómez ha hecho encarcelar a setenta jóvenes de las escuelas universitarias de Caracas, por el grave delito de haber deseado integrar un congreso de estudiantes? Tirano auténtico, amarillo de bilis y veteadado de pez, Gómez odia a la juventud. La evoca sin duda en los motines de la insurrección contra España, en los campos de La Victoria, inflamada por el ardor de Ribas, suspensa de los labios del Libertador, que suscitan milagros de ardimiento... Y tiembla. ¿No es, sin embargo, el árbitro de la suerte de los cinco millones de hombres? ¿No dispone de sus esbirros, de sus bóvedas, de sus grilletes para oprimir y de sus

buques para deportar? La orden emana, seca y fría, y una hora después se ha cumplido, rápida y fulminante.

¡Ahí están bien los cachorros, por incautos! Pensaron que, ciudadanos de la patria de Bolívar y de Sucre, o menos que podían pedir era el reconocimiento de sus derechos de hombres. Querían prensa libre, garantías individuales, debates de los asuntos públicos, honradez en el manejo de los impuestos, sufragio puro, colaboración pacífica y armoniosa de las inteligencias, y en una palabra, restauración de la dignidad humana en las relaciones del gobierno y el pueblo... ¿Se concibe mayor atrevimiento, desvarío más fundamental? ¡Callen, coman y miren a través de las rejas de la cárcel la red de las carreteras que llevan a las haciendas del amo, el humo de las locomotoras que transportan sus riquezas, el esplendor de los regimientos que cuidan su persona imperial...!

Tal es la obra de Juan Vicente Gómez; tal es la explicación de su último atentado. Cuando éste infando sátrapa caiga de su satrapía, sus calcetines alcanzarán un precio fabuloso en los merados de la extravagancia. ¡Los calcetines del postrer tirano de América!

* * *

Contaba Samper Agudelo, después de haber visitado por la primera vez Santa Marta —“que fue, durante catorce años, la Jerusalén de la América republicana, depositaria del santo sepulcro de Bolívar”— que una noche de luna, oyendo el ronco mar que arrulló los últimos sueños del grande hombre, mirando los árboles del jardín que le dieron sombra a su amargura, creyó ver de pronto la sombra augusta que surgía, como al conjuro del amor, serena y fuerte, noble y triste... Calló el océano, los palmares apaciguaron sus follajes en la calma nocturna, y de los ámbitos del horizonte pareció llegar, a modo de un homenaje de la tierra empapada en sangre de héroes, esta palabra suprema, que envolvió al héroe con una dulce brisa:

—¡Libertador!

Las campañas de Venezuela, regadas ahora con lágrimas por la dictadura, mancilladas por la rapiña, oprimidas bajo el peso de un chafarote odioso, se estremecerán un día coléricamente, y de sus labios abrasados efundirá esta palabra rotunda e insustituible, que define la naturaleza de Gómez y explica su herencia de ignominia:

—¡Monstruo!

5. Un verdadero arranque de maternidad España está con América*

Todos los días escribimos en estas columnas con vehementes deseos de propagar nuestros ideales y nuestros juicios a través de toda la república, escrutando los problemas y los destinos de México. Otras veces nos permitimos desflorar los intrincados asuntos de la política mundial, rebasando con audacia los límites de nuestras fronteras. Pero ahora quisiéramos como nunca hacernos oír más lejos, hacer llegar nuestras voces hasta el otro lado del mar y tener un eco, por débil que fuera, en las tierras antiguas de nuestros ascendientes europeos, en el noble solar ibérico, porque no hablamos de nuestros asuntos individuales y caseros, ni de los grandes temas cosmopolitas que por ser tan amplios son menos sólidos y profundos. Ahora queremos hablar de la casta, de la estirpe, de España y de sus hijas en América.

Uno de los periódicos más prestigiados de la península se pregunta: ¿Está España preparándose para reanudar su política de neutralidad durante la próxima contienda armada, más cercana de cuando pueda imaginarse, o se está dejando prender tontamente en la tela de araña de la Liga de las Naciones para ayudar a reivindicaciones que nada nos importan? Y después, indica la situación de España dentro de Europa; la caída de Wilson y el falseamiento de sus ideales de paz universal; explica cómo la guerra ha sido un pretexto para querer ordenar los asuntos del mundo entero, aprovechando la pasividad de los Estados Unidos para repartirse el mundo entre Inglaterra, como dominadora de Europa y de todos los mares, y el Japón, cabeza de Asia; cómo se borra del

* Publicado en *El Demócrata*, martes 10 de mayo de 1921.

mapa a Turquía para buscar en Mesopotamia un contrapeso al monopolio de los petróleos yanquis y mexicanos, y cómo, finalmente, recobrando América su libertad de acción por el cambio de su régimen interno, se aproxima el gran choque, tal vez armado, seguramente comercial y económico.

El conflicto tan temido entre la América sajona y la América latina parece desvanecerse para dejar el lugar al conflicto máximo: Europa frente a América. Los intereses comerciales y geográficos tendrán que juntar en un solo haz toda la tierra americana. Unión de raza y de corazón entre las repúblicas hispanoamericanas, unión de política y de intereses con los Estados Unidos. Nosotros deseamos y esperamos que este conflicto no se resuelva por las armas. Los americanos nunca debemos renegar tampoco de la herencia cultural y artística que nos legaran los europeos, vehículos a su vez de las grandes civilizaciones greco-romanas. Pero si Europa se alza frente a América, por motivos de política y de cuestiones, sociales, si se ponen frente a frente, no el arte ni la educación, sino los sistemas europeos de industrialismo y capitalismo a la antigua, de privilegios en el orden político, de rancias tradiciones de aristocracia hereditaria, de diplomacia tortuosa y componendas internacionales; de resistencia a las reformas profundas de la máquina social, en contraste con el panorama americano de llanuras abiertas para todas las reformas, de desprecio por las tradiciones que estorban, de igualitarismo democrático a pesar de las plutocracias del Norte y los caudillajes del Sur, de tierras e instituciones que viven en perpetuo movimiento de progreso, todos los americanos debemos oír la voz del terruño que hace varias generaciones nutre nuestros cuerpos y forma nuestra personalidad física y moral. ¡América para nosotros! Y ¿qué haría España en este trance hipotético? Una voz resonante lo dice:

¿Esta contienda la mantendrán sólo los Estados Unidos? ¿No será la guerra de Europa contra América? México y la Argentina, desligados de la Sociedad de Naciones, ¿no se sentirán impulsados a contribuir en un amenguamiento de la libertad europea?... Nuestra hermandad, nuestra unidad racial está antes en la Florida y el Colorado, en la Pampa y en los Andes, que en Francia o en Italia. En este nuevo aspecto del conflicto humano... y sin querer erigirnos en tutores y directores de la raza hispánica, debemos predicar a voces que si en el Pacífico hay un interés de México, del Perú, de Chile, hay también un interés español. Por ninguna otra causa más noble debe España alzarse en armas y acudir a guerrear, limpio el espíritu de toda codicia. Neutral España sumada a los pueblos europeos, aunque América fuese vencida ha-

bríamos puesto punto final a nuestra historia. En adelante, nosotros seríamos un resto vilipendiado de la raza que quedó rezagada en el éxodo de los iberos por poseer un continente propio. La raza, y su espíritu, y su ideología estarían en tierras, no sojuzgadas, de las repúblicas que pueden llamarse hispanas con tanta razón y mayor entusiasmo que nosotros...

Si ésta es realmente la voz de España, como debe serlo, por el acento heroico y el desprendimiento material del pueblo fundador, ofreciéndose en la hora suprema, no como superior, sino como igual, podremos repetir las palabras atribuidas a nuestro héroe por excelencia, el formidable Morelos:

¡Brindo por España hermana, no por España dominadora de América!

6. El Bolcheviquismo y la Revolución mexicana*

Una gran porción del pueblo de los Estados Unidos cree que México es bolchevique. Los artículos 27 y 123 de la Constitución de Querétaro ¿qué han de ser sino el disfraz que hemos puesto a los principios disolventes del soviet ruso? Y la premisa resulta verdad a posteriori, cuando los propios diputados denuncian ante el presidente, en un memorial famoso, el radicalismo de ciertos funcionarios y los desmanes de un grupo azuzado por manos febriles.

No ha de parecer extraño, pues, que aquí mismo haya ingenuos de estómago vacío y meollo febricitante, para quienes el sovietismo mexicano sea una realidad. Ellos ven muchedumbres en los desarrapados y los bebedorcitos de cantina que husmean tequila en los tumultos, y líderes de la redención y la justicia en un Morones.

Obrero sin segundos zapatos, endeudado por darle a tu mujercilla un rebozo, que vives en un tugurio mortífero y te desquitas de tu ignorancia con los dragones azules del alcohol y de la marihuana: ¿tú crees que Morones sea un redentor? Parlanchín de taberna, burlado por la vida en todas tus demandas, tú que ya no tienes sino tu sable mellado de sablista inútil, que ofrecer a los bolcheviques: ¿tú crees que a Morones le importe un higo la justicia humana? Hambriento auténtico del régimen de fríjol y tortilla, espiritual y delirante, que has leído cuatro libajos y llegaste a un puestecito: ¿tú crees que Morones sea otra cosa que un charlatán a secas, inferior en personalidad y en relieve a Pero Grullo, a Juan Lanas, a Pedro Urdemales, a Gedeón, a don Nicolás de Zúñiga y Miranda, y a tantos otros que viven en una irrealidad fúlgida y

* Publicado en *El Demócrata*, martes 25 de mayo de 1921.

trascendental? Morones es una realidad pequeña, opaca, circunscrita y sin trascendencia posible, en el orden de las ideas, Miradle al ombligo y veréis el cordón que le une al vientre de la causa obrera: ¡un cordón de diamantes! O vedle cruzar esas calles de Dios, en un raudo automóvil que deja a su paso una fétida estela de burguesía.

No, no hay bolcheviquismo en México. Establecidos como válvulas de escape los artículos 27 y 123 de la Carta Magna —que concentran un ideal de realización lejana todavía—, la república no quiere arriesgar sus destinos en otro juego trágico. La Revolución ha ensanchado las libertades humanas en la medida necesaria y eficaz para dar un paso de ascenso en nuestra evolución, quizá el primer paso definitivo. Los obreros están convencidos de que su bienestar se halla cercano, y no en la tempestad de una nueva revolución, sino en el desarrollo del progreso público, Y la gran masa de los campesinos a medio despertar, aguarda el milagro del reparto de tierras como el paso de un cometa.

* * *

El bolcheviquismo pareció, en un principio, la reacción mística de la humanidad contra la ignominia de todos los siglos: algo como una racha inflamada de cristianismo tolstoiano, pero con una actividad niveladora en lo exterior ajena al apóstol de Yásnai-Poliana. Venía para aligerar a los hombres de todas las vanas fórmulas que han pesado sobre su conciencia como armaduras medievales y para libertarlos, por una distribución equitativa de los bienes del mundo, de toda ruin preocupación económica. ¡Qué ideal y libre viaje del espíritu por cielos de un azul y una armonía como de tarjeta postal! Y todos los mexicanos de ideas liberales fuimos bolcheviques.

Pero la ilusión duró un punto. El sovietismo no es otra cosa que la tiranía de un enorme águila bicápite —Lenin-Trorsky— sobre un pueblo pasivo, atónito y engreído en un fatalismo secular. Con un atrevimiento admirable y conmovedor, entre el fluir de arroyos de sangre y el billar de relámpagos de ira, estos dos hombres han consumado la más radical de las experiencias. Pero la muerte de todas las libertades, el fusilamiento y la proscripción como cosa ordinaria, un hambre horrible, una intranquilidad horrible, tales parecen ser hasta ahora los frutos reales de aquella experiencia.

Es verdad que Rusia no fulgura sino a través del velo de mentiras interpuestos entre ella y nosotros por la Europa capitalista. Es verdad que sus dictadores han hecho ensayos afortunados en organización, en disciplina, en difusión de la cultura popular. Sin embargo, el hombre es, ante todo, un animal que come. ¿Ha elaborado el soviét moscovita una reforma posible y benéfica en la ciencia económica? He aquí el nudo que permanece sin desatar.

Tanta sangre, tanto dolor, tanto sacrificio, tan viva actividad de los cerebros y tan hondo anhelar de los corazones transformarán un día el mundo. El bolcheviquismo es una forma de ese dolor, de ese anhelo: es el esfuerzo más cruel y más generoso intentado hasta hoy, y quizá las raíces de la civilización no resistiesen en esfuerzo mayor sin quebrantarse. ¿Por qué hemos de apresurarnos a ser bolcheviques? Elevemos la nacionalidad elevando moral y materialmente la raza; llevamos siquiera un mediano bienestar a cada familia, dentro de las desigualdades ineludibles de las muchedumbres humanas. Y estemos alerta. Un día se nos dará la síntesis de los esfuerzos realizados en otros países, y entonces podremos aprovechar las lecciones de Rusia, e incorporar a nuestra filosofía la dolorosa filosofía del comunismo.

* * *

Suponiendo sin conceder, que Morones fuera inteligente, argüiría que la actitud aconsejada por nosotros revela un egoísmo feroz. Pero como Morones no es inteligente, no hace sino decorar, con sus manos fúlgidas y su flamante automóvil, la conseja del bolcheviquismo mexicano; conseja que nos pone en entredicho en el exterior, que mantiene la cuarentena diplomática de los Estados Unidos, que retrae la liebre asustadiza del capital, y que aquí mismo hace más lenta y difícil la marcha del progreso y el advenimiento de la paz al santuario de las conciencias.

Emiro Kastos

Juan de Dios Restrepo/Emiro Kastos (1825-1884)

Juan de Dios Restrepo, más conocido por su seudónimo Emiro Kastos, nació en 1825 en Amagá, Antioquia. Fue escritor, político y pensador, dedicado principalmente al estudio del complejo proceso de radicalismo durante la segunda mitad del siglo XIX. En 1804 empezó a estudiar derecho en Bogotá, siendo ya para esa época un ávido lector de la producción literaria y política de su generación, lo que le permitió ocuparse de variadas temáticas a través de un fuerte ímpetu intelectual.

Se destacó como escritor en periódicos estudiantiles. En 1844, radicado en Medellín, fundó, junto con José María Facio Lince, la sociedad antijesuítica Amigos del País, y bajo ese nombre publicó un periódico en el que apareció con el seudónimo Juan Algarrobo.

Se dedicó a la escritura de artículos periodísticos que publicó en *El Neogranadino*, *El Tiempo* y *El Pueblo*, ya firmados como Emiro Kastos. La recopilación de estos escritos fue publicada en Londres y en Bogotá. Dentro de sus obras más recordadas está la biografía de Manuel Ancízar, donde Restrepo aparece como fuerte opositor de la Regeneración y del proyecto de Rafael Núñez.

Fue delegado por el Comité Liberal Nacional como auxiliar de Tomás Cipriano Mosquera. En 1864 fue nombrado cónsul general de Colombia en Nueva York, último cargo político que aceptó antes de vivir durante 30 años en el Valle del Cauca, impulsando proyectos de agricultura y minería y, por supuesto, dedicado a su labor periodística. Su obra *Impresiones de un viaje al Cauca* fue una ardua descripción de la región.

1. La imprenta, la inteligencia y la fuerza*

La imprenta, este fanal de las sociedades modernas, sólo arroja hoy entre nosotros vagos y pasajeros resplandores. La calma y la confianza, no solamente son necesarias para las operaciones mercantiles y el desarrollo de la industria, sino también indispensables para que sean fructuosas las tareas de la inteligencia, fecundo y animado el movimiento de las ideas. En medio de las revoluciones, delante de hechos que se cumplen de batallas que se dan, de muertos que se lloran, de reputaciones que se pierden, de caracteres que se engrandecen; delante de tantas cosas que se precipitan, y nos acosan, y nos alarman diariamente quien había de tener humor ni paciencia para leer un artículo de costumbres, ó seguir en un periódico una discusión filosófica. En estos tiempos de movimiento y de ruido, los obreros del pensamiento son nulos delante de la opinión y mientras dura el drama tienen que retirarse detrás de bastidores, dejando en el escenario las vueltas coloradas y á los hombres de sable.

Pero así que el orden se restablece, que se extingue el ruido, que se da á los batalladores su recompensa en grados ú ovaciones populares, la imprenta, ese gigante que habla todas las lenguas, que derriba todos los obstáculos, que combate por todos los intereses, que en sus días de cólera y de justicia, á semejanza de Dios, ensalza á los humildes y abate á los soberbios, que lleva en su cabeza la experiencia de los siglos y el resumen de todas las civilizaciones; la imprenta, decimos, vuelve á dejar oír su voz imponente y majestuosa y continúa esa lucha emprendida por ella hace cuatro siglos en favor de la libertad y del progreso.

* Publicado en *El Neo-Granadino*, número 192, de 16 de enero de 1852.

Desde el año de 1440 en que apareció la imprenta hasta nuestros días, se ha hecho una revolución completa en la vida moral y material de las naciones. Merced á ella el pensamiento democrático ha tomado poderosa expansión, y la fuerza, único derecho en las sociedades antiguas, ha sucumbido ante la razón, este Evangelio de los pueblos modernos. Sin la imprenta, casi puede asegurarse que el estado feudal predominaría en Europa, los papas estarían todavía vendiendo indulgencias y repartiendo coronas, la inquisición continuaría quemando herejes, los pueblos no conocerían más derecho que el de sufrir, y se mantendría estampado en el código político de las naciones, ese dogma insultante que se llama el derecho divino de los reyes.

La tiranía y el fanatismo son enemigos mortales de la libertad de imprenta. Y lo aciertan. Los reyes y los privilegiados de la tierra conocen por instinto, que sus castillos feudales y sus guardias pretorianas son baluartes nulos delante de los asaltos del periodismo, débiles ó impotentes ante esa explosión continua del pensamiento humano.

Los anales de la historia antes del descubrimiento de la imprenta sólo contienen batallas y conquistas: todos los hombres que dominan y deslumbran son guerreros: la fuerza por todas partes es dueña riqueza, señora del poder, monopolizadora de la gloria. Sólo podía escalar las eminencias sociales el que había nacido con aptitudes militares y puños de hierro. Apareció la imprenta, y puso en manos de los hombres una escala para trepar á todas las alturas, una arma para vencer todas las resistencias. Como elemento democrático, la imprenta ofreció un gran palenque donde podían combatir y vencer todas las ideas, todos los principios y todas las ambiciones que vivían ahogadas á desconocidas en el mundo. La pluma vino á ser arma de mejor temple que la espada, el talento mejor capital que la riqueza y la inteligencia un poder más dominante que la fuerza. A los débiles les dió medios de hacerse fuertes, á los oprimidos armas para vengarse de los déspotas, y á los hombres mal hallados con el silencio y el olvido abrió el camino del poder y de la gloria.

De las clases más humildes de la sociedad, de los rincones más oscuros de la tierra salieron peregrinos á esa gran cruzada de la civilización, preguntando á los poderosos de dónde emanaban sus riquezas, á los reyes de dónde venían sus poderes y á los pueblos por qué se habían dejado arrebatar todos sus derechos. Leyes, creencias, hábitos, principios, dogmas, autoridades y reputaciones, todo fué traído á este gran debate, negado ó discutido: ni los reyes quedaron inviolables, ni los papas quedaron infalibles. La imprenta minó el antiguo

edificio social por sus cimientos. Pero en medio de esta tarea de demolición, á pesar de muchos extravíos y aberraciones, combate incesantemente por la consagración de tres principios, sobre los cuales como bases fundamentales pueden descansar tranquilamente todas las sociedades: en el orden físico, el respeto á la propiedad; en el orden político, la soberanía del pueblo; y en el orden intelectual, la libertad de creer, de pensar y de escribir, ó sea la absoluta independencia del espíritu humano.

El libro y el periódico se comparten, pues, la noble tarea de civilizar el mundo. Es verdad que hay libros que no enseñan nada bueno, y periódicos conocemos también que contienen poquísima sustancia; pero nadie se atreverá á negar que el impulso dado por los unos y los otros, tomados en conjunto, es útil, liberal y eminentemente progresivo.

Ambos son apóstoles del progreso, campeones de la gran causa de la civilización, pero en su viaje cosmopolita por el mundo andan á diferente paso: el periódico arriba primero, el libro llega después. El periódico es también más democrático que el libro. Como la composición de este último requiere muchísimo trabajo y su publicación gran desgastos, sólo las personas de cierta condición pueden adquirirlo. El periódico, al contrario, redactándose de carrera, publicó con pequeños gastos y siendo en casi todos los países conducido gratis por las balijas públicas, es leído por el pobre y por el rico, en el palacio y en la cabaña; se encuentra al alcance de todo el mundo y las ideas consignadas en él se filtran hasta las últimas clases de la sociedad es por consiguiente su influencia más poderosa y efectiva.

No hay ninguna cuestión, ninguna tesis que el periódico no se atreva á tratar y á discutir. Ya en prosa, ya en verso, alternativamente grave, ligero, profundo, analizador, epigramático, toma todas las formas, y bien sea que ataque ó que defienda, se sirve indistintamente de armas diferentes. Sus columnas son el reflejo de la sociedad, el eco de las pasiones, miserias, necesidades, esperanzas y temores del pueblo. En ellas encuentra siempre algún entretenimiento á enseñanza el hombre de todas las edades, condiciones y carreras.

Pero la tarea más importante de los periódicos en el siglo actual es defender los fueros de los pueblos, y mantener á raya las pretensiones y demasías de los gobiernos. Obsérvese, á propósito de esto, que en las naciones de Europa en que hay más civilización y libertad, son aquellas en que más abundan los periódicos: Francia ó Inglaterra prueban esta aserción. Hacia el Norte, en

Rusia y Polonia disminuyen considerablemente los periódicos, pero también impera completamente el despotismo.

Los Estados Unidos, cuya precoz civilización y rápido engrandecimiento pasman al mundo, no hay duda que deben, en gran parte, el estado floreciente en que se encuentran y el desarrollo que ha; tomado en todos los espíritus el principio democrático, á la influencia bienhechora que ejercen en las masas la multitud de periódicos que en su seno se publican. Útiles de labranza, una biblia y una imprenta para fundar periódicos, dice Tocqueville, es lo primero que echan por delante, cuando se internan en los desiertos á fundar estados ó improvisar pueblos.

Los hombres conocen bien que la libertad de imprenta es la primera salvaguardia que tiene la libertad política en todos los países. En el momento que los periódicos enmudecen, se deja sentir la mano pesada del despotismo. Por eso es que los ataques dados á la imprenta jamás quedan impunes. La Restauración en Francia negó muchas de las verdades, y atacó muchos de los principios legados por la revolución francesa, y el pueblo permaneció hasta cierto punto indiferente pero en el momento que Carlos X con sus fatales ordenanzas quiso encadenar la libertad de imprenta, todos los espíritus independientes se alarmaron y la opinión pública le gritó indignada: alto ahí.

Y volviendo á nuestras consideraciones sobre la inteligencia y la fuerza, permítasenos evocar la memoria de los dos hombres, que mejor que ningunos otros han personificado estos poderes. Napoleón, el más ilustre representante que jamás haya tenido la fuerza, Napoleón con más riquezas que Creso, más soldados que Atila, más talentos militares que Aníbal y César, después de haber paseado sus águilas por todas las capitales de Europa, oscurecido la atmósfera con el humo de sus batallas y aturcido á los pueblos con sus boletines de victoria; después de haber verificado todo lo que se puede hacer con el despotismo y con la fuerza, no dejó en la condición de los hombres, y en la economía de las sociedades ninguna revolución que pueda compararse al inmenso desarrollo que dió Voltaire al espíritu humano, á la luz que derramó sobre los pueblos minando absurdos y preocupaciones seculares, sin más armas que una pluma y una imprenta, desde su modesto retiro de Ferney.

La imprenta, que es la palabra humana repercutida hasta lo infinito, da á los trabajos de la inteligencia y á las creaciones de la imaginación un carácter de consistencia y de duración, que la acción lenta y devastadora de los tiempos quita á las obras materiales de la riqueza y de la fuerza. De esa antigua y po-

derosa civilización griega que conquistó el Oriente, y aun después de vencida dominó á Roma con su genio qué ha quedado en pie? Los galos y los romanos en sus distintas excursiones destruyeron millares de monumentos; los turcos, esos enemigos implacables del arte y de la civilización, construyeron fortificaciones con magníficas estatuas, y largaron sus caballos á pastar sobre las ruinas de Esparta: del templo de Diana y del Coloso de Rodas nada queda: las bellezas del Partenón van desapareciendo, gracias á las piraterías inglesas, y en ninguna parte se encuentran las huellas de ese famoso imperio que se fué, de esa grande antorcha de civilización que se apagó. Sólo se han salvado de ese inmenso naufragio las obras de la inteligencia, cuyos manuscritos desteñidos pudo descifrar la imprenta para darles con sus tipos eternidad y circulación.

Gloria á la inteligencia mientras que las creaciones materiales y los grandiosos monumentos de la Grecia han desaparecido, las obras de Aristóteles y de Platón continúan siendo el oráculo de los sabios, y las odas de Píndaro y las estrofas de Homero llegan á los oídos de todas las generaciones, con su encanto primitivo y su poesía inmortal.

2. Costumbres parroquiales en Antioquia*

Mi compadre facundo

Según pública voz y fama, mi compadre tiene cincuenta mil pesos mal contados, y por consiguiente es lo que se llama un *gamonal*, la figura conspicua de la parroquia. Es un tanto cuanto miserable, tiene sus puntas y collar de intrigante, y es un usurero; por lo demás, no tiene defecto notable.

Su padre, un chapetón de los de ciento en carga, fanático ó ignorante que era un contento, no le enseñó otra cosa que á temer al Rey, a Dios y al Diablo; á leer, aunque no de corrido y regularmente las cuatro reglas de aritmética. Gastó su escaso patrimonio en educar á su hijo mayor, que cursaba en Popayán ciencias eclesiásticas, llamado á ser la esperanza y lumbrera de la familia. Nuestro bravo chapetón murió casi en la miseria, y mi compadre no heredó, según me ha dicho, sino un machete momposino y un macho corsario. Pero Facundo tenía entonces veinte años, buenos puños, excelente salud y confianza en su estrella, ó como decimos hoy, fe en el porvenir. Con algunos ahorrillos que tenía, pues el niño era de suyo guardoso, cargó su macho con una pequeña ancheta de víveres, terció á la cintura su buen machete, y tomó alegre y ufano la derrota de los pueblos de abajo, del país del oro y de la fortuna. Comprando aquí, vendiendo allá, reduciendo á oro sus pequeños beneficios, que vendía con provecho á los comerciantes de Medellín, economizando á más no poder, pudo comprar una recua de mulas, darle más extensión á sus rescates, y allegar algún capital después de seis años cumplidos de trabajo. De sus correrías aquellas comarcas mineras, donde las costumbres son más

* Publicado en *El Tiempo*, número 29, de 17 de julio de 1855.

sueltas, la gente más alegre y desenfadada que en lo interior de nuestras montañas, datan los únicos recuerdos picarescos y las aventuras *non sanctas*, que de su juventud refiere mi compadre. Casi todas consisten en guapezas, pues él tiene grandes pretensiones á jayán. Algunas veces, cuando me encuentro en su casa á la oración, después que toma lo que él llama su *jíquera de cacao*, y prende un cigarro, recostado en el corredor sobre una silla; si los tiempos son buenos para él, y le han pagado sus premios con puntualidad, y sus cosechas han sido abundantes, y sus marranos se han vendido con reputación en la feria semanal de Medellín, suele ponerse decididor y contarme sus hazañas en la tierra de abajo, siempre las mismas, de cuya veracidad absolutamente no respondo.

Una vez, en un baile en Zaragoza, le embistieron en gavilla siete negros, grandes corto una iglesia, y con el momposino de marras mató á tres y puso en fuga á los restantes maltrechos y mohinos. En otra ocasión, un Alcalde le tomó tema porque ambos cortejaban una mulata muy jaque: motivo por el cual lo atacó una noche con doce alguaciles; él se atrincheró en un *zarzo*, vibró un garrote, y tanto al Alcalde como á los alguaciles “se los mamó en cánones.” Con tigres que, á fuer de comunistas, le asaltaban sus mulas, tuvo sin número de escaramuzas, de las que salió siempre vencedor. Pero al fin le sucedió real y verdaderamente una aventura, de aquellas que hacían á Sancho renegar de la caballería andante. Tinos malhechores lo molieron á palos, y le robaron el fruto de muchos años de trabajo, con el cual, en libras de oro, volvía para su tierra: nada le dejaron: quedó limpio como bolsillo de poeta español ó de literato granadino. Pero á nuestro buscador de plata, que era duro de mollera, no hubo de acobardarlo aquel percance. Poseía esa voluntad obstinada, con la cual el hombre casi siempre llega á donde va. Careciendo de capital para seguir su antiguo oficio de rescatante, á pesar de sus pretensiones nobiliarias, pues según dice es más blanco que el diablo, se alquiló en una mina como jornalero, y por meses y años estuvo con la barra trabajando de sol á sol. Es muy común entre los nobles de la antigua Antioquia echar á un lado la negra honrilla cuando se ven apurados por la suerte, y entregarse á labores materiales; pareciéndoles más digno y honroso trabajar aun en los oficios más vulgares, que imitar á los blancos de otras partes que, cuando no pueden ser negociantes ó empresarios de industria, se agrupan en las poblaciones á vivir de petardos ó de empleos.

Y ya que estoy discurriendo sobre el carácter de los antioqueños observaré, que éstos no tienen pasiones á medias: por lo regular sus aficiones son impetuosas, sus sentimientos enérgicos. De aquí resulta que los que toman

buen camino, los que se proponen un objeto laudable, como mi compadre, á despecho de todos los obstáculos van muy lejos. Pero también, cuando alguno se echa á rodar por la mala pendiente de los vicios, no se detiene hasta llegar al abismo. Si alguien coge los dados en la mano, no se anda por las ramas: en una noche juega todo su capital, agota su crédito, el de sus amigos, y vendería hasta su alma para seguir jugando si hubiera quien la comprase. Al que le da por el culto de Baco abandona á sus hijos, descuida sus negocios, echa á un lado respetos sociales, y se mete en una taberna hasta que su familia lo recoge tembloroso, demente, moribundo. Entre los que se dedican á la *plutocracia*, á la avaricia (culto muy popular) hay algunos que perfeccionan la ciencia hasta el punto de convertir al Harpagón de Molière, al israelita de Balzac en tipos pálidos, derrochadores y pródigos.

Esta energía y entereza de carácter para marchar en la senda del bien ó del mal, peculiar á la raza antioqueña, no la apunto aquí como un defecto; paréceme, al contrario, una gran cualidad. Los pueblos de sentimientos flojos y enervados tienen siempre en perspectiva la esclavitud ó la miseria. Dáse al pueblo antioqueño buena educación, trabájese por reformar sus costumbres, en el sentido de darles más suavidad y cultura; procúrese para la industria un desarrollo más fraternal, menos egoísta, que ofrezca á todos colocación y porvenir, y entonces la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presión para empujar estos pueblos hacia grandes y poderosos destinos.

Y volviendo á mi compadre, que dejé con la barra en la mano ganando su jornal, añadiré que, después de dos años de privaciones y de trabajar como negro, dejó aquel oficio y se metió á sepulturero, es decir, á buscar oro en sepulcros de indios. Como no le ligase en aquello, como se dice por acá, compró un terreno selvoso en un valle caliente, asió de una hacha y se puso á derribar monte con el valor de un titán. Cosechando maíz, plátano y engordando marranos que vendía en los minerales vecinos, reunió algunos miles de pesos al cabo de mucho tiempo. Como se viese ya con un mediano capital, retiróse á la parroquia que hoy habita, donde abrió tienda de comercio. El sentido práctico de los negocios, y el espíritu de movilidad son también en los antioqueños rasgos distintivos. Ninguno se adhiere al lugar en que nace si allí no prospera, ni á la profesión en que se crió si ésta no le ofrece rápidas ventajas. Un individuo es alternativamente agricultor, minero: poblaciones enteras andan vagando de Norte á Sur y de Sur á Norte, en busca de tierras

más fértiles y de minas más ricas. Y esta inquietud y movilidad no hay que atribuir las á novelería ó inconstancia, sino al deseo febril de mejorar de condición, adquirir independencia y capital: con tal de llegar á estos resultados, son indiferentes al antioqueño toda especie de climas, lugares y profesiones; habiendo, como dice Tocqueville de los americanos del Norte, una especie de heroísmo en su ansia de ganar.

En el comercio le sopló bien á mi compadre: negociante de la escuela positiva de nuestros mayores, que sólo compraban al contado ó á crédito pequeñas cantidades, jamás se vió devorado por la usura, como nuestros negociantes modernos, que usan y abusan del crédito de una manera insensata. Empleó sus beneficios, lentos pero seguros, en tierras al rededor del lugar, las cuales no le costaron casi nada, pues comenzó adquiriendo una pequeña propiedad, y después desalojó á los vecinos enredándolos en tratos, y arruinándolos con dineros á subido interés. El *gamonal* de pueblo cuando cae en un punto se extiende como una verdolaga. Como propietario territorial y banquero de los vecinos necesitados, sus influencias y connotaciones en el lugar se han extendido de una manera prodigiosa. Ligado íntimamente con el cura de la parroquia, ha formado con él esa temible liga del poder espiritual y del poder temporal, del Papa con el Emperador, á la cual no hay quien resista. El más fuerte tinterillo del lugar, queriendo casarse con la hija mayor de mi compadre, está enteramente á sus órdenes. César, Pompeyo y Craso no tenían más influencia en Roma, que este rústico triunvirato en su parroquia. El tinterillo dirige al Alcalde, la gruesa voz de mi compadre domina en el Cabildo, y el cura gobierna las conciencias. Toda elección se hace á su sabor: nada se lleva al cabo sin el *fiat* de estos caballeros. Contra esta trinca, organizada poco más ó menos en los demás pueblos de la República, se estrellan las predicaciones de la prensa, y los esfuerzos generosos que hacen algunos jóvenes ilustrados, por hacer calar la idea democrática hasta las últimas capas sociales. Uno que otro periódico, que suele llegar á la parroquia, cae en manos del gamonal ó del cura, y cuando se dignan comunicar á los vecinos, que regularmente no saben leer, lo que contiene, es teñido con falsos y apasionados colores. Si trae algún proyecto de libertad que no le gusta al cura, lo que no es raro, pues los curas jamás le han tenido á estas cosas muchísima afición al momento grita nuestro presbítero: ¡*herejía!* Si el cuidado periódico habla en favor de algún impuesto que consulte la igualdad, la contribución directa, por ejemplo, entonces el gamonal vocea: ¡*comunismo!* Con la primera de estas palabras

intimidan la conciencia del ignorante vecindario; con la segunda asustan los bolsillos. Y por ende resulta que la República, que no se la encuentra sino en la Constitución, en algunas leyes y en algunas cabezas; la República, que no puede penetrar en el distrito, ni calar en las masas, ni adherirse á la tierra, es un árbol hermoso sin raíces, un diamante montado al aire.

II

Por el rápido bosquejo que antecede, conocerá el benévolo lector cómo se hacen la mayor parte de esas riquezas parroquiales que abundan en Antioquia las cuales no se adquieren pisando alfombras, ni viviendo entre algodones, sino con la barra en las minas, con el hacha en los montes, lentamente, amontonando cuartillo sobre cuartillo, evitando todo gasto, suprimiendo todo goce. De aquí viene que esos hombres, admirables de pobres por la entereza y el valor con que buscan la riqueza, una vez con ésta no saben qué hacer con su plata, desconocen toda usanza de buen gusto, y siguen con la sórdida economía que en tiempos de pobreza y angustia acostumbraran.

Una vez conocida la posición política y financiera de mi compadre, el lector me acompañará á su casa para estudiarlo en la vida doméstica; si no es que y está aburrido con el presente estudio, el cual no se presta, si ha de respetarse la verdad, á cuadros dramáticos, ni á pinturas brillantes, siendo las costumbres parroquiales de suyo dormilonas y prosaicas.

Por supuesto que mi compadre es casado. ¿Quién no se casa en Antioquia? Si el matrimonio, como dicen algunos, es acto de moralidad, aquí estamos todos en camino de salvación, y si es tontería, como dicen otros, ¿quién no es tonto por acá? En esta provincia todo el mundo se casa: unos por amor, otros por cálculo y la mayor parte por aburrimiento pues no encontrando el hombre placeres ni vida social de ninguna clase, de grado ó por fuerza tiene que refugiarse en la vida de familia. Y como todos los hombres se casan, resulta que todas las mujeres se casan también: por manerá que á las feas no se les espera aquí, como en otras partes, la ortodoxa pero fastidiosa tarea de vestir santos, sino otra más mundana pero más divertida, la de vestir muchachos.

Según pública voz y fama, mi comadre Fulgencia no tuvo quince. Sus pies son grandes y desparramados debido esto, por una parte, á la vulgarísima costumbre que predomina en las parroquias, aun en las familias ricas, de andar las mujeres descalzas, y por otra, á que los españoles no pudieron naturalizar en esta provincia el breve y pulido pie andaluz. Las pecas y después las viruelas

formaron en su cara un mosaico que rechaza toda tentación. Pero mi compadre no la tomó por bonita sino por hacendosa, y considerada bajo este aspecto, ella vale un Perú. El dice que su mujer hace una arepa Con la más pintada, lava y aplancha á las mil maravillas; no deja perder un huevo, ni un grano de maíz; sabe la cantidad exacta de frísoles que come un peón, y precisamente las *tablas* de chocolate que produce un millar de cacao.

La casa de mi compadre, situada en el extremo del lugar, es al mismo tiempo casa de campo. Da por el frente á una de las calles y por el interior se entra á la hacienda. Esta casa es grande, sólida, pero á su construcción no ha presidido ninguna idea de comodidad ni de elegancia. Compónese de tres ó cuatro grandes piezas, sin independencia unas de otras, por manera que el día que viene un huésped hay que ponerle cama en la sala. No hay que buscar en ella ni papel en las paredes, ni espejos en la sala, ni un canapé blando, ni un mueble cómodo, ni adorno gracioso de ninguna clase. En la sala se encuentra por todo asiento algunas tarimas, en las cuales se han sentado tres generaciones En la alcoba se ven camas ordinarias sin colgaduras, las susodichas tarimas por asiento, un enorme escaparate y en las paredes algunos santos grotescos desteñidos por el polvo mordidos por las cucarachas. Aquellas casas tan desmanteladas inspiran tristeza, pero armonizan perfectamente con las costumbres puritanas, frías, silenciosas y monótonas de la familia parroquial antioqueña. Aquella desnudez en las paredes, aquella uniformidad en las costumbres, aquella ausencia de toda variedad y de todo placer da á la vida que allí se lleva una vaga semejanza con la de los claustros. Al entrar en una de esas casas piensa uno involuntariamente en la otra vida.

Trabajar mucho de día y rezar mucho de noche es la vida de la familia. El destino de las mujeres en esas casas no tiene nada de poético. Ellas desgranar el maíz, cuidan los marranos, aplanchan la ropa, cosen los vestidos, preparan la comida y ordeñan las vacas. Como ya no hay esclavas, y es preciso ahorrar el pago de sirvientes, porque la economía de la parroquia no da cuartel, causa grima ver á las hijas de mi compadre, guapas muchachas, con sus manos blancas y sus bellas caras ovaladas, confeccionando en la cocina arepas, las cuales, por la costumbre de hacerlas siempre en la casa y cuatro veces al día, son el tormento de la cocina antioqueña. Como en la familia oriental del patriarca ó del beduino se vive allí en cierta fraternidad con los animales. Con frecuencia se ve á los terneros correteando en las alcobas, al burro paseándose majestuosamente por la sala y á las gallinas cacareando sobre el lecho

conyugal. Todos especulan en la casa y cada uno pesca para su canasto. El patrón especula en todo; la señora engorda marranos con los desperdicios, y tiene en la calle compañías á cuenta y mitad con pulperas y revendedoras; las niñas, en sus ratos perdidos, hacen cigarros para vender, ó cosen camisas á los agregados ó arrendatarios: los beneficios de estos pequeños negocios van á parar en una alcancía.

La gastronomía en casa de mi compadre, como en toda la provincia, es ciencia pocó cultivada: por lo general en Antioquia no se come como en otras partes para gozar, sino pura y simplemente para vivir. Los vegetales en la comida son la base fundamental; la carne ocupa un lugar secundario, y volatería se ve en la mesa por muerte de un obispo. El matar una gallina es acontecimiento que se discute con cuatro días de anticipación, y cuando á este grave despilfarro se resuelven, escogen para víctima, no la más joven y robusta, sino la que ya está jubilada por su edad propecta. El azúcar se guarda en el escaparate como cosa de lujo, que no se usa sino para las bebidas de los enfermos, y el pan, llamado por acá *pan de trigo*, gástase sólo cuando hay huéspedes, ó para que el cura ú otro vecino de campanillas tome su chocolate, cuando á la oración se encuentra de visita.

Pero esta rígida economía se abandona cuando se aparece algún huésped en la casa. Por lo general los antioqueños en su tierra á nadie convidan á comer. Domina el principio egoísta, poco culto y menos social de “cada uno en su casa y Dios en la de todos.” Fuera de Antioquia, en Bogotá, en Jamaica ó en Europa tómanse obsequiosos y convidadores, por que tienen gran facilidad para adaptarse á los usos, y asimilarse las costumbres de los pueblos en que viven. Pero si en Antioquia no convidan, cuando les llega un huésped, trátanlo con afecto y cordialidad, obséquianlo á más no poder. Cuando á mi compadre se le aparece alguno de sus grandes amigos de Medellín, echa la casa por la ventana. Entonces reclútanse para festejarlo los mejores comestibles que hay en el lugar: no queda polio, ni gallina gorda que no perezca, y el gallo, á pesar de sus fueros de sultán, tiene que poner los pies en polvorosa para escapar de aquella atroz carnicería. En esas bodas de Camacho se presenta en columna cerrada contra la digestión del viajero un escuadrón de fritos: huevos fritos, carne frita, pollos fritos, gallinas fritas, todo frito, siguiendo las malas tradiciones de la grasosa cocina española. Figura entre los obsequios hacerle comer á uno, quiera que no, todo lo que se pone en la mesa, y por vía de cariño, lo matan de una indigestión. Aquel día campea en la comida una botella de

vino de consagrar, pedida por vía de préstamo al mayordomo de fábrica, y el café molido el año anterior, entrando en servicio activo, va á dar á manos de una moza iliterata que, no alcanzándosele nada en la materia, echa á cocer el polvo, á guisa de pastilla de chocolate, y sirve después al pobre viajero sobre la comida el fementido brevaje, en tazas de tomar mazamorra.

Para las muchachas de la familia no hay más desahogo que el domingo, y eso porque de sus ahorros pagan á una vecina, para que en su lugar desempeñe los quehaceres domésticos. Desde temprano se echan encima lo mejor que tienen en la percha, y el indómito y robusto pie es aprisionado en zapatos de cordobán, con gran trabajo eso sí, pues los zapatos por falta de uso suelen encogerse en la semana, al paso que los pies de su dueño adquieren mayores proporciones. Después van á misa y al mercado, en el cual, en parranda con sus amigas, compran frutas y comen hojaldres. El baile les está vedado como diversión pecaminosa, pero suele permitírseles asistir á alguna nocturna lotería. Para esas pobres criaturas, que llevan una vida tan trabajada y monótona, una lotería es casi una felicidad. Allí se encuentran los amartelados de ambos sexos: los galanes del pueblo las echan de rumbosos, librando cuando hacen *alto* á sus repectivas partes contrarias, y, entre ambo y terno, se murmuran promesas de amor y se obtiene el anhelado *sí*. A las diez, mal de su grado, dejan la placentera diversión y vuelven á la casa con su madre, á veces acompañadas de sus respectivos galanes, que marchan á una distancia razonable, pues es de dar el brazo á las mujeres sería considerado en la parroquia como liviandad imperdonable.

Mi compadre algunas noches, después de rezar el interminable rosario, se pone la ruana pastusa y el sombrero de alas luengas; trépase sobre unos enormes zuecos, empuña el garrote y, mientras dan las ocho, hora obligada de acostarse, se va á *tertuliar* con los vecinos, que están en corro en alguna esquina de la plaza, sentados en el suelo fumando y platicando. Oigamos un momento á los vecinos.

—Caramba! dice uno: mi compadre mató su vaca negra, y le dió tres arrobas de sebo.

—Es que le está ligando, añade otro con cara de envidia; su *arao* parece un monte: cada mata tiene tres mazorcas.

—Qué mula tan *macana* le *trujeron* del valle á *mano* Blas!

—Pero con mi macho rucio para una cuesta es darla dada.

—Y ¿qué habrá de nuevo afuera? pregunta el sacristán.

—Las cosas están malas, responde la cabeza más fuerte en política de la parroquia; me escriben de la Villa que los rojos están otra vez en Santafé atacando la religión, y reclutando tropas para destronar al Papa.

—¿ Es cierto, pregunta otro, que le ganaron cien pesos á *ño* Chope ?

—Así dicen, responde un amigo suyo, y lo pior es que está jugando lo ajeno á mi compadre Facundo no le ha podido pagar lo que le debe.

—Pues cómo no se ha de *fregar*, añade un rígido moralista, si la Maruca le come medio *lao*.

—*Ño* Chepe es todo un gallo, replica el gracioso del corro, pero ahora sí zafó el *joto* (se quebró).

—Pobrecito! exclaman todos, con hipócrita conmisericordia.

Por doquiera el hombre es el mismo: en todos los países, en todas las zonas sociales, la murmuración es su ocupación favorita, y las desgracias ajenas lo ponen de humor excelente.

A pesar de que la educación y el saber no valen dos higas para mi compadre, hubo de mandar su hijo mayor á estudiar á Bogotá, estimulado por el deseo de tener un leguleyo en la familia, pues en Antioquia predomina la maldita afición á pleitos y camorras de escribanía. Sucedió que nuestro joven llegó á Bogotá cuando los estudios estaban en anarquía, y de moda la política. En lugar de haberselas con las leyes de partida, Gregorio López, don Juan Sala y demás poetas, se dió á frecuentar los clubs, la fonda de François, á coquetear en la calle de San Juan de Dios, y á hacer al Salto excursiones estudiantiles. Al cabo de cuatro años sabía bailar perfectamente, puntear la vihuela con primor, hacer cuartetos y cortejar muchachas. Provisto de estos graves conocimientos resolvió coronar su carrera presentándose, al grado, y quedó como el te, hecho doctor por infusión. A los pocos días de regresar á la casa paterna tuvo una conferencia con su padre, y le anunció de llano en plano que no tenía vocación para hacer escritos, ni enredar en las escribanías. Luégo se ha declarado en completa insurrección contra la sórdida economía y las costumbres tradicionales de la familia. Quiere que empapelen la casa, la adornen con algunos muebles y sobre todo que cambien las duras tarimas, inventadas para hacer penitencia, por sofás ó canapés. Pretende que se mejore la comida, se torne vino al menos los domingos, y café todos los días, que llama él la bebida del siglo. De por allá vino gólgota, y á fuer de tal quiere reformarlo todo. Exige que sus hermanas anden calzadas, constantemente vestidas de limpio, y que se paguen cocineras. Dice en alta voz que puede uno ser muy

buen cristiano, trabajador y honrado y vivir con decencia ; que si la plata no se gasta en proporcionarse algunos goces, y llevar vida de caballeros, maldita la cosa para que sirve. Estas verdades de á puño son para mi compadre enormes herejías. Para un acumulador antioqueño de raza pura, la palabra *goce* es hasta inmoral. Enseñado á ser en su familia tan absoluto como Nicolás, y tan infalible como el Papa, estas contradicciones lo tienen aturdido, desesperado. Mi comadre permanece neutral entre los dos partidos beligerantes, pero la muchachas se han ladeado al del hermano innovador, pues las mujeres jamás oponen obstáculo á ninguna idea de progreso, y siempre están dispuestas á aceptar todo lo que significa placer, refinamiento ó elegancia.

-Ese mozo se ha perdido en Santafé, me decía mi compadre, días pasados. Lo mandó á que aprendiera á hacer escritos, y no sabe poner “ante usted parezco y digo.” Pero ha venido con la cabeza llena de cucarachas y de grandezas. Dice que la casa está fea como si yo no hubiera vivido en ella treinta años sin darme un dolor de cabeza: la comida siempre le parece mala, y la sala oscura cuando de noche se enciende una sola vela. ¡Obispo tenemos! ¡Bonito estoy yo para hacer una boda todos los días, y un velorio todas las noches! Y esas mocozielas de sus hermanas, á su ejemplo, andan ya todas *ideáticas* pidiendo galanuras, maestros de francés y otras cabronadas. Ya no quieren hacer nada, sino amansar tarima y chirriar zapatos. Dale con la *tuntunita* de aprender. ¡Dios me guarde de mujeres sabidas! ¿Quién las mete á saber más que Fulgencia, que jamás aprendió sino los oficios de la casa, y á criar sus hijos en el santo temor de Dios?

Medellín, Julio 1º de 1855.

3. Un baile en Medellín*

¿Conque en la tristísima, en la ascética, en la ortodoxa ciudad de Medellín se baila también? preguntará con asombro cualquier extranjero que haya visitado esta capital en sus malos días de fastidio y de monotonía.

Sí señor: sus habitantes han tenido por una noche el buen sentido de comprender que los fardos y la usura, la murmuración y las antipatías no deben llenar toda la vida: algunos ascéticos de ambos sexos, entusiasmados y gozosos en esa fiesta deliciosa, por fin sospecharon que el hombre no ha sido creado enteramente para hacer penitencia, y que si algunas horas de placer no formaran contraste luminoso con las fatigas continuas y las tinieblas de la vida, habría que proclamar la dominación exclusiva del mal en los destinos humanos y maldecir la injusticia del Creador.

El martes en la noche, en la espléndida casa del señor Juan Pablo Sañudo, tuvo lugar, dado por su familia, uno de los más hermosos bailes á que hayamos asistido jamás. Á las lluvias continuas y á los malos días sucedió, para favorecer la diversión, una de ésas noches verdaderas de Diciembre, en que nuestro cielo se cubre, como una hermosa en sus días de coquetería, con su más bello vestido azul, con sus más fulgentes y esplendorosas estrellas. Era una de esas noches serenas y tranquilas que se ven en nuestro valle, en que la luz cariñosa de las estrellas y la brisa cargada de perfumes y voluptuosidad, convidan al placer; una de esas noches en que la vida se siente ligera ó imaginamos que la desgracia es mentira; una noche de esas en que hasta los desgraciados tienen esperanza y hasta los ateos creen en Dios.

* Publicado en *El Pueblo*, número 20, de 28 de diciembre de 1855.

Agregad al natural encanto de una noche semejante bellos salones alfombrados, perfectamente iluminados y con ricos muebles; una música armoniosa; la cordialidad en todo el mundo, el buen humor más exquisito y, sobre todo, las corrientes magnéticas que circulaban por todas partes, desprendidas de lo más escogido de nuestras bellas, que competían esa noche en gracia y gentileza.

Allí se encontraban y resplandecían todos los tipos de belleza, desde el judío sostenido por las blancas de rostro ovalado, cabellos dorados y ojos melancólicos, hasta el árabe representado por las picantes incendiarias morenas, de ojos negros y miradas revolucionarias.

Estas dominaban en el baile, tiranizaban los corazones, caldeaban la atmósfera.

En medio de esa constelación de bellezas notábase una estrella desprendida de otro cielo. Si ésta nos permite darle formas humanas diremos, que sus cabellos color de ébano, peinados con suprema elegancia sombreaban un rostro juvenil lleno de animación, de frescura y de gracia; su cuerpo, en medio de las ondulaciones de un vals, parecía flexible, indeciso y vaporoso como el de una fada, y sus ojos verdaderos diamantes de Golconda, eran capaces de iluminar con sus rayos la conciencia de un réprobo.

Y vosotros, solterones entre los treinta y los cuarenta, des creídos y recalitrantes, si habéis sufrido impunemente el fuego cruzado de tantas bellezas; si vuestro corazón frío como la cima del Chimborazo no ha sentido algún benéfico incendio, declaraos de una vez incombustibles y despedíos para siempre de la vida conyugal.

La fría etiqueta y la tirantez en las relaciones, que forman el fondo de nuestras costumbres, desaparecieron por toda una noche para dar lugar al buen humor, á la alegría más comunicativa, á la cordialidad más afectuosa.

Al lucimiento de la fiesta contribuyó más que todo el carácter complaciente, amable, simpático y agasajador de todos los miembros de la familia Sañudo, cuya franqueza y exquisitas atenciones los que asistimos al baile recordaremos siempre con placer.

4. Enfermedades sociales*

I

Cuando se le toma el pulso á nuestra sociedad jamás se la encuentra en estado fisiológico: ó sus pulsaciones abundantes y desordenadas revelan fiebre, ó la escasez de éstas anuncia debilidad y atonía. Pasamos rápidamente del entusiasmo al desaliento y de las revoluciones á la indiferencia. Algunas veces parece que ya entramos con paso firme en el camino de la libertad, de la industria y del progreso social, y cuando el ánimo comienza á lisonjearse con perspectivas de mejora, nuestro carácter débil y poco pertinaz nos lanza en trepidaciones, tumbos y vacilaciones lamentables, y la sociedad torna á esa somnolencia y apatía en que la dejaron los virreyes. La enfermedad que se encuentra hoy más pronunciada en nuestro diagnóstico social es la atonía y el desaliento.

Preguntad al primer liberal que encontréis en la calle ¿qué hay de política?

—Nada, os responderá, indiferencia y cansancio. El pueblo va perdiendo toda pasión por la libertad: el gobierno general se ha ido engullendo una por una todas las regalías de los Estados, sin que ellos digan esta boca es mía. Ni á los acreedores del país ni á los extranjeros se les paga un real, y nadie chista. El gobierno continúa armándose hasta los dientes para defenderse de enemigos fantásticos, vuelve á poner á la moda sables y charreteras, consume estérilmente los recursos nacionales y sin embargo, todo el mundo tolera y calla, y los más atrevidos dicen como Sancho: ni quito, ni pongo rey.

Interrogad á un hombre de negocios sobre la industria, y oiréis jeremiadas de lo bueno.

* Publicado en *El Tiempo*, número 257, de 29 de noviembre de 1859.

—Aquí no puede hacerse nada, os responderá: si le compran á uno no le pagan, y si le pagan es porque no le han dejado un real de ganancia. No hay industria clara ni especulación estable: si se trata de un negocio nuevo los capitalistas esconden su dinero, y si lo dan es á un interés ruinoso. No hay caminos; la llegada del correo es un acontecimiento, y ronto tendremos noticias de Europa por la vía de Quito. Lo mejor es ponerse uno á la capa, conservar lo poco que tiene, y Cristo, con todos.

Preguntad á un cachaco por la crónica.

—Nada de particular, os dirá también. En Bogotá ya no suceden cosas: ni siquiera se puede murmurar porque no hay de qué. Los cinco ó seis casamientos usuales todos los años, ya se verificaron. Nadie se divierte, ni se entusiasma, ni se enamora, ni hace un escándalo. ¡Qué fastidio! ¡qué marasmo! A falta de fiestas, tertulias y de ópera no nos queda más recurso que ir á misa ó al mercado y quejarnos del invierno. Los aguaceros son dueños de la situación. Las lagunas se han convertido en mares y los arroyos en Orinocos. Los patos están de fiesta y las ranas triunfantes. ¡Quién fuera animal acuático!

Los negociantes no tienen fe en los negocios ni en la industria: los patriotas no creen en la libertad ni en el progreso; y hasta las mujeres, crédulas de suyo, ya empiezan á dudar de todo. Que un hombre, después de haber recorrido muchos senderos y agitándose en distintas direcciones, se muestre fatigado; que, después de haber sondeado los arcanos de la vida, dejado girones de su corazón en todas las encrucijadas del mundo y buscado inútilmente la dicha persiguiendo el amor, la ambición, la gloria, se persuada al fin de que todo es vanidad de vanidades y renuncie á la iniciativa y se declare egoísta espectador en el drama social, lo comprendemos perfectamente; pero que un joven en la primavera de la vida, sin haber apurado la copa del dolor ni la del placer, se muestre satisfecho; que sin haber sufrido desengaños se refugie en el escepticismo, y sin haber recorrido ningún sendero, jadeante y fatigado clave su tienda, amarre su hamaca y se acueste á descansar; este joven que renuncia al movimiento y la expansión que ha perdido la fe antes de haber tenido desengaños, y sin combatir se declara vencido, debe poseer un carácter débil y una organización enfermiza.

Este último puede simbolizar la sociedad granadina. Después de la independencia, nuestras dificultades y desgracias apenas serán iguales á las que han rodeado la cuna de casi todos los pueblos. Para detener nuestro desenvolvimiento no se han presentado ni enemigos exteriores, ni invasiones de

bárbaros, ni pestes asoladoras, ni cataclismos naturales de ninguna clase. Sin embargo, nuestra sociedad que nació ayer, en vez de mostrar Confianza, vigor y lozanía, osténtase ya con facciones seniles y camina trémula y vacilante como si fuera caduca. En el terreno de la industria y del progreso no tiene actividad ni valentía para nada: en la vía de la libertad, da hoy un paso hacia adelante y mañana otro vergonzoso hacia atrás. Rodeada de una naturaleza exhuberante, se deja ahogar por sus miasmas en vez de luchar con ella, como el yankee, á brazo apartado; en lugar de desprenderse de preocupaciones que la degradan y de esa vestimenta colonial que la ahoga, como á Hércules la túnica de Deyanira, se aferra todos los días más á sus hábitos absurdos, y con intolerancia brutal amenaza y escarnece á todo patriota inteligente que quiere lanzarla en otra vía, y tiene el valor de mostrarle sus llagas.

II

Los españoles, después que acabaron su labor de asolar pueblos y saquear continentes, se entregaron á una pereza insólita. Cruzaron los brazos, y se pusieron á dormir siesta mientras los pueblos industriales, enviándoles artefactos que ellos no querían producir, les arrebatában el oro que habían pillado en América. Las naciones vecinas adelantaron en el arte de la guerra, y quitaron á los tercios españoles su fama de invencibles. La liga de los pueblos protestantes los arrojó de Alemania, y el espectáculo del espíritu humano emancipado hizo rugir de cólera impotente al fanático Felipe II. En vez de seguir la Europa en sus evoluciones de progreso, por el camino de las ciencias y de la industria, el pueblo español levantó monasterios y se refugió en las iglesias. Los judíos y los moros eran los únicos que trabajaban en España, y los hidalgos, no pudiendo sufrir esa piedra de escándalo, los arrojaron lejos de sus playas. Su ociosidad no era absoluta: asistían á comedias de capa y espada y á plazas de toros, leían libros de caballería y quemaban herejes.

Estos guapos chapetones y sus interesantes costumbres fueron el origen impuro de nuestra enfermiza sociedad. Soldados ignorantes y feroces, golillas ávidos y embrollones, clérigos fanáticos, después de allegar oro en nuestras comarcas con impaciencia febril, se pusieron á formar remedos de naciones. Cada una de estas clases inoculó una epidemia en nuestras costumbres: los soldados, el gusto por los gobiernos fuertes y el desprecio por las garantías civiles: los golillas, la chicana, los enredos y la pasión por pleitos interminables;

y los clérigos, la intolerancia y el fanatismo, que habían bebido en la inquisición y en los monasterios españoles.

Pereza, fanatismo, intolerancia, hipocresía: he aquí el cuadrilátero de vicios que, para oponerse al progreso y á la civilización, dejaron en nuestro país los españoles.

Nosotros no hemos dado nunca importancia cardinal á la cuestión política. Bajo todos los gobiernos, con tal que haya seguridad para la industria y alguna libertad civil, la sociedad puede marchar sin dificultades ni embarazos. Si las garantías y la libertad son completas, tanto mejor; pero tenemos el ejemplo de muchísimos pueblos con instituciones menos avanzadas que las nuestras, donde hay riqueza, bienestar y dignidad; al paso que entre nosotros la sociedad se muere de consunción y de atonía.

El mal está en nuestras costumbres. Estas en política, en religión, en industria son mezquinas y absurdas.

¿Qué se adelanta con hacer buenas leyes si no se ejecutan; con formular constituciones liberales, si no hay patriotismo ni honradez en los encargados del poder público ¿De qué sirve la libertad de la prensa si las masas no quieren leer, y si carecemos de opinión pública y de un pueblo digno que reclame y sostenga sus derechos? El sufragio universal la más alta conquista que haya podido hacer la democracia, no es sino una farsa que hacen representar á la multitud degradada por la ignorancia y la miseria. La federación, llamada á simplificar y resolver todas nuestras dificultades políticas y económicas, ha venido á ser una burla por falta de honradez en el Gobierno y de valor en los Estados. El espíritu de partido y de bandería ha falseado tanto la moral pública, que se ha perdido toda idea de lo justo y de lo injusto, de lo verdadero y de lo falso, con tal que se trate de hacer daño á nuestros adversarios ó favor á nuestros amigos. Se ha puesto de moda en política una moral insensata, que consiste en estar con los nuestros con razón y sin ella; y los gobernantes violan con igual cinismo tanto su palabra de caballeros, como su juramento de cristianos.

¿Cómo fundar la República y consolidar la libertad con semejantes pueblos y semejantes costumbres?

Nuestra pereza importada de Iberia continúa al orden del día. Da grima ver los adelantos hechos durante la República. Se ha sembrado pastales y hay un poco más de agricultura; pero éste es resultado forzoso del aumento de población y de consumo. La única industria de alguna importancia que se ha

creado en el país es la del tabaco, debida al carácter tenaz y emprendedor del señor Francisco Montoya; pero este ciudadano, tan distinguido por su genio industrial como por su carácter elevado y filantrópico, después de esfuerzos heroicos tuvo que sucumbir, arruinado en gran parte por los usureros y por la guerra mezquina y desleal que le hicieron muchos capitalistas del país.

Muéstrenos un camino de alguna importancia, un puente, un banco, una penitenciaría, algo que manifieste actividad, energía y progreso después de la independencia. Hay poblaciones, y territorios inmensos, donde en veinte años no se ha construido una habitación ni derribado un árbol. Algunos Estados, al paso que van, dentro de pocos años sólo contendrán parcialidades errantes, fuera de la vida civil. Y de esta pereza transfundida en nuestra sangre brotan como de una fuente impura infinidad de vicios perniciosos. La afición á la usura, en último análisis, no es sino la pereza española aplicada á los negocios. Todos los que por cualquier medio consiguen algún capital se refugian en ciudades y se entregan á las delicias del agio. La usura suprime los viajes, las fatigas, el sol, el trabajo, el pensamiento: sin riesgo y sin esfuerzo gana de día y de noche, gana siempre. Como el interés es tan alto y la especulación tan fructuosa, ningún usurero la abandona para lanzar su capital en especulaciones nuevas, que pudieran abrir al país fuentes de riquezas. Pagando interés tan subido, apenas el esfuerzo de casi todos los ciudadanos que trabajan con dinero á rédito alcanza para cubrir sus créditos después de henchir las cajas de los Harpagonos perezosos. Estos caballeros absorben todos los esfuerzos de la industria, y van formando callandito un feudalismo poderoso.

De esa repugnancia á la fatiga y al movimiento nace también la abundancia de tenderos y menudeadores, ocupados en oficios de mujeres, y la falange de rábulas y abogados, que viven de embrollos y de enredos; también el juego, el petardo y la corrupción de nuestras ciudades. De esta pereza por una parte, y de la avidez de goces por otra, surgen naturalmente en las grandes poblaciones la prostitución y el crimen.

La intolerancia y el fanatismo religioso son todos los días más exagerados y agresivos. Nosotros, como nuestro ilustre amigo el señor Murillo, no discutimos el catolicismo. Con tener por fundador á Jesucristo y por base el Evangelio basta para que nos inclinemos delante de él. Pero lo decimos en alta voz: el clero granadino, en su generalidad, no ha imitado á Jesucristo ni ha comprendido el Evangelio. En un país nuevo y en pueblos candorosos y sencillos, la Iglesia, que oye todas las palpitations de la sociedad y sigue pa-

so á paso la vida del hombre, hubiera podido ejercer la más santa y benéfica influencia.. Ella, ligada con la libertad, podría haber redimido al pueblo de su crasa ignorancia, difundido ideas generosas, sentimientos elevados, purificado las costumbres, fundado la moral pública. Pero en lugar de ponerse á la cabeza del pueblo para levantarlo y protegerlo, siguiendo la rutina española y las tradiciones romanas, una gran parte del clero se ha entregado á la vida estéril y ociosa de los conventos, y la otra á explotar preocupaciones y á buscar dinero, embruteciendo al pueblo en vez de enaltecerlo. Algunos pastores conocemos llenos de amor por sus semejantes, pobres, de vida humilde y corazón puro, cuyas virtudes nos inspiran el mayor respeto pero éstos son por desgracia honrosas excepciones.

Y como si el catolicismo no fuese una institución muy poderosa, base de nuestras costumbres y consustancial con nuestra vida, todavía el clero tiembla delante de la débil competencia de un pobre ministro protestante, y azuza las iras populares contra las manifestaciones públicas de cualquiera otra religión. ¡Cuándo tendremos inmigración, industria y capitales extranjeros con esa intolerancia salvaje! Que el clero beba á grandes tragos en la purísima fuente del Evangelio, y lleve á todas las clases las elevadas enseñanzas de este libro divino, que renuncie á la codicia, á la concupiscencia, á las vanidades y ambiciones humanas: que sea el maestro de los ignorantes, el amigo de los pobres, el consolador de todos los dolores, y, conquistando con sus virtudes la veneración pública, deje que levanten templos protestantes, mezquitas y sinagogas.

Nuestras costumbres hipócritas y gazmoñas oponen también dificultades al progreso de las artes y la literatura, y á las discusiones científicas y sociales. Un periódico de medicina que analizará ciertas enfermedades de que al pueblo conviene precaverse, estudios de costumbres que expusieran con franqueza las llagas sociales, serían imposibles entre nosotros, merced á esa pudicia mentirosa del público. Y si esta susceptibilidad respecto á la palabra escrita emanara de inocencia de corazón y de verdadero pudor, sería una delicadeza que nosotros respetaríamos ; pero todo es falsedad y apariencias: los mismos y las mismas que estilan conversaciones, las más libres, y cometen acciones de una moralidad hipotética, y devoran con deleite pecaminoso novelas francesas obscenas y calenturientas, al ver una pintura que no está vestida hasta los ojos, á un artículo de costumbres que revele con sinceridad los vicios groseros de la sociedad y el desarreglo de las pasiones humanas, se ruborizan como jóvenes vestales, y se apandillan para gritar ¡escándalo! Se nos parecen á esas ladys

inglesas que, después de pasar la noche en brazos de un amante, se tapan los oídos al oír la palabra *calzones*.

Si alguien trata una cuestión religiosa, ó discurre sobre las costumbres del clero, aunque no toque al dogma ni á Dios, al momento los fanáticos y, la turba-multa de fariseos gritan escándalo ¡sacrilegio!

Si un economista ó un filósofo, por amor á la humanidad y animado de las más rectas intenciones, anuncia alguna teoría que se separe, de las rutinas tradicionales, en vez de probarle que está equivocado y entablar con él una polémica decente, escudriñan su vida privada, y le prodigan insultos, y arman escándalo, y le gritan que es corrompido, ladrón ó comunista.

Escribid que los conservadores representan los principios tutelares de la religión y de la familia, que el clero granadino es inmaculado, que los filósofos del siglo XVIII fueron bandidos, que los gobiernos fundados sobre la fuerza son excelentes, las vírgenes del Funza una maravilla y nuestra sociedad una Arcadia, y os dirán que sois una lumbrera. Escribid pamplinas y todo el mundo estará contento.

Nosotros creemos que ni á los hombres, ni á las mujeres, ni á los pueblos, ni á los gobiernos les conviene la adulación. Somos mejores amigos de las mujeres diciéndoles verdades austeras, que pulsando la lira para incensarlas con endechas y madrigales. Nuestra sociedad no es enteramente compuesta de corderos para arrullarla con los sonidos del caramillo y la poesía bucólica. Delante de un público tan asustadizo y de tan exagerada gazmoñería, en nuestra calidad de humildes escritores de costumbres hemos pasado fatigas infinitas con la pluma en la mano, no por falta de cosas qué decir, sino meditando lo que debíamos callar. Tenemos pues que la libertad de imprenta está escrita en las leyes, pero no existe en las costumbres.

5. La juventud su posición en la Nueva Granada *

La inteligencia y la energía de voluntad gobiernan el mundo. En los países bárbaros como en las naciones ilustradas, en las monarquías como en las Repúblicas, en la tribu ó en el clan, este principio puede sufrir algunas modificaciones por las costumbres ó las leyes, pero ofrece regularmente el mismo resultado. Como la inteligencia y la voluntad dan fuerza, casi puede decirse que la fuerza significa inteligencia y voluntad. Muéstrenos un país gobernado por la debilidad y la ignorancia. Resalta por de contado más esta verdad en los pueblos que son regidos por instituciones liberales, porque allí pueden escalar las alturas sociales todos los talentos distinguidos, y manifestarse á la luz del sol toda idea de progreso, todo carácter generoso. En los países despóticos, también los más inteligentes son los que vienen á ejercer el despotismo. Hasta en el Oriente, en esa región del sable y del veneno, en que hay tanta luz en la naturaleza y tan densas tinieblas en los pueblos, en el Oriente, decimos, siempre que se presenta algún hombre arrojado y entendido, las turbas ignorantes lo ponen á su cabeza y le dan el dictado de señor.

Díganlo si no Mahoma en los siglos pasados, y en nuestros tiempos Mehemet-Alí, que, nacido de oscura condición en una pequeña ciudad de Macedonia, consiguió, sin más auxiliares que su genio, ahuyentar del poder á todos sus rivales de ambición, destruir á los mamelucos, enseñorearse de Egipto, conquistar a Siria y hacer vivaquear sus soldados victoriosos casi á las puertas de Stamboul.

* Publicado en *El Neo-Granadino*, número 129, de 15 de noviembre de 1850.

Lo antedicho sería una vulgaridad si no tendiese á reflejar una consecuencia lógica, una verdad incontestable. En los países republicanos como el nuestro, en que no predominan la aristocracia con sus privilegios, ni los pretorianos con su sable ¿quiénes son los que teniendo la fuerza y la inteligencia están llamados á gobernar la sociedad? La juventud, decimos nosotros, la juventud que tiene bastante sangre en las venas para no ahorrarla el día de los peligros, bastante calor en el corazón para no enfriarse con el contacto de la indiferencia y con los hielos del egoísmo, bastante vida por delante para que, desdeñando el tiempo presente y los goces de la actualidad, arrastre sin temor los trances de lo desconocido, caminando hacia adelante con la vista puesta en lo porvenir, como el águila sube á los cielos mirando fijamente el sol.

Los hombres de frente arrugada y corazón gastado, no están llamados á ser hombres de iniciativa ni de progreso. Además de que el escepticismo, epidemia moral de las almas usadas por el mundo, seca en ellos la fuente de las creencias sinceras y de las convicciones ardientes, los invade el amor al *statu quo* y á los *comfortables* materiales, y el cariño por las sillas poltronas. También en nuestros climas, en que es tan precoz la adolescencia y tan fugaz la juventud, cuarenta años significan más que sesenta en la zona templada; y estando todo por crear, costumbres, legislación, literatura, industria, son mejores servidores de la sociedad los que la empujan, que aquellos que la quieren estacionaria; más útiles los hombres de progreso que los hombres conservadores. Así pues, donde se detiene la generación pasada por tímida ó impotente, se presenta la juventud á quien le sobra audacia, inteligencia y buena voluntad, á continuar, el movimiento de civilización, que no puede pararse entre los pueblos.

Bajo la dominación represiva y apagadora del partido conservador, la juventud, hostilizada por sus planes de estudios llenos de leyes suntuarias, de trabas embarazosas y de ofensivo desdén, tuvo que resignarse á esperar mejores tiempos, preparándose para ellos con meditaciones graves y estudios obstinados. El partido conservador manifestó ignorar por su indiferencia con los jóvenes, que en las luchas de propaganda y en los torneos de la inteligencia, los hombres nuevos llevan lo mejor, por sus convicciones y su energía; y también que el día de las zambras populares la juventud se dueña de la situación, porque entonces los sabios, los académicos y los hombres fríos son impotentes al lado de la pasión, que es soberana. Bastaría lo que acabamos de exponer para manifestar lo estéril de la política del partido conservador, y los pocos alcances de los que se titulan sus pro-hombres. Pero aleccionados por

la experiencia, y viendo que la juventud es una oleada imposible de contener, han querido, aunque tarde, oponer jóvenes á jóvenes, ó incrustar en sus filas decrepitas y cansadas gente decidida y corazones apasionados. De aquí los esfuerzos que han hecho para reclutar unos pocos jóvenes, con los cuales se instaló la Sociedad *Filotémica* el 28 del pasado, en la antigua quinta de Bolívar. Al hablar de esta Sociedad lo haremos con respeto: á todo señor todo honor. La mayor parte de los discursos que se pronunciaron allá fueron mesurados, elocuentes y patrióticos: el lenguaje del Presidente fué noble y digno, exento de alusiones personales y de invectivas de partido. El señor Zamorra, con un discurso elocuente y apasionado, arrancó justos y merecidos aplausos. Qui-siéramos no olvidase cuánta nobleza hay en los pueblos democráticos, cuando á él, hijo de las clases desamparadas, le abren el camino de las eminencias sociales, y le aplauden y le coronan porque es inteligente.

Abundamos sobre todo con los jóvenes filotemicos, en el respeto con que hablaron de Bolívar y en los honores que prodigaron á su ilustre memoria. Los que recibieron agravios del Libertador y estuvieron en contacto con su política, que lo odien; nosotros le conservaremos gratitud, pues sólo le debemos beneficios. Creernos que á la juventud actual toca la noble tarea de sacar del polvo con la pluma nuestros grandes nombres olvidados, y poner en relieve todas nuestras glorias nacionales. El culto de lo pasado cuando es racional es el más bello de los cultos, porque nada puede esperarse de los muertos, y no presupone ninguna consideración mezquina de interés, una lágrima que se derrama sobre una tumba á una corona de laurel que se pone sobre una estatua.

Y qué las glorias que reflejaron sobre nuestra patria, la vida fructuosa del Libertador y sus hechos valerosos ¿podrán olvidarse por algunos momentos de debilidad, demasiado expiados con sus desgracias posteriores y su muerte solitaria? La gratitud ó el olvido con que se recompensa á los desinteresados servidores de la patria, aunque hayan cometido algunas faltas, es el toque para calificar un pueblo de generoso á miserable. Los franceses republicanos admiran á Napoleón á pesar de que para luchar con la Europa coligada y humillar á la señora de los mares, hubiese tenido que absorber las individualidades en un inflexible despotismo, y ahogar la democracia en sus brazos de gigante. Pero ellos recuerdan que ese hombre fué el pacificador de las facciones, el creador del código civil, el héroe de Austerlitz y de Marengo, y el que destruyó de una vez para siempre en Europa el respeto por las tradiciones aristocráticas y la adoración por las viejas monarquías, haciendo á sus soldados mariscales

y arrojando coronas sobre la cabeza de los hijos del pueblo. ¡Acaso tenemos pocos hombres pequeños para olvidarnos de los hombres grandes! Bolívar será siempre para nosotros la figura culminante que ofrece la historia americana, y nada podrá agostar sus laureles de cien victorias, ni desvanecer su triple aureola de guerrero, poeta y estadista. ¡Loor eterno á sus glorias inmortales! ¡Paz á su sombra venerable!

Después de esta digresión á que no hemos podido resistir, permítasenos hacer algunas observaciones sobre la contradicción que se encuentra entre los principios liberales de los jóvenes *flotémicos* y la bandera conservadora bajo la cual se han afiliado.

Resulta de sus discursos que son enemigos de la esclavitud, del fanatismo, de las contribuciones desiguales que amargan la vida de los pobres, y de los ataques contra la libertad de imprenta.

Ahora preguntaremos á estos señores ¿no es el partido liberal quien ha combatido siempre en la tribuna por la prensa en favor de la redención de la humanidad, execrando es infame comercio de carne humana, que es tan del gusto de algunos negociantes conservadores del Sur de la República? ¿Cuál otro es si no el partido conservador quien gruñe constantemente contra las contribuciones directas, que deben redundar en beneficio de la clase menesterosa, y defiende con una obstinación salvaje los derechos de estola, los diezmos y primicias contribuciones que hacen pagar al pobre por la desgracia de nacer, y lo explotan desde la cuna hasta el sepulcro, desde el bautismo hasta el entierro? ¿Acaso es el partido liberal, quien llamado impíos á todos los que no gustan de genuflexiones y de hipocresía religiosa, ha querido envolver el país en una guerra civil, por sostener frailes carlistas, proclamando la aristocracia de las camándulas?

En fin, ¿queréis libertad de imprenta? Leed los periódicos de vuestros maestros, que circulan por todas partes libremente, y convenid en que no hay uno solo que no pudiera llevarse con suceso delante de un jurado, si gobernara una Administración intolerante. Y creemos no habréis olvidado el día en que el doctor Murillo se presentó delante del Senado, y en una improvisación rápida y brillante, digna de mejores tiempos y de asambleas más republicanas, pidió, aunque en vano, la completa libertad de imprenta, en obsequio de los partidos vencidos y en nombre de la independencia del espíritu humano.

¿Qué diremos de la *Escuela Republicana*? Esta Sociedad resume todas las ideas, todos los sentimientos, todas las esperanzas de la juventud granadina.

El que, habiendo asistido á la sesión del 30 del pasado, no haya comprendido en las palpitaciones eléctricas de esa generosa juventud cuánta fuerza contiene semejante vitalidad: el que no haya leído sobre esas frentes altivas y republicanas, quiénes son los dueños del porvenir, debe estar completamente ciego ó furiosamente obcecado. Esos jóvenes desde lo alto de la tribuna *sin temor y sin reproche* como el caballero Bayardo, proclamaban en prosa en magníficos versos los principios civilizadores y fecundos del partido liberal, realzados con el lujo pintoresco de sus palabras y el varonil acento de su voz.

Al fin de la sesión ocurrió un incidente que dejaremos consignado en este artículo, no por la significación que pueda tener en Bogotá, sino por la narrativa que de él harán en las provincias las cartas y los periódicos de la oposición. Habiendo, por una condescendencia del Presidente de la Escuela Republicana, dejado subir á la tribuna sin ser socio al señor Francisco Morales Montenegro, éste, en un raptó que llamaremos de locura, pues sabemos que no tiene mal corazón, dijo: *que si querían aborcar al Arzobispo, él sería el verdugo*. Está por demás, digamos, que el ciudadano Presidente de la República, los socios, la barra, todo el mundo rechazó con horror esas manifestaciones sangrientas, esas palabras insensatas.

Resumiendo nuestros pensamientos: la juventud es la porción más enérgica, más inteligente y más generosa de la sociedad granadina. De aquí sus derechos incontestables á mezclarse en las cosas públicas, y á tomar la iniciativa en las reformas sociales. Tiene la fuerza que dan el desinterés, las convicciones sinceras y la fe en la marcha progresiva del hombre hacia sus destinos excelsos. Su misión es fundar entre nosotros la República sin demoler la sociedad; y respetando todos los derechos legítimos, todas las desigualdades naturales, procurar, no que bajen los que están arriba al ras de la multitud, sino que ésta, á favor de la libertad de industria, de leyes filantrópicas y de conocimientos vulgarizados, pueda sentarse en el banquete de la civilización, obteniendo goces en nombre de su trabajo, y participación en el Gobierno á nombre, de su inteligencia.

Nosotros, aunque sin muchos años, ya vamos sintiéndonos cansados, bien sea por decepciones amargas que marchitan precozmente el corazón, ó por esa influencia tropical que se lleva la juventud antes de tiempo. Considerándonos impotentes para seguir á los jóvenes de hoy en su rápida marcha progresiva, nos contentaremos con hacer votos porque sean fructuosas sus tareas, deseándoles buen viaje en su camino hacia lo porvenir, con esa alegría

mezclada de tristeza con que decimos adiós á nuestros amigos en las playas del océano, cuando se embarcan en busca de aventuras gloriosas y de comarcas más afortunadas.

Alejandro López

Alejandro López (1876-1940)

Nació en Medellín en 1876; en 1899 se graduó de Ingeniería Civil en la Universidad de Antioquia, y en 1908, de Ingeniería de Minas en la Escuela Nacional de Minas. *El paso de la quiebra en el ferrocarril de Antioquia*, su tesis de grado, previó el túnel, que se construyó 30 años después, como la más rápida y eficaz salida al río Magdalena. También publicó *Nociones de cianuración*, un tratado para mineros, y *El benequén y otras plantas fibrosas*, donde expuso que cualquier tecnología traída del exterior debía ser adaptada a las condiciones sociales y culturales de Colombia.

Patentó una hiladora y un prototipo de máquina para descorticar la cabuya (desfibradora). Todos sus estudios fueron impulsados por un ímpetu modernizador que aplicó a Antioquia (departamentalización de los servicios públicos, el ferrocarril de Amagá) y luego, en 1924, desde Londres, donde abrió una oficina de ingeniería y se involucró en misiones oficiales, como la nacionalización de los ferrocarriles de Girardot y la unificación de la deuda externa. En 1927 fue nombrado agente fiscal en Europa, y en 1930, cónsul general en Londres.

Publicó *Problemas colombianos y El trabajo*, sobre economía colombiana, y *El desarme de la usura: la depresión económica, sus causas y posibles remedios*, sobre la crisis del desempleo durante la Gran Depresión desde la visión colonial-periférica. Volvió a Colombia para ocupar la dirección de la Federación Nacional de Cafeteros. Murió en 1940, en Fusagasugá, Cundinamarca.

1. El fin del *laissez-faire*, (1931)*

A fin de economizar exposición me he permitido en estos días remitir a usted por correo un librito titulado *The End of Laissez-faire*, cuyo autor es el Profesor John Maynard Keynes, de la Universidad de Cambridge, autor de varias obras económicas bien conocidas, experto económico de la Gran Bretaña en la Conferencia de Versailles, cuyo liberalismo está fuera de toda discusión. Bastaría recordar aquí que fue este economista quien dirigió la investigación que hizo en días pasados el partido liberal inglés a fin de establecer el programa agrario e industrial de ese partido. El librito es un resumen de dos conferencias dictadas por el Profesor de Economía Política de la Universidad de Cambridge en otras Universidades, la de Oxford y la de Berlín. En ese volumen se hallan reunidas informaciones y argumentaciones que el estudioso encontraría en una literatura demasiado extensa para tenerla a mano. Se explican allí las fuentes y corrientes de opinión que concurrieron a hacer de ese principio un dogma popular y comprueba esta tesis, que es lo que viene al caso: que el *laissez-faire* no es doctrina que haya sostenido ningún economista de mérito.

“La frase *laissez-faire* no se halla en las obras de Adam Smith, Ricardo o Malthus. Ni aún la idea se presenta en forma dogmática en esos autores. Adam Smith era, desde luego, librecambista y se oponía a muchas restricciones del comercio en el siglo XVIII, pero su actitud respecto a las leyes sobre Navegación y Usura muestran que no era dogmático. Aun su párrafo sobre “la mano invisible” refleja más la filosofía que va asociada al nombre de Paley que la del dogma económico del *laissez-faire*. Como lo han indicado Sidwig y

* Tomado de: López Alejandro, 1931, *Idearium Liberal*, París, Ediciones La Antorcha, p. 160-169.

Cliff Leslie, la aceptación de Smith del “obvio y sencillo sistema de la libertad natural” se deriva de su concepto deísta y optimista del mundo, ya enunciado en su “Teoría de los Sentimientos Morales”, más bien que de sus teorías sobre “Economía Política”. *Keynes afirma que aquella frase fue empleada por primera vez en inglés por Franklin y recuerda la frase de Bentham, en que pone en boca de los agricultores y comerciantes la modesta contestación que dio a Alejandro de cínico Diógenes: “Que no me quites el sol”, como única petición al Estado.*

La frase, según Keynes, hizo carrera en manos de divulgadores como Bastiat y señoras escritoras inglesas, que cita textualmente: “Desde el tiempo de John Stewart Mill los economistas de autoridad han reaccionado duramente contra tales ideas. Difícilmente se encontrará un economista de buena reputación, como lo ha dicho el Profesor Cannan, que intente un ataque de frente contra el Socialismo en general; aunque, como él mismo agrega, casi todo economista, sea bien reputado o no, encuentra lagunas en la mayor parte de las proposiciones socialistas. Los economistas no tienen ya lazo de unión alguno con las filosofías teológicas y políticas que dieron nacimiento al dogma de la Armonía Social, y sus análisis científicos no los llevan a esas conclusiones. Cairnes, en su Conferencia de Introducción a “La Economía Política y el Laissez-faire” (Universidad de Londres, 1870) fue sin duda el primer economista ortodoxo que lanzó un ataque frontal contra el laissez-faire en general. “La máxima del *laissez-faire*, declaraba, carece de base científica alguna, y es una simple regla práctica muy manual”. “Durante los últimos cincuenta años —agrega el profesor Keynes—, éste ha sido el punto de vista de los principales economistas”.

Esto último viene a confirmar la tesis sentada antes por este servidor, de que el doctor Eastman se alimenta de enseñanzas y dogmas de la primera mitad del siglo pasado, pero sí alguna duda quedare al respecto se puede desvanecer con este otro párrafo del profesor liberal a que vengo refiriéndome:

“Por consiguiente, trazo la unidad peculiar de la filosofía política popular de la centuria pasada por el éxito con que supo armonizar diversas y encontradas escuelas, uniendo lo que convenía a un mismo fin. Se descubrió de Paley y Hume, Burke y Rousseau, Godwin y Malthus, Cobbett y Huskisson, Bentham y Coleridge, Darwin y el Obispo de Oxford estaban predicando prácticamente lo mismo, el Individualismo y el *Laissez-faire*. Aquello era la Iglesia de Inglaterra y éstos eran sus apóstoles, en tanto que la compañía de

economistas estaba allí para probar que la menor desviación de impiedad implicaría ruina financiera”.

Y como cada cual ha de cargar con las responsabilidades consiguientes a sus opiniones, sobre todo si han sido tan desenfadadamente expresadas como las de estadista colombiano a que vengo refiriéndome, justo es completar estas frases con la que agrega el profesor de Economía de Cambridge:

“Un estudio de la historia de las opiniones es preliminar indispensable para la emancipación de la mente. No sé qué hace a un hombre más conservador, si no conocer sino el presente o no conocer sino el pasado”.

También se puede afirmar sin temor de una contradicción formal que el *laissez-faire* no es dogma del liberalismo universal, ni del liberalismo colombiano, ni lo fue nunca. Sostener lo contrario es incurrir en el prurito —bien manifiesto en otros órdenes de ideas— de tener como principios definitivos el grito de los grupos extremos; es darles a Bentham y a Spencer una importancia política que no tuvieron ni en su tierra. A dicho de autores connotados, estos dos personajes tuvieron más autoridades en Centroamérica que en Inglaterra; que fue exactamente lo que pasó con Lord Byron.

Escuelas filosófico-políticas como el Radicalismo o económicas como la de Manchester son fenómenos históricos destinados a producir efectos dados, confluencias de opiniones que se enfrentan a estados de cosas especiales y luego decaecen como pasa con todo lo terreno, sin quedarse flotando al través de las edades y a lo largo del espacio como si fueran evangelios. Culminan en un período determinado encarnadas en hombres representativas y de carácter como James Mill, Macaulay, Cobden y Bright, más no hay que confundir las influencias encauzadoras del espíritu liberal en el momento dado con la corriente misma, que sigue el curso de sus destinos.

Sería absurdo sostener hoy que los principios e hipótesis abstractas en el que se apoyaron aquellas escuelas hubieran resistido indemnes y sin desgastes la erosión constante de los hechos posteriores, de la invención, de los descubrimientos y de las teorías que surgían de otros sectores al diferenciarse las ciencias durante todo un siglo. Queda dicho que uno de los postulados fundamentales de esas escuelas era la identidad natural entre los intereses particulares y los generales; a medida que se ha ido desmoronando esa hipótesis se ha ido robusteciendo la opinión del lado del Socialismo o, por mejor decir, del *societismo* como teoría contrapuesta al individualismo que rechazaba la injerencia del Estado en todo lo que no fuera seguridad y defensa, y con-

sideraba un robo que se destinasen las contribuciones a procurar la armonía del orden natural, en las excelencias de la libre competencia que conduce a la supervivencia del más apto y a la selección natural de las empresas. La armonía hay que hacerla, y la competencia ruinosa y desperdiciadora está siendo reemplazada por la cooperación.

Dejando a un lado la actividad empresarial del Estado para la producción de servicios públicos, como energía, distribución de agua potable, redes telefónicas, mercado, ferias, etc., en ningún otro sector podrían considerarse más impertinentes las injerencias del Estado que en la organización industrial. Pues bien, en esa esfera viene interviniendo el liberalismo inglés desde los tiempos de mayor auge del radicalismo. En tanto que el Estado colombiano ha sido impotente o incapaz de prohibir el pago en género a los obreros —medida que vengo reclamando hace tiempo— los liberales ingleses inscribieron esa prohibición en el Estatuto hace casi cien años, lo mismo que en Francia. Las leyes sobre inspección de fábricas y minas datan en Inglaterra desde 1833. Desde entonces viene estableciéndose la jornada máxima por ley e imponiendo condiciones sanitarias y de seguridad para los obreros. Con poca oposición de los partidarios del *laissez-faire*, establecieron desde entonces los liberales la inspección de fábricas, que reorganizaron tan bien que los mismos Inspectores venían a dar informes y datos para perfeccionar las leyes sobre trabajo. En 1880, bajo el aguacero de críticas de Spencer y sus pocos secuaces, el liberalismo inglés estableció el derecho de los trabajadores a recibir indemnización por los accidentes del trabajo. No hablo de la maravillosa red de seguros establecidos para proteger al obrero y despejarles inseguridades, porque eso se hizo en este siglo y se va a calificar de verdadero socialismo.

Ya es, por supuesto, cosa de otros siglos la destrucción teórica de la pretendida igualdad para contratar entre el patrono y el obrero; el partido liberal primero y todos los partidos más tarde, están acordes en interponer la acción del Estado para restablecer la igualdad. Con esa sola infracción había venido a tierra el famoso dogma.

No menos importante ha sido la intromisión de gobiernos liberales para poner coto a las compañías y regular su actividad. Las leyes de 1923, para regular la industria bancaria e impedirles que siguieran suicidándose por el abuso del crédito que explota y de la confianza pública, que no es patrimonio del banquero sino de la comunidad; la dictadura de la Superintendencia Bancaria que nos ha sido tan beneficiosa; todas esas leyes colombianas que

salieron al fin contra la encarnizada oposición del doctor Eastman, son nada comparadas con las regulaciones bancarias establecidas por los liberales ingleses desde mediados del siglo pasado. Tampoco se anduvo corto el liberalismo inglés en reglamentar la actividad de las compañías productoras de servicios públicos, hasta asumir el monopolio de telégrafos, y sometiendo a los ferrocarriles a un control estricto en cuanto a tarifas. Otros servicios, como el de los docks, los puso bajo el manejo de fideicomisarios públicos y se gobiernan sin la acción de la política. ¿No fue, pues, Gladstone el estadista liberal quien desde 1844 abogaba por la nacionalización de los ferrocarriles? Fue el liberalismo el que estableció las Juntas de Trabajo (*Trades Boards*) para fijar los salarios en cada industria y en cada región. “Y el partido que inventó y aplicó este principio —dice Ramsay Muir, uno de los publicistas liberales más prominentes hoy— no puede decirse con semblanza de razón que esté adherido a los doctrina del *laissez-faire*”.

En otra parte dice el mismo autor: “El partido liberal ha estimulado el desarrollo de las empresas municipales por medio de numerosas leyes. En suma, ha mostrado que dispone de métodos variados de manejo industrial y que, lejos de estar rígidamente adherido al *laissez-faire*, ha estado dispuesto a emplear el poder del Estado en la reorganización de cualquier empresa necesaria para el bienestar público, cuando la iniciativa privada se ha mostrados incapaz de dar buen resultado”.

No dejaré a este autor sin citar otro párrafo de un libro “Política y Progreso”:

“Es verdad que en el partido liberal ha habido un grupo que ha mirado con arraigada sospecha toda medida que implique intervención del Estado en la industria como una invasión a la libertad. Este elemento ha sido en veces muy poderoso, especialmente en la mitad del siglo pasado, cuando contaba entre los suyos a Cobden y Bright. Sin embargo, la opinión que identifica al liberalismo con el *laissez-faire* es falsa. Gladstone decía la verdad al sostener que el *laissez-faire* no había hecho parte nunca de la doctrina liberal. Los inflexibles oponentes de la acción del Estado han sido una minoría, aunque en veces minoría influyente, en el partido liberal. Es un hecho demostrable e irrefutable que las principales intervenciones del Estado en asuntos industriales, desde la revolución industrial, a fin de proteger al trabajador contra el excesivo poder de quienes lo emplean, han sido obra de la política liberal”.

Abra usted ahora su Hobhouse, “Liberalismo”, y encontrará páginas como ésta:

“De tal manera que el liberalismo, cuando confronta los hechos, a formar a muy poca distancia del Socialismo. De nuevo hemos encontrado que a fin de mantener la libertad individual y la igualdad tenemos que extender la esfera de control social. Pero para realizar los principios del liberalismo, alcanzar la libertad social y una igualdad viviente en los derechos tenemos que ir más lejos aún. No podemos asumir que ninguno de los derechos de propiedad sea axiomático. Debemos ver cómo obran y considerar cómo afectan la vida de la sociedad...”.

Ya ve usted, mi amigo Nieto, que no estamos mal respaldados, apoyándonos en cien años de liberalismo inglés. Y por lo que se me alcanza del pasado liberal colombiano, allá también ha habido, como en Inglaterra, una minoría muy influyente que se apoya en aquel dogma, con tendencias marcadas a excluir o excomulgar a los liberales que no sean *leseferistas*.

Por si el doctor Eastman redarguyere con uno de sus sarcasmos acostumbrados que precisamente por eso el liberalismo inglés se está acabando se le podría contestar: al contrario, fue por haberse dejado influenciar demasiado por esa minoría por lo que no está hoy tan pujante el partido liberal como en el tiempo de Gladstone y otros líderes. Lo que agostó a la larga al liberalismo inglés fue su excesivo entusiasmo por el empresismo industrial. Tuvieron demasiada fe en el progreso industrial como instrumento de libertad. Edificaron una economía nacional sobre los escombros del trabajo independiente del campesino y del artesano, creyendo contrarrestar sus malos efectos con el abaratamiento de los productos. Sin dejarse arrastrar por la minoría que reclamaba la no injerencia del Estado en la economía nacional, y rompiendo a cada paso el dogma del *laissez-faire*, el partido favorecía deliberadamente a los empresarios agrícolas e industriales, en quienes apoyaba su política, siendo de orden secundario sus cuidados por la parte más débil de la sociedad, niños, mujeres y obreros, cuya causa era predominante para el socialismo naciente. Durante todo el siglo pasado son muy pocos los que se han sustraído a la teoría de que cualquier restricción al empresario hiere inmediatamente al obrero, lo que conduce a esta hipótesis que ha sido elevada a la categoría de principio indiscutible: el mejor medio de favorecer a los obreros y de procurarles bienestar es rodear de garantías y de prerrogativas al empresario. Esto es, el

bienestar de las clases inferiores se viene buscando indirectamente, mientras que el laborismo, el socialismo y el comunismo lo persiguen directamente. Parece que el partido liberal inglés tardó demasiado en comprenderlo, y mientras tanto la masa obrera tuvo que formar con un partido que ofrecía cuidar directamente y como cuestión predominante de sus intereses.

Que es precisamente lo que quiero evitarles al partido liberal colombiano. Todavía es tiempo de que el poder organizado, es decir el Estado, ejerza su acción en el sentido de defender, ayudar y proteger el trabajo independiente, en lugar de lo que se ha venido haciendo, por la inercia del Estado o por falta de poder directivo inteligente, a saber: darle carta blanca al propietario de tierras y al empresario industrial, a fin de que éstos alimenten al pueblo con biberón. Engordar pulgones para que éstos alienten a las hormigas. O, como dice graciosamente el profesor Keynes, mantener la política económica de las jirafas: a mayor longitud del cuello mayor cantidad de hojas, y que los animales de orden inferior se alimenten con las hojas que caen.

Se ve esto muy claramente en el problema agrícola, que es ante todo un problema agrario que nos empeñamos en ignorar. Aquella industria, como casi todas las de la actividad colombiana, se basa en una oferta ilimitada de trabajo manual barato; todo lo que haga subir el salario, y por consiguiente el *standard* de vida de los niveles inferiores, desarticula las empresas agrícolas. Los empresarios agrícolas han menester precios altos salarios bajos, que es como si un perro pretendiese comerse su propia cola.

Prueba de ello es que la actividad agrícola e industrial, es precisamente la industria de las edificaciones, no se manifiesta sino en los períodos en que la inestabilidad de la moneda provoca una fiebre de precios en alza, en que naturalmente salen defraudados los obreros y empleados de la clase media, esto es, los dos tercios inferiores de la pirámide social. Este juego lo hemos visto, no solamente durante el régimen del curso forzoso del papel moneda, sino ahora cuando el abuso del crédito extranjero desvalorizó la moneda, abajando su poder adquisitivo en el interior.

Todavía es tiempo de que orientemos nuestra economía nacional a la francesa, defendiendo, apoyando y protegiendo el trabajador independiente, campesino y artesano. Ese es el *individuo* que merece todas nuestras preferencias y prerrogativas. Fortalecer y ensanchar el número de los hogares de vida independiente es beneficiar *directamente* al trabajador. Una labor inmen-

sa por hacer, una responsabilidad enorme mientras no se haga, porque sólo así dotaremos a Colombia de una economía nacional estable. Pero eso no lo puede hacer sino el partido liberal.

2. Hilado del fique*

Señor Gerente de la Federación Nacional de Cafeteros. Bogotá

Señor Gerente:

El señor Director de la Sociedad Caldense de Agricultores, de Manizales, me ha pedido en carta que acabo de recibir que le comunique los resultados de mis estudios sobre manufacturas de fique o cabuya, muy especialmente sobre la hilada, y como la Federación ha mostrado tan vivo interés últimamente en todo lo que se relaciona con la fabricación del saco de empaque nacional, he considerado conveniente dirigir a usted este informe, cuya copia enviaré a la Sociedad Caldense, informe en el cual deseo dejar constancia de observaciones, reflexiones y estudios que he hecho en las más variadas circunstancias durante los muchos años que este tópico nacional me viene interesando vivamente. Como lo decía en otra ocasión, si hay alguna industria que sea verdaderamente nacional como el café en la del saco de empaque para éste; si hay alguna industria cuya prosperidad o desmejora, afecte profundamente a la población colombiana, esa industria es la del café y la manadas que no veo por qué no podamos confundirlas en una misma dirección y en un aunado esfuerzo. Más que el café, es ésta una industria casera, en que hallan de su saco de empaque, que andan tan herunas horas de empleo gentes que viven entregadas a menesteres familiares y que la toman como motivo de alguna ganancia que aumente el presupuesto de familia. En ocasiones se torna

* Publicado en *Revista cafetera de Colombia*, volumen 4, número 20, noviembre/diciembre de 1932.

en industria a domicilio, esto es, que quien la ejerce recibe la materia prima para darle alguna elaboración en cambio de un pago por unidad y devuelve el producto elaborado a otro que es el empresario. Algunos esfuerzos se han hecho en el sentido de convertirla en industria media con empresarios que alquilen brazos y pongan los medios de producción y elaboración, pero a ellos se han resistido varias circunstancias, sobre todo la falta de instrumentos técnicos adecuados, dado que carecemos de un instrumento o máquina que permita pasar de la industria casera a la media industria, porque hemos sido incapaces de inventar ese instrumento y ya la civilización europea no nos lo dará ciertamente, pues la tendencia a la concentración y al fabriquismo en grande escala, hace que los ingenios mecánicos se empleen en inventar y producir máquinas automáticas de gran rendimiento, lo que quiere decir que nos hemos quedado a la vera de la civilización. Es éste un vacío o una deficiencia que en vano se esperaría que llenase la iniciativa privada, por carencia de incentivo. De ahí que venga pensando hace algún tiempo que la única manera de proporcionarnos ese instrumento técnico es la oferta de una dádiva o premio nacional, pues de lo contrario caminamos rápidamente hacia la concentración de la industria del fique para producir un saco bueno y barato, lo cual nos traería como consecuencia las grandes plantaciones de fique y las grandes fábricas de sacos de empaque, calamidades a cual peor a mi entender, porque las plantaciones en grande escala como las bananeras y aún el café de plantación nos traen problemas sin cuento, como nos los traen también las grandes fábricas. En éste como en los otros empeños sigo creyendo que el tipo de nuestro desarrollo industrial es el del artesanado francés y sus innúmeras industrias familiares, que al amparo de una protección aduanera adecuada siguen prosperando lado a lado con la producción en masa, que hoy parece ser la ruina de esta civilización y que planta más problemas de los que resuelve.

Sentadas estas ideas generales, voy a permitirme describir lo que tenemos hoy en Colombia en materia de hilado de fique, y lo que podríamos tener, dado que a mi entender el hilado es el meollo de toda la cuestión.

Tarabita

El medio indígena de hilar el fique o cabuya es el instrumento conocido con el nombre de tarabita, que todo el mundo conoce y que es un instrumento que tiene la ventaja de que puede fabricarlo el mismo operador. Sirve para torcer el hilo, manejada por una persona que se va alejando a medida que el hilo crece

en longitud, y el torcimiento permite al operador que permanece sentado ir añadiendo cadejos del grueso conveniente. La operación necesita, pues dos obreros, uno de los cuales es regularmente un niño, y tiene el inconveniente de que necesita un buen espacio y no puede hacerse sino en buen tiempo, y el muchacho queda expuesto a los rigores del sol. Otro gravísimo inconveniente tiene este sistema, y es el de que los cadejos van quedando mal empatados unos con otros y sin la necesaria trabazón de hilos, de manera que la hilaza queda de un espacio disparejo y con mucha frecuencia expuesta a reventarse en los telares. Esto tendría un correctivo, que es el de peinar la cabuya previamente y alimentar incesantemente la formación de la hilaza con la adición: de nuevos hilos, de tal manera que no quede empate visible; pero esto es ya una industria más complicada en que nuestras gentes no han querido entrar.

El sistema de hacer cadejos y de empatarlos más o menos malamente por los extremos a medida que se tuerce la hilaza es el más generalmente empleado en Antioquia, en donde el hilado de cabuya es una industria ocasional y discontinua para gente pobre que desea emplear unas pocas horas robadas a los menesteres caseros. El aspecto de la hilaza con que se hacen los sacos de empaque de Curití y otros lugares de Santander, me da a entender que allí sí se peina la cabuya y la alimentación en el hilado se hace de manera continua, quedando una hilaza bastante bien torcida, de grueso muy parejo y sin empates visibles. En Antioquia pondrían a este sistema tres inconvenientes: en primer lugar, la peinada de la cabuya implica un desperdicio de por lo menos 10 por 100 de peso, un tiempo adicional empleado en el hilado de cada libra de fique, y además una habilidad adicional para alimentar la operación de manera continua para que la hilaza quede de un grueso uniforme: pero es evidente que la aceptación de estos tres inconvenientes es indispensable si se quiere caminar hacia una industria menos imperfecta. No tengo datos relativos a otros departamentos respecto al hilado manual del fique, y aún mis datos respecto al Departamento de Antioquia son muy antiguos, pues se refieren a mi experiencia de cuando era empresario en la producción de hilado de fique hace unos catorce años; pero recuerdo que entonces era tan costosa la operación del hilado, que la hilaza de cabuya propia para hacer sacos la vendía a unas pocas fábricas que se empleaban entonces en hacer empaques a un precio que equivalía al doble del precio de la cabuya en rama. Si mal no recuerdo, de diez centavos que recibía entonces por cada libra de hilaza de cabuya, cinco eran el costo que yo pagaba por la hilada, operación que se hacía como industria a

domicilio, esto es, dando el empresario la materia prima para que las gentes la hilaran en sus casas y se les pagaba por peso la operación. Aunque hayan variado un poco estas proporciones hoy, los datos anteriores permiten darse cuenta de que el hilado de la cabuya a mano es operación bastante costosa, sin que las operarias obtengan un salario apreciable por las horas empleadas. Ese es el pueblo débil de la industria del saco, indudablemente, y es inútil agregar que hasta donde llegan mis conocimientos en Colombia no ha llegado a inventarse algún instrumento técnico que permita abaratar esta industria, conservándola casera.

Hilado automático

Hasta donde alcanzan mis informaciones, en Colombia no se ha establecido hasta ahora el hilado automático. Como un modelo de lo que podía ser esto puedo referirme a los ensayos que está haciendo actualmente una firma de Belfast con una buena cantidad de materia prima que le hemos suministrado procedente de Colombia. Como he informado en otras ocasiones, esta firma ha estado fabricando maquinaria de hilados y tejidos automáticos especialmente aplicables a la fibra que producen en la colonia de Kenia, y no dudo que los ensayos que se están verificando ahora en Belfast den los mismos buenos resultados, toda vez que ya he podido verificar que en Kenia extraen la fibra de una penca sin tuna igual a la nuestra. También me he informado que los sacos que han venido de Kenia fabricados con la maquinaria de Belfast como empaques de café exportado de esta colonia fueron calificados como iguales o superiores a los de yute que antes se usaban, al examinar los sacos usados. La operación del hilado automático de la cabuya se hace con máquinas de gran producción que cardan e hilan la fibra hasta reducir la hilaza al diámetro requerido. Es una operación semejante a la del hilado de algodón aunque la fibra de la cabuya es tan considerablemente larga comparada con la de aquél. Por los datos que ha dado la fábrica se comprende que el hilado de cabuya, hecho en grande escala por procedimientos automáticos, resulta baratísimo, y desde luego de calidad perfecta. Lo que está por resolver es si nos convendría pasar de una vez de la industria manual y casera a la grande empresa. El suscrito cree que antes que apelar a este extremo recurso que dejaría sin trabajo a muchas gentes pobres y empobrecería nuestra industria casera, debería intentarse establecer o una industria casera menos imperfecta o la industria media. La importación a Colombia de maquinaria semejante a la que nos

han ofrecido en Belfast mejoraría evidentemente la situación de los cafeteros, pero asolando un sector muy apreciable de trabajo nacional, que no tiene otra culpa que el de estar huérfano de dirección intelectual. Si en Colombia es hoy y ha sido siempre, excepto períodos excepcionales de bonanza muy fugitivos, crónica la falta de empleo para las gentes, y el número de inempleados es visible, si fuéramos a hacer la cuenta de las horas sin empleo de toda la masa de la población, llegaríamos a cifras verdaderamente astronómicas, y es claro que al pasar de la industria manual del hilado a la mecánica y automática el efecto será verdaderamente desconsolador.

Industria media

En los catálogos de las casas que, como la de Ernest Lemhan, de Inglaterra, ofrecen maquinarias para hilado, habrá podido ver cualquiera que se interese en estas cosas el anuncio de una máquina que movida por fuera mecánica, hila la cabuya y la va envolviendo en una carretera, pero el rendimiento de dicha máquina es muy discutible, sobre todo si no se cuenta con un operador de una habilidad extremada que alimente la máquina con fibra que haya sido previamente peinada. Yo mismo introduje hace unos veinte años una de estas máquinas que luego hube de vender como hierro viejo, no obstante la necesidad que tenía de un instrumento técnico de esa clase. Una máquina semejante a ésta pero de construcción española la había visto funcionar en Barcelona, cuando estuve estudiando la industria del alpargata española, pero allí cuentan con operarios muy hábiles, para quienes una máquina de esa clase es un instrumento que le permite obtener un gran rendimiento de su habilidad manual y de la fuerza mecánica que emplean para suplementarla. La máquina en cuestión es grande y pesada, con mucha polea y engranaje, fuera de ser bastante costosa en relación con su utilidad. Dicha máquina la construyen también en batería, de manera que una misma armazón y la misma transmisión sirve para alimentar varios husos a la vez, lo que hace más barata la operación de la hilada.

Por lo dicho, se comprenderá que no creo en las posibilidades del empleo de esta clase de máquinas en nuestra industria, a menos que por un largo entrenamiento educáramos obreras especiales para alimentarlas con gran rendimiento y que pudiera contarse con fuerza mecánica barata.

Preocupado hace unos quince años con la resolución de este problema de la hilada de la cabuya en forma de industria casera estuve haciendo esfuerzos por fabricar y acreditar una máquina de hilar de construcción bastante y que podía accionarse a pedal, máquina que se fundaba en un mecanismo muy ingenioso ideado por un mecánico de Medellín a quien le compré la idea y la patenté entonces por el término de diez años, de manera que la patente ya caducó. Voy a tratar de explicar el mecanismo de esta máquina, aunque es un poco difícil explicarlo sin un dibujo que lo diría todo sin palabras. La operación de la hilada de la cabuya consiste en dos operaciones elementales que se hacen simultáneamente: torcer un trecho del hilo y envolverlo en una carreta para que pueda torcerse un nuevo trecho del hilo sin que el operador tenga que moverse. Supongamos el comienzo de la hilaza atado fuertemente al cuerpo de una carreta cualquiera; si se hace girar la carreta sobre un eje perpendicular al cilindro que una las dos cabezas de la carreta, se hace la operación de torcer la hilaza en un trecho, más o menos largo; la operación de envolver ese trecho en el cuerpo de la carreta misma se puede ejecutar de la manera siguiente: las dos cabezas o discos extremos de la carreta se hacen de manera que el uno tenga mayor diámetro que el otro. Si se pone una tabla vertical de mantea que el disco de mayor diámetro de la carreta queda rozando en la tabla, entonces la carreta misma gira alrededor de su eje longitudinal y entonces envuelve la hilaza. Como se ve, en lugar de un engranaje para hacer girar la carreta de manera que envuelva la cabuya se usa el mecanismo de roce entre la tabla y el disco mayor de la carreta, lo cual obra como un engranaje, y entonces todo el mecanismo resulta por demás sencillo. El movimiento se le da al mecanismo aprovechando un pedal viejo de máquina de coser, la máquina propiamente dicha es un mecanismo tan sencillo como puede verse en el croquis que incluye. El mecanismo medellinense señor Primitivo Cárdenas me construía la máquina propiamente dicha a razón de \$ 12, a los cual había que añadir el valor del pedal de máquina de coser. De estas máquinas tuve varias en trabajo y con ellas daba trabajo a domicilio a varias muchachas que recibían la cabuya en rama para entregarla hilada; pero la máquina no se popularizó todo cuanto era de esperarse. Las personas o entidades que deseen más información sobre esta máquina creo que pueden obtenerla con el señor Cárdenas, de Medellín.

Conclusiones

Creo que el problema de la hilada de la cabuya puede resolverse únicamente de dos maneras:

La una es por medio de la grande empresa, con la introducción de maquinaria semejante a la que hemos estado estudiando en Belfast y que supone la concentración de la industria y sacarla de sus términos caseros, con grave perjuicio para la población pobre que vive de esa industria. Mientras escribí este informe, he recibido las muestras de sacos en sus diferentes estados de fabricación, así como de cabuya peinada y en hilaza, todo remitido por la fábrica de Belfast y elaborado con la media tonelada de cabuya que remitió para tales ensayos la Federación Nacional de Cafeteros, y tales muestras me permiten asegurar que una maquinaria semejante sería la solución completa y moderna del problema del saco en Colombia, pues los sacos de empaque quedan de una calidad, aspecto y resistencia superiores a los del yute; pero repito que esta solución tiene el grave inconveniente de atacar de lleno una industria de la gente pobre.

La segunda solución sería la invención de una máquina pequeña, si posible movida a pedal y en todo caso propia para el trabajo en las casas. No me parece difícil promover la invención de una máquina de esta clase si el Gobierno o una entidad como la Federación Nacional de Cafeteros ofrecen un buen premio al inventor. El objetivo sería crear un instrumento que permitiera el trabajo casero, a fin de no quitar ese trabajo a las clases pobres, sino al contrario, darles un instrumento de trabajo que haga su esfuerzo y su tiempo más eficaz y más ventajoso. Pocas veces puede localizarse en toda una industria de manera tan concreta la necesidad de un instrumento de trabajo de condiciones características determinadas, como puede señalarse en este caso de la hilada de la cabuya. Repito: con un instrumento semejante la industria recibiría grandes impulso y se le haría un inmenso bien a las clases proletarias. No hay que esperar a que en el extranjero nos den el instrumento que necesitamos, porque en este caso se trata de una necesidad verdaderamente nacional que hay que satisfacer y que no puede satisfacerse sino por medios nacionales, esto es, por el cerebro colombiano.

Naturalmente, la mejor utilización de una máquina de esta clase implicaría, ante todo, que se renuncie a la costumbre de hilar la cabuya empatando unos cadejos con otros como se hace en muchas partes de Colombia actual-

mente, y habría que adoptar la práctica universal de peinar la cabuya previamente, aunque ocurra un desperdicio que se puede emplear en la confección de lazos ordinarios o de una hilaza muy ordinaria.

Deseo insistir especialmente en un punto: la experiencia y el estudio que tengo acumulado sobre esta cuestión me permiten afirmar, creo que sin posibilidad de equivocación, que es inútil esperar conseguir en el extranjero una máquina que sirva para el trabajo en la industria pequeña o casera. Del extranjero no nos irá la máquina que necesitamos, debido a que la invención en estos países se ejercita en el sentido de producir máquinas adecuadas a la producción en masa. Las investigaciones que nuestros conciudadanos viven haciendo en el extranjero una máquina que satisfaga las condiciones nacionales han sido hasta ahora y serán en lo futuro completamente estériles. Una necesidad tan colectiva no podrá satisfacerse sino por medio del interés colectivo, esto es, pagando la invención de la máquina que necesitamos, debido a que una invención de esta naturaleza no ofrece incentivo alguno al interés particular.

Creo así haber dejado un poco esclarecida la cuestión y si la Federación Nacional de Cafeteros o cualquiera de las sociedades de agricultura del país cree que puede serle de alguna utilidad en el estudio y solución de este problema, no tienen sino que formularse sus demandas.

Soy del señor Gerente, muy atento servidor,
A. López

3. La cuestión agraria*

Si territorio y población son los elementos de toda sociología, los esfuerzos del pueblo por poseer el territorio, el concepto del hombre sobre su posesión, y las consiguientes disposiciones legales impuestas o admitidas en el juego de la democracia, son fenómenos tan trascendentales en la vida de un pueblo, que toda otra cuestión resulta secundaria y casi derivada de la anterior; mucho más en tratándose de una raza tan ávida de la posesión de la tierra, como es la antioqueña.

Esto nos permitirá a la vez deslindar y caracterizar los dos períodos en que me tomo la libertad de dividir nuestra peregrinación en el tiempo, el uno de adaptación preliminar en la época colonial, y el otro de adaptación definitiva y de expansión. Entre último queda comprendido entre la obra de Mon y Velarde y el Centenario de nuestra independencia de España, pues la labor administrativa de ese Oidor fue tan trascendental y oportuna, que puede considerarse como el prólogo del esfuerzo con que Antioquia había de contribuir treinta años después a la formación de nuestra nacionalidad. Basta comparar el carácter y estado de ese pueblo de montañeses en 1782, con las extraordinarias cualidades y capacidades de todo género que ellos desplegaron de 1812 en adelante.

“Esta Provincia por su despoblación, miseria y falta de cultura, solo era de compararse con las de Africa”, informaban al Virrey y los Oficiales reales en 1783; y el mismo Mon y Velarde escribía por entonces: “Es necesario conocer la índole de esos habitantes y el odiotismo y preocupaciones de que se

* Tomado de: López, Alejandro, 1931, Problemas colombianos, Paris, Ediciones La Antorcha, pp. 12-34.

hallan todos poseídos: pues en este, como en los demás puntos que pueden adoptarse para la felicidad de esta Provincia, es preciso luchar contra la ignorancia y total falta de instrucción que se observan en todas estas gentes aún en aquellas que debieran ser más cultas”.

Y esto lo decía “el Magistrado que regeneró sus costumbres (de la provincia de Antioquia) y su administración y trazó el camino que han seguido caso todos sus gobernantes”, según dice don Tulio Ospina en el excelente opúsculo publicado en 1900 y que debería reimprimirse y distribuirse ampliamente. Ese es el comentario que le mereció Oidor el pueblo que figuró más tarde entre los de vanguardia en el progreso patrio, y que en esa década a que él se refiere contaba entre sus chicuelos a Del Corral, Restrepo, Girardot, Zea; a la multitud de héroes ignorados de nuestra guerra de independencia, y a mujeres que honrarían la historia de cualquier pueblo, como Pascuala Muñoz y Simona Duque.

Los datos anteriores, parecen, pues, justificar la siguiente interpretación: entre las dos líneas rectas con que puede representarse la trayectoria de la vida de Antioquia, una de la época en que fue colonia de España, y la otra como parte de la nación colombiana y que abarca casi todo el Siglo XIX, media una curva de evolución cuyos puntos de tangencia los marcan dos personalidades de gran talla, Mon y Velarde y el Director del Corral. De ahí que al estudiar el problema agrario de Antioquia, como el más típico de la conquista del suelo colombiano por su población, me vea obligado a reconstituir e interpretar la obra del primero, en cuanto ésta pudo afectar la propiedad y conquista del suelo por esa población.

* * *

Bien sabido es que al llegar el Oidor a Antioquia solo existían como poblaciones no mineras Antioquia, Rionegro, Marinilla y Medellín. La primera fue por mucho tiempo el asiento de las autoridades civiles y eclesiásticas, y por lo mismo atraía la actividad como centro oficial; Rionegro y Marinilla por su suave clima eran, sin duda, centros preferidos por la raza blanca no mezclada, y Medellín, de más reciente fundación, era una término medio como clima, de suelo más benigno y feraz, y punto más central de todo el Departamento. Imagino que fue centro de reunión de una colonia de gentes de sangre más mezclada con la indígena, más mercaderes de profesión, y de costumbres

sociales menos refinadas que las que se agrupaban en la selectas sociedades de Antioquia y Rionegro, cuyas distinguidas maneras sociales aún hoy se conservan. A Medellín, por el contrario, acudirían advenedizos enriquecidos en el trabajo de las minas, y muy especialmente los compradores de oro, que esperaban consolidar más fácilmente su predominio en una sociedad nueva, que en medio de la cracia ya establecida por las viejas familias españolas arraigadas en los centros mencionados.

Al llegar el Oidor a la Provincia hasta la minería se hallaba en plena decadencia, y de las famosas minas de Remedios sólo una se trabajaba con cuadrillas. Este estado se atribuía especialmente a las pésimas leyes, que daban facilidades extraordinarias para que algunas personas se apropiasen “vastos territorios minerales que no alcanzaban a trabajar”. Otro tanto ocurría con la agricultura, y ya todos sabemos que los españoles al llegar a Colombia repartieron la posesión de la tierra a unos pocos influyentes, que obraban en calidad de amos, y que fue lo que dio pies a nuestros bisabuelos para lanzarse en la lucha por su independencia. La tradición, y quizás también las crónicas, nos cuentan que cada uno de los pocos colonizadores de esta provincia poseía tierras que comprendían extensiones que hoy serían grandes para un término municipal; de manera que, excluyendo a los indígenas independientes, a los empleados públicos y a los negociantes (entre los cuales se debería contar el siempre floreciente gremio de los compradores de oro), la población se componía de unos pocos poseedores de la riqueza territorial y mineral, y de una masa compuesta de lo que la economía política del Siglo XIX se empeñó en llamar en abstracto *mano de obra*.

En estas lamentables condiciones vegetó la colonia durante tres siglos, hasta la llegada del Oidor. De los buscadores de oro fácil, unos habían ganado en el juego, y volvieron a la madre Patria con buenos puñados de precioso metal, digo si en el camino no cayeron en poder del bucanero inglés; otros adquirieron la propiedad de grandes áreas consideradas metalíferas, que trabajaban en mínima parte, hasta donde encontraban trabajadores asalariados o esclavos; unos cuantos inmovilizaron en el suelo, en edificios y trabajos agrícolas, las ganancias del oro; lo más, los desposeídos de pertenencias mineras o territoriales, o bien salían a trabajar furtivamente pertenencias mineras ajenas, o se resignaban a servir de mano de obra, o entregaban a la “desidia y abandono”, de que nos habla el Oidor.

Creo del caso copiar íntegros los párrafos pertinentes de uno de los informes de éste y que pintan bien la situación: “Si el procurar la buena educación de los antioqueños dentro de sus mismas casas presentaba tantos obstáculos ¿Cuántos no se ofrecerían para excitar su desidia y abandono, a fin de que en los montos incultos y despoblados procurasen su sustento a costa de fatigas, de sudor y trabajo? De aquí se podría inferir que ni las nuevas colonias han sido la redención de Antioquia, el conseguir su establecimiento fue obra superior a mis débiles fuerzas”.

“Que gentes bizarras y amantes de su gloria atraídas de la novedad y de la esperanza de mejorar de fortuna, dejasen su domicilio abandonándose en brazos de la suerte, nadie tendría de nuevo y de particular; pero que unos hombres sin costumbre de ello y bien hallados con su pobreza y desdicha, adormecidos en el regazo de la ociosidad, criados en un país donde todo se ejecuta por imitación y donde se desprecia cuanto tiene visos de novedad hayan querido hacer cosas, arrasar montes, experimentar nuevos climas, y vivir, en fin, como los más industriosos, es empresa que aún después de realizar la miro como fabulosa”.

“Solo pudo haberla facilitado la viva impresión que por todos los términos les hice concebir desde los más grandes hasta los más pequeños, de que todos habíamos nacido para el trabajo, y que había que mirar como delincuente en la sociedad humana al que era inútil a su patria y no empleaba sus fuerzas y talentos en procurarse por sí mismo la subsistencia... Felizmente inspirada esta idea entre aquellos habitantes, despertaron de su letargo; y como quien vuelve de un profundo sueño, empezaron a pretender terrenos para fundar sus nuevas poblaciones”.

Las grandes reformas que introdujeron el Oidor pueden clasificarse en dos grandes grupos; de un lado, la reforma política, administrativa y fiscal, con que depuró y organizó una administración “sobre desgredada, corrompida”; y la reforma industrial, en lo referente a las minas y a la agricultura. Se me excusará de no entrar en consideración alguna respecto al primer grupo, por ser cuestiones no atañederas al objeto del presente estudio; con la cuestión agraria andará mezclado lo relativo a la minería, pues siendo una provincia esencialmente minera, hay que aprovechar la relación íntima entre lo que se saca del subsuelo y lo que inmoviliza en el suelo.

Don Tulio Ospina nos relata con algún detalle lo que hizo el Oidor por la agricultura, y es de suponerse que siendo el señor Ospina tan eminente

autoridad en agricultura como en historia, y aún más, en historia económica o interpretación económica de la historia, agotaría sus fuentes de información hasta darnos la lista de todo cuanto el Oidor hizo por tan importante ramo, a saber: creó Juntas de Agricultura, introdujo a su costa semillas y decretó gratificaciones para impulsar la siembra de cacao y de algodón, y en general se discernían premios por los progresos alcanzados en todos los trabajos agrícolas; ordenó la fundación de poblaciones situadas en “tierras superiores a las ya agotadas”, poblaciones que fueron más tarde Yumural, Carolina, Don Matías, San Carlos, Amagá, etc.; envió a esas tierras a todos los mendigos hábiles, *dotándolos de tierras y herramientas*, y lo mismo hizo con los vagos. Finalmente, fundó colonias agrícolas, y recuérdese que él mismo dice que “si las nuevas colonias han sido la redención de Antioquia, el conseguir su establecimiento fue obra superior a mis débiles fuerzas”; y en los otros párrafos que del mismo informe transcribí antes, decía que haber inducido a esa gente a hacer casas, a arrasar montes y vivir como los más industriosos, es empresa que aún después de realizada la mira como fabulosa.

Y pregunto ahora: ¿habrá quién crea que el Oidor realizó efectivamente tan gran labor solamente con prédicas, consejos, amenazas, premios y semillas? Yo al menos me resisto a creerlo. Que la obra realizada por él es digna de considerarse como fabulosa, no hay la menor duda. Repito que bastaría para ello comparar, de un lado el estado de postración en que se hallaba la Provincia a tiempo de la llegada de este gran personaje, o poco antes, cuando, por ejemplo, el Gobernador Silvestres decía: “Esta provincia, se adquiere con lastimera compasión del que la ve y conoce, se halla casi en las últimas agonías de su ruina”; y del otro, observador que esto se decía a tiempo que los vientres antioqueños preparaban esa asombrosa florescencia de vidas que a los 25 años nos daban nada menos que la libertad. La causa de la transformación no pudo ser otra que una política agraria totalmente distinta de la existente. Salvo opinión mejor fundada, sostengo que la obra de Mon y Velarde reposa sobre una equitativa repartición de la propiedad territorial del suelo y del subsuelo. De la redistribución del subsuelo poseemos pruebas más directas que la del sueño, como se verá después.

Si los blancos más influyentes de esa época se apropiaban fácilmente vastos territorios minerales, no lo harían menos con las tierras, en vía de establecer la aristocracia territorial, método de organización social muy español, muy

de esos siglos, muy adecuado para sostener el poder español, pero destinado a fracasar totalmente en América.

Supongo que ya hoy nadie creerá que nuestros próceres se lanzaron en la rebeldía contra España solamente por un delirio romántico de libertad política, de orden meramente mental, y entiendo que nuestro pliego de cargos comenzaba por dos gruesos renglones de orden económico: la distribución de las tierras en forma de encomiendas como feudos territoriales, y las exacciones tributarias. De éstas nos habló muy extensamente la oratoria lírica que surgió a mediados del Siglo XIX, cuando eran moda en los discursos callejeros las deprecaciones contra España; ya hoy quedan pocos recuerdos de los nombres que daban los chapetones a sus impuestos, pero encuentro casualmente una lista en el librito de don Tulio: “De los pechos, tributos y alcabalas, diezmos, quintos y novenos, derechos de fundición, de bulas y de indultos, monopolios, zizas y averías, con que se gravaba inconsideradamente a las personas y a canto se importaba, producía o consumía la provincia, nada se gastaba en beneficio de esta”. En lo que nos parece haber sido muy abundante la literatura política del año 40 es en lo de los feudos territoriales, ni parece (que yo sepa) que la independencia política nos hubiese dado un impulso en la extirpación del feudalismo territorial.

Sin pretender restarles mérito a otros puntos de la reforma fundamental llevada a cabo por el Oidor, especialmente en el orden administrativo, político y fiscal, ni al impulso que en todo sentido dio a la provincia este vigoroso carácter, tengo para mí que lo verdaderamente sustancial y nuevo de la reforma debió de ser el fraccionamiento de la propiedad del suelo y del subsuelo; no solamente debió de acabar con la “facilidad con que algunas personas se apropiaban vastos territorios minerales” y agrícolas, agregó, sino que indudablemente revisó el *status* y lo modificó. Nadie puede creer hoy que fuese únicamente por “desidia y abandono” por lo que no se establecían colonias agrícolas, ni se fundaban nuevas poblaciones; y cualquiera se resiste a creer que los fabulosos resultados de que se precia el Oidor se hayan obtenido con una simple orden de establecer colonias agrícolas y de fundar ciudades. La fundación de un nuevo poblado es fenómeno algo más complejo que un simple mandato. Tan grandes afectos no pueden atribuirse racionalmente a causas tan triviales. Lo que pasó, indudablemente, fue que el Oidor autorizó la ocupación y posesión consiguiente de tierras ya asignadas por las corrompidas que le precedieron.

El estado de aniquilamiento a que había llegado la provincia se comprende fácilmente. Unos pocos se habían hecho titular la propiedad del suelo y de los criaderos auríferos, y pretendían derivar de esa posesión nominal tributos para el rey y para ellos, por medio del trabajo esclavo de los indios y africanos, y del trabajo alquilado. Acabaron con los indígenas; los africanos eran pocos y su trabajo antieconómico. Los colonos restantes rehusaban trabajar alquilados como esclavos, prefiriendo volver al estado del salvajismo, fenómeno que aún se observa hoy: los señores feudales languidecían en consecuencia, y el resultado era como una huelga general. El español pobre y sin influencias y el mestizo rehusaban trabajar otros campos que los propios, o edificar sus casas en campo ajeno, lo que hoy también se observa. El Oidor llegó a la provincia, organizó la vida social, principiando por la oficial, y puso a todo el mundo a trabajar, indudablemente repartiendo mejor la propiedad en que se ejercitaban entonces las actividades, la minera y la agrícola. Fue, o debió de ser, una verdadera reforma agraria.

Creo conveniente anticiparme a una objeción que veo venir: ¿Cómo podrían faltar tierras a los deseosos de cultivarlas, aún entonces, cuando hoy mismo abundan, y si algo sobra en Colombia es tierra y monte?

Es preciso entendernos previamente sobre el significado del concepto. Tierra es uno de los elementos de la producción, el único que es natural, y por medio del cual obtenemos a cambio de nuestra energía empleada, artículos que son objeto de demanda general, cual lo son los géneros agrícolas, por lo cual podemos cambiarlos por otros géneros o servicios variados que vienen a satisfacer nuestra propia demanda. De que se deduce rectamente que en cuanto no hay posibilidad de cambios, no hay tierras; a lo más podrían llamarse aquellos un área, pero no tierra en el concepto económico, que es lo que interesa. Eso pasa con las tierras desprovistas de caminos y, por consiguiente, de población que pueda efectuar cambios. Podemos admitir el tipo de nuestro padre Adán como una necesidad religiosa, y aún el de Robinson Crusoe como un hecho regular, pero sería absurdo suponer que un ser racional se metiese a la selva por el mero gusto de no encontrar quien le disputase esa área. Todos sabemos que la patria no es el mapa, ni las millas cuadradas que contiene, sino un tejido de derechos y de deberes comunes a todos; y que uno de los deberes es el de las contribuciones de sangre y de dinero, con el correspondiente derecho a esperar algo de esas contribuciones, como es, por ejemplo, el derecho a la protección de las autoridades, y a usar de los caminos

que se hacen con el objeto de establecer los intercambios, que dan valor a la obra del hombre. Sin cambios, sin caminos, sin demanda, nada vale el esfuerzo humano, siendo así que es ley económica fundamental que el hombre produce para satisfacer con su productos las necesidades ajenas, a cambio de medios para satisfacer las propias; y siendo natural también este otro hecho: que las necesidades humanas tienen una rotación más corta que la de las cosechas. Si los hombres no pudieran ir en manadas como los zahínos, y eso dejando establecida la comunicación con las otras manadas, el lugar a donde vayan en busca de poseer la tierra podrá llamarse lo que se quiera, menos patria; y se convendrá fácilmente conmigo en que dejar el poco de seguridad, de sociedad, de caminos, y por consiguiente, de posibilidades de intercambio: en suma, lo poco que el concepto de Patria ha permitido acumular en el proceso lento y angustioso de la civilización: dejar, repito, eso al goce de unos pocos para internarse en el monte, no lo hacen sino locos o santos. Aun suponiendo que esto fuese posible, y de ocurrencia probable, se plantearía a la sociedad otro problema: si se van al monte los desprovistos de tierras, éstos les quedarían haciendo falta a los señores feudales, aunque no fuera sino como clientela para comprarles sus productos, es decir, como demanda; y ya se sabe que lo que la doctrina de Jesús no ha logrado hacer en el mundo para hermanar a los hombres, lo está haciendo ahora la necesidad de conseguir demanda, como que esto es lo único que no ha podido inventar el inglés. A la tierra le da más calor la buena situación respecto al mercado, que la fertilidad. Naturalmente esta premisa la omitió el economista inglés, al darnos los principios de la Economía Política, porque en las Islas Británicas no hay tierras mal situadas.

Lo que debió de exigir la gente de la provincia, 25 años antes del grito de la independencia, no era sino el derecho a poseer la tierra que cultivasen, así como el terreno en que armasen su rancho, con la sola condición de que esa tierra estuviese en algún modo ligada a los caminos del tráfico, siquiera fuese a las veredas indígenas, ya que los españoles no habían hecho un camino a dicho de historiadores. Eso entiende que lo lograron de Mon y Velarde, e inmediatamente entraron en una actividad que sorprendió al mismo Reformador; y así surgieron los campos verdeguantes en aquellas esterilidades. Consta también que el Reformador limitó las pertenencias mineras; y así como tras la reforma agraria surgieron las poblaciones que hoy son ciudades, el parcelamiento de la propiedad minera fue de un efecto sorprendente como se verá en seguida.

* * *

La tesis o hipótesis que vengo sosteniendo de que el punto fundamental de la reforma de Mon y Velarde fue el reparto de las tierras, tiene su mejor comprobación en los resultados que buscó y logró por el mismo medio en la industria que explota el subsuelo: la minería. Véase primero en qué estado de postración de hallaba esa industria en 1785.

“Remedios se hallaba en el último término de miseria y pobreza, pues apenas había un vecino honrado que pudiera contar con lo preciso para manutención y decencia”, y solo una de sus minas se trabajaba en cuadrilla; Zaragoza constaba de cuarenta y cinco ranchos, y sus pocos habitantes vivían dispersos por los montes: Cáceres solo tenía treinta vecinos de ellos cinco blancos, dice el señor Ospina, poniendo entre comillas palabras del Teniente de Gobernador; y en otra parte agrega: “La minería, que se hallaba en la triste condición que hemos descrito, al extremo de no trabajarse ya ni una mina de veta y de no haber entre las aluvión una siquiera capaz de producir \$2.000 anuales, recibió especiales cuidados de aquel ilustre magistrado” y observa que estos datos los toma del informe rendido por Mon y Velarde a la Comisión Botánica.

Los remedios que puso el Oidor para la reforma de la industria minera los describe así el señor Ospina: “Dos grandes rémoras de la industria minera remediaron las nuevas Ordenanzas, elogiadas por Mutis y Delúyar a cuyo estudio las sometió la Real Audiencia: la facilidad con que algunas personas se apropiaban vastos territorios minerales que no alcanzaban a explotar; y el estar sometidos los asuntos de las minas a las autoridades comunes, legas en la materia”

La minería resucitó al conjunto de la reforma del Oidor, pues con el oro de Antioquia se financió la guerra de Independencia, incluyendo la expedición que hicieron los próceres hasta el Alto Perú, y la compra de materiales de guerra para libertarnos, pues las otras secciones del país no producían mercadería de cambio en el extranjero. Antioquia daba entonces a Colombia, como lo siguió dando después, el elemento de cambio internacional. Según los cómputos de don Vicente Restrepo, Antioquia produjo oro por valor de 10 millones de pesos en el Siglo XIX; de 50 en el XVII; de 64 millones en el XVIII; y en 86 años del Siglo XIX comenzó por \$1.160.000 anuales y quien esto leyere no dejará de sorprenderse de que a esta cantidad se hubiese llegado tan pronto, en cosa de 15 años.

Si tan palpable progreso se debió principalmente a la subdivisión de la propiedad del subsuelo, lógico es concluir que la prosperidad agrícola, que dejó al retirarse, la fundamentó en la subdivisión del suelo y reparto de tierras a todo lo cual agregó la reforma administrativa implantada.

* * *

¿Por qué fueron las nuevas colonias agrícolas “la redención de Antioquia”, como él mismo lo anotó desde entonces? El Oidor tuvo el acierto de comprender la psicología antioqueña, y de tomar medidas eficaces en consonancia. A mi modo de ver, la “desidia” y el “idiotismo” que dominaban en la Provincia, y de que él se quejaba, no eran estados permanentes, manifestaciones de una raza inferior, sino una medida de defensa colectiva en Antioquia y en toda Colombia. Los pocos que se habían apoderado de la tierra trataban de convertir al resto en “mano de obra”; ese resto se resistía a ellos, al impulso de una altivez indomable y de un anhelo inextinguible de independencia personal; estaban dispuestos a volver al estado salvaje antes que ceder a trabajar tierras ajenas al jornal, antes que plantar su rancho en tierras de otro. Los propietarios, faltos por eso de “brazos en abundancia”, también languidecían, quedando comprendidos en la denominación de idiotas y de desidiosos. Nunca manejará bien al antioqueño quien ignore su anhelo de independencia personal; en persecución de ese ideal innato, grabado en las masas, los veremos hacer locuras, proezas, sacrificios. El jornal es la consagración de la derrota, por unánime consenso, y se rehuye hasta donde es posible.

El mismo concepto de la dignidad personal, de amor a la independencia individual y de repugnancia por el trabajo estéril, tienen las masas de población de otros Departamentos, tachadas aún hoy de “desidia” y “abandono” como lo fueron a su debido tiempo las masas antioqueñas; les habrá faltado, a lo sumo, capacidad de recuperación para reaccionar contra tantos elementos adversos como han tenido en el pasado, y que van desapareciendo poco a poco, a medida que la confraternidad colombiana se estrecha.

* * *

Los problemas nacionales no pueden tratarse independientemente unos de los otros, y de ahí que tenga que hacer ciertas digresiones, contra mi voluntad

y mi plan, a fin de tratar menos mal la materia principal de este escrito. De acuerdo con el Principio de Economía o Ley de Parsimonia, base fundamental de toda economía, el hombre trata siempre de obtener el mayor resultado del empleo de su energía, de lo cual se desprende como corolario esta verdad que no siempre se tiene en cuenta: que para obtener un resultado dado y fijo, se tratará de emplear el menor esfuerzo. Esto lo hacen patronos y obreros, y si en el trabajo no entran en juego los móviles que llaman al hombre a la acción, no entrará *todo el hombre* en el trabajo, y éste se convierte en una lucha de codicias. Nuestro país se ha caracterizado siempre por la manera, cándida por lo elemental, con que se pretende manejar al obrero, fijando como resultado del esfuerzo de éste un jornal por tantas horas de asistencia; el obrero trata de ganar con el menor esfuerzo posible. Esto de un lado; del otro, se comprende bien que no hay trabajo más caro, y en consecuencia de un precio de costo más alto, que el trabajo forzado, o esclavo; la esclavitud en el mundo vino a su término, en realidad, en cuanto apareció *el precio de costo*, al abrirse los mercados. De ahí que no sea extraño que la producción nacional resulte tan cara; pero no es eso lo que quiero mostrar ahora; lo que importa señalar en ese proceso de degradación involuntaria e inconsciente por el cual se conduce a la parte más débil de la sociedad, los obreros, por medio del salario fijado independientemente de todo resultado, salario de cuadrilla y manejo en cuadrilla, sin diferenciaciones individuales posibles. Ante este hecho, el obrero se defiende, no trabaja, abaja su *standard* de vida, vuelve a la vida salvaje, se echa en brazos del comunismo de hecho que constituye nuestra vida familiar (en que los productores sostienen, indiscriminadamente a los no productores) y así nunca llegaremos a realizar un levantamiento general y uniforme del nivel. Es claro que en este proceso se salvan los más esforzados o mejor dotados; peor es triste ver reinar condiciones tales, como si de un ejército estuvieran expuestos a ser degollados los que se retrasan en la marcha, o no puedan correr. En general, del estudio del trabajo, que he venido haciendo hace muchas décadas, saco la impresión de que el País es una máquina de hacer “mano de obra”, de producir “brazos en abundancia”. La principal resistencia sería a esta inconsciente coalición de fuerzas ha sido la altivez antioqueña y su raro amor por la independencia individual, dispuesto a todo sacrificio por lograrla.

* * *

Tras madura reflexión y con verdadera pena me veo obligado a afirmar que son muy escasos los esfuerzos de las clases dirigentes en el sentido de realzar y cultivar esa admirable independencia individual. Aunque de Antioquia salió hace unos años el movimiento contra el deprimente y antieconómico jornal fijo e independiente del resultado, es de temerse que se pasen aún muchos años sin que los métodos de remunerar el trabajo logren llegar al ideal de “salarios altos para obtener precios de costos bajos”, y que tanto ha realizado a favor de la independencia y holgura del individuo, en los Estados Unidos. Seguirán por muchos años nuestros *agricultores*, quiero decir propietarios agrícolas, clamando por la “abundancia de brazos” (para que sean baratos los brazos, aunque no los precios de producción), sin que le deje oír el tímido zuzurro de los que pedimos “manejo eficiente” “abundancia de dirección”.

Ni siquiera podríamos registrar algún esfuerzo serio en el sentido de fomentar o crear industrias caseras, e industrias a domicilio. La higiene moderna, por el contrario, aunada con el fabriquismo, van dando al traste con las pocas industrias caseras que poseían nuestras gentes y que les proporcionaban alguna independencia. Se va volviendo un crimen la vaca de leche casera, el puerco cebado con los desperdicios del hogar; ya ni se tolera la tenencia del perro que hace de guardián para cuidar lo que no cuida el policía; la fábrica de cigarros le quitó a la mujer esa industria a domicilio en que empleaba horas robadas al sueño o a la administración de la casa, para doblar tabaco que otro le proporcionaba y devolver cigarros que aguél distribuía; y gracias a que hemos sido incapaces de resolver el problema sencillo de la producción de huevos en grande escala, aún les quedan a nuestras dueñas algunas gallinas en el solar, mientras llega la Junta de Higiene a dar órdenes excluyentes. Quien estudie la historia del desarrollo industrial de estos pueblos europeos, de Bélgica, por ejemplo, se admirará de que hayamos pretendido saltar de la nada al fabriquismo, en materia de producción industrial, sin el obligado paso por la industria a domicilio y la casera, siendo así que éstas se prestan admirablemente al cultivo de nuestra innata altivez; dan a la mujer y al niño una ocupación remunerada, durante horas elegidas a voluntad abren sus ambiciones, les dan medio de expresar su propia personalidad, y preservaría a nuestras vírgenes de tentaciones peligrosas.

Veo en todo ser humano, al considerar la faz económica, individuos cuyas necesidades se traducen en demanda de géneros y servicios que los obligan a trabajar para servir las necesidades ajenas: bien sea en empresas unicelulares

(trabajadores autónomos) o en empresas multicelulares. Bien hayan los trabajadores autónomos, que si no dan trabajo a otros, al menos no tienen que confiar a otros el empleo de sus energías; se bastan a sí mismos; son unidades completas. Los pequeños negociantes, los profesionales, los artesanos, y, sobre todo, los terratenientes pequeños, pertenecen a este grupo, que entre todos son como la columna vertebral de las sociedades, y lo son realmente de la nuestra. Quedan una gran cantidad de hombres, que no son automotores; y que se pueden repartir en otros dos grupos, que corresponden a lo que en la jerga de mi profesión se llama poder motor y material rodante; unos pocos se arrastran, y muchos que han de ser enganchados. La conveniencia de la sociedad no es la de que haya muchos sabios ni doctores, sino mucho poder motor, de buena calidad, mucho espíritu de empresa, muchos conductores que informen su esfuerzo en las ideas sociales, en las conveniencias comunes. Si la educación pública no diere mucho poder motor, al menos que nos dé trabajadores autónomos; mas si por una errada o desacertada dirección sigue ahogando iniciativas y dispersando el poder cerebral, vendrá a unirse a las otras fuerzas sociales que tienden a producir “mano de obra” o la anhelada “abundancia de brazos” cuando la Patria reclama una actuación más talentosa de parte de las clases directivas.

Volviendo otra vez al tema agrario, notemos que campo alguno como éste sería tan fecundo para dar pábulo al anhelo de independencia individual, por medio de disposiciones legales y de métodos económicos que hiciesen fácil la repartición de las tierras, facilitando la labor del campesino terrateniente, y creando una holgada case media que sería, como en todo país civilizado, la columna vertebral de la sociedad, el nervio de la paz y de la estabilidad. Se convendrá fácilmente conmigo en que el tipo medio normal del colombiano, que da a nuestro país su gran poder de producción y de recuperación, que conserva las grandes virtudes del pasado, y es almáciga de donde salen los tipos más progresivos, no es el del jornalero, ni el minero, ni el que es “mano de obra” en la fábrica, sino el artesano y el campesino terrateniente. El ser relativamente numeroso este gremio en Antioquia, da a nuestra raza una de sus grandes fuerzas; mas desgraciadamente encuentro que nada se ha hecho para favorecer o facilitar esta tendencia innata a la posesión de un pedazo de tierra para trabajarlo personalmente, como trabajador autónomo y libre, el instinto y el poder conjunto de la raza la han librado de los errores y tropiezos a que la ha dejado expuesta la falta de dirección. Esta convicción que estoy

tratando de llevar al ánimo de quienes parecen haber asumido esa dirección, es la única excusa de mi atrevimiento al escribir esto que voy diciendo.

El movimiento iniciado por Mon y Velarde en la penúltima década del Siglo XVIII, de reorganización administrativa y social, tuvo tan completo como inmediato buen éxito debido, en mi humilde y desautorizada opinión, a que puso en actividad todas las fuerzas vivas de la Provincia, por medio de la repartición de las tierras y de los criaderos de oro, es decir, del suelo y del subsuelo, lo que vino a satisfacer el anhelo individual de trabajar por cuenta propia en terreno propio. Entonces comenzó ese movimiento de parcelamiento de la propiedad y de ocupación, y que ha sido fenómeno tan celebrado como una manifestación típica de la raza antioqueña. La fundación de nuevas poblaciones ya no se detuvo un momento. La prosperidad de los laboreos de oro dio lugar al aumento de población de las tierras vecinas, especialmente del sector de tierras de clima suave situadas en nuestra cordillera central, entre los ríos Porce y Cauca. En seguida se inició el movimiento de la población hacia el sur, ya no en busca de nuevos senderos, sino de tierras de agricultura, tierras que los ocupantes deseaban poseer, y que podían poseer.

* * *

Sería muy interesante que personas expertas en la legislación con que la naciente República reemplazó las leyes y disposiciones españolas, nos mostrasen si las nuevas instituciones republicanas vinieron a satisfacer o no el clamor de los pueblos contra el monopolio dado a los encomenderos y grandes señores territoriales por los agentes de España. Si no ando muy errado, el monopolio de las tierras y las crecidas tasas de impuestos fueron los dos motivos económicos de la lucha de emancipación, aparte de los motivos políticos que todos conocemos y aplaudimos. No sin un gran temor de errar, por eficacia de información en asunto tan grave, me atrevo a creer que si, el régimen impositivo establecido por los españoles cambió sustancialmente, el régimen agrario no sufrió cambio tan sustancial, ni quizá mereció especial atención. Sugiero que de los derechos del hombre proclamados por la Revolución francesa, nos enamoramos de algunos más acordes con nuestra ideología, aunque de menor valencia económica, como la libertad de prensa y de reunión, con la correspondiente libertad de decir cuanto se nos antojase. La verdad es que las fuerzas vivas todas de la República han girado durante cien años alrededor de

esos y otros principios semejantes, en relación con la libertad; que a fuerza de mirar cara a cara ese espléndido sol de la Libertad, la luz de la Justicia “que alumbra y da calor, pero no quema” ha quedado eclipsada, como la luz de la luna durante el día. La verdad, el hecho que salta a la vista, es que no hubo movimiento especial alguno respecto a la repartición de los grandes feudos territoriales, y antes bien, según entiendo, la República recompensó a algunos de sus próceres con amplias concesiones territoriales. Y a falta de conocimiento de nuestra legislación al respecto, me atengo a hechos tan notorios y exactos como éste: todavía al final del Siglo XIX se asignaban a una sola familia, por medio de fáciles rodeos de las leyes existentes, decenas de miles de hectáreas de baldíos. Quien quiera que estudie las disposiciones legales sobre baldíos, o los hechos que resultan como traducción de esas leyes, no podrá dejar de convenir conmigo en que la nación ha mostrado un afán inexplicable en buscarles propietarios a nuestras reservas territoriales, lo que no es lo mismo que buscar quién las cultive.

Aún en mi ignorancia de esas leyes alcanzo a saber que existían dos medios disponibles para conseguir tierras baldías, al menos hasta el fin del período que vengo estudiando: el uno es el papel sellado, ayudado de más o menos influencias personales, o de ese detestable papel lanzado al mercado con el nombre de Bonos Territoriales; el otro es el hacha. Con un poco de papel sellado, y un mucho de influencias, se obtuvieron de los agentes de la corona de España todas las tierras que hoy constituyen la parte más poblada de Colombia, aparte las pocas que se repartieron para habitaciones de los excluidos, con el fin de fundar poblaciones. Con papel sellado, bonos territoriales y alguna influencia en las esferas respectivas adquirieron muchos ciudadanos de la República grandes concesiones territoriales, en parejas de buenas perspectivas de valorización futura; y ya sabemos todos que quien adquiere la propiedad de miles de hectáreas de tierras fiscales no significa con ello su voluntad de internarse en la selva bravía a fundar una empresa agrícola colosal, sino que más bien adquiere el derecho de excluir a los verdaderos colonizadores, y esperará que estos valoricen las tierras adyacentes por medio de la apertura de caminos, de siembras y de habitaciones numerosas. El incauto colono que ignore que la propiedad ha sido ya asignada, y que los montes que va a tumbar son ajenos, pierde irremediamente su esfuerzo, ante el derecho excluyente del gran propietario. Es ésta, es bien sabido, la iniquidad que lamenta todo colombiano, sin poder remediarla.

No pretendo hacer una apología sentimental del otro tipo, del campesino que adquiere tierras fiscales por el hecho de desmontar y cultivar la mitad de su porción. Básteme invitar a cualquiera que desee darse cuenta del proceso, para que todos nos descubramos asombrados ante tan inaudito esfuerzo. Quien sale de poblado a conquistar tierras con el hacha no sorprende tanto por el esfuerzo en derribar la selva, cuanto por su resolución heroica de aislarse del mundo, de vivir por años lejos de todo contacto, de sostenerse como por milagro de yerbas y animales silvestres mientras llega la cosecha. La suya es una empresa industrial, en que va a producir sin otra demanda segura que la suya propia, y sin intercambio posible con la producción ajena, por luengos años; su obra implica una gran confianza en sí mismo, y una confianza irreductible en el futuro. Tan heroicas resoluciones no pueden ser inspiradas sino por un sentimiento arraigado de independencia personal, que toma como medio la posesión de la tierra. Solo el derecho exclusivo a la tierra puede inspirar esa obra, que es de genuina *posesión*, en el sentido bíblico del vocablo.

La colonización en esta forma, sin ser obra exclusiva de los antioqueños, es tan notoria en Colombia, que casi se considera como obra peculiar de esa raza, y una de sus manifestaciones más genuinas. En ello ha jugado gran papel, no hay duda, el maíz, como base de alimentación y grano propio para mantenerse casi exclusivamente de él, en tanto que el colono puede sistematizar otros cultivos que den alguna variedad en la alimentación.

Y ahora pregunto si habremos hecho lo suficiente para favorecer a este tipo de poseedor de las tierras; o si, por el contrario, la organización social está hecha de tal manera que al fundador del pejugal solo le quedan libres las tierras que no ha abarcado el poseedor excluyente de la propiedad. Confieso abrigar un serio temor de estar contemplando estos fenómenos desde un punto de vista de combate, y no desde la realidad de los hechos que conviene a quien aspira a ser ante todo verdadero, es decir, científico. Veo una lucha sorda entre el papel sellado y el hacha; entre la posesión efectiva de ésta y la simplemente excluyente de aquél. Pienso que esa era la situación que encontró Mon y Velarde a finalizar el Siglo XVIII, y que este gran político resolvió por medio de la repartición de muchas tierras. Creo observar que eso dio un movimiento incontenible de expansión de la población de Antioquia, cuyos saludables efectos vinieron en apoyo de la causa republicana en el movimiento de emancipación de la madre patria; que con el impulso dado con ese triunfo, ese movimiento de fraccionamiento se continuó, repletando la parte ya medio

poblada y adaptada, y preparando el camino de la expansión. Ese fraccionamiento contaba con fuerzas convergentes que, en Antioquia, como en otros Departamentos montañosos y áridos, cual lo es Santander, tienden a ocasionar la división de la propiedad, tales como las siguientes:

- 1o El terreno montañoso y árido o nada fértil, que hace de las tierras simples trabajadores, que dan la vida a quienes las ocupen, mayordomos o dueños, pero no una renta.
- 2o. Las familias numerosas.
- 3o. La tendencia de la población a emplear ahorros o utilidades en tierras para evitar la evaporación de las fortunas, lo que constituye una demanda permanente de tierras, aumentando los precios de éstas, independientemente de los beneficios esperados.

* * *

Decía antes que a principios del siglo pasado empezó la población de la Provincia a extenderse hacia el sur. Y así fueron surgiendo las poblaciones unas tras otras hasta Manizales y el Arquía; pero puede decirse que la fundación de las poblaciones actuales del territorio antioqueño se efectuó, salvo excepciones casi insignificantes, antes de mediar el Siglo XIX.

Hacia esta época tuvieron lugar dos órdenes de fenómenos que pueden clasificarse entre los más importantes de nuestra historia local, de grandes repercusiones y trascendencia: el aprovechamiento de dos plantas, el café y el pasto de engorde llamado de Pará, de un lado; y del otro, el principio de la ocupación del Cauca antioqueño y de la región del Quindío. Nótese que solo me es posible decir que esto ocurrió a mediados del siglo, y sería interesantísimo que alguien se ocupase en precisar estas fechas.

Las dos plantas industriales alrededor de las cuales ha venido desarrollándose gran parte de nuestra actividad agrícola son de caracteres diametralmente distintos. El café es la planta por excelencia adecuada al pejugal, al trabajo en pequeño, pero independiente. Prospera mejor cultivada en pequeño, en el huerto y en familia; quiero decir de mejor calidad y con mayor rendimiento y beneficio por planta y por brazo. En Colombia no existen plantaciones como las de Brasil, de varios millones de árboles, y es ésa una de las causas de nuestra superioridad en esa producción, que acabaría por oscurecer y supeditar

a la del Brasil. El café en aquellas condiciones no requiere mayor capital, y antes se observa que los empresarios en grande (propietarios de 2 o 300.000 árboles) se ven en continuas dificultades de crédito, por el cual pagan ingentes intereses, mientras que la pequeña plantación cultivada por toda una familia le da a ésta prosperidad y desahogo económico. El café prospera en tierras de clima medio, más propicias para la vida normal de la familia y el desarrollo de la población. Es, finalmente, una planta que se presta al cultivo intenso, más capaz de absorber trabajo que resulte bien remunerado, y el día en que nuestros campesinos se acostumbren a emplear en un cultivo el abono de los desperdicios bien empleados, se prestará a una mayor concentración de esfuerzo, y será posible cultivarlo en terrenos que hoy resultan estériles.

El pasto de engordar es casi todo lo contrario. Es una planta de cultivo extensivo, que emplea pocos brazos, que no podría ser materia de cultivo intensivo, si no es alrededor de las grandes ciudades. No es remunerativo su cultivo sino en grande escala, con capitales relativamente grandes para su primer establecimiento, y más grandes aún para su explotación. Desde el punto de vista social tiene el inconveniente de no requerir casi brazos, y estos por lo regular han de ser brazos alquilados; en realidad, solo recolección de frutos naturales pueden hacerse empleando menos cantidad de trabajo personal, por hectárea. Hágase la estadística del trabajo humano que requiere o emplea la industria pecuaria, o más bien diré, del pastoreo, y se verá cuál de las dos industrias, si la del café o la del pastoreo, es más conveniente desde el punto de vista del empleo remunerado del trabajo, desde el punto de vista social. Compárese la cantidad y calidad de trabajo que proporciona cada una de esas dos plantas por hectárea ocupada: mientras que un vaquero, remunerado usualmente al jornal, cuida y maneja varias docenas de reses que están ocupando otras tantas docenas de fanegadas, una familia entera de campesinos vive holgada e independiente de la explotación de una hectárea de cafetos.

El momentum comunicado al país en el sentido del cultivo extensivo tiene relación con la mayor parte de los problemas nacionales, estorbando, a mi modo de ver, el desarrollo económico y suscitando nuevos problemas. Tiende a producir la “abundancia de brazos” en unas regiones y la migración de la población en otras; plantea problemas agrarios; impide la concentración de la población en el área ya conquistada, adaptada y con mercados disponibles, y dificulta por eso la creación de nuevas industrias, cuya viabilidad depende de una buena demanda; con ello se agrava el problema fundamental de los

transportes y se acentúa la carestía de los mantenimientos. Sugiero, en suma, que errados sistemas o métodos con que se explota la industria pecuaria están perjudicando a todo el país, y que allí hace falta una dirección más intelectual que técnica; que ese no es un problema de ganaderos, sino de hombres de estado.

* * *

Hacia mediados del siglo pasado, o quizás menos vagamente, tras la guerra del 60, se acentuó de modo muy notable el movimiento de expansión de la población antioqueña. Los pequeños poblados formados se saturaban fácilmente con unos pocos miles de habitantes, y tendrían a arrojar el crecimiento vegetativo de la población hacia tierras nuevas, por un fenómeno bastante explicable: el aislamiento de cada poblado y el cultivo simplemente extensivo de las tierras creaba en cada población una economía cerrada con pocas posibilidades de intercambio de productos con otras más o menos lejanas. Semejante situación habría provocado en otras regiones fenómenos de ocurrencia usual, como la excesiva abundancia de mano de obra, miseria y declinación del nivel moral y económico de la población. Una raza de brío y tumultuosa como lo es la antioqueña, sedienta de libertad individual y de *posesión* de la tierra, optó por la aventura heroica de conquistar nuevos territorios, ocupándolos de hecho; y ya no fue la invasión lenta y progresiva del sur, fue la irrupción en masa que ocupó y colonizó la rica región, de subsuelo volcánico, que hoy forma el departamento de Caldas.

Esos campesinos que invadieron el Quindío no llevaban ni papel sellado ni mayor sonante en sus morrales; el capital que invertían en la aventura está inventariado en el cuadro "Horizontes", de Cano: una hacha, un morral con semillas y otros menesteres, la esposa y la prole; confianza en Dios, confianza en sí mismo, y confianza en la esposa, a más de una resolución definitiva de prescindir de auxilios sociales, espirituales, profesionales y de todo cuanto constituye la vida en sociedad, y protege contra la inseguridad en todo sentido. No iban a comprar tierras; iban a ocuparlas, las más de las veces arrebatándolas al poseedor excluyente. La ley no los protegía, pero la inmensa distancia, aumentada por la falta de comunicaciones con el centro político, los precavó contra acciones legales que habían de entablarse desde Popayán; los favoreció la falta de gobierno, el absoluto aislamiento en que se situaban.

Como incentivo adicional para la colonización del Quindío se ofrecía al espíritu aventurero y jugador del antioqueño la posibilidad de las *guacas* o tesoros que se hallaban en los cementerios indígenas, circunstancia que parece secundaria, pues el movimiento de invasión fue un fenómeno netamente agrario: tierras ricas y sin propietario que las defendiese de la insatisfecha ambición de poseer tierras. Aún puede sostenerse la hipótesis de que esos tesoros indígenas hicieron primitivamente una peregrinación semejante.

Esta conquista del sur por medio del hacha como título de propiedad no fue uniforme, sino que iba dejando grandes claros de monte primitivo en tierras que resultaron ser las mejores, si acaso no las únicas ricas del territorio antioqueño: las del suroeste, especialmente la rica hoya hidrográfica del Cauca antioqueño.

La propiedad de esas tierras había sido adjudicada, bien sea por los agentes de la corona de España, cuya corrupción tan duramente flageló el Oidor Mon y Velarde, bien será a cambio de unas pocas hojas de papel con el sello de la naciente República; y no hay que perder de vista que en esos tiempos las adjudicaciones territoriales llegaban a tener el tamaño de lo que hoy sería un Distrito, como si la organización social de entonces tuviese el propósito deliberado de apoyarse en una casta territorial privilegiada. Esas tierras, huelga agregarlo, permanecían incultas y con sus selvas vírgenes, bien custodiadas por sus propietarios (puesto que se escaparon del asalto del hacha campesina), en espera de que el crecimiento vegetativo de la población, como bocas de consumo y como “abundancia de mano de obra”, las valorizasen.

Este estado de inercia vino a romperse hacia el año 1860, la época de la gran expansión. La raza criolla se había multiplicado de modo sorprendente; ya no cabía dentro de las tierras tan pobremente trabajadas con cultivos, y, a falta de una dirección intelectual adecuada que provocara la intensidad del cultivo, apretando y concentrando la población ésta desbordó en invasión hacia el sur. En esta invasión entraron los campesinos más fuertes y de caracteres mejor templados en las tradiciones de la raza; no es aventurado suponer que los menos bien dotados, o menos arrojados, quedaban disponibles en el solar paterno, como mano de obra barata y abundante, que vino a aprovechar el gran propietario de las fértiles tierras del suroeste para abrirlas. El equilibrio estático en que yacían estas tierras se rompió debido a un acontecimiento nuevo de fausta recordación en los anales antioqueños: la adaptabilidad del pasto de pará, para el engorde de ganados en la explotación de esas tierras. Y

entonces vino a tierra esa inmensa selva y surgieron dehesas que al fin del siglo pasado podían engordar 60.000 o más cabezas de ganado, y que se trabajan y manejan con mi vaqueros pagados al jornal.

Las utilidades de tan pingüe negocio vinieron a contarse entre lo mejor de las riquezas de los antioqueños, y las rentas que esas tierras producían, con un trabajo mínimo en su manejo, son tal vez las únicas rentas territoriales que se derivaron en Antioquia, antes que las del café viniesen a entrar en lista. Acontecimientos de otro orden vinieron a fortalecer la posición, ya fuerte de suyo, de estos propietarios. Debido a fenómenos no bien estudiados aún, la importación de ganados del Valle del Cauca fue desapareciendo, quizás al desaparecer el comercio que hacían los negociantes antioqueños con el sur del Cauca, en que provenían de mercancías importadas por la vía de Nare a regiones tan ajenas como Popayán. Poco a poco se fue formando una economía cerrada en el comercio de carnes; la selva antioqueña iba cayendo para dar lugar al cultivo extensivo y por demás costoso de los pastos para el ganado de cría, y esa economía cerrada, a la vez que daba buenas ganancias a los ganaderos, dificultaba la formación de la granja y del pejugal, que es el único medio de trabajar intensivamente la tierra y de sostener una mayor cantidad de población, una población más densa, sin la cual el problema de las comunicaciones se dificulta o hace imposible, dentro de escasos recursos; sin la cual es casi imposible el nacimiento de nuevas industrias que vengan en apoyo de la agrícola, por el aprovechamiento económico de los subproductores.

* * *

He mencionado atrás el hecho, culminante para quien pretenda estudiar los problemas a que da lugar el actual estado de Antioquia, de que la porción más feraz de ese territorio, y rodeada, por añadidura, de poblados en toda su periferia, esté destinada al pastoreo; es decir, que aproximadamente cien mil hectáreas de las mejores tierras y mejor situadas con respecto a los mercados, estén casi desiertas, y no absorban sino unas pocas unidades de miles de trabajadores alquilados. Si el hacha del campesino antioqueño libre no hubiese tropezado en su camino hacia el sur con el hecho legal de la adjudicación de esas tierras, hoy estarían éstas ocupadas por 50 o 100.000 familias de campesinos, que vivirían altivos y libres en el propio solar, haciendo más densa nuestra población acomodada, y más fáciles todos nuestros problemas relacionados

con el progreso. Es más: se podrían señalar otros tantos de miles de hectáreas de buena tierra, o al menos propicias para el cultivo intensivo, que hoy viven dedicadas a la cría de ganados, industria que es, tal vez, lucrativa para sus propietarios, pero no para la colectividad. Me limito a señalar este conflicto entre intereses individuales y sociales, sin entrar en el estudio de las fuerzas que lo producen, lo que daría lugar a serias controversias. Por lo pronto me atrevo a pensar que la política de una economía cerrada en la producción de carnes y de grasas en Antioquia merecería una seria revisión, a la luz de principios económicos fundamentales, pues quizás convenga dejar a las sabanas de pastos naturales de Bolívar la tarea de suministrarnos esos dos elementos. Aunque carezco en absoluto de todo conocimiento en esta técnica de los ganados, y de su pastoreo, desgusanamiento y descuartizamiento para la venta de carnes y sebos, observo que aquí en Londres está la carne más barata que en Antioquia, a tiempo que el Packing House de Coveñas pretende vender aquí sus carnes con provecho, no obstante tener que pagar tanto intermediario como los que median entre los dueños de ganado en pie en Bolívar y el cliente de las carnicerías de Londres. En cambio, podrían dedicarse a cultivos más intensivos las tierras de Cauca dedicadas hoy a la dulce industria del pastoreo; por ejemplo, al del algodón, del cacao, del azúcar, o de otros comestibles que pagan en Colombia al doble precio de Londres. La sola industria del algodón, con sus posibilidades de consumo interior y de exportación, daría lugar a que se abrieran inmensos horizontes para esas tierras y para esa población. Con ello se resolverían, de paso, otros problemas que se han planteado, como la necesidad de traer a su tierra la gran cantidad de trabajadores que han salido a buscar trabajo en climas malsanos, y que ahora se ha visto que hacen falta en Antioquia; o como el problema de la carestía de los mantenimientos, que se pretende resolver por medios tan empíricos como el de abrir las aduanas; pero en general, fácilmente se convendrá conmigo en que sin una población concentrada y que viva activa y libre del aprovechamiento intenso de la tierra, el advenimiento de la *industria* (en abstracto) tardaría hasta que, por los métodos que critico, hubiésemos cubierto todo el mapa colombiano con cultivos extensivos.

* * *

Naturalmente el cambiar el pastoreo por cultivos intensos; el lograr que una familia pueda vivir de la explotación racional de cuatro vacas —como en Holanda— o que las tierras de Cauca den actividad y lucro a razón de familia por hectárea, no podría lograrse sin un trabajo de readaptación propio de hombres de más imaginación y de menos espíritu imitativo del que revelan los que han venido prevaleciendo en la explotación de una industria que simplifica al mínimo todos los problemas de un propietario; y allí es donde el interés individual sumado no viene a totalizarse en interés colectivo. Por el contrario, son muy de temerse las inhibiciones que conduzcan a fines individuales, y de las cuales tenemos buenas muestras, como lo son la demora en la perforación del Túnel de La Quebra, la hostilidad contra el camino Yarumal-Montería, las altas tarifas en las vías férreas, etc.

Odio como el que más la lucha de clases, y antes por el contrario todo mi esfuerzo público se ha ejercido en el sentido de procurar establecimiento de condiciones, e igualdad de oportunidades tales, que no vayamos a dejar por herencia a nuestros hijos una lucha de clases tan espantosa como la que se desarrolla ahora en Inglaterra, mientras escribo, con la huelga de tres millones de obreros. Optimista empedernido, siempre he creído que en nuestro país la vida sí es, como decía Valencia, “una fuente para todos llena”, con tal de que no lleguemos a envenenar la fuente de maneta irremediable. Por lo mismo me esfuerzo en buscar la clave de los fenómenos de nuestra vida social, en la investigación de la raíz de los problemas que pretendemos resolver al detal y como fenómenos aislados, cuando seguramente están íntimamente ligados por causas más o menos comunes.

La existencia de la clase territorial privilegiada no solamente ha tenido por efecto la casi despoblaciones de las tierras cercanas a las pocas vías de acceso, con tanto trabajo construidas, y en las cuales la población podría gozar del escaso progreso y comodidades y seguridades creadas, sino que ha tenido un efecto moral y político desastroso sobre la parte menos bien capacitada de la población, y contenida dentro de esos feudos. Estudiemos con ánimo sereno y sin espíritu de controversia el estado de cosas que ha creado o provocado la existencia de esas enormes porciones de tierra en poder de una propietario, en Boyacá, el Tolima, Bolívar y, en menor escala, en Antioquia y Santander; la población contenida dentro de esos latifundios vegeta en tierra extraña, sin el apego y actividad que inspiran el vivir y trabajar en la propiedad heredada; viven como de paso, expuestos a todas las contingencias y condiciones,

como los gitanos de las tierras balcánicas. Sabemos todos que una de esas condiciones impuestas, expresa o tácitamente, al arrendatario, es la del voto en los comicios populares, a favor del candidato favorecido por el propietario. Esto socava por su base la República misma, aunque es fenómeno que se pasa silenciosamente, aunque, en realidad, los dueños de latifundios quedan investidos de la pluralidad del voto.

Igualmente nocivo para la consolidación de la nacionalidad y para la paz misma de la Nación es la existencia de esa población nómada, ambulante, descontenta, sin raíces en la tierra en que vegeta, y lista a lanzarse a la revuelta, impulsada por una inconsciente sed de reivindicaciones no bien definidas ni concretas, al llamado del primer político que azuce los peores instintos en nombre de causas abstractas, ¡Cuántas veces el jefe revolucionario sale a pronunciarse con sus mismos terratenientes como soldados! Ese estado de cosas ha producido la abyección entre las clases bajas de Boyacá, y una rebeldía tan temible en las del Tolima, que solo podríamos apreciarla los que asistimos de cerca a la guerra de guerrillas de 1900. Si la República hubiese tratado a las pobres gentes del Tolima, que viven en suelo extraño, siquiera como los franceses manejan a sus conquistadores de Argelia, con medidas tan sabias como las de Lyautey, la guerra de 1900 no habría durado la tercera parte del tiempo, ni habría quedado el País tan desolado.

El caso del Tolima es típico dentro del tema que pretendo desarrollar. Mirad esas grandes extensiones de tierras cubiertas de pastos naturales y en parte artificiales, en donde la vista se pierde sin encontrar una choza, donde las pequeñas poblaciones en que se hacinan unos cuantos vaqueros y los negociantes que les venden algunos comestibles están como puestas en medio de la sabana, sin la huerta que nos es tan familiar a los antioqueños; las gentes parecen estatuas de desidia y abandono, incapaces de esfuerzo serio: pero son leones y leonas en la guerra, capaces de dar un esfuerzo sostenido durante días, conservando una reserva vital capaz de dar una carga que les dará con el triunfo, armas y municiones para seguir luchando, sin siquiera preguntar en qué irá a parar tanto sacrificio. Esas tierras pueden no ser muy feraces, aunque sí lo son más que las de Bélgica (que acabo de contemplar desde un aeroplano, tan divididas como un picadillo de papeles de diversos colores); son secas, pero las atraviesan grandes corrientes de agua; son deshabitadas, pero podrían contener millones de habitantes, que podrían trabajar pejugales propios, si fuera posible fraccionar los grandes latifundios. Esas tierras tolimenses tienen

una ventaja que pocas regiones poseen en Colombia: una posición central, en medio de la zona más poblada de Colombia, con ríos navegables, ferrocarriles y caminos como ninguna en todos los ochos sentidos de la rosa náutica.

Otro tanto o más podría decirse de ciertas regiones de Cundinamarca y Boyacá, entregadas hoy al cultivo extensivo, que es el mejor medio de desparramar la población de un país, sin grandes ventajas para nadie, con graves inconvenientes para la comunidad, aunque no fuera sino por la infelicidad que producen abajo, y los cacicazgos que crean arriba.

No sería el suscrito quien aconsejase romper ese funesto equilibrio por la fuerza, ni acaso por la fuerza de la ley; pero es evidente que hay que salir de ese equilibrio.

De lo contrario habría que esperar a que la población ocupara todo el mapa colombiano, y luego refluyera al centro, hoy medio civilizado, para concentrarse y facilitar todos los problemas nacionales, cuando Colombia podría contener, dentro del área actualmente adaptada, el triple de la población actual, con solo cambiar los métodos de manejo de las tierras y de los hombres.

* * *

Al fin del siglo pasado ya no entraban ganados por el sur, quizá porque la escasa producción del Valle del Cauca apenas alcanzaba a proveer a las necesidades de los colonizadores del Quindío, de manera que a Antioquia solo llegaba algún ganado de Ayapel, después de sufrir las bajas y enflaquecimientos consiguientes a tan largas jornadas por tales caminos y veredas. Esta situación se fue agravando a medida que las utilidades en la industria cafetera y el espontáneo crecimiento de la población fueron aumentando el consumo de carnes. El ferrocarril de Antioquia se mantuvo cerrado, como camino y como vía férrea, para la importación de ganado de Bolívar, hasta el año 1911, en que se bajó la tarifa un poco, provocando con ello tales protestas, que aún dura el vocerío de los interesados. Tras esa medida empezó un tráfico creciente de ganados casi gordos importados de Bolívar y que hoy alcanza proporciones respetables. A más de eso, como repercusión de esa medida, las tierras que demoran a lado y lado de la vía férrea han sido convertidas en dehesas, o se están convirtiendo a gran velocidad. Esas tierras, que han visto desfilas a tantos emigrantes antioqueños en busca de tierras que puedan poseer, permanecieron por cuarenta años incultas e impenetrables, dando el espectáculo curioso

de la selva atravesada por el riel sin la menor modificación, a pesar de que el Departamento entraba por mitad o tercera parte en la extraña comunidad propietaria. La famosa hacha antioqueña respetó esas tierras, atemorizada por el papel sellado o por el revólver, hasta que un día intervino el pasto de engorde en la contienda por la posesión de ellas, al amparo de fletes menos altos para el transporte de ganados que se condicen hacia el interior. Se produjo entonces un choque, no de rifles ni de hachas de filo acerado, sino del papel sellado contra el papel sellado, y como resultado de esa contienda vemos hoy la selva descuajada de sus montes seculares e imperar la famosa yerba de engorde. Es otra colonización por empresarios de la industria pecuaria, en selvas que hubo de respetar el hacha del campesino ansioso de *poseer* la tierra. Mucho habríamos preferido que se hubiese formado una verdadera colonia agrícola, y se hubiesen distribuido en propiedad, en lotes de a cincuenta hectáreas con la prohibición de juntar lotes, so pena de perder la propiedad. En todo caso, la obra va adelante, y es de esperarse que esto permita dedicar las tierras de ceiba de Cauca al establecimiento de pejugales y huertos, ahora que les llega la vía férrea. Ya en ellas se cumplió hace tiempo por la conquista de la selva por intermedio del ganado vacuno y del porcino, y hace tiempo que éste debió irse a otra parte a cumplir su misión peculiar, dejando el campo libre a la proliferación de la raza sin las migraciones del pasado.

* * *

Creo haber mostrado con las consideraciones anteriores estos puntos:

1. Que las instituciones y métodos que predominan durante la Colonia, no modificados muy sustancialmente durante los primeros cien de la República, plantearon problemas agrarios graves en Antioquia, así como en el resto del País.
2. Que la raza antioqueña resolvió por sí sola su problema agrario, sin la menos dirección intelectual ni ayuda de orden legal, desparramándose por otros territorios, en donde pudo satisfacer su ambición de poseer la tierra, y de conservarse “altiva y libre”, con el desesperado esfuerzo de que es capaz esa raza.
3. Que si la raza antioqueña logró subsanar la injusticia social de la reparación de las tierras, mostrando un poder de recuperación asombroso,

la Nación no tenía por qué esperar semejante esfuerzo del hombre medio colombiano, y eso explica en parte el relativo estado de atraso en que se hallaba todo el País en la época del centenario de nuestra emancipación.

4. Que aún sin contar ni tener en cuenta este pésimo punto de partida, existe aún con caracteres graves un problema agrario digno de la atención de los estadistas, por estar dedicadas nuestras tierras mejores, o más bien situadas, a la industria del pastoreo; y
5. Que la subdivisión de esas tierras por procedimientos razonables, con oportunidades abiertas para que los excluidos puedan adquirir pequeños fundos, es condición esencial para la resolución de la mayor parte de los grandes problemas nacionales.

Mayo, 1926

3. Dineros y deudas*

La digresión anterior me permitió mostrar una de las principales manifestaciones del espíritu aventurero del pueblo antioqueño, que es la colonización, y sin detenerme a considerar otra manifestación tan marcada de ese mismo espíritu, cual lo es el movimiento migratorio de que está dotado, voy a analizar algunos de los fenómenos a que da lugar el espíritu de juego de nuestros paisanos, lo que equivale a anunciar que voy a considerarlos en función del dinero propio y del ajeno, es decir, a entrar en el árido e ingrato terreno de las finanzas privadas de esos conciudadanos, en cuanto ellas sean fenómeno de repetición o generalizable. El asunto resultará un poco trivial, pues no habrá que apelar a los principios de las altas finanzas para tratarlo, bastando al efecto unas pocas verdades de las de perogrullo.

Se habrá notado que como aventurero el pueblo de que me ocupo tiene buenas semejanzas con el inglés, más bien que con el judío: emigrador, colonizador, conservador de sus costumbres y tradiciones, resistente, sobrio y sufrido, aislado y silencioso por lo montañés, y tesonudo como el inglés; mientras que como jugador es todo lo contrario de un inglés, y no me explico cómo se ha sostenido que el antioqueño es judío, siendo tan jugador. Digo que el inglés no es jugador, y eso que están pasando las semanas de las tradicionales carreras de caballos, en que todo el mundo apuesta algo como para eliminar el deseo de echar suertes, y precaverse contra el juego en las finanzas.

El colombiano le tiene un amor excepcional a la posesión de la tierra; siendo un pueblo esencialmente agrícola, la tierra es su campo de actividad

* Tomado de: López, Alejandro, 1931, Problemas colombianos, Paris, Ediciones La Antorcha, p. 35.

por excelencia: la posesión de la tierra inspira a unos las hazañas de la colonización, en condiciones casi imposibles, a otros las austeridades del ahorro, mientras que el despecho de no poseerla lleva también a extremos que me he esforzado en mostrar. Pero esa posesión tiene a veces otros móviles, como el de la segura inversión del dinero adquirido, para librarlo de los enemigos que lo asedian. En la posesión de la tierra no siempre se busca un campo de actividad lucrativa, ni siquiera una inversión lucrativa; se trata en veces de inmovilizar el dinero, de convertir capital en riqueza, para evitar su demérito, o su consumo, o en espera de una valorización que resulte de factores sociales en juego, o por todos esos móviles a la vez. Esto viene a constituir una gran fuerza que se opone a la división de la propiedad, y a la vez es una causa del gran valor que ha adquirido la propiedad territorial en Colombia, especialmente la urbana y la suburbana; de las restantes no puede decirse que hayan aumentado de precio en tal proporción, porque regularmente no están para la venta; son inversiones.

4. Vías de transportes*

Dedicado al Señor General Pedro Nel Ospina,
ex-Presidente de Colombia

Las cuestiones agrarias resultan del movimiento de la población en el sentido de apropiarse el suelo; las agrícolas, de la actividad de la población al exportar la tierra para satisfacer sus necesidades; unas y otras están condicionadas por la de las vías de comunicación que, modificando las deficiencias o dificultades del territorio, cambian la situación de las tierras y dan valor a sus producciones. Estos problemas están, pues, tan íntimamente ligados entre sí, que ahora se hace preciso estudiar el interesante fenómeno de los esfuerzos que ha hecho o proyecta hacer nuestra población para adecuar el suelo y poner sus productos al alcance de la demanda interna o externa. Por ser el tema demasiado extenso hay que limitarse a exponer ideas, principios y planes generales.

Mirar la cuestión de los transportes en Colombia desde un punto de vista en que solamente se cuentan los productos de la industria colombiana, puede que sea criterio nacionalista, pero que se justifica al considerar que el producto extranjero no entra al País sino a suplir deficiencias de la industria actual. Lo predominante, permanente y principal es la producción nacional; el producto de origen extranjero es secundario y más o menos temporal, a la medida del progreso industrial y comercial. La deficiencia de un país en ciertos productos puede ser momentánea o temporal, o permanente de modo irremediable. La de Colombia en hierros de fundición, trigo y géneros burdos

* Tomado de: López, Alejandro, 1931, Problemas colombianos, Paris, Ediciones La Antorcha, pp. 140-162.

en algodón es, o debe de ser, más o menos temporal; la de azúcar y arroz es momentánea, probablemente; y la de artefactos de acero puede considerarse como permanente, aunque no hay razón para creer que el País no llegue a bastarse a sí mismo en esta materia algún día. Deficiencia permanente e irremediable es, por ejemplo, la de Inglaterra, que tendrá que importar siempre productos tropicales, como café, caucho, arroz, cacao, quina, etc. Consideradas, pues, las deficiencias de estos dos países, resulta una gran diferencia en favor de Colombia, y es claro que esa diferencia es concepto que ha de regular la dirección de nuestra sociedad en lo futuro.

Se contempla en el párrafo anterior la movilización de las cosas, por considerar que la de los habitantes es secundaria y subordinada a la de los productos, que es la principal. La población no cuenta entre sus funciones la de trasladarse de un punto a otro, ni vive viajando, como el producto, desde que nace hasta que se consume; el movimiento del pasajero —en función de acción— está subordinado al de los productos, si acaso no es originado por estos. El progreso en el sentido de los transportes consiste en darle extrema movilidad al producto de la industria humana, a menos que este sea fijo por destinación; al contrario, el progreso en otro orden de ideas consiste en crear condiciones de extrema fijeza para la población. Si alguna explicación necesitaren estos dos postulados, bastaría mostrar el absurdo de los contrarios: es incivilizable una población al estado nómada, en que los hombres se muevan como dotados de alas; y es, también, de condiciones negativas para la civilización, si los productos de su industria se comportan como si tuviesen cien veces mayor peso del real, y están, por lo mismo, destinados a consumirse *sur place*. ¡Lo que valdría una manzana, del valor nutritivo conocido y de peso de un quintal! Y no otra cosa pasa a los pueblos carentes de medios de transportes: la casi inmovilidad del producto resta ganancias al productor y encarece los mantenimientos. En cambio, el hombre como trabajador, que es el aspecto considerado, solo se desplaza momentáneamente, y casi siempre en pos del producto.

* * *

Los españoles no eran tan solícitos como los romanos en la construcción de carretas para el manejo y defensa de las colonias, sino que más bien se adaptaban con sorprendente facilidad a la falta de comunicaciones; de manera que,

al constituirse la República, no había caminos, propiamente hablando, y si de mayor importancia entonces, que fue el que sirvió para huida del Virrey, a principios de agosto de 1819, se hallaba en tan pésimo estado un siglo después, cuando se terminó la vía férrea que lo reemplazó, ya puede imaginarse lo que serían las otras vías de entonces.

Estas se fueron haciendo por los rumbos hallados como de menor resistencia por el público, con el trazado que fue sancionado el vulgo con sus huellas, y que respondía bien a las exigencias, tráfico y recursos de entonces. Regularmente esos caminos seguían las crestas de las cordilleras, o de sus estribaciones, lo que prestaba diversas ventajas; la cresta marcaba el rumbo sin riesgo de pérdida; se evitaban las luces y vados, así como el movimiento inicial de tierra y las construcciones de desagües. En cambio, resultaban pendientes y contrapendientes obligadas, y se cruzaban las cordilleras por los puntos más altos, que es de donde se desprenden las estribaciones en sentido opuesto. De aquella manera el problema de las vías quedaba al alcance del vulgo, y quien mire hoy el trazado de caminos como el de Guaduas, el de Isalitas, o el de Cali al Pacífico, no dejará de sorprenderse de lo acertado de esos trazados empíricos, dadas las condiciones existentes en aquella época.

Los ingenieros que primero entraron a prestar su concurso en los caminos, tuvieron que cometerse a la obra estéril de remendar lo hecho; buen ejemplo de cómo la ciencia ha de limitarse a enmendar errores que más valiera abandonar. Pero si esos campeones hubieran negado su dirección, entonces, habrían cometido el mismo error en que ahora incurren algunos miembros de la clase dirigente, al sustraerse del todo a la función directiva, alegando un mal estado de cosas.

En la última cuarta parte del siglo pasado fue cuando empezó a mostrarse inconformidad con los caminos de herradura heredados de los españoles o hechos por la República. Las tres fuerzas que obran en el problema venían aumentándose, tráfico, exigencias de la opinión y recursos fiscales. Fruto de esta inconformidad fueron, por ejemplo, la carretera de Cambao, las de la Sabana, la de Medellín a Barbosa, &, aunque es muy discutible que esos caminos pudiesen llevar el nombre de carreteras. Más bien podrían llamarse caminos *carreteables*, nombre aplicado por el Señor Pereira Gamba a uno del Sur, de trazado suave, pero sin el afirmado que corresponde a una verdadera calzada; nombre cuyo empleo se generalizó más tarde, al aplicarlo al que transmonta La Quiebra. Para que un camino merezca el nombre de carretera o calzada no

basta que tenga una gradiente adecuada al rodaje; lo más característico de ella es el afirmado, que ha de ser resistente a la erosión de las lluvias, incompresible, aunque elástico, y de un material que no haga pasta con las aguas; y el piso, antes que presentar obstáculos al rodamiento, ha de ser liso y economizar el desgaste de las llantas. Cuando el firme no responde a las características exigibles, el camino se hace con menos costo inicial, sometiendo en cambio a cada vehículo a desgastes y daños que elevan el costo de su explotación y disminuyen su vida. Cuando el tráfico es muy intenso, es claro que todos estos costos individuales sumados compensan ampliamente a la colectividad del empleo de un buen capital que se invierta en obtener un afirmado perfecto; es decir, será más económico para la sociedad tener afirmados perfectos, como lo de Inglaterra. El tráfico escaso no merece la inversión de grandes capitales, como los que se gastan en las calzadas de primera y segunda clase en este país, y menos aún si el camino se ha de destinar al tráfico mixto de ruedas y de cascos de mula. Ni la mula de carga requiere un afirmado especial, ni es posible evitarle a un buen firme la degradación constante de los cascos herrados.

Esta parece ser la explicación de por qué en Colombia haya sido tan ineficaz el esfuerzo por construir y sostener verdaderas carreteras; la de Cambao quedó prácticamente abandonada, aún antes que el Ferrocarril de Girardot viniera a satisfacer en gran parte la necesidad que dio ser a ese camino. Indudablemente el frecuente tráfico de mulas por este degradaba el piso y tendía a excluir las ruedas. Es natural que en la lucha entre el tráfico de ruedas y el de mulas de carga acabe por triunfar este, por el solo hecho de que el tránsito de la mula daña el camino para las ruedas. Eso hace el sostenimiento demasiado caro, sobre todo si es escaso el tráfico. Si aún hoy, por arte de encantamiento, se transportan todos nuestros caminos de herradura y carretables en carreteras de las que clasifican en la Gran Bretaña como de segundo orden, el País sería incapaz de sostenerlas en condiciones adecuadas a la explotación fácil y barata del automóvil, por dos razones: primera, porque sería imposible evitar la degradación a que está sometido todo camino de herraduras; y segundo, por el enorme costo del sostenimiento, en relación con el poco tráfico.

Sin embargo, todo va cambiando; la tremenda habilidad del arriero para sortear malos caminos va siendo remplazada por la que requiere el manejo del motor. El tráfico de los caminos ha aumentado considerablemente, y seguirá en aumento al compás de la construcción de vías férreas. Los recursos fiscales se incrementan en consonancia. El público, que es a la vez demanda

del camino y contribuyente del Estado, es cada día más exigente, y reclama *facilidades* de traslado y de transportes, es decir, comodidad y oportunidad en las movilizaciones. Finalmente, todas estas fuerzas que intervienen en el problema de las vías de comunicación han crecido hasta salirse del alcance del vulgo, a la vez que el País ha creado toda una legión de técnicos capaces de conformar dichas fuerzas; hoy los trazados se hacen con pendientes gobernadas y hasta compensadas, los vados no importan, las luces se multiplican, se sigue en el trazado la medialadera de la montaña, y las cordilleras se cruzan por los puntos más bajos, que son aquellos en que nacen dos corrientes de agua en direcciones opuestas.

Es preciso insistir en mostrar todo el progreso que implica el sacar ciertas obras del alcance del vulgo, que siempre trata de poner las cosas a su alcance, refrenando el progreso. Precisamente esto es lo que no deja dar un impulso sólido a la Agricultura Nacional. Ejemplo bien claro es también cierta disposición del Código de Minas de 1868, aún existente, que autoriza a medir las pertenencias por sus proyecciones horizontales, se sustraerá esa operación de Agrimensura del dominio del vulgo.

Bajo los favorables auspicios revistados antes, Colombia se dispone a recordar el tiempo perdido en la tarea de completar su equipo nacional, de que son parte muy principal las vías de comunicación. El camino de herradura ya no se construirá más, y la atención pública se fija en la construcción de carreteras, como complemento de las vías férreas y funiculares, y aún como subsidiarias de estas. Por eso es de la mayor importancia aclarar ideas, y establecer doctrinas y principios, valiéndose para ello, hasta donde sea posible, de los datos y lecciones de la experiencia del país mismo, sin incurrir en imitaciones desastrosas, pues ya está visto que hasta los procedimientos mismos requieren una adaptación adecuada.

* * *

Lo que va corrido del siglo xx ha sido una época de profundas transformaciones en los transportes, especialmente de los terrestres sin rieles. El motor de explosión, la llanta neumática, la alta calidad de los productos de la industria siderúrgica, y las explotaciones petrolíferas, que no solamente dan el combustible adecuado, sino el material que hace elástico y liso el afirmado de las vías, han dado lugar a toda una serie de industrias nuevas que concurren a crear

el transporte económico por medio del automotor, tanto para la carga como para los pasajeros, y no solo en concurrencia con el transporte férreo, sino aún en competencia con este. El automotor que funciona en estas carreteras de requisitos inmejorables ha creado, en resumen, un nuevo tráfico, que es el de placer; ayuda a la vía férrea recogiendo y distribuyendo carga y pasajeros, y aún ha llegado a hacerle tal competencia en algunos países y lugares, que sería del caso discriminar si Colombia ha de tener en cuenta esto último, en relación con sus planes de vías de comunicación. Es natural preguntarse hasta dónde los nuevos procedimientos y principios modifican planes anteriores.

Sin duda el país en que se ve más claramente la competencia entre el automotor y el ferrocarril es la Gran Bretaña; más afortunadamente la disimilitud de condiciones es tan visible, como es de intensa la lucha entre uno y otro medio de transporte. Esta isla tiene de norte a sur su mayor longitud, que es los ocho décimos de la distancia entre Cartagena e Ipiales, y como su área es apenas la mitad de la de los catorce Departamentos colombianos (exceptuados los territorios de Intendencias y Comisarías), se comprende bien la facilidad de los transportes en ella; bastaría observar que de la línea media longitudinal hacia los lados media una insignificante distancia al mar, manera que cada lugar del interior está cercano a un puerto de mar, y que las montañas son insignificantes. Los numerosos ferrocarriles necesitan el complemento de los caminos para recoger la carga y distribuirla, lo que hace más temible la competencia del carromotor, que a la vez que desempeña esta función, hace el transporte en pequeñas distancias más económico que la vía férrea. A esto se agrega que los ferrocarriles en este país tienen que pagar a los municipios altos impuestos, como toda propiedad territorial, mientras que el automóvil no paga sino una libra anual por cada caballo de fuerza.

Sin contar las treinta y dos mil millas de ferrocarriles, la grande isla tiene hoy 178.361 millas de caminos de primera y segunda clase, fuera de los meramente vecinales. En todos ellos gastan las autoridades locales sumas que en el año fiscal de 1923 a 1924 alcanzaron a 41.393.100 libras esterlinas. Sin contar los caminos vecinales, la isla posee carreteras a razón de dos millas por cada milla cuadrada.

Los Estados Unidos cuentan en el área de 3.600.000 millas cuadradas que constituyen esa Nación, 2.900.000 millas de carreteras, de las cuales el 10% son bien cementadas; todo ello a más de las 270.000 millas de vías férreas. Es esa la tierra del transporte a larga distancia, en que nadie pensaría

en la posibilidad de construir una carretera en lugar de un ferrocarril, pero por lo mismo la carretera es un accesorio necesario de este; aún ha ocurrido que muchos ramales férreos, destinados a alimentar los ferrocarriles, han sido remplazados ventajosamente por carreteras, cuando el tráfico era escaso.

De Francia puede decirse que tuvo un buen sistema de carreteras antes que un buen sistema de vías férreas. Se ve mucho allí el tipo de carretera de afirmado de macadam, con ancho apenas suficiente para el encuentro de dos vehículos, y que parece más adecuado a las condiciones de Colombia.

Desde luego se comprende que ni Colombia está en aptitud de construir lo que aquí entienden por carretera de primera y de segunda clase, ni el escaso tráfico de sus vías lo exige, ni lo permite aún el carácter mixto del tráfico. Respecto a esto último, es claro que en habiendo buenos caminos de ruedas tenderá a desaparecer la tracción animal, y más aun el carguío a lomo de mulas, lo que permitirá dedicar mayor cuidado y más grandes recursos al afirmado. En la Gran Bretaña había 669.530 vehículos automotores en 1922 y 175.971 de tracción animal; mientras que en 1926 se expidieron licencias por 1.204.061 vehículos automotores y por 96.784 tirados por bestias. En cuanto al afirmado con todos los requisitos técnicos, es claro que no resultará demasiado costoso, fuera de innecesario, por ahora, y habremos de contentarnos en Colombia con un macadam mejor y más sólido del que ha venido acostumbrándose, aunque sea sometiendo a cada vehículo en circulación a una cuenta grande de reparaciones.

En esta materia de carreteras de tercera clase tiene Colombia un programa inmenso para el futuro, y cuya ejecución, al menos parcial, se hará más imperativa con la construcción de vías férreas. Lo importante es abocar el problema indiscriminadamente las conclusiones y principios de países de condiciones o de equipo completamente distinto de los nuestros. Sería muy aventurero, por ejemplo, aplicar en nuestro país principios deducidos de la competencia entre vías férreas y carreteras de primer orden.

Muchos y muy notables han sido, en realidad, los adelantos en los últimos veinte años, en materia de transportes terrestres no férreos, tanto en cuanto a la vía como en los vehículos; pero no sería aventurado asegurar que un plan de vías férreas, que se hubiera adoptado en Colombia al principiar este siglo, no habría sido modificado de modo apreciable por tales adelantos, sino que estos permitirían complementar ese plan y alimentar mejor los ferrocarriles proyectados.

Ferrocarriles

Los diversos factores que hay que tener en cuenta al idear un plan de vías férreas son estáticos o dinámicos. Entre los primeros se destaca el de la fisonomía o relieve del territorio, y vienen después la situación del País respecto a las otras nacionalidades. El relieve, tal como lo muestran los mapas hidrográfico y orográfico, condiciona el problema especialmente desde el punto de vista técnico, y dicta las características del trazado; mas es indudable que los sargos principales del plan lo dan los factores dinámicos, o sea la población en función de acción en el territorio.

Ante todo hay que tener en cuenta la actual distribución de la población y el probable acomodo del crecimiento de ella. Gran parte de los problemas colombianos lo son por la escasa densidad de la población. No hay que olvidar, en efecto, que de los 1.283.400 kilómetros cuadrados que abarca la patria heredada, 807.000, o sean casi dos terceras partes del área, corresponden a los territorios de Intendencias y Comisarías, y de esa densidad de población tan débil, que obligadamente hay que prescindir por ahora de esos territorios para el efecto considerado. Los 476.000 kilómetros restantes son el área de los catorce Departamentos, y en ellos está la población tan desigualmente repartida, que apenas podría considerarse la mitad de esa área —o sea una igual a la de la Isla Británica— como medianamente poblada; el resto está inhabilitado, o es inhabitable por mucho tiempo. De San Faustino a Turbo hay una diferencia de longitud de cuatro grados, y de Puesto Colombia a Ipiales la diferencia de latitud es de diez grados. Dentro de ese rectángulo, que mide aproximadamente 400.000 kilómetros cuadrados, están desigualmente regados unos 6 millones de habitantes, si la densidad fuese uniforme, sería de 15 habitantes por kilómetro cuadrado. El problema de las vías de transporte se simplificaría si se tratase de una densidad de población como la de Bélgica, que es de poco menos de 300 habitantes por kilómetro, y más o menos igual a la del Municipio de Medellín. No se olvide, al respecto, la deficiencia del territorio colombiano y que se llamó en los ensayos anteriores “el cuello del cisne”: una faja como de 600 kilómetros de longitud y de latitud variable, a lado y lado del río Magdalena, que puede estimarse de un área de 24.000 kilómetros cuadrados, o sea el 6% del área de los Departamentos, y que está inhabitada, si acaso no es inhabitable.

Los factores dinámicos que hay que considerar de preferencia son: las demandas de la población, la fuerza centrípeta hacia el centro de gravedad, y las centrífugas ocasionadas por la influencia de otras nacionalidades.

La demanda consiste principalmente en géneros nacionales, en gran parte alimenticios, y extranjeros, que se obtienen en cambio de los productos del suelo, demandas que se concretan en mercados, nacionales y extranjeros. Las regiones de distintos climas tienden a comunicarse para cambiar frutos, planteando el problema técnico de las pendientes.

Las fuerzas centrífugas se manifiestan en las fronteras, o sobre las costas de dos mares.

* * *

Quien estudie el mapa de Colombia con ánimo de idear un plan racional de vías férreas, lo primero que observará son los dos ríos que, aunque acaban por juntarse al norte, corren más o menos paralelamente en la mayor parte de su longitud, por el fondo de dos valles que están separados entre sí por una alta cordillera; del otro lado de cada río se alzan también dos altos macizos andinos, de manera que la sección transversal del territorio medianamente poblado afecta la forma de una W. La pobreza del equipo nacional ha obligado a considerar navegables esos ríos, aunque las condiciones de navegabilidad de uno y otro son muy discutibles, sobre todo en un trayecto más o menos largo, y que varía según el punto de vista que se adopte. Considerando hoy únicamente el flete del transporte fluvial, resulta barato en comparación con el férreo; si se tiene en cuenta la capacidad transportadora de los ferrocarriles en uniforme, mientras que la fluvial varía, desde responder a las exigencias del País hasta anularse por temporadas, y que en todo tiempo la demora, falta de oportunidad y avería en el transporte fluvial causan lucros cesantes y daños emergentes, que debieran cargarse como aumento del flete, la economía resultaría muy discutible, y al aumentar mucho el tráfico sería redondamente negativa. Ello depende, pues, de la magnitud del tráfico, y es claro que, como vía exclusiva, la arteria fluvial se empequeñece cada día, con el progreso del País, y por lo mismo tiende a quedar relegada al segundo término, como lo está hoy la navegación a vela en los mares. Hoy mismo se ve que la navegación del Magdalena, de Neiva a la Dorada, así como la del Alto Cauca, están

por debajo de las necesidades del País, sin que ello signifique que hayan de desecharse como recursos eventuales.

El río Cauca confluye al Magdalena por las Bocas de Guamal y de Tacaloo, mas para los efectos de este estudio bien podría considerarse que sigue directamente al norte, hasta el Canal del Dique, sin consecuencias sensibles. Partiendo de este supuesto, puede afirmarse que los ríos, el Magdalena desde sus cabeceras hasta Nare, y el Cauca desde su nacimiento hasta Cartagena, se prestan admirablemente para localizar dos grandes vías troncales, de pendiente muy suave, y que unirían longitudinalmente inmensos territorios, en gran parte poblados o habitables en condiciones favorables para la vida. De Nare hacia abajo la prolongación del sistema férreo estaría condicionada por la conquista del “cuello del cisne” por la población, cuando esta pueda vivir allí de manera segura y decente, a la vez que por las exigencias del País en materia de transportes. El sistema del Cauca en toda su extensión, de Popayán a Cartagena, ofrece toda clase de condiciones favorables para el desarrollo de una enorme masa de población: gran productibilidad del suelo, equilibrio estable para la vida, cercanía a los mares. Las diversas partes de ese valle, casi aisladas hoy unas de otras, quedarán unidas por esa vía troncal como las cuentas de un collar.

Otro tanto podría decirse del sistema del Alto Magdalena hasta donde las tierras cenagosas rompen el equilibrio de la vida. Está más retirada del mar esa zona, pero en cambio ocupa la posición más privilegiada de Colombia en cuanto a mercados; el suelo es rico, el clima es propicio para el desarrollo de la vida, y el día que la población pueda desbordar, en condiciones ventajosas, hacia el Caquetá, las posibilidades de esa región serán inmensas.

* * *

El estudio del mapa colombiano, en combinación con el censo de la población, revela, en segundo lugar, la existencia de un centro que, sin ser propiamente económico, adquiere en las mentes un valor imponderable y una importancia preponderante, como que es el centro de la fuerza de gravedad que da unidad a todo el sistema y hace de él una verdadera nacionalidad. El sistema ferroviario del País debe proveer de medios y facilidades para que la Capital desempeñe esta noble función. Bogotá no debe su existencia ni su preponderancia a la casualidad; es como el centro de una región de clima admirable,

el más favorable al traslado de una cultura europea, y de una fertilidad que ha permitido el desarrollo de uno de los núcleos de población más densos e interesantes del País. Si de Moniquirá a Santa Rosa de Viterbo se traza una línea como base de un triángulo escaleno que tuviera por vértice a Soacha, se abarcaría así una región como de cinco mil kilómetros cuadrados (con ciento de base), cuya población podría calcularse en 800.000 habitantes, o sea un promedio de 160 habitantes por kilómetro, toda ella de suelo muy rico y de temperatura ideal; y ensanchando un poco el área podría decirse que vive en esa región la séptima parte de la población colombiana.

El punto débil de la capital es su lejanía del mar —aún más que la de Méjico— fuera de que semejante clima tan cerca a la línea ecuatorial no se tiene sino a grandes alturas, que dificultan los transportes. Por consiguiente, la primera necesidad en materia de vías de transporte es corregir esas deficiencias de modo artificial, cortando las distancias a ambos mares. Si desde el punto de vista económico o comercial esta deficiencia crece proporcionalmente a la distancia, o a los tiempos empleados en recorrerla, desde el punto de vista de la constitución, conservación y prosperidad de la nacionalidad, la fuerza centrípeta de la capital disminuye con el cuadrado de la distancia, dejando los puntos débiles, que son las fronteras y las costas, a merced de las influencias exteriores.

Hasta 1920, la distancia comercial de Bogotá a Buenaventura y Cartagena era de unos diez días, con una capacidad transportadora tan pequeña, que cualquier emergencia exterior nos habría puesto en grandes dificultades para cubrir dese Bogotá esas cosas y la frontera venezolana; y respecto a la del sur el tiempo era triple y la capacidad transportadora inferior aún.

Todo ello hace ver la necesidad de incluir en el plan ferroviario otro sistema que ponga a la capital en capacidad de llenar su misión peculiar, sea independientemente de toda consideración o, mejor aún, combinando ventajas comerciales. Por eso las vías férreas que corrijan esa deficiencia son las más nacionales de todas, y ha de concedérseles la prelación. Dos vías férreas que unan a Bogotá en el bajo Magdalena, la una, y con el Pacífico la otra, responden a las necesidades estratégicas y comerciales a la vez. Ambas acortan el tiempo entre capital y las cosas, son vías indicadas para el comercio internacional, y darán un gran volumen de tráfico local. La del norte es de un trazado más accidentado que las dos troncales que van por valles, pues tienen que ir atravesando varias mesetas altas, separadas por divorcios de aguas

que presentan, sin embargo, puntos estratégicos para pasar de uno a otro; y comunica las tierras frías de la altiplanicie con las templadas y calientes del norte. La de Bogotá a Buenaventura es transversal y muy accidentada, con más problemas de gradientes que la anterior, y por lo mismo une varias zonas de diversos climas alternativamente.

Es de notarse que, estando la Costa Atlántica más sometida a las influencias exteriores, todo el trabajo de construcciones férreas realizado últimamente ha acercado a la capital la Costa del Pacífico, sin que la Atlántica haya recibido hasta ahora el menor beneficio.

Otra costa marítima y otra frontera, en el Golfo de Urabá, y otra fuerza interior, como lo es Antioquia, merecen consideración especial, no solamente desde el punto de vista de la seguridad y prosperidad de la nacionalidad, sino comercialmente hablando. Una transversal que cruzara los sistemas descritos anteriormente en Bolombolo y Moniquirá, llenaría bastante bien todos estos requisitos, y daría medios de activar el intercambio de productos entre dos regiones cuyas actividades se complementan.

Del cruzamiento de las líneas que irán de sur a norte con las transversales ideadas resultan puntos de un interés especial, y destinados a tener una gran importancia en lo futuro. Zarzal, Bolombolo y Moniquirá pueden llegar a ser grandes ciudades, las tres primeras de clima cálido. Esas ciudades quedarán situadas en los vértices de un gran polígono de líneas férreas de grandiosas proyecciones, que tendrá el efecto de comunicar en un tiempo de horas regiones que hoy están a distancia de días, y así, tanto las movilizaciones militares como las comerciales, quedaran modificadas como es de desearse.

No está por demás hacer notar que las líneas comprendidas dentro del plan anterior permiten la más económica y equitativa distribución de un artículo de primera necesidad, cuya producción se ha reservado el Estado, que es la sal.

* * *

La función principal y más noble de estas líneas es la de estrechar los lazos de unión y de simpatía entre los poblados periféricos y los interiores: es decir, permitirán al centro ejercer más eficazmente su fuerza de atracción sobre las regiones periféricas o costaneras, aminorando a la vez las atracciones y repulsiones a que las dejó sometidas por tanto tiempo la carencia de comunicaciones

con el interior. Quedan sin embargo, retazos de territorio cuyos problemas de comunicación conviene relacionar con el plan general, o proveer especialmente, teniendo en mira los mismos objetivos del plan general.

Riohacha resulta Puerto Olvidado en ese plan. Las inmensas reservas de tierras feraces que moran al interior de ese puerto, y la facilidad para comunicarlas con él, merecen atención especial del estadista colombiano.

La Nación debe hacer todo esfuerzo por alcanzar objetivos e ideales fincados en el proyecto completo del Ferrocarril de Santa Marta, uniendo efectivamente ese puerto con el bajo Magdalena y aumentando así la fuerza de atracción nacional. Ello completaría, además, el plan antiguo de ligar nuestros puertos principales del Atlántico, Puerto Colombia, Santa Marta y Cartagena, con la arteria fluvial principal.

Parece indicado que la fuerza de atracción sobre el golfo de Urabá y la frontera que le queda cerca se ejerza al través del territorio y del pueblo antioqueño; tanto en este concepto, como en el de abrir un gran sector en que la civilización colombiana no ha penetrado lo suficiente, la llamada Carretera al Mar tendría un carácter nacional.

Ahora hay que considerar el problema de las fronteras terrestres. Colombia es un país esencialmente pacífico, sin la menor ambición sobre los territorios vecinos, y ha sabido plantear desde un principio su diplomacia en armonía con su aspiración de no exigir de los países limítrofes sino respeto y fraternal amistad; es una agua mansa de las que dan la impresión de fáciles para el incauto, y de peligrosas para quien tenga desarrollado el sentido de las responsabilidades. Ha vivido ajena a todo temor externo, realizando el ideal de ser el país capaz de sostenerse con un mínimo de aparato militar sea con respecto a su población o a la extensión de su territorio, siendo en ambos conceptos la tercera nación de Suramérica. Huelga añadir que nunca ha pensado en practicar la hipócrita divisa del renglón latino que comienza: “si vis pacem...”.

Quiere ello decir que en un plan general de vías férreas no hay que considerar sino la conveniencia de acortar razonablemente la distancia a las fronteras terrestres, más con el objetivo de estrechar los vínculos nacionales que de preparar movilizaciones. El plan anterior realiza ese objetivo en grado suficiente y para mucho tiempo.

Quedarían por considerar los problemas comerciales con nuestros vecinos, y desde ese punto de vista sí se hallarían algunas deficiencias que conviene corregir.

Con el Ecuador sostenemos algún comercio, que hoy parece hacerse de modo desfavorable a Colombia, por la incomunicación en que se halla la región del sur, respecto al interior, así como con respecto al mar; desventaja agravada últimamente por la depreciación de la moneda ecuatoriana. Sería muy de desearse que esta ventaja temporal de nuestro vecino se tolerase sin adoptar medidas de emergencia que viniesen a menoscabar el intercambio comercial, que es y será siempre ventajoso para ambos países, y cuyo equilibrio se restablecerá bien propio, cuando el vecino sanee su moneda y Colombia adelante suficientemente las dos vías férreas que marchan convergentes hacia Pasto y muy especialmente la del Ferrocarril de Nariño, que puede considerarse tan nacional como cualquiera de las líneas mencionadas antes, y por las mismas razones.

Con Venezuela existe un problema de tránsito que ha de arreglar con calma la diplomacia, apoyado con medidas de orden económico. No es preciso dar carácter de urgencia, ni ha de responder a sentimientos de pánico, la construcción de un ferrocarril que en lo futuro permita recorrer en horas la distancia entre la capital y Cúcuta, con buena capacidad transportadora, o de Cúcuta al puerto de Gamarra. Cuando un pueblo ha dispuesto sus acciones todas de modo convergente a su objetivos, bien puede darse el lujo de esperar con calma el desarrollo de los acontecimientos y de economizarse afanes. Llegará un día en que las tarifas del tránsito sean exclusivamente reguladas por lo inventivos que podamos ofrecer por el territorio nacional, en las diversas vías que están en curso de construcción, aunque sea con algún sacrificio de nuestras propias tarifas.

* * *

Carecerían de la debida unidad estos ensayos si al idear un plan de ferrocarriles se omitiese la especial consideración de renglón tan importante como el del ganado vacuno, cuya producción, ya se ha visto, afecta los problemas agrarios y agrícolas. Se ha calculado en ocho millones de cabezas el censo del ganado vacuno de Colombia, y pueden estimarse en ochocientos mil, o quizás en un millón, las reses que se sacrifican anualmente para el consumo

de la población. Ya se ha hecho notar antes a modo de tendencia que se nota en el país, a ocuparse de preferencia en la fácil industria del pastoreo, cuando la actual actividad del país parece indicar que la divisa debiera ser esta: *“más arado y menos pastoreo”*.

Al estudiar o confrontar la verdad de esta doctrina hay que tener en cuenta que la tierra colombiana, que resulta más fecunda y capaz mientras mejor se estudia, posee enormes criaderos naturales de ganado vacuno en Casanare, Arauca y San Martín, de un lado, y en Bolívar, del otro; a los cuales podría añadirse el de Patía, al sur. Siguiendo líneas de menor resistencia y en armonía con la ley de la división del trabajo, a Colombia le convendría reservar la cría y levante de ganados de modo preferente a esas regiones, y dedicar el resto del territorio interior, ya conquistado, dominado y equipado, para engordes y para la cría que es inherente a la industria de la lechería intensiva y a la producción de sementales; esto sin contar con que el ganado porcino y el vacuno son medios los más adecuados para quebrantar la selva y preparar la ocupación definitiva de esas tierras por la población.

De ser posible y conveniente ese plan, el ferrocarril troncal de Occidente podría servir para la distribución del ganado de Bolívar y del Patía en todo el Occidente colombiano, con lo cual se evitaría el gran desperdicio de carnes y de tiempo que hoy ocurre en la distribución de ese elemento.

Dentro de la misma hipótesis de la concentración de la producción de ganados en lugares excepcional y naturalmente dotados para esa labor, surgiría el problema de dar salida a los ganados de la llanura oriental, para distribuirlos en el Oriente colombiano sin el desperdicio actual, por medio de una vía férrea que, aprovechando algún punto estratégico de la cordillera oriental, permitiera el descenso a la “pata del Llano” en las mejores condiciones. Ello permitiría, además, establecer una mayor compenetración del espíritu colombiano en los habitantes de poblaciones hoy tan sometidas a las atracciones y repulsiones alternativas del pueblo vecino, que a los visitantes y viajeros procedentes del interior se les denomina aún con el apelativo de “reinosos”.

Forzando un poco las cosas en pos de establecer unidad en el plan, bien pudiera concebirse la transversal del Norte como una cuerda que se extendiese de Turbo a Cabuyaro. Esta extensión, aunque parezca a primera vista fantástica, vendrá a su debido tiempo a ponerse en igualdad de prelación con otras, pues no ha de tardar el día en que los Territorios reclamen su derecho a participar en el equipo nacional. Entonces también reclamarían atención la

prolongación del sistema del Alto Magdalena hacia el Caquetá, y la del sistema del Occidente hacia Mocoa, posibilidades que se anotan con el objeto de mostrar que el sistema delineado atrás es lo suficientemente comprensivo para incluir extensiones futuras, pero cuya consideración actual dispersa atención, que debemos concentrar al interior.

* * *

El plan de ferrocarriles así bosquejado parece ser racional, puesto que se han tomado en cuenta todos los factores que intervienen en casos tales, y se ha tratado de hacer una justa ponderación de tales fuerzas; es un plan ideológico, que responde a la unidad fundamental de nuestras necesidades, sin consideración indebida de influencias locales, y tiene, además, la ventaja de no llevar nombre propio, sino que es producto del pensamiento colectivo, pues ya el lector habrá notado que el raciocinio no ha hecho otra cosa que justificar o dar base científica al programa con que los diversos gobiernos han venido bregando por dotar al país del equipo férreo más indispensable. Afortunadamente el plan es obra del pensamiento colectivo, que raras veces se equivoca cuando es pensamiento y es colectivo verdaderamente; es el mismo casi del café, de la exclusión de la propiedad privada en la producción de servicios públicos, y de otros raros aciertos de que no se dan bien cuenta quienes siembran de modo inconsciente el desaliento y el desconcierto, al proclamar que se trabaja sin plan, sin unidad y dispersando el dinero. Naturalmente, alrededor de cualquier plan de obras se puede establecer discusión de carácter más o menos académico, en que se ponderen de diversos modos las fuerzas, o se calculen de manera diferente las prelaciónes que han de tener unas construcciones respecto a otras; lo esencial es establecer que el estudio de la cuestión revela que existe un plan que no se anda a ciegas y que el esfuerzo nacional no ha sido vano en el pasado y menos aún lo será en el futuro. Como la opinión pública se ha dado plena cuenta ahora de los errores del pasado, que tan difícil y costosamente se vienen subsanando, juzga toda la nerviosidad de quien ha sido engañado otras veces, y ve en todo un nuevo engaño, un nuevo signo de la incapacidad o incompetencia del pasado.

Si el plan de ferrocarriles es lógico, sin ser indiscutible, el programa de acción ha de ser igualmente lógico y está más expuesto a ser discutido, puesto que las influencias locales tienden a establecer diversos derechos de prelación.

Lo primero que advertirá quien aboque estas cuestiones desde un punto de vista constructivo es que para llevar a cabo tan vasto plan de vías férreas habría que adoptar un programa de construcción en que se tuviesen en cuenta dos necesidades fundamentales: la una es la de construir primero aquellos trayectos destinados a satisfacer las más urgentes necesidades, es decir, de tráfico más concentrado; la otra es que la construcción de vías férreas está subordinada a los recursos del País. Como aquello es obvio, conviene tratar esto a más espacio.

Los recursos necesarios para esas construcciones no consisten únicamente en dinero. Mientras el País estuvo careciendo de este elemento, se hizo la ilusión de que con dinero en mano las construcciones adelantarían a gran velocidad; error funesto y grave, que quien esto escribe hizo todo esfuerzo por disipar oportunamente, aunque en balde. Todavía hoy se proclama por algunos la conveniencia de no dispersar recursos, y de concentrar el esfuerzo a una “obra única”, doctrina hija del terror apuntado. Habría sido más científico resolver previamente este problema: ¿Cuál es la velocidad de avance en la construcción de una vía férrea, supuesto que se cuente con el dinero necesario, y se trate de trabajar en condiciones ventajosas, es decir, sin despilfarros? En forma de teorema el autor de estas líneas había afirmado que el País no estaba capacitado para avanzar más de unos cincuenta kilómetros anuales en cada uno de los frentes de trabajo, de lo cual se desprende claramente que un programa racional de construcciones férreas tendrá que establecer varios frentes, si se quiere avanzar lo más rápida y económicamente posible. La razón es muy clara: aunque se cuente con dinero en abundancia, los demás recursos del País son muy limitados.

Estos recursos pueden agruparse en dos clases, a saber: elementos y personal. Los elementos son materiales nacionales y extranjeros, que hay que diseñar, pedir, contratar y movilizar de manera que todo llegue a tiempo, en la calidad y cantidad requerida, como si fuera llovido del cielo, o previsto y provisto por un cerebro poderoso y omnipotente, de manera que nada falte en el frente de trabajo; de lo contrario, todo el trabajo quedaría dislocado, la construcción se efectuaría en condiciones antieconómica, y el avance de retardaría. Aun suponiendo que la alta función de contratar esos materiales de desempeñase de modo perfecto, habría que tener en cuenta la dificultad de las movilizaciones, en País, en que los productores tienen tan poca movilidad, que precisamente el problema fundamental son las construcciones férreas que

han de dar extrema movilidad a las cosas. Para un programa de construcciones férreas es imposible partir del supuesto de que ya existen medios fáciles de transporte, es decir, medios de transportar oportunamente la inmensa cantidad de materiales necesarios para esas construcciones. La adopción de diversos frentes de trabajo permitirá aprovechar todo recurso local, sin recargar más allá de lo debido los medios existentes. El sistema de transportes del país no estaba adaptado (o preparado) para una gran actividad en las construcciones férreas, aun habiendo repartido los frentes del trabajo en todo el país; y ya podrá el lector imaginar lo que habría sucedido si, en lugar de varias obras, abastecidas por los varios sistemas de transportes, se hubiese adoptado la “obra única”. El verano en esto, como en lo del costo de la vida, cargó con toda la ojeriza del público, mas luego vino la congestión del puerto de Buenaventura a traernos a la realidad; afortunadamente, las diversas construcciones estaban *dispersadas*, de manera de aprovechar todo recurso local; y aunque la vía fluvial ha ocasionado ya serias demoras, se adelanta en otros frentes de trabajo a la vez, que son abastecidos de materias extranjeras directamente por Tumaco, Buenaventura y Cartagena.

Al considerar los recursos de personal disponible para determinar un programa de acción, conviene tener en cuenta que los trabajos de construcción de vías férreas no se llevan al cabo con “brazos” únicamente; son menester multitud de personas expertas, tanto del orden técnico como del administrativo. Sin contar los ingenieros y médicos, infortunados profesionales a quienes se moviliza de un extremo a otro del territorio, como mosqueteros que ha de batirse donde quiera que se siente fragor de lucha, considérese la gran cantidad de empleados del orden administrativo, y el sinnúmero de trabajadores expertos, no menos necesarios cada cual en su especialidad: albañiles, herreros, cerrajeros, carpinteros, armadores, sobrestantes, inspectores, enrielladores, agentes, etc., que hay que emplear y coordinar para llegar enrielar siquiera uno a dos kilómetros de vía férrea por semana; personal que no puede improvisarse y que, por representar un tipo superior al peón de barra y pala, se halla radicado en el suelo que le conviene y no está muy dispuesta a moverse de un extremo a otro del territorio.

Lo ideal sería que cada distrito tuviese trabajo suficiente para sus habitantes, a fin de que cada jefe o miembro de familia pudiese cumplir su misión productiva, y atender a la subsistencia de las “bocas improductivas”, sin emigrar en busca de trabajo a lugares lejanos, en donde la harán falta el contrapeso

y la influencia de la familia, y el freno que viene a ser el respeto debido a ella; quedando, además, expuestos a derrochar su salario en golosinas, amores de baratillo y aguardiente. Mas si ello no fuere posible, y el País está condenado a seguir sufriendo las consecuencias de esas movilizaciones y aglomeraciones obreras, al menos debía concebirse el programa de acción de manera de aprovechar en cada departamento del trabajo experto y, hasta donde fuere posible, el inexperto o mano de obra del mismo, con el establecimiento de numerosos frentes de trabajo en la ejecución del plan nacional.

Ya se había hecho notar atrás la tendencia de las organizaciones agrarias y agrícolas del país a considerar la población como si fuera una masa líquida, lista a moverse en cualquier tiempo y a cualquier parte en que la presión social la solicite: esta actitud ante las clases inferiores parece un resabio de nuestras guerras civiles y del modo como en ellas se disponía torpemente de la materia prima abundante y barata que respalda las discordias de los dirigentes. Continuar esa actitud aún hoy, y agravarla fundando en ella el programa de construcciones públicas, sería navegar contra la corriente del progreso. Esas migraciones de artesanos y aún peones de un departamento a otro, en busca de trabajo, ni convienen al País ni hablan bien de su actual civilización. El espectáculo de los antioqueños y boyacenses que en otro tiempo migraban hacia el Quindío revela el poder de reacción de nuestra raza contra la adversidad de condiciones creadas o toleradas por el medio, pero es índole de malestar social. Al menos esos héroes migraban con mujer e hijos, mientras que los ganados humanos que hoy enganchan la Nación y los Departamentos se marcha dejando a la sociedad de que hacen parte el problema de la subsistencia y educación de los improductivos. Las masas colectivas que antes atrajeron los trabajos mineros de Remedios y Segovia, y las que ahora se acumulan en Barrancabermeja, Puerto Wilches y otros lugares, ocasionan más males que bienes, y son motivos de zozobra social.

Los éxodos de trabajadores agravan el malestar social en lugar de descansar la tensión. Si ello fuera absolutamente necesario, deberían ligarse previamente las arterias que van a desangrar con esa operación. Basta citar dos aspectos.

En los países bien organizados se les dan facilidades especiales a los miembros de familia, que trabajan lejos de sus hogares, para remitir por correo y con plena seguridad y presteza la porción de salario que corresponde al mantenimiento del hogar. Quien quiera que haya entrado en Europa a una

Oficina de Correo habrá observado el sinnúmero de personas que hacen turno en la cobranza de dineros, que regularmente son porciones del salario de los ausentes. Italia se ha enriquecido con los recortes de salario que mandan a sus casas los emigrantes. En Colombia serían estos meros detalles vulgares que a nadie interesaría.

Las acumulaciones de obreros, en que todo revela a simple vista que carecen del respeto que el hombre se debe a sí mismo o a su familia, dan lugar a bacanales vergonzosos, que nos desacreditan; pero el aspecto que ahora interesa exponer en el problema de subsistencias que crean esas grandes masas de obreros que consumen víveres sin producirlos ni en mínima parte, en un país en que hay tantos problemas de transportes. Tres mil obreros acumulados en un frente de trabajo crean una demanda de orden especial, pues no solamente consumen más, sino que el consumo en masa crea la necesidad del abastecedor, el cual *acapara* para abastecer, y especula en grande y sobre seguro. Esos mismos miles de obreros estaban esparcidos antes en un territorio extenso, y probablemente su demanda de víveres era un bien para el productor que los cultiva en cantidades insignificantes. La acumulación produce trastornos tales, que sería menester una organización ideal para que ese solo fenómeno no sea una de las causas más eficientes del alto costo de la vida en Colombia, pues a los abastecedores del personal de esas empresas les basta desviar, o demorar el curso de sus provisiones, para producir el alza que les conviene.

Multitud de personas cuya opinión se oye siempre con respeto han venido aconsejando al Gobierno que restrinja las construcciones férreas a una o dos obras, hasta acabarlas y ponerlas en plena producción, antes de emprender otras. Es una doctrina que se presenta con un aspecto de sencillez que atrae, y con la fuerza de un postulado o verdad que no ha menester demostración. Si las consideraciones expuestas antes no son falsas o exageradas, la sencillez de tal doctrina es la del hachazo para amputar un miembro en el menor tiempo y con el menos trabajo posible, y es indefensible desde todo punto de vista. Parte del supuesto de que los materiales y productores poseen ya la movilidad que se trata de conseguir con la construcción de vías férreas. Supone que el sinnúmero de trabajadores que se necesitan para esas construcciones, expertos e inexpertos, son una población ambulante, nómada, fluída, dispuesta a trasladarse a cualquier parte en pos de trabajo; supuesto que es falso, y que de ser verdadero nos deshonraría. La premisa de que conviene terminar una obra antes de comenzar otra carece de fundamento. Lo que el País busca con

la construcción de vías férreas, por este aspecto, es emplear lo más reproductivamente posible el capital y demás recursos disponibles, obteniendo los rendimientos directos del tráfico y los indirectos del desarrollo y ensanche de las industrias. Por regla general, en todas las construcciones que el País viene haciendo por su cuenta desde hace décadas de años se ha logrado esto, que parece ideal al respecto: que cada kilómetro construido entre en explotación casi inmediata. Observe el lector que esto ha pasado con casi todas las construcciones férreas: el Ferrocarril del Pacífico, el de Girardot, el de Antioquia, el de Caldas, &. El único que agrava la situación en lugar de ir la resolviendo con cada riel es el ferrocarril del Norte, caso que se tratará después. El País no tiene hoy una velocidad de construcción mayor de 300 kilómetros anuales, y suponiendo que el programa de ejecución tuviera diez frentes de avance, se añadirían 30 kilómetros anuales a cada una de las líneas férreas; y nadie negaría que esa longitud de rieles va a producir un gran bienestar en cada región y un progreso armónico de todo el País. Ninguna de nuestras proyectadas vías posee hoy un gran tráfico que la justifique plenamente; pero la vía misma se va formando su propio canal, crea todo un sistema de transportes, se va creando entradas y desarrollando regiones. Un ferrocarril no es como una máquina, una acequia o un pozo de petróleo, que solo sirven una vez terminados; en nuestras condiciones, hay ciertas ventajas en dar al tráfico secciones construidas, para que el órgano vaya creando la función o la desarrolle.

Sería, por otra parte, injusto e inconveniente que doce Departamentos hiciesen de faquires mientras se concentrasen los recursos colectivos para construir el chasis económico y vital de los otros dos. Si la armazón fisiológica del niño pudiese recobrar el tiempo perdido en alimentar por turnos a los hermanos de una familia, se realizaría el milagro de aplicar los recursos con efecto retroactivo; pero el tiempo que se va no vuelve, desgraciadamente.

Fácilmente se dará cuenta el lector de la imposibilidad de concentrar la construcción de ferrocarriles de una, y aún dos obras. Ya se ha dicho que la rata de construcción no puse hoy estimarse en más de trescientos kilómetros anuales. Para construir esa longitud en uno o dos frentes, sería preciso movilizar la población disponible a ese frente; los transportes actuales no darían el rendimiento que ese aprovisionamiento exige y, en resumen, sería preciso construir antes una carretera de primera clase o un ferrocarril, para abastecer el frente de trabajo con materiales extranjeros y nacionales, además de los víveres necesarios. Considérese que habría que enrielar a la rata de seis

kilómetros semanales, cuando nuestras organizaciones apenas sí permiten enrielar una cada semana.

Sea porque tuvo en cuenta todas estas razones, o algunas de ellas, o por una intuición afortunada, la verdad es que el Gobierno adoptó un programa de acción con numerosos frentes de trabajo, y hoy puede decirse que de los mil kilómetros de vía férrea construidos en los últimos cinco años, no hay quizás 50 que no estén en activo servicio de explotación. En la línea Troncal de Occidente se han mantenido cinco frentes de trabajo, en Cartagena, Cáceres, Bolombolo, San Francisco y Popayán, fuera del Tumaco, que pertenece a un ramal de este sistema. En la línea longitudinal del Alto Magdalena se sostiene uno, que va ahora hacia Neiva. En la línea transversal de Bogotá a Buenaventura se han mantenido dos frentes, el uno que acaba de llegar a Armenia y el otro de Ibagué hacia el Quindío. En el Ferrocarril de Bogotá al Bajo Magdalena no hay sino dos frentes, uno que adelante hacia Bucaramanga y otro de Chiquinquirá hacia el Norte. Sería de aconsejarse que se estableciera otros dos frentes, a lado y lado de Bucaramanga, para lo cual podría apelarse al expediente de enrielar con rieles muy livianos, de 15 libras por yarda, para el paso de locomotoras livianas de construcción, mientras llega el enrielado en firma, En la transversal de Tunja a Bolombolo existen dos frentes de trabajo, uno en el Ferrocarril de Carare y otros hacia Bolombolo. La línea que ha de acercar en lo posible las ciudades de Bogotá y Cúcuta cuenta con otro frente, y existe otro en el Ferrocarril de Caldas, sin contar ramales de menor importancia. El Gobierno Nacional sostiene hoy, pues, unos diez frentes de trabajo, en los cuales aprovecha los elementos, personales y recursos de todo género de cada región, a la vez que ha puesto en función todas las vías y sistemas de transporte disponibles para proveerlos trabajos de material extranjero.

La distribución de los recursos fiscales en los diversos frentes ya es otra cosa, pues en ello intervienen irremediamente factores locales, influencias políticas y preferencias muy naturales del Gobierno en desarrollo de la política que le sea propia. Lo importante es que se construyan siquiera trescientos kilómetros anuales durante los diez años venideros, porque Colombia necesita indispensablemente tres mil kilómetros más de ferrocarriles; esa rata de avance parecerá modesta, pero es mejor quedarse dentro de las realidades y proyectar el futuro con los datos de la experiencia, Sin embargo, conviene agregar cuatro palabras respecto a la prelación de unas vías respecto a otras, procurando adoptar un punto de vista general.

La vía férrea más necesaria y urgente hoy es la que ha de acercar la Capital a la Costa Atlántica. Se dijo atrás que el avance del Ferrocarril del Norte no ha hecho sino agravar el problema de la región interesada, y así es en efecto, porque Boyacá estará *embotellada* hasta que ese Ferrocarril se comunique con el de Puerto Wilches. Un habitante de Moniquirá tendrá que recorrer hoy una buena porción de los ferrocarriles nacionales y de la vía fluvial antes de volver a situarse en el Magdalena, al frente del punto de partida. En cinco años de bastante intensidad en las construcciones Bogotá no está una hora más cerca de Cartagena, sino acaso unas horas más, debido a que ahora se trata de utilizar la vía de Ibagué a Ambalema para obviar la navegación del Alto Magdalena. Como sería casi imposible, o por lo menos antieconómico, intensificar demasiado el frente de trabajo que va de Bogotá hacia el Norte, lo más indicado sería establecer otros frentes en Bucaramanga, como se indicó antes, con lo cual se aprovecharía personal de esa ciudad, del que probablemente no iría a trabajar en la línea de Puerto Wilches.

Nadie osaría sostener que fue un error la construcción del Ferrocarril de Girardot, puesto que esa línea está dentro de un plan estrictamente nacional; lo discutible en la prelación que se le dio respecto a otras vías que habrían contribuido a *desembotellar* a Cundinamarca y Boyacá a la vez, sin plantear el problema de transportes que se confronta hoy para abastecer la construcción del Ferrocarril del Norte. Es ese un error de prelación que presenta una pérdida incalculable para el País, pues ese ferrocarril planteó más problemas de los que resolvió.

El sistema transversal que ha de comunicar a la Capital con la Costa del Pacífico es el más avanzando de todos los del plan, pues, está construido en sus dos terceras partes. Es el que comunicará más regiones de distintos climas, lo que le da una gran importancia desde el punto de vista de la carga local, aunque la disminuye en cuanto al comercio con el extranjero; servirá al menos para corregir las deficiencias de poder transportador de las vías que se proyectan hacia el Norte o Noroeste, y para fijar a estas una tarifa máxima, por encima de la cual ocurriría a la desviación del tráfico hacia el Pacífico. Tanto en previsión de esto, como porque el mayor tráfico del sistema ocurrirá entre los valles del Magdalena y del Cauca, es de la mayor importancia buscarle una solución adecuada al paso de la Cordillera Central, problema que, hoy por hoy, es el más grave de los problemas técnicos de Colombia, después del de Bocas de Ceniza. Como la Cordillera tiene una altura mínima de unos 3.200

metros, seguramente habrá que eliminar la parte más alta y escarpada de la cresta por medio de un túnel. Determinar la localización, altura y longitud de obra tan grande, y proyectar las dos líneas que han de unir las bocas con los extremos de las líneas férreas que hoy se adelantan hacia la Cordillera, es cuestión grave y de grandes responsabilidades, y sería muy deseable que los encargados de decidir cuestión de tanta monta obrasen de modo evitarle al País un remordimiento o motivo de desaliento. Por lo pronto lo único que se ve claro es la conveniencia de unir los dos extremos de vía férrea con una carretera macadamizada, que a la vez que sirva al tráfico actual permita el transporte económico de los materiales para el túnel.

En conclusión:

La actual construcción de ferrocarriles obedece a un plan general que es el más racional, porque atiende bien a las necesidades del País.

Ese plan se lleva a cabo por medio de un programa que comprende diversos frentes de trabajo en que se aprovecha todo recurso local para obtener el más alto rendimiento con las menores perturbaciones posibles. En todos los Departamentos hay actividad constructiva, excepto en el del Magdalena.

En el desarrollo de ese programa conviene prestar más atención al elemento humano. Los recursos pecuniarios, procedentes del Fisco y del crédito, parecen asegurados, como consecuencia de veinte años de régimen severo en el cumplimiento de obligaciones, tras el cual la promesa del Estado es aceptada en cambio de dinero en el Exterior y en el País mismo. Hay que establecer ahora un plan semejante para el mejor aprovechamiento del trabajo experto e inexperto, por medio de una dirección acorde con nuestra sociología.

Entre el elemento humano de las obras públicas se destaca el cuerpo de Ingenieros, que también y fielmente secunda a la Nación en el sentido de corregir las deficiencias del territorio y acreditar al Estado como productor de servicios públicos. Tanto la Escuela de Ingeniería de Bogotá como la de Medellín suministran personal técnico bien orientado en el servicio de la Nación, y por lo mismo esas Escuelas deberían de participar en algún porcentaje del dinero que se dedique a las obras públicas anualmente, a fin de que puedan sostener un alto *standard* de estudios, con Profesores aguerridos y habituados a prestar servicio.

Los errores que se hayan cometidos en cada obra no alcanzan a bajar el coeficiente de acierto, en la empresa respectiva o en la actuación de cada Ingeniero, hasta un nivel comparable con el coeficiente de otros hombres de

acción en sus respectivas actividades privadas, públicas o profesionales, y, por tanto, deberíamos economizarle a la Nación el desgaste de reputaciones y de la instintiva fe que le inspiran estos y otros de sus fieles servidores, para quienes el lucro particular es incentivo insignificante comparado con la expresión más alta y noble de personalidades que se revelan mejor en el servicio público. De los errores de hoy surge el triunfo de mañana, como los tanteos de la campaña de Venezuela engendraron las batallas decisivas de nuestra libertad.

Marzo, 1927.

5. La tierra*

El movimiento que persigue la subdivisión de la tierra colombiana, para aumentar el número de los propietarios en las tierras que hoy están ociosas, y para lograr al mismo tiempo una mejor distribución entre la población urbana y la rural, es un objetivo que ha cautivado de tal manera los espíritus, y principalmente los espíritus jóvenes que mañana se verá convertido en impulso incontenible de justicia distributiva y de aprovechamiento económico del patrimonio nacional: hermosa tarea para la juventud que surge a la vida pública ansiosa de realizaciones fecundas.

Será incontenible el movimiento no obstante las fuerzas y los obstáculos que le salan al paso. Ya estamos viendo las objeciones que han surgido ante el solo enunciado de la tesis. El movimiento no había de ser unánime, ni dejará tampoco de ser ocasión de mostrar rebeldías o de mover las sonajas del pasado, ameritando el mérito de lo que fue y que ha de subsistir porque subsistió. Las viejas luchas políticas nos han dejado todo un método de combatir, que consiste en exponer las cuestiones de tal manera que la exposición lleve envuelta la refutación al autor a quien se quiere combatir. Re visar lo que otro dijo, revistándolo mal, ya es una fácil refutación. Ya alguien lo ha dicho: los del movimiento agrario lo que persiguen es la subdivisión de los cafetales. Ahí tienen ustedes una refutación bien fácil de un movimiento destinado a darles a muchos dolores de cabeza por algún tiempo. Otro ha afirmado: lo que el Doctor López quiere es parcelar el Valle de Medellín. Y abroquelado en esta premisa deduce la bondad del plan que él aconseja, y que consiste en

* Tomado de: López, Alejandro, 1931, *Idearium Liberal*, Paris, Ediciones La Antorcha, pp. 324-344.

mandar el excedente de la población a las soledades del Chocó, a valorizar los terrenos de los latifundistas que tomaron posiciones desde hace años. Otro combate la “agricultura de ascetas” que voy aconsejando cuando digo que es malo importar cebollas y papas de Holanda y que es más varonil cosecharlas en nuestras tierras eriales y con nuestros hombres desocupados, aunque en el curso del cultivo se alboroten los insectos, que para combatirlos es el hombre; fuera de que por allá, por los lados del Atrato, no faltará tal cual insecto tampoco, porque ¿A dónde irá el hombre que no tenga que luchar con las contrariedades de la naturales? Por supuesto que este temor al insecto no deja de ser un complejo de inferioridad creado en la Universidad, en las universidades en donde no se estudia biología, y en donde todavía figura en los programas el consabido curso de historia natural.

Otros volarán más alto y dirán, por ejemplo, que se está predicando una doctrina bolchevique. Sin embargo, quienes lean siquiera la prensa diaria y miren cómo los déspotas rusos actuales persiguen al *kulak* para reducirlos al comunismo, comprenderán que el movimiento agrario es todo lo contrario de los soviéticos. También se dirá que andamos por los senderos en México pero ¿Es que alguien tiene la culpa de que esa otra antigua colonia española, y las demás del Sur, sufran todas del mismo mal? Es una causa que produce unos mismos efectos. Tanto en México como en Colombia y en el Perú les quitan las tierras a los indígenas para dárselas al militar español, dejando al indígena como mano de obra aprovechable.

Otros volverán a Francia para ridiculizar a quienes queremos imitar, se dice, a ese país. En Francia, se dirá, faltan tierras que a nosotros nos sobran ¿Dónde le sobrarán tierras a Colombia que no sea en el Caquetá, el Putumayo y los demás extremos del mapa? Porque lo que es el bloque central de selvas que media entre Cali y Medellín de un lado y Cúcuta y Bogotá del otro, están ya asignadas, y muy bien asignadas a que el campesino colombiano establezca su conuco en tierras de ellos para tirarle encima el alcalde del lugar más próximo. Sobran tierras, y esta es la hora en que el Ministerio de Industrias tiene demorados dos mil expedientes de cultivadores de tierras de Santa Marta, según declaración de un senador de la República. Sobran tierras, y nuestro Ministerio de Industrias no encontraría una legua cuadrada que perteneciese de firme al Estado en dónde acomodar cien familias campesinas que quisieran derribar monte para alzar su tienda.

Y luego, la lógica actual no entiende esto de que sobren tierras y estén los víveres tan caros. Malditas fueran las tierras que sobran, si no fuesen colombianas, que no dan para mantener sus hombres. Preferible fuera que cada cual tuviera una sola hectárea, como en Francia, como tuviésemos cebollas y papas, arroz y trigo, azúcar y cacao que no fuesen importados. Sobran tierras, y en esta patria en donde se dan los frisoles cuarentanos a los sesenta días de sembrados, hay que importarlos de Chile. Verdad que era mejor que cada cual tuviese tres hectáreas bien trabajadas.

Pero esta cuestión tiene otro aspecto muy curioso, sobre todo si se tiene en cuenta el origen de las ideas que han mamado los que sostienen que estamos tomando conceptos franceses sin traducirlos. La cultura colombiana, ya lo han dicho otros más autorizados, es íntegramente francesa. De París nos ha venido todo: la filosofía y las letras, el arte y la ciencia, la medicina y los códigos. Nuestros jóvenes conocen mejor la literatura francesa que la indoamericana. Se sonrojaría de no haber leído el último volumen de la novela francesa, y probablemente ignoran a Manuel Ancizar y a Camacho Roldán. Saben más del impresionismo que de los pintores coloniales del Siglo XVIII, en donde empieza lo que es nuestro. Están mejor enterados que nadie de las filigranas del arte francés, y no conocen las formas que perpetuaron en oro nuestros indígenas. Todo, todo es francés en Colombia, como en Sur América, menos la economía, que se desconoce casi en absoluto. Han oído los gritos de libertad que acompañaron la declaración de los derechos del hombre, y no entendieron que de todo ese torbellino revolucionario no quedó sino la igualdad, la terrible igualdad que es el material de que está hecha la estructura económica de Francia. Porque la revolución francesa se hizo íntegramente eliminando las cabezas económicas, para que el pueblo siguiera disfrutando su tierra sin pagar pechos, tributos, diezmos ni peajes al señorío. Nuestra revolución de independencia no hizo sino libertar al señorío de los tributos españoles. Estudiar, escrutar, imitar el arte francés, la literatura gala, los políticos del 93 y del 48, sin darse cuenta de la raíz de donde proviene tal equilibrio, que no es otra que la raíz económica, es tomar el rábano por las hojas, porque todas aquellas no son sino manifestaciones de un pueblo estable, equilibrado y perfectamente ponderado porque tiene sus raíces en la tierra, en la burguesía agraria y artesana. Cada político, cada escritor, cada artista francés busca en París la resonancia mundial, pero tiene la conciencia de que su raíz está en el campo, en la tierra que posee n sus padres, y de que su origen campesino

no salvará de cualquier embate. El político francés es un servidor y hasta un esclavo de sus lectores campesinos. En Francia domina la tierra, porque la tierra es el hombre. “Juan Jacobo, prototipo del burgués, Voltaire, príncipe de la burguesía, y tú, Vigny, y Lamartine y Hugo, también burgueses”, exclama un escritor francés.

Hemos imitado de Francia todo, menos la estructura económica, porque nuestros políticos desde un principio volvieron las miradas hacia la economía inglesa del inmenso latifundio y del señor de la tierra, reservando sus esperanzas del futuro para un industrialismo semejante al que ahora le está costando tan caro a Inglaterra. Este país exterminó al pequeño cultivador comunitario en los siglos XVI a XVIII, para formar los grandes latifundios por medio de la cruel medida de los encerramientos, dando un golpe mortal a la industria casera, y creando desde entonces la mano de obra que más tarde debería aprovechar el industrialismo, que a su turno acabaría con el artesano independiente. Los imitadores del arte, de la literatura, de la filosofía y la política francesa, se dedicaron a imitar a Inglaterra en lo económico. Y solo leyeron los textos franceses que divulgaban en francés las teorías económicas inglesas, desde Adam Smith hasta la escuela manchesteriana. No estudiaron nunca al pueblo francés, ni la causa ni los efectos de la burguesía en el desarrollo intelectual de Francia.

No se dirá ahora que esta estructura económica que se dio Inglaterra sea la más apropiada para que sigamos imitándola, así como han de convenir muchos en que el grito de libertad no fue el mejor grito de la revolución francesa, sino el de igualdad, que persistió hasta en el Consulado y el Imperio, y se reafirmó en el 48. Pretender tener una literatura y una filosofía a la francesa, sin la igualdad francesa, es pretender lo imposible. Todavía es tiempo de que corriamos nuestros rumbos errados, y busquemos indirectamente la futura cultura colombiana en el campo, que es en donde es posible la verdadera igualdad. Es tiempo de que deshagamos la obra española de los caudillos militares propietarios. Colombia no puede continuar por más tiempo siendo un inmenso dominio para criar peones. Mientras sobren peones no habrá inmigración, ni habrá elecciones verdaderas tampoco. Al peón hay que independizarlo, dándole ocasión de poseer la tierra, para que pueda escoger entre cultivar lo suyo y alquilarse. Ese sí es el estado de igualdad, porque así sí podrán tratar de potencia a potencia los alquiladores y los alquilados. Entre un propietario de los que poseen en Colombia tres mil hectáreas de tierras y un campesino

que cultiva en su fondo propio quinientas matas de café no hay diferencia de calidad sino de cantidad. Nadie está pretendiendo igualdades de cantidades en las fortunas. Lo que se pide es igualdad de calidad en la ciudadanía y en la actitud. Uno y otro son independientes, tanto el uno como el otro son libres, con la libertad sentida que hasta ahora no ha sido un nombre. Sentirse libre es sentirse igual.

Bien se me alcanza que entre los propietarios actuales no hay empeño alguno en que se aumente el número de los propietarios y menos aún a expensas de la mano de obra. Hasta ahora nuestra agricultura nacional ha tenido por condición *sine qua non* “la mano de obra abundante y barata” y se nos moteja a los que pedimos en cambio cerebros abundantes y baratos. Bien se ve que toda esa industria nacional se basa en el estancamiento del país, porque el país ha de producir muchos peones para que se hagan la competencia los unos a los otros en el salario, o nos moriremos de hambre si no importamos víveres. Es una senda bien errada la que ha tomado el empirismo agrícola en Colombia; no trabajar intensamente por cálculos mezquinos y errados. El empresismo agrícola está arruinando a Colombia, y el país no tiene otro medio de abaratar sus víveres que fomentar la industria casera del estanciero que trabaja lo propio. Puesto que sobran tierras, acomodemos de alguna manera, siquiera diez mil familiar campesinas en tierra propia y en donde estén la distancia de vender sus productos baratos al amor del trabajo de la familia, de la familia toda. Para ello nos bastaría reversar el movimiento en virtud del cual han de ir los campesinos a buscar los montes periféricos de nuestro territorio, para dejar la parte más central del país a la industria del pastoreo de ganados. Donde hay ganado, no hay gente, así como donde se cultivan bananos o café en grande escala, para la exportación, no hay gente. Las haciendas de esa naturaleza son otros tantos peñones de Gibraltar, a donde el pobre jornalero va a sudar, pero no a vivir, que en llegando la oración se cierran las puertas de la fortaleza. Hablas muy mal de la cultura colombiana la existencia de esas inmensas praderas en donde pacen terneros, como los venados de las pampas, donde debiera habitar una población densa, que se bastara a si propia, dando mantenimientos a las ciudades. Afuera el ganado, y adentro el hombre, con hogar y todo: ese es el grito actual.

Otros chiflados no piensan sino en los baldíos del Atrato y del Putumayo para acomodar la población en excedencia, aunque muchos no alcanzamos a ver en nombre de qué principios, o de qué conveniencias nacionales se pre-

dica ese éxodo en masa hacia las selvas, en donde los nuestros encontrarán la inseguridad por todas partes, sin demanda para los frutos que cosechen, siendo la demanda el único incentivo de la industria. Es lo único que tienen que ofrecer algunos hombres públicos a nuestros campesinos: la selva, la soledad, el aislamiento y la inseguridad. Los que tenemos en mira el ideal agrario, bien podríamos, si nos aprietan, poner en práctica nuestras ideas, y darnos a la fácil tarea de comprar propiedades rurales para subdividirlas, con ganancia, con lo cual no haríamos sino imitar a los especuladores que se enriquecen urbanizando. En cambio, los predicadores que se enriquecen urbanizando. En cambio, los predicadores de la ocupación de la selva estemos seguros de que no caberán jamás el éxodo. Siendo el proceso de mejoramiento social lucha permanente contra la inseguridad, no tienen más que brindar a nuestro pueblo que la inseguridad de la selva virgen.

Con lo cual, sobre decirlo, causarían grave daño a la propiedad. Es un sofisma esa conveniencia nacional de ocupar la selva movilizándolo los hogares actualmente estabilizados. Donde quiere que se disminuya la densidad de la población, se formará una laguna en el progreso colombiano. Necesitamos, no solamente conservar la densidad actual, sino aumentarla. Casi todos los problemas del progreso se estrellan ante la escasa densidad de la población. Ya lo hemos notado todos en las ciudades, cuya cultura aumenta al compás del aumento de población. Por algo “civilización” tiene la misma etimología de la ciudad, y lo cívico se contrapone a lo rural, lo incivil o lo silvestre. Fuera de que los ciudadanos que echamos a la selva descenderían en su grado de cultura hasta lo silvestre, esos ciudadanos nos hacen falta como unidades en el terreno que ya hemos conquistado, domado y cruzado de vías.

La mejor distribución de la población entre la ciudad y el campo no hay que buscarla desterrando a la selva las unidades que huyen del campo a la ciudad en busca de seguridades. Lo natural, lo lógico y lo económico es hacer más densa la población rural, subdividiendo las propiedades y echando afuera el ganado para que la vacada sea remplazada por hogares, que trabajen en familia su terreno propio y vivan independientes y libres, mirándose iguales a los demás colombianos.

Esto es lo que ambicionamos, este es el camino que indicamos los que nos movemos inquietados por el ideal agrario. Esto y nada más. No estamos exigiendo que se le arrebate su propiedad a nadie aunque haya sido mal adquirida. No pedimos sino que se democratice la tierra. Pero falta algo más:

falta saber lo que no aceptamos, y para que no vayan a interpretarnos mal otra vez los que sostienen que pretendemos simplemente parcelar el valle de Medellín, y quizás el de Tenza (campos también poblados hoy), va enseguida la lista de lo que no aceptamos, porque ese orden de cosas es el responsable de la proletarización del país y del estado de sujeción en que mantenemos a las clases deprimidas.

* * *

Hay una inmensa cantidad de baldíos asignados, en propiedades que se cuentan por decenas de miles de hectáreas cada una, que permanecen en selva, sin que la sociedad aproveche la potencia de esas tierras. No debió asignarse la propiedad de esas tierras sino con un contrato bilateral en que el interesado se comprometiese a trabajar de una vez o en período determinado, la mayor parte de ellas. Esas tierras no producen nada al fisco, ni a la sociedad, ni a sus dueños mismos, pero estos esperan el camino o el ferrocarril que ha de construirse a costa de los contribuyentes, para que ellos puedan vender por metros cuadrados lo que adquirieron por miriámetros cuadrados.

Hay una gran cantidad de haciendas en donde el propietario trabaja por sí o por medio de colonos una ínfima parte apenas, y lo otro permanece erial, sin pagar contribuciones, y sin prestar servicio alguno. Quien no trabaje sus tierras, debe dejar que otro las trabaje poseyéndolas.

En Colombia es usanza gravar con impuestos el trabajo, y así vemos que tanto los pequeños obradores como los establecimientos de beneficio agrícola cargan con el peso de las contribuciones, cuando estas debieran gravar ante todo las tierras no trabajadas, afin de obligar a sus dueños a que las trabajen o las vendan.

Confían demasiado algunos en el proceso natural de subdivisión de las tierras por ventas y herencias, cuando lo que vemos es todo lo contrario: grandes propietarios que compran a sus colindantes para deshacerse de vecinos estorbosos o para reducirlos a mano de obra disponible, puesto que el campesino que vende su estancia se ve obligado a asalariarse para vivir. Este proceso de concentración de la propiedad debería tener algún correctivo, aunque fuera fiscal, así como el de subdivisión debería gozar de extensiones especiales.

El Estado ignora la cantidad, calidad y situación de las tierras fiscales disponibles. Es un mal guardián del patrimonio nacional, del cual no tiene

siquiera inventarios. La investigación de las tierras denunciadas hoy como baldíos es un problema de verdaderos expertos y que requiere una sagacidad consumada. No es solamente el costo de la adquisición, ni las diligencias complicadas de los títulos lo que retrae al hombre de la calle de pensar en hacerse de tierras para ir a labrarlas; es la inseguridad de la propiedad de las tierras que puede ambicionar, porque el Gobierno expide títulos como si fueran propias, pero sin garantizar que no tengan ya un dueño agazapado en las notarías. Si estas cosas, que tan profundamente interesan al pobre diablo de los campos, no estuviesen tan abandonadas, el Gobierno debería tener una gran zona de cientos de miles de hectáreas de tierras fiscales, situadas en el interior del país, que ofreciese a la ambición de todo campesino que quisiese poseer cincuenta hectáreas, con la simple condición de cultivarlas. Así sí podríamos decir que hemos establecido un régimen al alcance de todo el que pretenda poseer tierras. Sería delicioso ver cómo obraba la codicia campesina ante oferta tan democrática. Eso sí sería democratizar la tierra. Lo que hay hoy es el régimen de la girafa, en que el alimento disponible es proporcional a la longitud del cuello. ¿Quién está sosteniendo que los grandes costosos hoteles no están abiertos para todo el mundo?

Menos aceptables es que en Colombia existan tantos impuestos que recarguen el trabajo y tan pocos que recarguen la posesión de las tierras. Convengamos en que el impuesto predial de tres por mil, que en algunos departamentos existe bastante mal aplicado, es ínfimo y no compensa a la sociedad de una parte siquiera de las valorizaciones de la propiedad territorial. Si esta se valorizase únicamente hasta duplicar su valor en treinta años, el impuesto debiera ser de uno por ciento; pero la propiedad duplica su valor en más corto espacio por el solo aumento de población, sin contar el beneficio de los ferrocarriles y carreteras. De ahí que la más segura inversión de las fortunas en Colombia sea la tierra, tanto por las valorizaciones anotadas, como porque así quedan las fortunas a cubierto de la inestabilidad del orden público y de la moneda. Esa seguridad se paga cara en todas partes, y por eso allí acuden todas las fortunas a invertirse en competencia ruinosa. Es inútil que vengan a alegarnos algunos agricultores que esta industria no rinde sino un escasísimo interés del dinero en comparación con los intereses del capital líquido. Pero en el agricultor el carácter predominante es el de propietario, que ha invertido su capital en un inmueble que le da perfecta seguridad aunque escaso rendimiento. Esas inversiones son otra cosa, en la mayor parte de los

casos, que conversión de capital en riqueza. Innúmeras haciendas o porciones territoriales, son riqueza y no capital. Por eso sobran tierras, aparentemente. Estuviera la propiedad del suelo seriamente gravada, y sucedería lo que en Francia y otros países de la Europa occidental, esto es, que cuesta demasiado caro mantener tierras inútiles. Quien posee ocho hectáreas y no puede trabajar sino cuatro, o da la mitad en un arrendamiento *permanente*, o vende lo que no puede trabajar con su familia, y pone en renta el producto de la venta, que es tanto como volver al estado de la capital la riqueza. En Colombia prefiere el agricultor endeudarse en busca de capital de trabajo, antes que desprenderse de sus tierras excedentes, y aún suelen endeudarse más por el ansia de poseer más tierras, convirtiendo nuevamente el capital en riqueza. Inmovilizar los capitales convirtiéndolos en riqueza, y salir enseguida a someterse al yugo del interés compuesto, es el gran error colombiano. El proceso contrario sería el verdadero: convertir en capital parte de la riqueza habida, con lo cual se conseguirían dos objetos: hacerse de capital de explotación —y así evitar el uso del crédito—, y dar ocasión a otros de poseer la tierra que ambicionan. La ambición de estos es paralela al bien común, mientras que el error de aquellos es contrario al bien colectivo. El Estado no puede permanecer insensible e impasible ante este estado de cosas, porque el *laissez-faire* en puntos tan vitales es fuerza que se suma al error; por consiguiente el Gobierno debería intervenir haciendo menos llevadera la conservación de las tierras en cantidades mayores a las que se puedan trabajar. El impuesto predial regularía estas cosas y volvería las gentes al camino del sentido común y se su propia conveniencia.

No es raro ver que aquí en Europa, sea en Francia o Italia, Bélgica o Inglaterra, no sea el propietario mismo quien trabaje sus tierras. La definición de ocupaciones por acá no permite, como entre nosotros, confundir invariablemente el carácter de propietario con el de agricultor. En aquellos casos, el propietario da sus tierras en arrendamiento permanente, bien sea a un verdadero agricultor, que va a obrar como un contratista que subarrienda lotes pequeños, —el *farmer* de los ingleses—, o a campesinos arrendatarios que toman un lote proporcionado a lo que pueden trabajar personalmente. En suma: por estos mundos es demasiado conocido el sistema de trabajar la tierra por medios de arrendamientos, pero las relaciones entre el arrendatario y el propietario se regulan por medio de contratos que en el curso de los siglos se han ido estandarizando, de manera de dar o aceptar un arrendamiento en las condiciones consabidas y reinantes, no exige en muchos casos la firma de

un verdadero contrato con las formalidades legales. Se dirá que otro tanto ocurre en Colombia, en donde tenemos diversas categorías de campesino que trabajan en la misma forma, y que se denomina arrendatarios, aparceros o colonos, pero hay una diferencia entre lo colombiano y lo europeo, que es sustancial: aquí el arrendamiento se hace por una serie de años que van de nueve a veintiuno, lo que permite al campesino establecer todo un plan agrícola de mejora de la tierra de larga duración, mientras que en Colombia, como todo anda por una serie de improvisaciones y de términos cortos, porque nadie sabe lo que va a hacer con sus tierras al año siguiente, el arrendamiento no se entiende sino por una o dos cosechas, con lo cual queda el campesino en el aire y la sociedad pierde por el empobrecimiento del suelo, a que contribuyen de consumo el propietario y el arrendatario. Este es uno de los principales obstáculos que se oponen al trabajo intensivo en Colombia: la caña de azúcar, el arroz y muchos otros cultivos se hacen por el sistema de arrendatarios, pero estos carecen de interés en mejorar el suelo porque están de paso en su trabajo y no tienen un halago permanente. La elaboración de un buen contrato de arrendamiento en el cual quedan bien asegurados y definidos el bien del propietario, el del arrendatario y el de la sociedad es una necesidad urgente que debieran emprender pronto expertos legales y verdaderos agricultores.

Los fundadores de la República hicieron bien en reservar algunas de nuestras tierras interiores para el uso común de las agrupaciones indígenas que entonces vivían aún una vida colectiva, pareciéndoles que estos hermanos nuestros no estaban capacitados para defenderse dentro del régimen de la propiedad individual y, lo que es peor, de lo que pudiéramos llamar el régimen del interés compuesto. Pero, ¿Estarían mejor capacitados para defenderse los indígenas puros o de sangre mezclada, que para entonces habían entrado en el engranaje social? ¿Por qué no hicieron los fundadores de la República una reserva de tierras para estas otras pobres gentes, que ni disfrutaban de las prerrogativas del salvajismo, ni de las del civilizado? Desde mi punto de vista, encuentro más dignas de cuidado a estas clases que, por su mal, están dotadas de la ambición del consumo sin estar capacitada, para defenderse de sus tentaciones peligrosas. Lo que es inaceptable hoy, como lo fue al principio de la República, es que no poseamos actualmente quinientas mil hectáreas en la hoya del Magdalena y sus afluentes, para ofrecerlas a la ambición del campesino que quiera engranar en las ruedas dentadas de la propiedad individual, ausentándose de las regiones más densamente pobladas, en donde tan

duro soplan los vendavales del interés simple y compuesto. Es ese uno de los ideales de la República actual.

A quienes estén bien hallados con la distribución actual de la propiedad territorial y se vean tentados a ridiculizar a quienes pedimos la subdivisión de la tierra, aun en el valle de Medellín, les mostraremos esas pobres poblaciones canijas y endebles, en que el fundo territorial se avanza osado estrechando el poblado hasta los linderos mismo del cementerio del lugar. Recorra el lector muchas de nuestras poblaciones, y observe cómo las pobres aldeas que son motejadas usualmente de lugares de cría pero no de engorde —se entiende de la raza humana, no de los becerros—, están ceñidas por todos sus costados por otros tantos fondos territoriales que no las dejan crecer, porque crecerían a expensas del fundo mismo. Recorra en seguida el lector unos cuantos poblachos del territorio español, aunque sea observando el fenómeno desde las ventanillas de un tren que valla de Irún a Cádiz, y observará cómo allí también están las aldeas aprisionadas entre los fondos territoriales, que le hacen la merced a la población de darle trabajo. Es un problema que provoca plantearlo a cada paso a nuestros muchachos de escuela: ¿Cómo concibe usted el progreso de su aldea? Unos contestarán que el progreso vendrá al llegar la vía férrea que esperan, en vano, década tras década. Otros dirán que con una buena fábrica que dé empleo a mujeres y a niños, medios brazos y cuartos de brazo, vendrá la civilización. Los ediles del lugar estarán pensando continuamente en embalsosar las clases, en erigir una gran fuente de broce que sea como la estatua del lugar mismo, aunque muchos serán tan modestos que limiten sus aspiraciones a u cambio de consejo municipal, de alcalde o de cura. Pues yo os digo que no concibo el progreso de esos pueblitos sino convirtiendo cada dehesa de ganado de las que ciñen la población como un corsé, en granjas pequeñas, en donde la pequeñez de la propiedad obligue a la intensidad del trabajo y del cultivo, y en donde vivan las familias arrancando a la tierra su sustento propio, como las garrapatas en la res, limitando así, óigase bien, limitando a lo mínimo el intercambio de cada familia con las otras y con el mundo externo, porque ese idea de algunos de que cada uno venda todo lo que produce y compre todo lo que consume es regresivo y absurdo. Esa subdivisión en estancias, granjas y conucos, en que una familia viene a ocupar como soberana el lugar en que antes pacían dos becerros, es el verdadero camino que nos llevará hacia una condición indispensable del progreso, que es la densidad de la población, pero

no una densidad malsana de pocilgas urbanas, sino la densidad holgada, la densidad campestre.

Entre las cosas inaceptables que se relacionan con estas cuestiones agrarias, la menos aceptable de todas es la educación campesina. Nos dice el censo que la población en sus tres cuartas partes es rural. También nos dice la estadística que hay como el ocho por ciento de la población en las escuelas, cuando debiera ser el doce por ciento, siquiera. De paso anotemos este error de cantidad en la educación: la tercera parte de la población carece de escuelas: y ya sabemos que en la insuficiencia pierde lo rural a favor de lo poblano, lo que es justamente una de las causas del éxodo del campo hacia la ciudad, porque entre las inseguridades que ofrece el campo una de las más dolorosas para quienes la sufren es la falta de educación para los hijos. Volvamos atrás: dice, pues, el censo escolar, que se da educación a unos seiscientos mil niños, de los cuales cuatrocientos mil son del campo y han de volver al campo. Réstele a esta última cifra lo que se quiera por deserciones hacia la ciudad, por pertenecer los niños a familiar acomodadas y a clases propietarias, y por todo otro concepto, y la gran masa restante es de futuros peones. Pueden ustedes poner dos o trescientos mil niños que están destinados a ser peones. Y que pasan por la escuela sin darse cuenta de ello, sin que sus maestros y maestras les abran la conciencia de lo que son y de lo que podrían ser, pues ¿Qué otra cosa es la educación? Hablar a estos cientos de miles de niños de que podrían ser propietarios rurales de una granja decente en donde trabajasen con independencia, sería como hablarles del sexto mandamiento. Sería predicarles socialismo. Sería corromperlos en ciernes. Es mejor dejarlos que corran su suerte y se pudran en el salario obligado y mísero. Si no hubiera peones, no habría modo de trabajar la agricultura. Sobre todo, estas cosas no son propias de la enseñanza. A la escuela se va a aprender a leer, escribir y contar, y abrirles los ojos a los niños campesinos sobre sus perspectivas para ser colombianos independientes e iguales a todos, no entra en el programa de la educación primaria, orientada como está para hacer alfabetas y escribanos. Si no fuera porque la hipocresía social lo veda, y porque al fin y al cabo el impulso educativo del pasado está cumpliendo bastante bien su función de proletarización, mejor sería que declararíamos que la escuela primaria tiene por misión primordial prepararles mano de obra a los que, por virtud del nacimiento o del dinero, pasan a las etapas superiores de nuestro sistema educativo a aprender a ser excepcionales.

Libardo López

Libardo López (1870-1959)

Nació en 1870 en Medellín. Fue parte de la vida política de la ciudad y el país, como abogado de la Universidad de Antioquia, parlamentario y escritor. Fue Militante del Partido Liberal y diputado de la Asamblea de Antioquia, al tiempo que estuvo involucrado en la producción periodística del país como director de los periódicos *Los Comentarios* (1899) y *La Organización* (1903).

Publicó también *La raza antioqueña* (1910), *Proyecto de ley y ensayos que tratan de asuntos económicos* (1931) y *Comentarios políticos y económicos* (1950), textos relevantes para el desarrollo económico y político de Medellín. Murió en 1959 en Medellín.

1. ¿Cuándo terminará la crisis?*

¿Por qué ha sido la actual crisis más aguda y más desastrosa que las anteriores de 1904 y 1920?

Para darnos idea de las causas que han extremado la actual estrechez del numerario y del crédito, y han producido una paralización sin precedentes en las transacciones, es necesario tener en cuenta estos dos hechos principales:

Es el primero, el de que el estado económico de todo país, es un estado de lucha de fuerzas impulsadas todas por la ley de parsimonia, en la cual se destacan dos principalmente y que son como el género más alto: la lucha entre los que tienen dinero y los que poseen cosas que se venden por dinero. Esta lucha es lo que constituye el mercado abierto y su exponente se manifiesta con la fijación de los precios. Los poseedores de dinero, inspirados en la ley de parsimonia, piden más cosas por menos dinero, y, al contrario, los productores de cosas, piden más dinero por menos cosas. La lucha es de valoración de las cosas contra valoración del dinero, o al contrario, porque en tanto se desvalora la moneda en cuanto las cosas venales suben de precio. Al revés la valoración de la moneda, corresponde exactamente a la desvaloración de las cosas. Generalmente las épocas de prosperidad son aquellas en que las cosas adquieren mayor precio, y las de decadencia aquellas en que se valora el dinero¹. Llamemos provisionalmente capital al dinero e industria a la producción, sin dejar de admitir que estas expresiones son impropias en sí y que sólo las

* Marzo 17 de 1930.

¹ Nótese que la crisis es un estado permanente de la lucha económica. En cada momento dado hay crisis (cambio de estado) para las cosas o para el dueño: todo depende del punto de vista. —N. del A.

usamos para explicar mejor nuestras ideas, adaptándola a un concepto vulgar. Digamos, pues, que la diaria batalla se libra entre el capital y la industria.

Hace unos dos años y medio, la industria en Colombia estaba floreciente. El trabajo, principalmente el de la gran masa, era bien remunerado. El tipo común de colombiano, que en otra época era elemento muerto, cuando los jornales oscilaban entre cinco y cincuenta centavos, llegó a ser un consumidor, llegó a tener capacidad adquisitiva; y como el consumidor es el padre de la industria, podemos decir que el colombiano común empezó a crear industrias. Se vieron tranvías, fábricas de tejidos, de bebidas refrescantes, los trabajadores se vistieron, compraron victrola, pisaron cemento y se establecieron Bancos. Las acciones de las compañías subían de precio. La industria alcanzaba proporciones visibles y los presupuestos nacionales, departamentales y municipales se ponían en condiciones de prestar al público interesantes servicios que venían a ser nuevos motores de la industria. Mientras tanto, los capitalistas veían disminuir su riqueza aunque aumentara su dinero. Cada nuevo día, con el aumento de precio de todas las cosas y servicios, traía nueva disminución a quienes manejaban el dinero a flete. La situación era grave. El triunfo de la industria sobre el capital, constituía un estado crónico de crisis, la crisis de quienes dan dinero a interés. El capital se irguió al fin. Proclamó la inflación y logró imponerse sobre la industria. Aquel movimiento industrial que había hecho del colombiano un consumidor sobre quien las industrias prosperaban, se vino a tierra. El capital ha triunfado sobre la industria y ésta ha entrado en su periodo de crisis. La derrota del capital fue antes grande y aspira ahora a que el desquite sea mayor todavía. Este hecho prolonga la crisis, porque todavía la valoración del capital no satisface.

El segundo hecho lo constituye la circunstancia de que los elementos oficiales y semioficiales se han puesto del lado del capital, en esta lucha por la desvaloración de las cosas y por la valoración del dinero.

Antaño los poderes públicos, cuyas raíces penetran en el consumidor para tomar de allí, y únicamente de allí, la savia sustentadora, le protegían. Siempre y dondequiera han sido por esto los poderes públicos aliados del consumidor. El poder del capital se ha considerado incontrastable ante el sólo esfuerzo de la industria desamparada, y por eso el estado, con todas sus instituciones, se pone de parte de la industria en la lucha secular de los precios. La rescisión por lesión enorme, lesión que sólo excepcionalmente afecta al comprado, la prohibición de las ratas altas de intereses, todas las leyes represivas de la usura

con su aparente ineficacia, nos están gritando el deber del estado en los conflictos del capital con la industria y nos advierten que ésta, en ocasiones, no se libra de tremendas derrotas ni aun con el auxilio del estado en su favor. La Iglesia misma llegó en un tiempo a prohibir la estipulación de intereses en los préstamos, y sin tregua se ha puesto de parte de la industria para protegerla con intereses moderados en los alquileres del capital.

Pues bien: en la batalla tremenda que en Colombia están librando actualmente la industria y el capital, las entidades oficiales y semioficiales se han puesto decididamente de parte del capital. Hace dos años tuvimos la desgracia de acertar cuando llamábamos a las puertas del Banco de la Republica, para suplicarle que no interviniera en el mercado de dinero para decretar o fomentar una crisis. “Por lo pronto y fijándose uno en lo que viene haciendo el Banco de enero para acá, aparece con una función nueva: de la hacer una crisis de numerario para obtener la baja de las fincas raíces”. Desde entonces —enero de 1928— aparece el Banco de la Republica buscando un reajuste de precios hacia abajo, que hasta ahora no muestra límite alguno, al mismo tiempo que fomenta el alza de los alquileres del dinero. Secundado, como lo ha sido el Banco de la Republica por las entidades oficiales, en esta labor de empobrecimiento de la industria y de enriquecimiento del capitalista, vamos por una pendiente a la cual no se le ve el fin. Las entidades oficiales están de parte del capital y en contra de la industria; y el hecho de que la dirección de tales entidades es manifiesta y está sirviendo de guía a los capitalistas en la victoria del capital contra la industria, es a la vez hecho indicativo de que la crisis se prolongará, cuanto se prolongue la alianza del gobierno con el capital.

Fácilmente se demuestra la influencia de la actitud oficial sobre el mercado. Para ello basta ver el dato que suministra el Banco de la República en su cuadro sobre el numerario en 31 de diciembre de 1929. En tal fecha había en poder dl publico cincuenta y tres millones de pesos, y tres cuartos de millón. Esa cantidad sería suficiente para que el movimiento del mercado fuera regular, puesto que no hay ahora, en poder del público, sino apenas siete millones menos que en igual mes de 1927, cuando los negocios marchaban maravillosamente. Pero quienes poseen el dinero, que antes lo ocultaban por la agitación política y por el temor de un trastorno del orden público, hoy, tranquilizados por la elección presidencial que ha demostrado cuan incommovible es la paz en Colombia, siguen esperando nuevas valoraciones de sus capitales. ¿Por qué? Simplemente porque en la dirección de los negocios públicos tienen

ellos un índice seguro de que el reajuste sigue hacia abajo. Al declararse y al reconocerse el triunfo de Olaya Herrera, hubo un momento en que el pánico amenazó al capital y pareció que el dinero iba a salir de los baúles. El rumbo oficial y semioficial les advirtió, sin embargo, a los capitalistas, que no había llegado la hora del trabajo y de la industria. El asunto es fácil en demasía: el puntero oficial señalara la hora en que cese la protección del capital contra la industria, y ese puntero está firmemente dirigido hacia la desvaloración de las cosas y del trabajo. El no caerá antes de que el consumidor colombiano haya vuelto a su lugar de elemento muerto, incapaz de fomentar industria alguna. Eso es lo que significa el reajuste emprendido: bajar todos los precios y el valor de todos los servicios. Alcanzar el poder de compra del dinero y su alquiler. Para quienes nos gobiernan, todavía el diez y ocho por ciento anual es poco.

2. El ahorro*

Las ideas brotan automáticamente, más que del fondo de ciertas células, de la estantería cerebral, de la compresión de las necesidades. La necesidad y la línea de menor resistencia, fijan siempre el camino que ha de seguir el entendimiento y la serie de ideas que han de aparecer, tal así como las aguas corren hacia abajo buscando el caudal mayor. Y así como cierto grado de saturación de agua en la atmosfera determina la lluvia, cierto grado de pobreza trae consigo ineludiblemente la idea del ahorro. Todo cambio de situación hace mirar hacia atrás para comparar lo que fue con lo que pudo haber sido. Generalmente se notan los errores cometidos cuando los hechos los han consagrado de modo definitivo, y la reacción con que nos reprochamos el obrar erróneo, se llama remordimiento.

Dicen que la experiencia es madre de la sabiduría, y la gente cree que una cuenta de fallas es un acervo de precauciones que nos libra de reincidir. ¡Pobre gente! La experiencia no es otra cosa que una acumulación de remordimientos, que los mediocres tímidos toman como testigos de su obrar incierto y vacilante, o de sus consejos de excesiva prudencia, o de sus augurios impertinentes. “Yo lo dije”. Hé aquí la sentencia ordinaria de la experiencia adocenada, para todos los percances de la vida, signo además de una acendrada impertinencia.

Quien cae en la pobreza y piensa en lo que pudo haber sido, siente en seguida el remordimiento de las cantidades gastadas, y en su mente aparece el posible salvador: “el ahorro”. “No haber ahorrado”, nos dice el remordimiento, cuando venimos de una holgura aunque sea mezquina, a un estado

* Publicado en *Proyecto de ley y ensayos que tratan asuntos económicos*, Medellín: Tipografía Bedout. 1931.

de estrechez miserable. Así remedian las malas situaciones los pueblos en que predomina la mesocracia y que, por eso, dan la impresión de que caminan viendo hacia atrás. Todos los remedios para los periodos tristes, lentos, son derivados de la fórmula “lo que pude haber sido”; y al ver que la pobreza invade los hogares, puerta adentro, vierten y propagan la fórmula: “ahorremos”, que vale como el consejo de desandar lo andado.

Es, sin embargo, el tiempo de los espíritus agoreros. Infelices pueblos que habían vivido en la miseria, deseoso de que el día se llegara en que algunas exigencias de la naturaleza, así fuera esta ociosa, se calmaran, asieron la ocasión tenazmente calva y en ella se holgaron. “Cada día trae su afán”, dijeron con la sabiduría, y se saciaron, sordos a la prudencia de los augures que presagiaban malos días venideros, conforme al caudal de la experiencia que en ellos ha modelado la estatua de sal del remordimiento humano. Y no se ahorró entonces, como no se ahorrará mañana, cuando toda la ansiedad acumulada al través de tan sufrida indigencia, repose nuevo —que habrá de reposar— en algún mediano bienestar que la suerte, más que los hombres piadosa, nos depare risueña.

Pero qué es el ahorro, virtud preñada, pese a su innata y perenne virginidad, de dones para los pueblos angustiados? Estudiémosla a espacio ahora, cuando la falta de trabajo nos da vagar para hablar de los necios antídotos de la crisis de pobreza que padecemos. Es ella siquiera de por sí una virtud social?

Ni riesgo. En los pueblos en que ella arraiga como planta estable y no de invernadero, de cultivo esporádico, pasto es de la avaricia, forraje deleitoso para el individualismo egoísta. El hábito del ahorro no produce dinero: a veces secuestra parte del que circula, y a veces se toma como instrumento de agiotaje, produciendo el anhelo de la posesión del oro. El ahorro engendra el hábito del atesoramiento y éste la avaricia. Es un acto individual, generalmente insano, contrario a los intereses sociales, porque detiene el andar del numerario y tiende a evitar consumos. A la sociedad le conviene más un consumidor que un ahorrador. El consumo es social, fomenta la industria; el ahorro la entorpece, y si, por el deseo de acrecentar el tesoro, el dinero vuelve a la comunidad en forma de préstamos generalmente usurarios, queda al menos como déficit social el consumidor anulado y el egoísmo triunfante. No hay nueva producción ni fomento industrial, que es lo que interesa al conjunto.

Pero hay todavía otro aspecto en que el ahorro aparece más encontrado con los intereses sociales; es aquel en que el ahorrador se propone y a veces

contiene un retiro prematuro del trabajo. El principal estímulo del ahorro está allí, en la aspiración al descanso en época en que el trabajador es útil, y en el deseo de que otros trabajen para él y le sostengan con el pago de réditos. Bien sabido es que el rédito del dinero es en lo moderno el exponente de la “trata de humanos”.

Y efectivamente, el más llamativo aliciente con que se recomienda el ahorro, es la esperanza del rédito en la edad madura o en la vejez. El ser algún día capitalista y tener renta, sacada naturalmente del trabajo de otros, el tener súbditos que nos deban y por ende nos adulen, la posesión de un título plutocrático, llamado impropriamente bono de renta, título que pueden poseer hasta los mendigos que son capaces de disminuir un mendrugo diario durante cincuenta años y colocarlo a interés compuesto, ese nombre de capitalista titulado que produce el vértigo de la miseria, tan propio para adormecer a los pueblos que padecen hambre, todo eso con que se recomienda el ahorro, hace soñar con la jauja de una sociedad en que todos coloquemos dinero a interés y nadie trabaje, y que sería infernal, sociedad de avaricia y de egoísmo cuya subsistencia sería imposible. Es la utopía del hambre, si no fuera la realidad de unos pocos avaros, que es el tipo transformado del lobo humano.

Y como todas las tendencias individuales se parecen, el ahorrador desea acumular para dejar de trabajar, como el comunista de los tres ochos, ansia ganar lo suficiente sin trabajar, y ahorrar el trabajo para ser en salud suficientemente pobre y en tiempos de calamidad sobradamente miserable. Quienes predicán la práctica de los tres ochos, halagan a los trabajadores con el descanso en la época útil, sin decirles que ese descanso tiene como contrapartida la miseria en la edad proveya. El esfuerzo humano no es susceptible de acumulación, porque obedece, más que otra cosa alguna, a la ley del tiempo. El tiempo sepulta en la nada la energía humana que no se aprovechó, exactamente lo mismo que los instantes que pasan. El ahorro de energía es un fraude a la sociedad, cuyo interés está en el mayor provecho del tiempo y del trabajo.

Las dos teorías son hermanas: se ahorra dinero en la juventud con la mira de no trabajar en días útiles de la edad madura; y se ahorra trabajo despilfarrando tiempo en la edad temprana, para evitar desgaste fisiológico y prolongar las energías más allá de donde ellas acostumbran agotarse. Son brotes de egoísmo disolventes y contrarios por lo tanto a los intereses sociales. El trabajo, el aprovechamiento del tiempo, son asuntos de interés social, y es inmoral lo que contraría este interés. Salvo la incompatibilidad con las

reglas de la higiene, escrupulosamente abrigadas contra las influencias de la ociosidad, todo hombre debe trabajar por el tiempo útil de la vida, aunque particularmente no necesite el fruto de su trabajo. La sociedad necesita el producto del trabajo humano y a nadie le es lícito negar el esfuerzo o derrocharlo. Es uno de los tributos con que debe compensar el beneficio de la asociación que recibe en todas las formas de la compleja vida social. Es inmoral todo lo que menoscaba el acervo social, como lo es aquello que obstruye o desvía la equitativa distribución de ese acervo.

Por eso es inmoral también el ahorro de los hijos, término a que conduce necesariamente la práctica del ahorro de dinero y de trabajo, así como toda otra práctica de las que persigue ese fraude consuetudinario a la sociedad que se llama egoísmo. La bandera y meta culminante del ahorro integral, fue formulada así: “multiplicar los ahorros y economizar los hijos”, expresión del muy popular economista José Garnier. Es, efectivamente, el término necesario del ahorro, la economía de los hijos, como es su compañero ineludible la avaricia. El oro por el oro, el oro como el fin de la existencia, erigido en dueño y poseedor de la sociedad, el oro como destructor de los hijos y de la familia. Ahora comprendemos el símbolo judaico del becerro de oro.²

¿Han comprendido los predicadores religiosos que con unción evangélica recomiendan el ahorro, cual es el término lógico de sus exhortaciones? Seguramente, no. Por dar pábulo a las tendencias individualistas, por contemporizar un poco con aquellos que, habiendo abusado del poder de adquirir, obtuvieron el poder de dar, nos vamos metiendo por los caminos de la inmoralidad sin de ello percatarnos.

Para el bienestar social, en los hombres que han de nacer están los elementos renovadores del mismo bienestar, nuevos elementos de trabajo, nuevas capacidades, quizá el Mesías, seguramente el rector del bien público. El interés social pide el acrecentamiento del grupo de la sociedad, anhela los hombres que nacerán y debe velar y corregir el fraude a sus derechos, iniciado con maña de serpiente paradisiaca bajo la presión de la miseria y con el halago de un título plutocrático.

¿Y cómo es posible que el legislador colombiano, en vez de castigar la usura y el agiotaje, se proponga fomentar estos compañeros inseparables de la

² En Colombia el becerro de oro se llama “Patrón de Oro”, y parece que, en el lenguaje oficial. Colombia es una nación destinada al “Patrón de Oro” y consagrada a él. -N. del A.

avaricia, estimulando el ahorro con premios, con privilegios y con toda clase de seguridades? Sólo faltaría, para llegar pronto, que se premiase el asesinato de los hijos en la cuna o antes, con inmundicias que hicieran par al agiotaje. Y para colmo de inocencia, porque esto no puede atribuirse a perversidad, dado nuestro desarrollo social rudimentario, se nos hace creer que los depósitos disponibles de quienes tienen dinero de cacería en acecho de oportunidades, en lugar de salir a trabajar con él, fomentando los consumos y las industrias y el bienestar, son diez millones de pesos que la clase proletaria ha robado a sus necesidades urgentes para conseguir un título plutocrático.

3. Protección a la industria nacional*

Medellín, junio 8 de 1930

Señores

Don Luis Vélez Marulanda y don Armando Merlano G.

Bogotá

Muy apreciados señores míos:

Con el mayor gusto me refiero a la atenta carta de ustedes del 4 de junio último.

Nuevamente se manifiesta en este país una reacción contra la competencia extranjera a nuestra producción y a nuestro trabajo, y a ustedes como paladines de la nueva propaganda en favor de la nación, les ha correspondido puesto de avanzadas. Es muy plausible la labor emprendida por ustedes, secundado las iniciativas de la H. Cámara de Comercio de Bogotá. Loados sean todos con mi voto muy sincero y entusiasta.

“Punto esencial —me dicen ustedes en su atenta carta mencionada— sobre el cual deseamos conocer la opinión de usted es el relacionado con la protección aduanera para los artículos que hoy se manufacturan en el país; y si usted considera que esa protección debe ser de larga o corta duración y cual la proporción relacionada con los derechos actuales”.

Mi opinión es decididamente proteccionista de las industrias nacionales actualmente viables, o que se consideren susceptibles de un desarrollo completo en el porvenir, aun en un porvenir muy remoto.

* Publicado en *Proyecto de ley y ensayos que tratan asuntos económicos*, Medellín: Tipografía Bedout. 1931.

La razón de este concepto está en la palabra misma, porque proteccionismo es la teoría que predica la protección oficial, y ésta debe darse primeramente a quienes han organizado y sostienen el gobierno. Los industriales y ciudadanos de un país han organizado y costean un gobierno para que les proteja a ellos y no a sus rivales económicos. Desde el punto en que se organiza un gobierno, ya no hay providencia que no sea protectora de alguna fracción de los habitantes, y lo mismo sucede con la abstención del gobierno. Por ejemplo, cuando el gobierno castiga el robo, protege a los propietarios, y cuando se abstiene de castigar el robo, protege a los ladrones.

En los asuntos económicos relacionados con el comercio exterior, puede decirse que todo régimen aduanero es proteccionista, porque, si abre las puertas de entrada al país, protege la industria nacional. Los economistas partidarios de la protección a la industria extranjera, le dan a esa protección, para justificarla, el nombre de “doctrina de libre cambio”. Esta frase indica un concepto deficiente, por ser unilateral. Para demostrarlo, basta indicar que el “libre cambio” no expresa una convención, sino una generosidad y que como tal hay que empezar por justificarla. “Libre cambio” puede haber entre dos países que estipulan la libertad recíproca para los artículos que cada uno produce. Allí el libre cambio, como efecto de un contrato, supone igualdad de condiciones y concesiones recíprocas. La doctrina del “libre cambio”, como acto de generosidad protectora de la industria extranjera, en menoscabo de la nacional, es una doctrina cuyo absurdo resulta de su sola enunciación.

Tan saliente dislate lo defienden notables economistas diciendo que se trata de protección al consumidor nacional y no al productor extranjero. Se dice, además, que la industria nacional queda protegida con los precios baratos de la libre concurrencia mundial, la cual proporciona trabajo barato, base de desarrollo industrial.

Este modo de razonar es sofisticado y, además, supone que hay interés social en la conservación de castas sociales, una de explotadores y otra de explotados, y que corresponde a esta última casta la carga del trabajo.

La falacia consiste en que se mira el asunto desde un punto de vista parcial y no de conjunto. Si se observa desde este último punto, se verá que el país pierde cuánto gana el productor extranjero, cuando se abren las aduanas generosamente a la producción extranjera y que deja de perder cuando las aduanas se cierran. Para el interés social importa poco el que, en el curso de los negocios legítimos, ganen unos y pierdan otros de los que trabajan en el mismo

país. Lo que no es aceptable es que pierda el conjunto. La intervención debe alejarse de asuntos que sólo interesan a los individuos o a los grupos parciales y no al conjunto social. La moral individual, en cuanto pierde sus conexiones con el interés social, es muy discutible. Vengamos a un ejemplo: en los años pasados, merced a la ley de emergencia, vinieron a nosotros grandes cantidades de arroz del reino de Siam. Debido, en parte a la protección colombiana, el asiático reino pudo aumentar grandemente los campos de cultivo de arroz. Mientras tanto, muchos campos colombianos fueron abandonados por no poder resistir la competencia. Si en vez de protección siamesa hubiera entre nosotros protección colombiana, los productores de arroz se enriquecerían a costa de los consumidores; pero Colombia no tendrá que hacer préstamos en el exterior para pagar arroz de Siam. Defendierase en la aduana, no a los productores colombianos: se defendería la nación.

Pero entonces, se dice, los jornales serían caros y no se sostendrán ciertas industrias. Quiere ello decir que hay aquí industrias artificiales, cuyo sostenimiento es obra de la miseria general, que solo se sostienen, merced al abuso en el jornal, lo que es una inmoralidad. La intervención del estado en favor de una casta privilegiada, que medra sobre la miseria general, no es intervención en favor del conjunto: es intervención individualista o de casta, intervención inmoral. La protección a los productos extranjeros suele ser, pues, el sacrificio del país en favor de quienes explotan el jornal barato, de quienes chupan la savia al motor de sangre.

Y luego se arguye que los productos de un país, en cuanto no pueden competir en precio con los extranjeros, son productos artificiales que no merecen protección. Este modo de argumentar es sofisticado. Llamamos caro un producto que no se puede adquirir con un jornal ruín, cuando lo caro son esas industrias que necesitan jornales ruines para vivir.

En nuestra democracia nacional, no hay por qué sostener castas. La división entre señores del latifundio o de la mina y siervos de la gleba, no tiene razón de ser. Sostener con el hambre de nuestro pueblo las ganancias de la exportación de oro y café, para conseguir con qué pagar el arroz de Siam, el cacao de Costa de Oro, etc., capitalizar la miseria general para exportarla en pago de productos naturales de nuestro territorio, es algo inexplicable, peor todavía que tomar préstamos para pagar maíz en el exterior: los préstamos siquiera nos gravan a todos por igual.

En cuanto al tiempo y cuantía, creo que deben ser determinados por la necesidad del conjunto: cuanto sea necesario para dar preferente protección a la industria nacional sobre la extranjera, debe hacerse en duración y cuantía de los derechos de aduana.

Debemos enaltecer el trabajo nacional en todas sus formas y darle protección y preferencia en todo sentido. Los sacrificios nacionales deben enderezarse en el sentido de procurar el constante empleo de la actividad colombiana, haciéndonos cargo de que es una riqueza cuya pérdida es irreparable. Las riquezas naturales pueden guardarse para después: el trabajo no. Tenemos un periodo de más de un año en el que diversos factores han contribuido a obtener pérdida de trabajo, y esa pérdida vale ya mucho más de los que se debe en el exterior, sumado lo nacional, lo departamental, lo municipal y lo particular. Sería labor de alto patriotismo la que evitara más perdidas por este renglón, ahora y en lo sucesivo, sobre todo la que suprimiera los factores oficiales que hayan coadyuvado premeditadamente a esa pérdida, para conseguir la baja obligada del jornal. La importación de víveres y de jornaleros extraños, que han sido los dos puntos esenciales de la política económica en estos años pasados, han sido a la vez dos atentados contra la vida nacional. Afortunadamente el segundo no se realizó, quizá por falta de tiempo.

Esperando que estas ideas les sean simpáticas, felicito a ustedes por su gloriosa tarea y me suscribo su

Muy obsecuente servidor y amigo,
Libardo López

4. Proyectos de ley y ensayos que tratan de asuntos económicos (1931)*

La soberanía de la ignorancia

Desde el 3 de octubre de 1930 fue presentado a la consideración del senado de la república, el proyecto de ley por la cual —se dice en él— se modifica la ley 25 de 1923, proyecto según el cual, como se esperaba, la misión financiera americana, rehace de manera completa la organización del Banco de la Republica. En tal proyecto, el señor Kemmerer, viendo que su obra de 1923 adolecía de una torcedura cardinal, acentuada en la práctica por el manejo desacertado, indicó a nuestro congreso la manera de amasar y meter de nuevo en corrector moldes, la materia que puede llamarse “primera” en nuestra organización bancaria.

La misión financiera, con la discreción que corresponde a juzgadores que actúan en país extraño, más obligante todavía por haber sido otra comisión presidida por el señor Kemmerer, quien había dejado la ocasión para que su obra se desvirtuara hasta desdecir de tan completo modo de la prístina idea que determinó la creación del bando. Apelo a la forma de las contraposiciones de doctrina abstracta, por las cuales la censura resultaba de la contraposición y no de condenación directa. La reprobación directa no habría sido bien recibida, sobre todo en un pueblo tan orgulloso, como lo es el que formamos nosotros, de la soberanía de su ignorancia. El honor nacional se habría resentido profundamente, si la comisión americana hubiera dicho *claris verbis*, que su obra había sido totalmente desvirtuada por las manifestaciones del criterio

* Publicado en *Proyecto de ley y ensayos que tratan asuntos económicos*, Medellín: Tipografía Bedout. 1931.

individual, guiado unas veces por el interés, otras por el espíritu de imitación mal informado, y a veces —quizá las más— por un espíritu pueril de ensayismo, en el que no se previeron las graves consecuencias, al hacer ensayos sin más objeto que el de ver qué efectos producía la maquina puesta en manos inexpertas. Todo esto distingue el lector menos avisado en el proyecto de ley que rehace la organización del Banco de la Republica y en la exposición de motivos con que se acompaña tal proyecto de ley. La manera de decir todo esto, sin dejar a los aludidos el recurso de queja, era la contraposición, o lo que es lo mismo, el hacer surgir la censura como resultante. Vamos a verlo en seguida:

La comisión contempla, en primer término, la posibilidad de que el gobierno se desprenda de su interés pecuniarios en el Banco, y a la vez conserve su actual representación de tres miembros en la Junta Directiva “por razón del carácter cuasi público del Banco”: Dicho carácter no depende del capital del gobierno: proviene de las funciones preferentes que constituyen la razón de ser del banco, que son funciones relativas al interés público, contra el interés individual. Por eso mismo se establece en seguida que las acciones de dividendos se conviertan en acciones de la clase D., es decir, acciones del público. Oigamos la razón de esto:

“Con el fin de evitar que aumente el poder de los bancos accionistas en la designación de Directores, debido a la adquisición de acciones de la clase D recibidas como dividendo, el inciso (18) del artículo reformado dispone que las acciones de la clase D poseídas por los bancos afiliados no tienen derecho de voto”.³

La misión propone una reforma en que el comercio, la agricultura y las profesiones elijan directamente sus respectivos representantes, y hace constar que desde el año de 1923 se formuló la queja de que “los Bancos suelen mostrar más atención a sus utilidades inmediatas que al futuro desarrollo del país”, y dice que entonces no estaban organizados esos gremios en forma de poderles confiar a ellos directamente el nombramiento de sus representantes en la junta directiva del Banco. El arreglo temporal hecho entonces, lo condena hoy así: naturalmente porque cree que sus resultados han sido funestos “Es obvio —dice— que los intereses agrícolas y comerciales no necesitan

³ Págs. 49 y 50 del folleto oficial titulado “Proyectos de ley de la Misión de Consejeros financieros sobre establecimientos Bancarios, Banco de la Republica y Presupuesto Nacional”. A esta obra se referirán todas las citas posteriores —N. del A.

que sus representantes sean elegidos por los Bancos, de igual manera que éstos no necesitan que los suyos sean escogidos por hacendados y hombre de negocios” (pág. 51).

Con la nueva organización de la Junta Directiva, la misión financiera se propone dar otro rumbo —un rumbo contrario al acostumbrado— a la política económica del banco. Esa nueva dirección resulta por contraposición en los apartes que vamos a citar:

En las páginas 52 y 53, dice:

“Para asegurar la constitución de una Junta Directiva que represente ampliamente los principales intereses económicos del país, hay una disposición en el inciso 27” (Parece que lo recuerda la misión, para descargarse de la culpa de improvisación en sus recomendaciones de 1923).

“Conforme al plan propuesto —agrega— la Junta Directiva será un cuerpo bien equilibrado y ampliamente representativo de los principales intereses de la nación”.

“Disposiciones semejantes se encuentran en las leyes que sobre Banco Central adoptaron recientemente el Ecuador y Bolivia, en donde las Juntas Directivas son ampliamente representativas de los interés económicos del país”.

La misión financiera formula un nuevo plan de distribución de las utilidades, y censura en la forma que va a verse, el uso que se ha hecho de la ley anterior:

“El cambio sugerido en el ordinal b) —dice, pág. 70—“ se hace conveniente por el hecho de que tal inciso ha sido interpretado y aplicado de tal manera que sienta prácticas en la administración del Banco contrarias a los principios fundamentales obre los cuales fue establecido y a la sana política de un Banco Central”.

“El ánimo de la Misión de 1923 —agrega— al formular esta disposición de la Ley, fue crear un fondo que debía usarse principalmente, si no en su totalidad, para pensiones de retiro y seguro de enfermedad en favor de los empleados asalariados del Banco. No fue nunca el propósito de la Misión que dicho fondo se usara para aumentar en forma considerable los sueldos pagados al personal de Banco”.

“Si la remuneración de los empleados que administran un Banco Central —continúa la exposición— se establece de manera que varié según el monto de las utilidades que realice, se crea un fuerte incentivo en el ánimo de la

administración, para que el Banco obtenga las mayores utilidades posibles. Por consiguiente, esto va de manera directa contra los principios expresados por la Misión de Consejeros Financieros, en su informe de 1923, relativo al Banco de la Republica, donde dijo”:

Después de repetir la conocida exposición de motivos de 1925, la misión de 1930, remacha así:

“El gobernador del Banco Federal de Nueva York, hace pocos años declaró que el sistema de los Bancos de las Reservas Federales no funcionaba con el fin de obtener utilidades, idea desaparecida por completo, y que la cuestión de utilidades no ejercita ya influencia alguna en las determinaciones sobre la política de crédito del Banco de las Reservas Federales. Al mismo tiempo, una idea semejante fue expresada por el contralor del Banco de Inglaterra”.

Por último, y quizá para conectar un poco estos principios abstractos con la vida anterior del Banco de la República, la Misión Financiera se expresa así, después de azucarar un poco la amarga píldora:

“La Misión creía, sin embargo, que las responsabilidades que pesan sobre los empleados principales de un Banco Central, como el Banco de la Republica, son tan grandes, que los hombres de mayores capacidades en el país, son los más indicados para esta clase de puestos, y que, con el fin de atraerlos y conservarlos, el Banco Central deberá pagarlos con liberalidad. La crítica de la Misión, por consiguiente, no se relaciona con la cuantía de la compensación pagada, sino con la práctica de hacer variar esa cuantía considerablemente, de acuerdo con las alzas y bajas de las utilidades del Banco, que tiende a dar una importancia indebida al deseo de hacer utilidades, en contraste con el de prestar un servicio público en la administración del Banco”.

Es muy desconsoladora la consideración de que la dirección del Banco de la Republica ha tomado todas estas censuras, repetidas en distintas formas para que no hubiera lugar a confundir la reprobación con el aplauso, como voz de estímulo y como prueba de que en el manejo de dicho Banco se han tenido en cuenta, como elemento primordial predominante, los intereses públicos sobre los particulares: además, la duda que pudiera quedarles a quienes han manejado el Banco acerca de la intencionada acotación de estos principios, queda, en nuestro concepto, despejada con las reformas propuestas que, por si solas, son una condenación de esa política que tantas quejas ha levantado, desde que en enero de 1928, el Banco se puso a hacer ensayos e política financiera.

En lo que si no anduvo corta la comisión financiera fue en censurar directa, acremente, al Banco de la Republica, por no haber emprendido negocios directos con el público. Y es que esa constituye la deficiencia cardinal, por la cual el Banco no puede ser considerado de otro modo que como una institución fracasada. Su defecto estuvo en no haber atendido ampliamente a los intereses económicos del país, censura que está íntimamente relacionada con esta otra de los negocios con el público, puesto que no se puede realizar lo uno, sin verificar lo otro, los negocios; y ya vimos que los intereses económicos de la nación los desatendió el Banco de la Republica, según la comisión, por realizar pingües utilidades, y que esto se estimuló por el sistema de mejorar con utilidades las soldadas de los altos empleados.

Es doloroso el pensar que los llamamientos indígenas fueron incapaces de hacer notar a los manejadores de nuestra institución bancaria el error que estaban cometiendo, con grave daño de la economía nacional, y el que sean voces extranjeras quienes hayan venido a hacer uso de una autoridad, incontrastable con las vanas pretensiones de un prematurísimo inocente, para decirle a la nación cómo han sido defraudadas sus esperanzas y burlada su confianza; y es más doloroso todavía el pensar que la extranjera censura, discreta en cuanto a las consecuencias del mal y clara en lo atañadero a su causa, no haya sido tomada en cuenta y que todavía hoy se repita que las críticas que acusan al Banco por sus graves responsabilidades, “en su gran mayoría provienen ellas de gentes poco o nada preparadas en estos asuntos”. Da risa pensar que la dirección del Banco cree saber más de negocios bancarios que la comisión americana. “Gente poco o nada preparada en estos asuntos”.

Porque el concepto de la comisión americana, concretado hábilmente en el proyecto de ley a que nos estamos refiriendo y en la exposición de motivos acompañada al proyecto, fue ésta, en resumen:

1° —Un banco central no es un establecimiento fundado para obtener utilidades: la idea cardinal de todo banco central es la de atender ampliamente los intereses económicos de la nación.

2° —Por esta razón y por no haberse atendido a este objeto durante el tiempo que lleva de vida, el Banco de la Republica de Colombia, es necesario organizarlo de nuevo, de tal manera que los intereses generales, representados en la junta por seis unidades, contra cuatro que representan los intereses particulares, pueda verificar la conversión de media vuelta y el Banco tome una dirección contraria a la que ha observado hasta ahora.

3° —Como una de las circunstancias que han influido para la gran torcedura del Banco es el aliciente de las utilidades, en pos de las cuales los superiores del Banco han perdido la cabeza, quitemos ese incentivo dirigido a matar los intereses económicos de la nación.

4° —Por último, como lo que ha influido para que el Banco de la República se dedique a hacer ganancias a costa de los intereses generales, lo que ha hecho de este Banco una caricatura de banco central en el mundo de las finanzas, es e no haber hecho negocios con el público,. Vamos a ver si condenamos esta abstención de forma que la dirección del Banco y su respectiva rosca constrictora entiendan lo que le vamos a decir:

En efecto, la misión financiera, después de recomendar al gobierno que dé tiempo en tiempo emita documentos de tesorería y bonos del estado, elementos que así son indispensables (decimos nosotros) cómo los creados por el comercio y los demás bancos, para operar sobre el mercado de numerario, descarga este golpe:

“El desarrollo de un mercado activo para aquella clase de papeles del gobierno, no sólo sería útil para éste sino también para el Banco de la República, la ley de 1923 (art. 14) confirió al Banco facultades restringidas para negociar directamente con el público, y en la exposición de motivos que se acompañó al proyecto de ley orgánica del Banco, se expusieron las razones que justificaban las operaciones en mercado abierto. La misión actual cree que ha sido un error de parte del Banco no haber llevado a cabo, dentro de un límite razonable, operaciones directas con el público en mercado abierto, y juzga, además, que tales operaciones son deseables para lo futuro. La misión no conoce ningún otro Banco Central en el mundo que no haga, en cierta cuantía, operaciones directas con el público”.

Luis López de Mesa

Luis López de Mesa/Don Matías (1884-1967)

Nació en Medellín en 1884. Fue presidente de la Academia Colombiana de la Lengua y ferviente defensor de la unidad cultural latinoamericana. Cursó su maestría en Psicología y Psiquiatría en la Universidad de Harvard y realizó otros estudios en Europa; fue concejal de Bogotá, diputado de la Asamblea y representante a la Cámara.

Entre 1912 y 1916 se dedicó a la docencia en la Universidad Nacional. Durante la presidencia de López Pumarejo, fue ministro de Educación y promovió el proyecto de educación en zonas rurales: Cultura Aldeana. Fundó una biblioteca con ese mismo nombre, y después de renunciar al Ministerio siguió con proyectos sobre raza, geografía, sociedad y cultura.

En 1938, durante la presidencia de Eduardo Santos, y en 1954, durante la presidencia de Alberto Lleras Camargo, fue ministro de Relaciones Exteriores. Firmó el tratado que le permitió a Colombia navegar en los ríos internacionales y finalizó la disputa sobre la península de La Guajira. Fue miembro de la Comisión de la Reforma Constitucional.

En 1918 publicó *El libro de los apólogos*; luego vinieron —entre otros— *Civilización contemporánea* (1926), *La tragedia de Nilse* (1928), *Biografía de Gloria Etzel* (1929), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia* (1930), *Cómo se ha formado la nación colombiana* (1934), *Nosotros y la esfinge* (1947), *Perspectivas culturales* (1949), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana* (1956) y *Oraciones panegíricas* (1964). En 1966 donó a la Universidad de Antioquia su biblioteca, de más de cinco mil ejemplares, antes de morir en Medellín en 1967.

1. Las tesis y los hombres*

QUISO el devenir de la historia nacional que recayese sobre nuestra generación el máximo peso de los problemas fundamentales de la civilización a la cultura, el económico-social, por ejemplo, el político-institucional, el moral-axiológico, el étnico-demográfico y aun el de relación interestatal de convivencia, cuando precisamente nos aflige grave falla de virtudes en esos mismos órdenes del saber y la conducta. Desde luego que todas las naciones del mundo han tenido o tienen su ardua jornada de perturbación y cambio de revolución o crisis, conforme hoy decimos pero las más en compasada incidencia de lustros o de centurias, las menos con heredada reciedumbre de hábiles conductores, todas en fin, conformadas con estructuras sociales indestructibles, en cultura, pues, estructurada individual, familiar, comunal y estatalmente en tanto que nosotros nos revelamos tornadizos e informes, débiles de voluntad y flacos de juicio al primer impacto de la tormenta universal que hoy conmueve al mundo.

No siempre fue así: nuestros abuelos mostráronse heroicos para el bien común, agraciados de incólume señorío, idealistas y románticos sin duda, pero egregiamente dignos de constituir patria decente y noble historia. Sino que nuestros padres acuciados por la endeblez institucional reinante y precariedad del orden público, dieronse al encomio de este y reciedumbre de aquellas, así organizando una democracia de estatutos, que centralizaba en el precepto la suprema virtud del Estado y no en el hombre individuo, en el ciudadano componente efectivo de la nación asociada. De ahí que descuidasen un poco

* Tomado de: López de Mesa, Luis, 1931, Documentos y correspondencia, tomo I, s. e.

la prosperidad de la cultura, para darse a preocupaciones de otra índole y aun a parcialidades recíprocamente anatematistas e infecundas a la postre para ese mismo orden público que anhelaban.

Mucho se dice, y aun se declara evidente, que la pobreza del fisco y en general económico del pueblo, nos aherrojó a todos los males de la incultura, la enfermedad y el caos de las guerras civiles, y es innegable que con dos o tres pesos de tributación para administrar cada kilómetro cuadrado del país, justicia, salubridad, educación y obras públicas por ende, punto menos que nada podía emprenderse durante la primera centuria de nuestro auto-gobierno, La comunidad vivía, si es vivir, de los baldíos que iba domeñando, soledad adentro, a golpe de hacha y renunciación de todo aliciente satisfactorio, para atender al crecimiento demográfico vegetativo, caudalosamente indetenible; y de la exportación del esquivo oro de nuestros aluviones para sostener el breve vínculo cultural con la civilización foránea, arruinando ineluctablemente las mejores vegas geopónicas de nuestros arroyos y ríos cordilleranos. Sin esos dos naturales ministros de hacienda providentes, don baldíos y don venero de oro, no hubiésemos subsistido nacionalizados, o solo subsistido tribualmente. Unos cuantos pesos de una aduana enjuta, de unos licores humildes, de una sal hipotecada, de un tabaco medio rústico, no eran manantial de erario progresivo ni aun de mera policía elemental, y mucho menos habida cuenta de las conmociones beligerantes o pronunciamientos, conforme se decía entonces, que quemaban en un año el ingreso de un lustro y la esperanza a veces de toda una generación.

Con todo y ser ello evidente, el pesquisidor de tales asuntos no puede eludir cierta duda sobre la imaginativa creadora y eficaz acción de nuestros gobernantes del siglo XIX, que pues de acción privada siempre fueron e isleña iniciativa personal, ardua a menudo, las novedades económicas de la república, desde las pasturas y frutales, los ganados y aves domésticas, los cañamelares, algodones y cafetos hasta las siderúrgicas menores y los textiles que para cada una de ellas se puede citar un nombre propio. Apenas si la remolinante fantasía del Quinquenio inicia este fecundo menester oficial y alguna otra tentativa, asimismo inorgánica aún, por los años veintenos. El espíritu del Centenario, aveniente y legalista, produjo cuarenta años de paz e implantó el intervencionismo del Estado en la industria y mayor redistribución del ingreso, con nuevos rumbos, no muy tinosos a veces, mas no rectificó bastamente la

habilitación cultural y técnica del hombre colombiano, y así, su obra se grietó y casi deshizo al irremisible impacto de algunas ambiciones imprudentes.

Las gigantescas mutaciones sociales que los dos periodos beligerantes de la revolución universal de este siglo aportaron al mundo, repercutieron en nosotros cuando, como ya dije, aún los valores culturales permanentes no se nos habían consolidado en estructuras de la personalidad y eran solo prestadizo comportamiento, y así, conflictos sentimentales, suspicacias políticas, flaccidez de las ideas democráticas e inexperiencia de los fundamentos imprescriptibles de la historia trajéronnos a un nihilismo moral y torpe violencia, nunca antes parecida y punto menos que aniquiladora del Estado, de la comunidad y del espíritu. Afortunadamente quedaba en el rescoldo del incendio la noble índole del alma colombiana, su natural vocación idealista, que reverberó y llameó de nuevo en el Frente Nacional para testimonio de fe y rescate de cordura, para salud y enmienda. Sino que perdurando la endebles de la personalidad y eclipse de los valores morales, esta misma restauración periclita a su vez y amenaza prematuro marchitamiento.

Ante tamaña peripecia del destino, los iniciadores de la Acción Colombiana o movimiento social suprapartidario, nos hemos congregado para proponer a la nación un nuevo trato, un “cómpact” como diría Hobbes, que invierta el enunciado ideológico de dicho Frente y lo confirme valedero, no diciendo, verbigracia, que los ciudadanos se unen en su calidad de partidistas, con pugna incesante de las ambiciones partidarias de cada grupo, sino que los partidistas se unen en su calidad de ciudadanos, con preferencia del bien común. De ello resultaría que el próximo gobernante de la república no debería sujeción sentimental a un partido o directorio, sino a sus connacionales genéricamente considerados: que al escoger sus colaboradores administrativos podría hacerlo de entre los conservadores o liberales sin limitación de matices secundarios o conventículos incidentes. Todo ello frentenacionalista, todo ello constitucionalmente puro.

Porque la esencia sosegante de dicho frentenacionalismo consiste en conjugar o conjuntar las dos fuerzas mayores de la política colombiana en una polaridad de servicio sin confusión de sus propios ideales, y ya vemos que este desiderato se ha roto, pues las fuerzas políticas nacionales se nos presentan ahora polarizadas de otro modo, es decir, colaborantes y anticollaborantes, o sea, que el Frente Nacional no subsiste, siquiera se nos anuncie que se realiza con la mitad de la opinión pública, porque el Frente no fue constituido para

dos cuartas partes sino para dos mitades de la dicha opinión. El caso previsible es que el próximo gobierno tendrá que asumir audaces medidas de restauración moral y de implantación técnica que requieren el respaldo de caudalosa opinión pública, y la actual fragmentación de esta no augura tal posible, antes agresividad de voces y violencia acrecida, aun guerra franca o golpes de Estado o dictaduras o mero tumulto permanente, que esterilicen el país para ser lo que social, internacional e históricamente le incumbe.

Máxime si a tal minoración de fuerza representativa del futuro gobierno se añade entonces la ausencia del actual jefe del Estado y coautor del régimen de responsabilidad unívoca de los partidos, cuya sola autoridad equivale hoy día a uno de ellos.

Nada de esto significa que nosotros presumamos vanidosa o ingenuamente que nuestra solución política sea tesis impecable en sus aplicaciones o perfecta de suyo. Pero si que, no cimentándose en la dinámica beligerante de los partidos sino en una a modo de pausa de sus ambiciones de jefatura y grupo, el nuevo Frente Nacional suprapartidario no tendría que polarizarse, como ahora, en una u otra dirección, mas solo quedarse en el fiel nacionalista de la balanza, en la sola potestad de las instituciones. Y los partidos, entonces, consagrarse a la tarea, en retardo hoy día, de definirse programáticamente hacia el futuro. Porque en la “maratón” o presurosa carrera por equipararse con el marxismo en la socialización del Estado y estatización de las empresas de interés común han olvidado los linderos infranqueables de su esencia ideológica, hasta el punto de que nadie distingue y liberalismo de conservatismo, socialismo de comunismo, ni todos ellos de la prístina democracia de los próceres, con grave peligro de perplejidad y hasta de ineptitud, porque ellos, los partidos, son derroteros imprescindibles de la dinámica social, juego de acción y reacción de progreso y reajuste, de impulso y ritmo que acompasan en orden la vida de las naciones, aunque otra cosa piensen las dictaduras de uno y otro extremo.

Quienes protestamos esta fe nacionalista en una acción suprapartidaria no desconocemos ni las virtudes eminentísimas de los actuales conductores políticos de la opinión pública nacional ni su entrañable vocación de servicio, ni, menos todavía, intentamos calificar “discriminatoriamente” los méritos intrínsecos o intrínsecas imperfecciones de los partidos tradicionales de la república. A unos u otros pertenecemos con orgullos a lealtad y consciente juicio, y esperamos regresar a sus lides cuando la nación supere el trastorno de

conducta que hoy padece. Si, verbigracia, la coalición bipartidaria que busca el fortalecimiento del Frente Nacional mediante un programa y un candidato que resulten aceptos a los ojos de todos los que deben constituir dicho Frente logra esto y aúna todas las opiniones, nuestra misión aislada sería inútil, y excusado es decir que aplaudiríamos esa solución. Más aun, si, en contrario, ellos solo condujere a la reafirmación recalcitrante de las actuales desuniones, como abonadamente lo presentimos, pediríamos, con sumo acatamiento a sus jefaturas o directorios que nombrasen sendos delegados plenipotenciarios, libres de resentimientos personales intransigentes, para que, en junta nacional de avenimiento, acordasen un candidato común a la presidencia de la república en el próximo cuatrenio, y asegurasen así, generosamente, el bien público. Si, empero, todo esto fuere rechazado o hecho nugatorio a poco más de su ocurrencia, conceptuamos que la nación no puede suicidarse con sus partidos y que deberá, en consecuencia, reasumir la potestad imprescriptible de organizar su destino y dirigirse autónomamente, en un acto de imperio absoluto, en un mandamiento de vida.

Para tal evento, vamos a invitar a los buenos ciudadanos de toda filiación política a que en cada capital de departamento se asocien en sendas juntas asesoras, consulten la aspiración nacionalista de los pueblos menores y del campo accesible, y la hora oportuna deleguen en otros tantos representantes suyos la designación de un candidato de genuina fuente nacional patriótica. Bien sabemos que hogaño no abundan los ungidos de Minerva y héroes de prestigio arrollador de todas las voluntades, más sí los hay de vida incólume y suficiente pericia para el gobierno ecuaníme del país y el imparcial aprovechamiento de hábiles colaboradores suyos.

Por el comité Ejecutivo Suprapartidario
Luis López de Mesa

2. La orbita de la convivencia*

Señores, doctor Laureano Gómez
doctor Mariano Ospina Pérez,
doctor Carlos Lleras Restrepo,
doctor Alfonso López Michelsen.

NOSOTROS, ciudadanos de Colombia, asociados en servicio de la república sin otro atributo de calidad que el anhelo de ser útiles a su bienestar común y lustre indeleble, a ustedes, en este instante conductores de la opinión nacional con investidura indiscutible, respetuosamente pedimos autorización para expresarles algunos conceptos acerca de las funciones partidarias que a todos hoy día nos incumbe y a ustedes, por virtud propia y mandato genuino, más que a todos.

Venido de los cuatro ámbitos mayores de la actual opinión pública partidaria en Colombia, nos reúne a comunidad de entendimiento la convicción de que si el próximo gobierno de 1962 a 1966 no surge de un frente nacional tan amplio como lo estatuyen las instituciones, o sea, de las dos mitades de la nación política, disipará en defenderse de la oposición disidente la mayor cuantía de sus recursos mentales, y en conservar el orden público, por dicha oposición probablemente perturbado, ingentes caudales del fisco, así minorando, si no deteniendo, el ritmo necesario de nuestra cultura para poder convivir adecuadamente con las otras naciones del mundo y ser, dentro de nuestra historia misma, un pueblo ilustre. Y como quiera que el progreso universal es hogao

* Tomado de: López de Mesa, Luis, 1931, Documentos y correspondencia, tomo I, s. e.

punto menos que vertiginosamente veloz a más de enorme, un cuatrenio de retardo o desajuste de nuestra civilización con él nos sería irremisible en el cómputo de los beneficios materiales y deshonroso en la esfera del espíritu.

Nosotros no queremos que caiga sobre nuestra memoria, por humilde que personalmente sea tal memoria, ni esa responsabilidad ni ese dolor, y así, acudimos a la egregia virtud intelectual de ustedes e insomne patriotismo, en procuración de un avenimiento de voluntades que aleje de la patria la ominosa perspectiva de aquellos posibles infortunios.

A tal intento de nosotros y justa aspiración de la opinión pública desprevenida de rencores inútiles, proponemos a la muy hábil consideración de ustedes y autorizado juicio decisorio, constituyan un comité de delegatorios suyos, que con plenipotencia insoslayable convengan en un candidato a la presidencia de la república para el próximo período constitucional, que aúne la buena intención de todos y elida con su ecuánime conducta y firme apoyo del común el filibusterismo inveterado o incidental de los protervos, o de quienes, sin serlo, anden confusos.

No creemos falsificar de ilusión o incierto informe la idea de que la gente colombiana en lo más vasto y puro de su actual composición y aun por apartadas regiones de su asiento, aspira a que sus jefes partidarios y genuinos orientadores del criterio común aporten los recursos mentales de alivio y regalen con auténtica piedad el sosiego de un rumbo. Cosa grave, de gravedad inescandible, es para el alma congojada del patriota presentir que su generación haya de entregar a la ventura generación una patria disminuida de su noble patrimonio moral, el icástico de los fundadores de la estirpe, el proceso de los mártires de la independencia, el incólume de los repúblicos que durante larga y tormentosa centuria permanecieron fieles al espíritu. Avizoramos con inquietud tamaña frustración, que sin remedio nos conformaría ahistóricos e indignos, y aquí estamos, aunque en política actuante, débiles, alerta para repugnarlas vehementemente.

Bien sabemos que las leyes no se pueden aplicar conforme a la intención de los legisladores suyos, no siempre conocible, sino a su letra explícita, mas no podemos eludir la certidumbre de que el Frente Nacional presupuso en su hacimiento comprobado, no una fragmentación de la gente colombiana en dos partidos adversos, sino algo más esencialmente sociológico, en dos fuerzas representativas de la dinámica social para el progreso, compensadoramente distintas, sean o no partidarias de suyo. De ahí que ahora ese Frente Nacio-

nal se haya polarizado en dos mitades de otro género, la colaboracionista y la anticolaboracionista, sin raigambre de partido propiamente, y que para subsistir, como lo determina la constitución nacional, sea ineludible polarizar esas mitades, no en dos tales partidos, sino en dos agrupaciones de otra índole, o sea, lo que exactamente presupone nuestra actitud suprapartidaria.

Porque, a la verdad, la síntesis hegeliana de liberalismo y conservatismo no sería, ontológicamente contemplados, un programa ideológico de operación futura, unión bipartidaria pues, contradictoria de sus esencias, sino un compromiso suprapartidario de avenimiento temporal, mientras convalece la república del grave desorden que ellos mismos, los dos grupos partidarios adversos, le causaron imprudentemente en aciagos días de su historia común. Más que síntesis es, por ende una reparación de culpa y un recobrase de flaquezas, para luégo proseguir su misión imprescriptible, y así, el presidente de la república en un tal régimen debe ser de esta o es otra ideología, según el mandamiento legal, sin duda, pero gobernar como si no lo fuese, suprapartidariamente.

De tal presupuesto conceptual y tales prenaciones concernientes se deduce que la polaridad militante de los partidos por hacerse de candidatura propia y consiguiente patrono presidencial, ni procede conforme a ventaja alguna partidaria ni constituyente prensa de triunfo aparte, y en consecuencia, harto asequible les sería a los actuales jefes políticos con venir en solo un candidato, porque sea el mejor y más sólidamente asentado en sus tareas, y porque estas mismas tareas sean también las mejores y más sólidamente asentadas en el orden público. Al amparo indefectible de dicha presidencia y régimen conexo, cada partido, si lo quisiere, se esforzará por darse organización eficiente, programa constructivo y caudalosa opinión de adeptos, que pues el fretenacionalismo no entraña aún filosofía política perenne, ni otra cosa quiso ser en su prima gestación que un acto de cordura entre dos beligerancias ideológicas, tregua por ende de alocadas inquietudes. Sino que la discreción aconseja aprovecharse de su amable clima de transigencia y salud moral para el reajuste normativo de los múltiple problemas de cultura y tecnología en que estamos todavía débiles o conciertos o pecaminosamente torcidos. Para tales innovaciones y enmiendas se requiere precisamente un mandatario de suma autoridad democrática por el fundamento de opinión pública que lo respalde, o de un prestigio personal tan señero e incólume que de su propio valer cobre esa potestad de conducta y sea acatado orientador de los destinos nacionales.

Debilitado el dicho Frente Nacional por apartamiento de sus normas en sí o de su gobernación efectiva, de media nación, aún es legítimo con la mitad de sus componentes principales, mas ciertamente no representativo ya del espíritu que lo engendró como totalidad del pueblo colombiano, comprendido en dos alas de opinión pública transaccionalmente cooperadoras, y así, no puede subsistir auténtico sino mediante la elección unánime, solidaria, genuina, de un presidente de todos. Por ellos invitamos a ustedes a este nuevo trato y convención patriótica, en la certidumbre de que no verán en nuestra actitud preferencia partidaria alguna ni otro interés que el entrañable prestigio de Colombia.

Es lo que nos manda el sumo respeto que abrigamos por ustedes y el máximo deber de servir a nuestra patria dentro de las normas de una cortesía de ecuanimidad y de estirpe. Empero, si móviles de otra especie o sabiduría de recónditas nociones que a nosotros se nos oculten en esta instante, los determinan a desechar nuestra súplica, acudiremos al criterio saludable de la opinión común suprapartidaria para restablecer en ella el Frente Nacional en su prístino abarcamiento de un todo aveniente, y le pediremos que escoja por fuera de las jefaturas consagradas en candidatos que las presente y guíe.

Un hálito religioso embarga nuestro espíritu ante el posible quebranto de la patria, ya tan sufrida en sus mejores esencias, un sentirla en su amargura pasada y futuros riesgos religiosamente, con recóndita piedad filial, aventurada a toda lid, aúna la que nos sea invencible. Porque si bien sabemos que la hora universal es de amplitud ecuménica, con paulatino desvanecimiento de fronteras excluyentes, asimismo conocemos que el hombre individuo solo alcanza personalidad completa y completa satisfacción de sus anhelos íntimos en el seno fraternal de su gente natia y dulce patria; que somos del tamaño de esa patria, con sus luces, sus debilidades y sus sueños; que somos ella hipostáticamente, y ella, por signatura y origen, es realidad en nosotros.

3. Seis reformas institucionales*

Las calidades de edad, habilidad, experiencia y cordura que nuestros próceres adoptaron de las democracias entonces existentes en el mundo, como una posible polaridad de grados de mayor a menor útil al funcionamiento parlamentario, y por ende divisibles en dos cámaras de ejercicio aparte, pueden obtenerse en una sola con idéntica polaridad, en un fatigo agrupamiento interno, como ocurre en toda corporación política, y en general, en toda asociación deliberante. El separar los dos elementos de dicha polaridad, otro efecto no produce que el de duplicarla, haciéndola surgir en cada grupo, y duplicar asimismo las funciones que a entre ambos competen.

Ni sería técnicamente discernibles a los cuantos años la habilidad, la experiencia y la cordura se definen sobreexceletes en la vida del hombre, pues que el medio ambiente social y cultural y aun la época histórica en que discurre el caso, determinan mayor o menor precocidad en dicha madurez, como hagaño es notorio comprobarlo en el mundo, y así, el establecer veinticinco o treinta y cinco años por límite de su advenimiento o más eficiente florecencia, es algo supositicio. La misma historia nos dice que más de la mitad de sus magnos hechos fue realizada por quienes no habían alcanzado esa marca, Cristo inclusive.

Tampoco el tradicional presupuesto de que una representación caudalosa de las regiones acredita su dignidad o las favorece con mayor recurso de eficacia, es sostenible, ya que confunde calidad con cantidad y olvida que todo cuerpo deliberante es tanto menos eficiente cuanto más numeroso, y así,

* Tomado de: López de Mesa, Luis, 1931, Documentos y correspondencia, tomo I, s. e.

conviene sobre modo que el legislativo colombiano se componga de solos los miembros que sus quehaceres esenciales requieran, repartidos en tantas comisiones funcionales cuantos ministerios constituyan el gabinete ejecutivo, amén de una general de iniciativas y otra especial de régimen disciplinario interno. Formando pues un solo cuerpo legislativo denominado un senado, verbigracia, por su histórica prestancia no minal como mejor plazca al neocostituyente, sobre cincuenta miembros por ahora, elegidos conforme a la tasa de uno por cada intendencia, dos por cada departamento con menos de quinientos mil habitantes, tres por los que, rebasando esta suma no lleguen a un millón, cuatro por los que posean de uno a dos millones, exclusive, y cinco por los que superan este número indefinidamente, cincuenta y seis en total ahora, con lo cual, es de suponerse al menos, la selección sería extraordinariamente rigurosa en cada departamento y el conjunto nacional constituiría eminentísima corporación. Aun pudiera doblarse este número estrictamente funcional, atendiendo a exigencias secundarias de inveterada costumbre o de seudo dignidad de “volumen” representativo de las regiones, y elevarlo transaccionalmente a noventa o ciento.

Bajando un poco de este alto nivel constitutivo al adjetivo funcional de dicha entidad legislativa, pero así mismo urgente de ser considerado por día, cuando tanta padecemos de dañosa incuria de los deberes públicos, debería instituirse la norma de que el presidente del dicho senado con la aprobación de las dos terceras partes de sus miembros, pueda declarar cesante al senador que por notoria ineptitud, o por absentismo injustificado de las sesiones, mayor de un diez por ciento de ellas, o por indignidad de conducta, ya sea usando de lenguaje impropio de su noble investidura, ya sea presentándose al recinto de sesiones en estado de embriaguez, o, en fin, por llevar consigo en él armas de prohibida conducción o “porte”, que solemos decir: contraestableciendo, naturalmente, un recurso de apelación para ante la corte suprema de justicia en su sala de casación, verbigracia, por así ampliar a ella su eminente función defensiva de la ley, y así asegurar al penado justo tratamiento.

La redacción de este nuevo capítulo constitucional pudiera ser como sigue:

Título VIII (Del senado)

Artículo 93: El senado de la república se compondrá de tantos miembros cuantos resulten de la elección de uno por cada intendencia, tres por cada departamento como menos de quinientos mil habitantes, cinco por lo que, rebasando esta suma, no lleguen a un millón, siete por los que posean de uno hasta dos millones exclusive, y nueve de este número en adelante, indefinidamente. (Noventa en total hoy día).

Artículo 94: Cada senador tendrá por suplente el que le corresponda siguiendo el orden de colocación de sus nombres en la respectiva lista electoral. El número de suplentes será igual al de los senadores principales: 1°, 2° y 3° del artículo 17 al acto legislativo número 1° de 1945.

Artículo 95: Para ser senador de la república se requiere ser colombiano mayor de edad y en pleno ejercicio de todos los derechos de ciudadanía.

Artículo 96: A más de los casos ya previstos por la ley en el orden procesal de la justicia, el presidente del senador, con el voto afirmativo de las dos terceras partes de la corporación, debe declarar cesante en sus funciones al senador que en ejercicio de ellas use lenguaje indigno de su investidura, o se presenta al recinto de sesiones en estado de embriaguez, o porte consigo en dicho ámbito armas de uso prohibido legalmente, o se revelare inepto para el desempeño de sus tareas, o dejare injustificadamente de asistir hasta en un diez por ciento de las respectivas sesiones de la entidad, computado para un mes de las listas de llamamiento que en los días de labores deben pasarse a una misma hora exactamente, sino por excepción cuando lo ordene con oportuna antelación la presidencia.

El dicho cesante puede apelar de su condena para ante la corte suprema de justicia en su sala de casación, y esta fallará el caso en el término improrrogable de quince días.

Artículo 186: Las asambleas departamentales son de elección popular y de compondrán de nueve diputados en los departamentos menores de quinientos mil habitantes, de diez y ocho en los que, superando esta cifra, no lleguen a un millón, y de veintisiete en los demás que rebasen de esta población.

Artículo 187: Para ser diputado se requiere ser colombiano mayor de edad y en pleno ejercicio de todos los derechos de ciudadanía.

Artículo 188: Los diputados estarán sujetos a las mismas normas que para los senadores establece el artículo 96 de esta carta, incluso el allí previsto caso de apelación para ante la corte suprema de justicia.

II

En el código penal, importa sumamente que los delitos de atraco, cohecho y de reducidos o compradores subrepticios de lo mal habido, que los españoles dicen receptar, aunque no tan exactamente como lo hace nuestro muy significativo vocablo “reducidor”, o sea, el ventajista que dolosamente reduce a dinero los objetos hurtados o robados por otro, sin los cuales aprovechadores del vicio el ochenta por ciento de este sería inútil.

La prevaricación y el cohecho quebrantando la fe pública, el atraco hiriendo en la misma entraña social la convivencia y los reducidos haciéndose de impunidad sobre seguro, han colocado la justicia colombiana ante el dilema de eliminarse o eliminarlos y a la nación en sí, ante el de ser para miseria o de ser para presidio, casos son, pues, de máximo dolo que requieren ser tratados con la máxima severidad de la ley y la máxima ilustración del común, ya que asimismo constituyen delitos de lesa patria por el tremendo deshonor con que la ofende ante el mundo. Tanto como el pavoroso genocido, aunque no tan ostensiblemente y como él, por lo tanto, punibles con el más alto grado de la sanción legal.

Mas ello no basta, y aun sería nugatorio si se le implanta se desarticulado de terapéutica más consubstancialmente entrañada en la causalidad y el espíritu. Decuplicando la potencia procesal de nuestros jueces y construyendo cien cárceles de hasta mil reclusos cada una, o sea con un gasto inicial de dos mil millones de pesos y consiguiente anual de doscientos millones, atenderíamos a la delincuencia actuada, mas no a la virtual que la produce, y sería por ende cosa de no acabar nunca. Así, pues, al recurso penal representativo aislante conviene añadir el contentivo de lo emergente, como tanto se ha dicho, de la educación moral, la sana economía, y el patriotismo, iluminados como bienes en sí mayores que cualquier halagüeño fruto de la malicia, e ineluctables para el gozo de ser persona y el honrado disfrute de los beneficios de la común asociación. Pero atendiendo a lo más factible, adoptemos algunas medidas de alivio sintomático que seguramente descongestionarán el país de delincuentes y a la nación de la paralizante pavora que la aflige, como son, en primer

lugar, eludiendo al máximo posible el encarcelamiento y aun la condena en juicio, de los delincuentes primerizos, mediante un sistema de composición con el agraviado, si no es en casos de ominosa perversidad, sujetándolo a un resarcimiento de daños según sus posibilidades, con vigilantes que asumiese los riesgos de una precaria o frustránea amortización de esas deudas por parte del agraviante insolvente, en la certidumbre de que con ello la comunidad ganaría el doble de lo que perdiese el Estado, evitando la ruina familiar que la prisión impone a su reclusos y el mismo Estado, ahorrando los ineludibles gastos de esa prisión.

Llevando el registro correspondiente en el lugar de los sucesos y en una central nacional de “control”, la reincidencia se vería agravada con el no pago debido, y así constituiría freno poderoso, pues que la pena sería entonces efectivamente terrible.

Bien que parezca fantástico y en verdad sea ciertamente exótico, pudiera fundarse una ciudad de delincuentes de la economía, en algún recatado sitio de nuestro territorio, en el baldío sudoeste del meta, verbigracia por las cuencas del Duda o de Guayabero o del Tagua, conforme indiquen los expertos, edificada por los mismos penado con miras a ser autárquica hasta el límite de las posibilidades regionales asequibles, mediante la implantación de cuantas industrias, artes y oficios se requieran comúnmente, y el cultivo en cooperativa de los recursos agropecuarios, selvícolas y mineros que logren establecerse, el todo, autoridades inclusive, encomendado a ellos, con la excepción natural de religión y medicina, no obtenibles en dicho ambiente, pero con el cuidado de encomendar la asesoría del común a uno de esos providentes párrocos que saben amplia y técnicamente hacerlo hábil. Dotarlo, en fin de todas las comodidades de cultura e higiene que sean defensivas y educativas, para que los así discretamente aislados apenas, puedan vivir en hogar propio con los suyos Ello libremente aceptado, pues que el sentenciado en juicio se le daría a escoger entre esta convivencia casi autónoma y la reclusa de las prisiones, y al prófugo de dicha ciudad, someterlo a aquella reclusión.

Aislada pero no incomunicada, disciplina peor no carcelero, llamaríase Villa Bondad, y constituiría – *mixti fori* un municipio aparte, directa o inmediatamente encomendado al ministerio de justicia, con la asesoría técnica de la caja agraria y del instituto geográfico nacional Agustín Codazzi. De cuatrocientos kilómetros cuadrados de superficie distrital, se le ubicaría al pie de una de las hermosas montañuelas que por ahí abundan, porque haya

limpias fuentes de acueducto, energía hidroeléctrica abundantes y posibles cultivos de “vertiente”, para café, verbigracia, ciertos frutales convenientísimos, y aun para, arracacha. Tomate y frijoles, según la altura, cuidando de no alterar las aguas ni determinar erosión de suelos. En lo demás, colinas o planicies, el cacao, la guayaba, la yuca, la piña, el plátano, la caña de azúcar, los finos pastos asociados, en fin, para la intensiva cultivación de toda suerte de ganados, bovino y porcino, sobre todo, y de aves, sin descuidar la industria hortícola pormenor de flores, legumbres y animalillos caseros que refuercen la economía doméstica. Cuanto a las industrias mayores ya citadas, procurar seguir las normas cooperativas de los kibutzin israelíes, y en todo caso, implantar insoslayable justicia en la redistribución de las utilidades, conforme a trabajo rendido y habilidad técnica, conque los penados vayan haciéndose de recursos para su reinstalación en el mundo libelo en el mundo libre, a su justa hora. Naturalmente el Estad tendrá que suplir muchas deficiencias en el comienzo de esta débil autarquía económica, y vigilar con prodentísima, fiscalización la honestidad de los manejos.

Localizado en el sitio, sería lo primero construir la aferente corretera de penetración, el primer aserradero o “aserrío”, para el corte e impregnación preservativa de las maderas, y un primer ladrillar o tejar o “chircal” para las edificaciones urbanas subsiguientes, trazar cómoda y bellamente la dicha ciudad, por modo que solo se la habite cuando ya disfrute de los servicios elementales de agua, luz, alcantarillado, templo, escuelas, biblioteca pública, hospital, casa municipal, almacén o “super mercado”, breve sucursal bancaria, piscina de natación y campo de deporte, etc., pues de todos es sabido que entre nosotros, en cuanto se inaugura una cosa, así se queda.

Allí los penados, sin alcohol, tabaco ni juegos prohibidos, vivirían en casa aparte con su familia, trabajarían en lo que supiesen o se les asignase por la dirección de la cooperativa industrial y recibirían alguna instrucción o educación complementaria, hasta que se desintoxicasen de malas costumbres, adquiriesen hábitos de lucro honesto y consolidasen los sentimientos sociales de convivencia y señorío. Entonces, ora mediante parientes o amigos suyos, ora por actuación directa del servicio social de la justicia, serían reinstalados en el mundo libre, previa obtención de alojamiento y trabajo, que pues de otro modo, esa liberación condicionada pudiera ser inútil, aun peligrosa y en todo evento, un tanto cruel, por la miseria que conllevaría un paro forzoso en tales condiciones de desprestigio.

Desahogado así el alojamiento carcelario, presidiario y colonial respectivo, sería factible imponer en él un ambiente de tarea educativa o reeducativa apetecible, incluyendo intensa, intensísimamente, la literaria, más fácil de suministrar a numerosos grupos en clases conjuntas, conferencias sistemáticas y abundantes libros de amenidad y utilidad eminentes, porque es indiscutible que el mayor nivel cultural así vale mejor que saltuarias y deficientes prácticas de artesanía, una pocas y unas mismas además, en todas partes, luégo inaplicables por ende.

En resumen, que siendo la cárcel castigada injustamente familiar e ineluctablemente estigmático, estas reformas buscan eludirlo hasta donde la seguridad pública sea compatible con ello y un cierto grado de generosidad sobreañadida refuerce este estímulo, aunque asimismo habrá que considerar previsoría y precautelativamente, las flaquezas morales y torpezas científicas de guardianes, jueces e inveterados usos, negocio demasiado extenso para ser abordado en este parvo resumen.

Encomendando la parte técnica, y aun la vigilante, a los cuerpos especializados del ejercicio, trabajando en dichas labores los mismos reos que habrán de amarlas seguramente como bien suyo, o preferirlas al menos, aprovechando con diligente pericia los materiales de construcción que suelo y busque posean in situ o aledaños, y obteniendo, en fin, las generosas aportaciones que gobiernos amigos a instituciones privadas extranjeras darán gustosamente para obra tan interesante de suyo, tan humanitaria o instructiva, el costo sería, si ingente porque de todas maneras lo es en modo alguno superior a las capacidades normales del ministerio de justicia, y en todo caso, la décima parte, a lo sumo, de lo que valdría resolver su actual catastrófica situación penológica.

Proyecto de Ley
(Por la cual se establece una reforma penal)

El congreso nacional, en uso de sus atribuciones constitucionales y atendiendo al bien público en materia de asuntos penales.

Decreta:

1. Autorízase al ministerio de justicia para que, asesorado del instituto geográfico nacional Agustín Codazzi y de la caja agraria, y auxiliado por los

ministerios de guerra y obras públicas, funde en las regiones baldías del su-
doeste metano, una ciudad de penados delincuentes económicos, aislada pero
no incomunicada, de régimen administrativo independiente y tendencia a la
autarquía económica;

II. A este fin, el ministerio establecerá una sección suya organizadora, vee-
dora y consejera de dicha ciudad autárquica, que se denominará Villa Bondad.

III. Esta Villa Bondad constituirá un municipio sui generis, en el cual
todos los empleos públicos, concejo municipal inclusive, serán desempeña-
dos por elección o consenso mayoritario de sus habitantes penados, y apenas
aquellas funciones, como las de párroco y médico, que en dicho ámbito sean
anasequibles, se obtendrán de fuera.

IV. Todas las industrias, artes y oficios necesarios a la comunidad o a
ella económicamente útiles para su comercio exterior, serán organizados en
cooperativa, y los beneficios que de ellos se obtengan redistribuidos a sus res-
pectivos trabajadores según su aplicación laboral y habilidad técnica, a juicio
del sindicato que formen, salvo las industrias, artes y oficios domésticamente
realizados, como horticultura, avicultura, mercería, costura, conservas, co-
mestibles especiales o delikatessen, etc.

V. Los penados de delincuencia económica que prefieran, *ad libitum*,
vivir en esta ciudad a purgar en cárceles o presidios ordinarios su condena,
traerán a ella su familia para tener hogar propio o independiente, y perma-
necerán hasta que a juicio del ministerio de justicia, mediante opinión fa-
vorable del consejo municipal respectivo, se hayan desintoxicado de malas
costumbres, adquiriendo hábitos de lucro honesto y logrado en el mucho
libre alojamiento y trabajo que les permitan reinstalarse en él con libertad
condicionada, cualquiera que fuere el término de su castigo, pero los que con-
dujeron mal, a juicio de dichas entidades, serán devueltos a las convencionales
prisiones.

VI. La construcción de la ciudad será iniciada cuando ya conduzca a ella
una carretera de penetración al menos, se inaugurará cuando tenga mil ca-
sas residenciales y los servicios urbanos que necesite, más no pesará de diez
mil habitantes penados, o sea, aproximadamente, cincuenta mil residentes,
contando esposa e hijos menores, únicos extraños admisibles en ella y a ella
voluntariamente allegados.

VII. El ministerio de justicia, por órgano de la correspondiente sección
suya de Villa Bondad, de que trata el artículo II de esta Ley, y con las firmas

autorizadoras del ministerio y secretario general, reglamentarán, de acuerdo con las disposiciones anteriores, el régimen de su convivencia y los pormenores de sus servicios públicos, sin pretermir que en ella no se permitirán bebidas embriagantes, ni uso de tabaco, ni juegos de suerte y azar de ninguna índole.

VIII. El departamento al que corresponde o correspondiere la región, conservará de ella soberanía eminente, pero suspensa mientras dure este experimento científico y las condiciones jurídico-administrativas anteriormente enunciadas.

IX. Refórmase los artículos 160, 200 y 404 del código penal vigente en el sentido de que el reducidor habitual, el atracador reincidente, cualquiera que fuere el daño ocasionado, y el empleado público que haya aceptado cohecho en cualquier grado de lesión legal, serán castigados con pena de diez a veinte años de presidio y la correspondiente pérdida de los derechos ciudadanos durante ese término.

X. Todo delincuente primerizo cuyo acto, a juicio del correspondiente juez instructor, no revistiere carácter de peligrosa malicia, como son los signos de premeditación, alevosía, sevicia o crueldad y aprovechamiento egoísta de las consecuencias, podrá pedir arreglo compensatorio del daño al agraviado o al deudo heredoso de la víctima, en proporción con el perjuicio causado, de una parte y de los recursos económicos con el perjuicio causado, de una parte para ello del Estado un préstamo amortizable a tasa prudencial de amortización, quedando ipso facto en libertad condicionada al cumplimiento de esta obligación contractual.

XI. El juez instructor llevará por duplicado un registro del acuerdo compensatorio, para su oficina y para otra central en el ministerio de justicia, que sirvan de “control” en lo futuro, y de testimonio como cauda agravante cuando el constituido deudor no cumple su compromiso o cuando, aunque lo cumpla, reincida endolo.

XII. El Estado, por su órgano respectivo del ministerio de justicia contratará con el banco de la república para atender a lo dispuesto en el precedente artículo X, y lo resarcirá de pérdidas por concepto de deudas insatisfechas.

XIII. Las autoridades de toda índole policiva o instructiva judicial atenderán con suma discreción a evitar el encarcelamiento preventivo de los ciudadanos, mediante fianza, o de los infractores de poca gravedad de daño, de la delincuencia menos, en fin, sobre todo de gente o muy joven o muy ignorante,

o muy lerda, mediante multas, y estas serán severamente fiscalizadas por los respectivos inspectores o veedores jurisdiccionales.

III

Como tercera solución terapéutica de los errores y calamidades sociales que nos afligen a más de los estudios generales de tipo “college” anglosajón, de la escala media de algunas profesiones, que actualmente se estudian con perspectiva de buen éxito y de la fundamental base primaria del alfabetismo, tres medidas son urgentes, como en tantas ocasiones y tan angustiosamente se ha dicho, a saber: un instituto superior de humanidades y ciencias puras que nos adoctrine al más alto nivel de la cultura contemporánea a los futuros rectores de nuestra comunidad; un instituto tecnológico, de similar altura docente, que forme los capitanes de la economía patria, nos ilumine derroteros industriales que absorben la creciente y ya abrumadora demanda de trabajo de las nuevas generaciones, y que en fin, nos emancipe del colonialismo técnico en que nos estamos arruinando y deshonorando a la vez, sin atenerse a las costosas matrículas de tipo estadounidense, sino siguiendo la fórmula democrática de la educación; gratuita del todo, en todo, y para cada institución, que en colegios de bachillerato y en normales de futuros maestros de escuela, renueven metodología con su sola acción de presencia y cordialmente, suasoriamente y casi inadvertidamente enaltezcan y remocen el mismo “pensum” de la enseñanza actual. De seguro que en esto nos asistirían también alborozadamente entidades de la índole cultural de la O.E.A. y de la Unesco. El no realizar estas innovaciones nos está costando sobre veinte mil millones de pesos anuales en lucro cesante y un desorden social prácticamente invivible.

Proyecto de Ley

(Por el cual se establecen en la nación algunas medidas de progreso educativo)

El congreso nacional, en uno de sus atribuciones constitucionales y atendiendo a la prosperidad de la cultura patria,

Decreta:

El gobierno nacional, por su órgano correspondiente del ministerio de educación pública, organizará un instituto superior de humanidades en el oriente del país y un instituto tecnológico de altos estudios en el occidente, al nivel, ambos, de los que son ejemplares en otras naciones cultas, y destinará de acuerdo con el ministerio de hacienda, la suma de hasta cien millones de pesos anuales para el primero y de hasta doscientos millones de pesos anuales para el segundo, en cuanto estén en pleno ejercicio de sus tareas lectivas. Asimismo lo autoriza para destinar hasta sesenta millones de pesos anuales para el pago de mil profesores extranjeros de segunda enseñanza, que serán equitativamente distribuidos en los colegios y normales oficiales de todo el territorio patrio.

IV

Asimismo conviene sofrenar el alcoholismo de nuestras gentes, tan funesto en sus repercusiones familiares, tan delectéreo de la índole personal, tan propicio a la delincuencia y tan deplorablemente sucio. En este orden, audaz y novedosa mas no alocadamente, antes obvia y factible, podemos legislar que se declare departamento “piloto” para una reforma social al de Antioquia, verbigracia, por ser de los más afectados hoy día, y prohibir en su territorio la venta al pormenor de bebidas embriagantes, con eliminación de ventorrillos, bares y tabernas, si no es en expenderlas al por mayor o envasadas el menos, para que sean consumidas a domicilio solamente. Y como tan restricción acarrearía déficit en el producto actual de las rentas departamentales, que la nación le compensara, enjugándolo en la proporción de su monto, con la certidumbre de que al aumento consecutivo de la tributación por renta y patrimonio se lo resarciría al fisco nacional, aun con creces, es muy breve plazo, Luego de su buen éxito probatorio, ir extendiendo este recurso a todos a todo el país, progresiva o simultáneamente, según la experiencia lo indique.

Proyecto de Ley
(Por lo cual, se autoriza al ministerio de hacienda para una modificación del propuesto nacional).

El congreso nacional, en uso de sus facultades constitucionales y en procuración del bién público en el orden de la salubridad y buen comportamiento de los ciudadanos.

Decreta:

Artículo único. Dado el caso de que la asamblea departamental de Antioquia dispone que en el territorio de su jurisdicción sea prohibida la venta al menudeo de bebidas embriagantes, como es de uso en las cantinas o tabernas, en bares o clubes, en bodegones o ventorillos, etc., el fisco nacional resarcirá al departamental respectivo de la pérdida que esto le ocasione, computada según el actual rendimiento de la correspondiente renta suya de licores, y en lo sucesivo podrá extender a otros departamentos igual providencia, si ello acreditare el buen éxito suyo en el término de cinco años a partir de su implantación. Se considera buen éxito, el consecutivo bienestar social por parte de la región y el consecutivo allí de la tributación nacional por renta y patrimonio, en una porción de aproximada compensación del auxilio.

v

Por cuanto la interinidad, hablando metafóricamente pero expresivamente, es la poliomiélitis paralizante de la administración pública, comunidad y gobierno deberían realizar cuanto esté en sus capacidades públicas de eminentes tareas de organización normativa, buen ejemplo funcional y genio progresivo, como gobernadores de departamentos y alcaldes municipales, sean escogidos de tal modo que en su designación priven sus virtudes de servicio sobre otra alguna y puedan permanecer en sus puestos largamente. A este fin debiera iniciarse un ordenamiento extra legal, o consenso de uso que permita al común en las ciudades mayores de cien mil habitantes escoger entre los suyos en candidatos que mejor pueda servir la alcaldía sin temores del vaivén político ni cálculos de paridad institucional o de simpatías personales de los mandatarios superiores, es decir, una a modo de función vitalicia, o

poco menos, bien remunerada, firmemente apoyada por el público y consuetudinariamente inamovible mientras fuera útil a los ojos de sus convecinos, tal como ha ocurrido y aun ocurre, en ilustres ciudades francesa, alemanas, italianas y aun estadounidenses, con envidiables frutos de procomún y de prestancia representativa.

VI

Y como quiera que nuestro pueblo mucho ha perdido de las tradicionales nociones e hidalgos sentimientos que siempre sustentaron los próceres, y habrán de sustentar siempre, dignidad, utilidad o inefable gozo de una convivencia fraternal y culta, de una cristiana y patriótica convivencia, sería muy oportuno, amén de fácil, que las fuerzas dirigentes de la sociedad emprendieses bien estructurada campaña misional de nuevo enseñamiento en todo el ámbito geográfico del país, y lo hiciesen con sumo arte de amabilidad, amenidad y sabiduría, en claras razones de conveniencia personal que subyuguen el enraizado egoísmo de las nuevas generaciones y cautiven su atención con gracia dicente. Que los dos partidos, ahora hermanados en el frente nacional, y la iglesia, empeñada hoy día en formar laicos misioneros, organicen ternas o tríadas de sendos representantes suyos, que vayan a recorrer el país en jornadas de reeducación moral y cívica, en tal número que no dejen descuidada aldea o villorrio alguno sin su visita orientadora o cordial, a la manera que los políticos suelen hacerlo en ocasiones electorales, esta vez con proyección espiritual. Preparadas, dichas comisiones, mediante cortos seminarios de información en la capital de la república y aun en las capitales de los departamentos que tengan recursos universitarios suficientes, como extensión apostólica, verbigracia, de las facultades de sociología y alguna o algunas de las instituciones de servicio social que dirigen las respectivas diócesis, un partidario en los elementos naturales e históricos de la asociación humana conviviente, y en la lectura de biografías célebres, comenzando por el amenísimo Plutarco y el amenísimo año Cristiano, el Diccionario de Joaquín Ospina, etc., con el objeto de que asimilen buen caudal de anécdotas recreativas y episodios oportuna y discretamente aprovechables en sus conversaciones o discursos. Así mentalmente pertrechados, serían distribuidos de laya que pudiesen adoctrinar en sindicatos, escuelas normales y aun en las iglesiucas aldeanas, si obtuvieren permiso del ordinario, como a ocasiones

ocurre hoy día excepcionalmente, o en otros sitios a donde las autoridades civiles o eclesiásticas los invitaran como es de esperarse cuando se conozca la bondad de esta iniciativa o se divulgue su provecho y así, cual más, cual menos, pero todos eficientes, enseñarían que sin la comunidad nada puede el individuo, que servir a esta o mantenerla honrada y segura es servirse a sí mismo, defenderse a sí mismo, honrarse a sí mismo; que en ella y solo en ella, obtenemos salud, trabajo, cultura, arte y religión; justicia, amistad, amor y estímulo, o en esferas superiores, espiritualidad, prestigio o historia. Que esa comunidad otra cosa no es que una amplitud del yo, y que en último término, el prójimo nos acrece y esfuerza, nos completa y garantiza, ya que el hombre, en cuanto persona, sobre todo, está constituido por su individualidad y su tarea, es decir, por su ser orgánico y sus funciones, su yo físico, pues, y su proyección social, habida cuenta que tales funciones o tareas complementarias del yo, son imposibles fuera de sociedad o en sociedad caótica. Ni olvidarían que a este constituirnos en sociedad y solo en ella, imprescriptible, se añade que no hay gozo cierto si no es compartido, grandeza admirable si no es proyectada, dignidad perceptible si no es ejercida entre, y sobre todas cosas del mundo, que dar nos engrandece fuera de nosotros y el honor nos engrandece dentro de nosotros porque jamás hubo ni habrá nunca, mayor placer espiritual que el que nos depara el señorío, fruición de certidumbre moral de ser bien lo que somos, y deleite de limpieza íntima inigualable a los goces sensibles. Revelar con precisión de idea e imágenes cautivadora que la malicia es, como decía Shakespear de magia, un don aparente que a la postre no se cumple. Revelar, en fin, que en el fondo de todos nuestros errores y pecados, hay una ceguedad de puericia, de inmadurez moral y de desorden conflictivo de ideas foráneas, trunca o cautelosamente difundidas. Psique confusa.

Luis López de Mesa

4. Los cuatro baluartes del delincuente*

Entre que redactaba mi artículo anterior sobre las causas primordiales de la delincuencia, ordenamiento de discreción y usos del periodismo me determinaron a pretermitir varias consideraciones muy atendibles: De tales, empero, quisiera proponer ahora a la pericia de los jurisconsultos colombianos la que reza con la causalidad delictiva coadyuvante, a mi juicio enorme.

Enorme, y decisiva tal vez.

La locura moral monda y lironda, o sea la perpetración del delito por mero placer de daño, sin otra complacencia retributiva, o de impulso irreprensible y ciego, epilectoide digamos, estadísticamente importa poco. La emocional y la pasional obnubilantes, o la alcohólica desintegradora de la sindéresis e impulsiva a menudo, graves y frecuentes sin duda, no constituyen ominoso predominio: Es la delincuencia viciosa, con trastorno moral de la conducta y egoísta aprovechamiento del acto, la que numéricamente prevalece y socialmente produce mayor desorden.

Pues bien, dicha delincuencia dolosa sería punto menos que eliminada si se la destituye de sus logros retributivos, de su eficacia apetecible, que le aseguran las siguientes cuatro colaboraciones más o menos proditorias, pero sin más ni menos insensatas en conjunto: Desde luego la existencia del que entre nosotros se denomina “reducidor”, con palabra estupendamente formada aunque no la registren los lexicógrafos, pues que reducir lo robado, v.gr., a dinero, como se dice “reducir” pesos a centavos o dólares a pesos, es exactamente la idea que en el castellano español no tiene vocablo equivalente. Pues

* Tomado de: López de Mesa, Luis, 1931, Documentos y correspondencia, tomo I, s. e.

bien, ¿Qué haría el ladrón en grande, ni qué el ratero humilde si no hallasen a la vuelta de la esquina quien les trueque su hazaña en moneda común y les desembarace ipso facto del para ellos inútil trofeo y para ellos asimismo delatora prueba de culpa? Ochenta por ciento de tal delincuencia quedaría pues sin aliciente lucrativo y lógicamente indeseable, ya que, además, no son pocos los riesgos de otra índole que su azaroso ejercicio impone. De ahí que a obrar discretamente, sociedades y gobiernos combatir de preferencia a los reducidos con cualquiera de las dos o tres medidas ineludibles que están al alcance de la policía técnica y que sería necio comentar en público.

El segundo contrafuerte del crimen no es tan fácil de domeñar, antes inaccesible y a su manera heroico: consiste en la actitud afectiva y aun admirativa de la mujer para el delincuente audaz, a quien considera superhombre y estimula con el don fascinadoramente ambicionable de su dedicación en cuerpo y alma, y colaboración, por ende, irreductible. El caso es psicológico y sociológico a la vez, y hasta histórico a menudo: lo normal es que una mujer consciente de su sagrada misión materna y orgullosa de sus propios méritos personales, condicione su entrega cordial a la noble virtud de señorío del hombre que la solicita, tal como desde el comienzo de la cultura espontáneamente ocurre en todas las gentes del mundo. Es algo así como una disyuntiva tácita: Si usted no puede darle un nombre honrado a mi hijo, yo no puedo darle un hijo a su nombre. Sino que esta actitud moral solo es posible antes de que el amor establezca un hecho cumplido, porque ahí adelante, la mujer actúa como hembra y permanece su misa contra todo y contra todos, su misma dignidad inclusive, terriblemente heroica.

Y sin embargo, es ahí donde surge uno de los más poderosos recursos contra la delincuencia, porque el día que las mujeres se confabulaban para negar el gigantesco estímulo de su amor a quienes quebrantan las normas de la virtud y destruyen con ello los fundamentos de la sociedad, de la religión, y de la familia, bueno, bueno... no serían muchos los que desafiaran tamaño ostracismo de sus más caras ambiciones y esencia misma del ser.

En cambio, mientras los delincuentes hallen tributo de estimación y de ternura en las mujeres que cautivan su amatividad, no dejarán de correr el riesgo de delinquir ni de afrontar el juicio adverso de sus conciudadanos.

La tercera columna de la delincuencia entre nosotros consiste —e infortunadamente ocurre— en la misma institución consagrada a su corrección y castigo, pues cuandoquiera que los jueces respectivos son ignorantes de sus

funciones o venales en su criterio o desidiosos para lo que obligatoriamente les incumbe, bien puede la sociedad agitarse, indignarse y hasta rebelarse afligida de horror, que solo asistirá a un creciente cúmulo de sumarios írritos o a un constante ir y venir de gentes despreocupadas de la calle al presidio y del presidio a la calle, punto menos que recreativamente... Circunstancias estas que añadidas a las dilatorias precauciones de nuestro procedimiento penal hacen la estructura jurídica correspondiente poco plausible.

A lo que sigue cabalmente el cuarto estímulo de la delincuencia colombiana: un sistema carcelario que ni pensado de propósito para producir mayor desorden moral y menor correctivo. El punto es de muy ardua dilucidación para un profano en jurisprudencia, pero demasiado deletéreo para ser cobardemente eludido. De mi natural soy adverso a los castigos de reclusión que perturban el hogar del penado gravan con su mantenimiento y vigilancia el peculio de quienes no han delinquido, y estigmatizan para siempre el que los sufre. Para delitos mayores, la pena más justa de suyo y más operante en sus afectos sería la de expatriación, pero hogaño es imposible, porque pueblo ninguno recibe tales delincuentes. Para los menores y algunos otros de primera ocurrencia, la multa, afligiva y compensadora a la vez —discrecional por ende— sería estupenda solución si no constituyese una aperitivo de lucro incorrecto es posible juzgadores inescrupulosos. Establecer un aislamiento insular presupone injustificadamente que existe en Colombia isla alguna con suelo y agua —agua sobre todo— para muchos hombres, aunque sí pudiera pensaré en la única que los tiene para unos cuantos de excepcional protervia o reincidencia múltiple. La pena de muerte aflige demasiado nuestra sensibilidad para reponerla, y perturba el concepto incontrovertible de que la vida del hombre es una magnitud metafísica inconmensurable, amén de un patrimonio supremo.

Solo nos restan dos discretas soluciones: La de una adecuación más procedente de nuestra justicia penal al desorden de esta época infiel, mediante un seminario de juristas y sociólogos patriotas, avezados y ecuanímenes, que los hay, y eximios.

Y la que en artículo anterior propuse, de un reajuste social de las normas de conducta, a fin de restaurar la eficiencia de su excelsitud, robusteciendo en todo sitio y toda hora, hogar, escuela templo, periódico, oficina, sociedad común y alma individua aquellas que sabemos perennes, y esotras inéditas que la sabiduría conoce. Demostrar, en primer término, que conducirnos bien en

gloria del señorío a más de inmutable condición del vivir asociados; que sobre la tierra de los hombres cosa alguna fue mejor ni más dichosa que ser pulcros; que a la esquivez de los dioses de ocultar su rostro ante nuestra inquietud de ser efímeros debemos alzar al cenit de lo eterno la nobleza de nuestro espíritu.

Y otra cosa inolvidable: decir a nuestra generación que la gente colombiana se distinguió durante siglos y tormentas y terribles descabros por el idealismo de su conducta; que no tuvo guerras civiles indecentes, y que en ellas fue noble; que no tuvo gobernantes tramposos, ni sacerdotes indignos; que volcó su piedad en todo caso de infortunio y lloró el duelo ajeno más que el propio, heroicamente; que por todo esto, en fin, alguien la llamó Potencia Moral, e infame sería que nosotros ahora borrásemos del mundo aquel sello de grandeza.

5. Capitalismo mental*

Uno de los peores disparates de la colonia fue la inmovilización de ingentes recursos, o bienes de capital, como hogaño decimos; latifundios inexplorados, ocultamientos de joyas y metales preciosos, inercia de brazos útiles y mentes capaces... desidia. Hoy no es tan temible este error de la dinámica social y sus actuantes estructuras, pero tampoco pudiera considerarse inexistente o de escasa monta, pues, a decir lo justo, derrochamos en fruslerías mentales o en inadecuada orientación pedagógica, el buen tesoro de inteligencia peculiar de la stirpe. Sobre todo, casi nunca aprovechamos los derivados intelectuales o subproductos, que, como los industriales, en otros pueblos constituyen aditamento caudaloso de la riqueza nacional o sumo alivio de energías.

De tales bienes ocultos, corresponde a las academias un buen lote. De ahí que el año anterior hubiese publicado breve nota con el título de “democratización de la cultura” en que exaltaba la conveniencia de aprovechar al saber acumulado y la excelencia intelectual de nuestros académicos de toda índole, que ya conocen las necesidades más urgentes de la nación y algunas de sus asequibles soluciones, organizando un centro de conferencias cotidianas en que cada uno de ellos dijese, en voz de verdad y términos sencillos, lo que bien sabe de su disciplina conceptual o de su favorito entretenimiento útil. Inclusive cursos vespertinos o seróticos —de seis de la tarde a ocho de la noche— de cultura superior, para profesionales y empleados que solo de esas horas disponen libremente. Y como ahora trabaja la mente lúcida del

* Tomado de: López de Mesa, Luis, 1931, Documentos y correspondencia, tomo I, s. e.

señor ministro de educación una idea semejante, quisiera yo exponer la mía con algún detenimiento explicativo.

Desde luego, academia no es el cenáculo de letárgica erudición que las gentes conciben: Su mismo nombre denuncia una tarea eminentísima de bien público, pues *Academo*, de que deriva —un héroe legendario de Atenas— equivale, si es que no yerra mi intuición etimológica, a estímulo (o puya): “akee”, del pueblo: “deemos”, y por lo tanto, a un vigilante acucioso de su obra.

Pudieramos federar dichas academias en un “Colegio Máximo de las Academias Colombianas” o “Consejo Superior de las Academias Colombianas” si se quiere algo menos altisonante, constituido por los respectivos presidentes de las nacionales de la Lengua, la Historia, la Medicina, La Jurisprudencia, la de Ciencias exactas, y la Sociedad de Ingenieros, por su puesto, con una secretaria muy diligente, y una reunión mensual bajo la presidencia del ministro de educación, a fin de proyectar las labores en curso, que se compondrían de una conferencia diaria de los miembros de número o correspondientes u honorarios de las prenombradas instituciones, en el mejor orden posible, y de seminarios públicos, simposios o cursillos de información, según el caso, para temas de eminente utilidad momentánea. Tales reuniones podrían realizarse en un ágape o convivio mensual que las hiciese más apetecibles y no menos eficientes, sin duda.

El nombre de instituto, que viene a las mientes por el que Francia creó la Convención Nacional en 1795, o sea el 3 de brumario del año IV de la Revolución, con el auspicio de tan egregios varones como Colbert, su inspirador; Fontenelle, su expositor; Carnot, su redactor, Tayllerand, su estimulante, Guizot, en fin, su ilustrado técnico, abarca la totalidad de las corporaciones y se torna, por ende, poco ágil, en tanto que una junta de siete individuos puede ser tan capaz como la otra en entendimiento, y seguramente más expedita. Amén de que no es discreto remedar cosas ajenas, aunque sean de la alcurnia significativa de “instituto”, voz privilegiada que emparenta con instruir, estatuir, y hasta con Estado y estatua, filial, ni más ni menos, que de la raíz “as” del indoeuropeo, progenitora de ser, estar y existir, entre otras poquedades...

En la otra ocasión pensé en un sitio de conferencias como el Teatro de San Bartolomé, en pura esquina del Capitolio nacional, y muy amplio, pero ahora pudiéramos obtener los respectivos salones de la Biblioteca Luis Angel Arango, o de la Sociedad de Ingenieros, de aire acondicionado, estupenda

iluminación y acústica perfecta, que no es poco decir, cuanto a atractivo de comodidad y aprovechamiento.

Las conferencias diarias, una anual por cada académico, serían asignadas en su orden por las correspondientes instituciones y organizadas en turno por la secretaría del Colegio Máximo, de acuerdo con los respectivos conferenciantes y la oportunidad de los asuntos convenientes, sin pretermitir en los periódicos cotidianos, a fin de que surtan el efecto nacional apetecido. Respecto de la publicación completa, debe dejarse a las academias respectivas, sino excepcionalmente, para negocios de grande envergadura o triunfos de elaboración eximios que justifiquen edición aparte. Naturalmente, esta atribución lectiva a las academias es solo de base estructural y no excluyente de ninguna otra aportación útil de cultura nacional o foránea ajena a la nómina de sus miembros, antes generosamente propicia a la mayor amplitud conceptual posible.

La vinculación inmediata de las autoridades académicas con el ministerio del ramo puede, por otra parte, ser provechosa para impedir que algún día —algún otro día, se entiende— perjudique él inconsultamente iniciativas ya en marcha promisorias y aun instituciones venerables, como le acaeció, con dolor del patriotismo, a la Biblioteca Nacional, que si no a ocultas de los señores ministros, si a ciegas de su pericia, ha venido pareciendo golpe tras golpe deletéreo en los últimos diez o doce años de asfixiante improvidencia superior.

Mas es en otra esfera de las conveniencias nacionales donde el provecho de esta institución logrará sus mejores frutos, a saber: compensando el urgente envite tecnológico que la cultura nacional reclama hoy día para ponerse a tono con el gigantesco avance industrial de otras naciones y adecuar su nivel de vida a las indeclinables exigencias de la actual civilización del mundo. Como lo esbocé perfunctoriamente en artículo anterior, nos es inaplazable preparar, dentro y fuera del país, sobre diez mil técnicos, a peligro de ser eliminados del concurso de los pueblos de propio destino y libre conducta, yendo, en este desiderato, hasta comprender unos diez millones de pesos del presupuesto de la educación pública en becas, o sea, cosa de quinientos becados a ciento cincuenta dólares per cápita (mínimo), durante diez años, a lo menos, con la certidumbre de quenada de lo que estamos planeando ahora será tan económica y espiritualmente retributivo como este colosal atrevimiento. Nada, sin duda, pero a condición de que los becados sean hábilmente escogidos por alguna entidad insospechable, y luégo tenazmente vigilados por los respectivos

cónsules. Ya lo dijo, y yo bien me sé por qué lo tengo que repetir tozudamente. Con estos y los del Icetex y los de propios recursos, completaríamos la suma presupuesta. Sino que de ahí surge otra dificultad y temible rompecabezas, como que un predominio de cultura materialista pudiera echar a pique lo poco de idealismo y gentil espiritualidad que nos distingue históricamente en Iberoamérica, a confirmar perenne la racha de locura que hoy nos humilla ante el mundo. Para eludir o deshacer tamaña peripecia histórica, el Colegio Máximo tendría un arsenal de recursos docentes, que de cierto, constituirían enorme triunfo nacional y grato timbre propio de gloria.

Juan Bautista Montoya y Flórez

Juan Bautista Montoya y Flórez (1867-1937)

Nació en Titiribí, Antioquia, en 1867. Realizó en Bogotá sus estudios en la escuela de Medicina de Bogotá y se desempeñó, luego, como profesor de Física en la Universidad Católica. En 1892 viajó a París, donde perteneció a la Sociedad Hipno-Sicológica, la Sociedad de Obstetricia y la Sociedad de Ginecología.

Regresó a Colombia en 1900 e implementó la primera cátedra de Microbiología en el país, junto con el primer aparato de rayos X (que llevó a Medellín en 1901). También introdujo la utilización del éter como anestesia general y la anestesia local troncular y raquídea.

Cuando publicó su texto *Una lección de anestesia general*, fundó también la sala de cirugía del Hospital San Juan de Dios, en 1903. Durante 1922 se desempeñó como decano de la Facultad de Medicina en Medellín y fundó el Hospital San Vicente de Paul, trabajando de la mano con la Escuela Quirúrgica de Antioquia.

Publicó a lo largo de su carrera una serie de documentos médicos de investigación que fueron fundamentales para la formación y aprendizaje de nuevos cirujanos: *Electrología médica* (1892); *Les carates de la Colombie* (1898); *Contribución al estudio de la lepra en Colombia* (1910); *Algo sobre sociotecnia* (artículo de revista, 1906); *Conferencia sobre sociotecnia: instrucción, crisis y evolución pedagógica actual en los pueblos de origen latino* (1906); *El basedowismo en Antioquia* (1920); *Titiribíes y sinifanaes* (1922). Murió en 1937, dejando uno de los legados médicos más relevantes para el país.

1. Origen de la elefancia en Colombia*

Esta enfermedad fue importada al Nuevo Reino de Granada, hoy Colombia, por los conquistadores europeos, especialmente por los andaluces, y luego la endemia se recrudeció con la traída de esclavos africanos, raza muy infectada, proveniente generalmente de Guinea, Congo, Angola, Berbería etc.

Este comercio se inició á fines del siglo XVI y alcanzó en breve término un gran desarrollo, al establecerse en Cartagena una compañía especial donde los esclavos eran vendidos al mejor postor. Uno de los principales objetos de comercio era la trata de negros. Enormes ganancias hacían los negociantes con aquel tráfico de carne humana, pues comprados en el país de su procedencia por cuatro ó cinco pesos, se vendían en Cartagena por doscientos y aun trescientos duros. Por millares se contaban las pobres víctimas que todos los años se traían á este puerto. En cuarenta años calculaba el P. Claver haber bautizado cerca de trescientos mil esclavos; puede, pues, suponerse cuántos elefanciácos vendrían entre ellos, porque Cartagena era entonces el puerto de mayor tráfico de toda, la América Meridional.

Numerosos cargamentos de negros fueron derramados durante siglos por los navíos negreros de los ingleses, especialmente de principios del siglo XVIII en adelante, en que España les concedió este privilegio.

No es, pues, dudoso que los negros de la costa de Africa fueron si no los primeros importadores, sí los que provocan una recrudesencia notable de la elefancia en Colombia. Esto demuestra que dicha enfermedad es exclusiva-

* Publicado en Montoya y Flórez, J.B, *Contribución al estudio de la Lepra en Colombia*, Medellín: 20 de Julio de 1910. CAPÍTULO II.

mente humana, sin vinculación con el suelo; la elefancia sigue al hombre en todas sus emigraciones, y le sigue como la sombra al cuerpo. Sus alzas están reguladas por los grandes hechos militares y comerciales que hacen variar los centros de actividad humana. En las épocas primitivas, como en los tiempos modernos, sus focos principales eran y son: el Indostán, la China y la costa occidental de Africa.

Por lo expuesto se comprenderá que el primer foco importante de elefancia que se formó en Colombia, debía estar y estaba efectivamente en su puerto de Cartagena, de donde pasó, por sus fáciles relaciones comerciales, á Mompox y de allí al Socorro entonces gran centro de negocios, y así sucesivamente á las poblaciones más importantes de la Colonia.

Antes de personalizar, por decirlo así, la marcha de la elefancia entre nosotros, nos parece conveniente recordar cómo se hallaba España, cuna de los conquistadores, á este respecto.

La elefancia de los griegos apareció en España, por primera vez, sesenta años antes de Cristo, cuando el ejercicio de Pompeyo, regresaba de Siria y Egipto.

Más tarde el Rey D. Alfonso el Sabio, ordenó se estableciera en Sevilla un hospital de la Orden de San Lázaro, donde fueran recogidos y estuvieran incomunicados los gafos, llamados también plagados ó malatos. Parece que su hijo D. Fruela, murió de elefancia en el año de 923. Las leyes de Partida anulaban los sponsales de los malatos, se lee en efecto:

Partida IV. Título I. Ley VIII. “Por quantas razones se pueden embargar ó desfacer los desposorios que se non cumplan»

..... “La tercera es si alguno dellos se fisiere gafo, ó contrecho, ó cegase, ó perdiere las narices ó le aviniese alguna otra cosa más desaguisada que alguna destas sobre dichas.» (Las siete partidas del Rey D. Alfonso de Sabio. Madrid 1807).

Parece que el primer hospital de elefanciácos establecido en Valencia, en el año de 1067, fue fundado por Ruy Díaz de Vivar, Capitán general del ejército del Rey D. Sancho II.

El arrabal de la Macarena en Sevilla fue el barrio cedido á los gafos por Fernando el Católico, y allí se estableció un hospital de San Lázaro dirigido por un Administrador, llamado Mayoral Mampostor, con grandes privilegios, puesto desempeñado siempre por personas de la más distinguida nobleza.

Más tarde una pragmática de los Reyes Católicos, fechada en Madrid á 30 de Marzo de 1477, ponía el gobierno de los hospitales de Lazarinos en manos de médicos especiales que se llamaron Alcaldes de los malos.

Los Reyes Católicos, Fernando é Isabel, pusieron en vigor algunas leyes cuyo espíritu y letras manifiestan el propósito de evitar el contagio. El hospital de San Lázaro de Granada lo hicieron rodear por un paredón en la capilla se hizo departamento especial para los sanos, y al mismo tiempo había altar y ornamentos para uso exclusivo de los sacerdotes elefanciácos.

1573 -El primer caso de “mal de lepra” en un español notable entre los conquistadores del Nuevo Reino de Granada apareció, por esta época y se hizo público por la notoriedad del personaje, aunque es evidente que ya debía de haber muchos más en las personas sin representación social.

El primer enfermo de lepra de que conserva la historia recuerdo, fué, pues, el conquistador y fundador de Bogotá, Gonzalo Jiménez de Quesada, el cual hizo un viaje á España, estando aún sano, seis años antes de su muerte, acaecida en Mariquita en 1579, á la edad de ochenta años.

Flórez de Ocariz, en sus *Genealogías del Nuevo Reino de Granada*, Madrid 1674, dice hablando de Quesada: “En sus postrimerías le aquejó mal de lepra, que le necesitó asistir en un desierto junto á la ciudad de Tocaima, que llaman la cuesta de Limba, donde hay un arroyo de agua de fastidioso olor de pasar por minerales de azufre, con cuyos baños descansaba.»

Todos los cronistas están acordes en este punto, pero J. de D. Carrasquilla, duda que la enfermedad de Quesada fuera la elefancia de los griegos, porque dice que nadie estudió los síntomas de su mal, y supone que debió ser sífilis y se funda en que los españoles llamaban lepra no sólo á la sífilis sino á diversas dermatosis. Está a favor de esta suposición, la vida de placeres que llevó en Francia, Italia y Portugal en donde, según el historiador Piedrahita, se dio al juego y galanteos, desperdiciando tanta hacienda que ningún señor de Castilla le excedía en gastos, y asegura que sólo en Francia derrochó doscientos mil duros.

El Dr. Pedro María Ibáñez, médico historiógrafo de los más competentes, dice en su *Ensayo biográfico de Gonzalo Jiménez de Quesada*, que: “...fué porque el más terrible de los males que aquejan la humanidad, el tremendo mal de Lázaro, el Rey de los Espantos, como lo llamó D. Ricardo de la Parra, hacía algún tiempo que minaba la privilegiada organización del Adelantado, destruyéndolo en curso lento, pero siempre progresivo. Manchas de varios

matices, rojas en su mayor parte y extremadamente sensibles, edema de la frente, las mejillas, las orejas y las manos, imposibilidad de abrir bien los párpados, ulceración de las fosas nasales....»

Estos signos son evidentemente de elefancia de los griegos, y para un especialista, no dejan duda, á pesar de toda argumentación filológica como la de Carrasquilla, ó sistemáticamente como del señor Vergara y Velasco; éste opina que tal especie ó leyenda la sacaron Plaza y Acosta de las Genealogías de Flórez de Ocáriz, que para él fue el inventor no sólo de dicha enfermedad sino de su residencia en Limba, donde se daba baños sulfurosos. Asegura que aserción de tanta gravedad no se funda en pruebas de ninguna clase. Que si últimamente vivía en Mariquita, era porque sufría de asma. “Quesada, dice, murió, no de la lepra sino de caquexia palúdica, y talvez sifilítica.” Censura especialmente al distinguido médico é historiador Ibáñez, que ha dedicado toda su vida á esta clase de investigaciones y el cual al dar los síntomas inequívocos del mal que sufría Quesada, los ha tomado, sin duda, de muy buena fuente, pues no puede hacerse el cargo gratuito de que él los haya inventado, aunque no diga de qué crónica los tomó, pero seguramente no fue de Ocáriz, pues tal historiador no dice nada á este respecto.

Es evidente que cuando, Quesada se sintió enfermo y se vió muy desfigurado, se retiró a Suesca, una de sus Encomiendas, donde vivió algún tiempo aislado de la sociedad. Durante su permanencia en Suesca, la enfermedad hizo rápidos progresos, por lo que resolvió irse á tierra caliente y buscar alivio en las aguas de Limba, entre Tocaima y Guataquí, territorio este último que era otro de sus Repartimientos. El punto que escogió no está muy distante del actual leprosorio de Agua de Dios, situado en un valle que se prolonga hasta Girardot, y que cuando mozo, en su expedición contra los sutagaos, llamó proféticamente entonces “Valle de las tristezas” por habersele muerto de fiebre unos cinco soldados de la expedición.

Su viaje á Limba no ha sido, pues, una inversión, porque él acostumbraba residir en sus Repartimientos, y si más tarde vivió en Mariquita, donde murió, era sin duda por estar cerca de su Repartimiento de Honda, y porque, además, tenía más grata residencia y recursos, pues en Limba vivía aislado de la sociedad de Tocaima, en un sitio árido y ardiente donde carecía de agua potable, hasta el punto que compadecido de los viajeros de aquel ingrato y desprovisto camino, dejó en su testamento una renta especial para mantener unas tinajas de agua.

No hay duda que Tocaima fue desde la época colonial lugar muy afanado por sus aguas sulfurosas y de Catarnica, para la curación de muchas dermatosis, y especialmente para la sífilis y la elefancia. Hasta 1871 se puede decir que este balneario era una especie de leprosorio voluntario, pues de allí fueron confinados al Valle de las Tristezas ó Agua de Dios, por modo violento, lo menos 74 elefanciácos, fué de los que huyeron á otros lugares, pues eran muchos más.

El Dr. Gutiérrez Lee, dice que desde la muerte de Quesada en Mariquita, reina en el pueblo la idea del contagio, por “haberse desarrollado en las personas de su servicio y ser esa la localidad en donde abunda el funesto mal”. Asegura, además, que Quesada “todo el largo período de su ejercicio estuvo enfermo con el mal de San Lázaro”.

En primer lugar no hemos hallado historiador que hable del contagio de los sirvientes de Quesada; además en Mariquita, —que desapareció á consecuencia de un terremoto— no abunda ni ha abundado la elefancia, y lo que algunos autores dicen, es un error debido á un quid pro quo al leer un memorial de un Corregidor del Socorro, en que las cifras que él daba al tanteo para el actual Departamento de Santander, se las aplicaron á Mariquita. Por último, es increíble que un elefanciáco hiciera todas las penosas excursiones y campañas del Adelantado, quien según los historiadores no enfermó de “mal de lepra” sino en las postrimerías de su larga y agitada vida, después de su último viaje á España.

Como la próspera ciudad de Mariquita fue destruída por los terremotos, y como hoy sólo se ven unas pocas casitas al lado de las ruinas y escombros de la población colonia, no se sabe si el mal se habría propagado entre los descendientes de los primitivos moradores. Ni José Celestino Mutis, en su trabajo —inédito— sobre elefancia, dice nada de su villa predilecta; pero sí puede suponerse que la mayor parte de los habitantes de Mariquita pasaron á vivir y fueron los principales fundadores de la vecina población de honda, puerto fluvial muy importante y que era uno de los Repartimientos de Quesada, donde no obstante no hay ni ha habido elefancia, á pesar de que la base de la alimentación del pueblo es el pescado del río Magdalena.

Manuel Uribe Angel, en su trabajo titulado: *¿Es la lepra un mal universal?* Opina que la enfermedad de Quesada no era sífilis, por haber sido el Adelantado granadino de nacimiento y por ser cosa bien sabida que en Granada existía la elefancia en el siglo XVI y que aún existe abundantemente en nuestros días, siendo Andalucía, sin duda, la región más infectada de España; y

existiendo en Granada un hospital para gafos desde el tiempo de los Reyes Católicos, bien se puede comprender que, fuera por herencia ó por contagio, el célebre guerrero pudo traer de su patria en germen que lo había de matar más tarde, como lo afirman varios cronistas.

Sería interesante ver si en los descendientes de Quesada ha habido elefancia pero desgraciadamente éste fue un solterón y no dejó prole que lleve su apellido.

Si no fuera por lo signos que da Ibáñez de la enfermedad del Ilustre conquistador, sería fácil suponer que ésta hubiera sido sífilis ó bubas, que según los primeros cronistas del Nuevo Mundo atacaron á muchos españoles. Aunque hoy se da el nombre de bubas especialmente a pian ó franbesia, las gentes de tierra caliente llaman también bubas á la sífilis, y por la descripción de los historiadores no se puede decidir si la enfermedad á que alude es el pian ó es la sífilis, pues si es cierto que las mujeres la comunicaban generalmente, parece que tal enfermedad se curaba fácilmente con tisanas de guayacán ó palo santo, cosa que no sucede con la sífilis. Pudo, también, suceder que hubiera las dos enfermedades, como actualmente ocurre, las que al llegar á un estado extremo de ulceración eran considerados como lázaro ó lepra, según se ve en los siguientes pasajes de Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, primer cronista del Nuevo Mundo en su *Historia General y Natural de las Indias*, Edición de la Real Academia de la Historia, Madrid, 1855.

En el libro X, cap. II, pág. 365 del tomo I, dice:

“Esta averiguado que ese mal (las bubas) es contagioso, y que se pega de muchas maneras, assí en usar el sano de las ropas del que está enfermo de aquesta passion, como en el comer é beber en su compañía ó en los platos é tacos con que el doliente come é bebe; y mucho más de dormir en una cama é participar de su aliento é sudor; ó mucho más habiendo exesso carnal con alguna mujer enferma deste mal, ó la mujer sana con el hombre que estuviere tocado de tal sospecha; tórnanse las personas de Sanct Lácara é gaphos, é cómense de cáncer. En estas partes é Indias pocos Christianos, é muy pocos digo, son los que han escapado de este trabajoso mal que hayan tenido participación carnal con las mujeres naturales de esta generación de Indias; porque á la verdad es propia plaga desta tierra, é tan usada á los indios é indias como en otras partes otras comunes enfermedades.”

Nada de extraño tendría, pues, que Jiménez de Quesada hubiera contraído las bubas, de las que sólo por milagro podría escapar un conquistador soltero y en todo el verdor de la vida.

Al hablar de las virtudes del palo-santo, en el libro XVI, pág. 490 del mismo tomo, dice:

“E sanan de llagas tales que se tenían ya por incurables, por ser muy viejas é muy enconadas y denegridas que ya parecían más de especie de cáncer ó de Sanct Lácaro que otra cosa”.

De manera, pues, que para los españoles de la conquista y de la Colonia, las úlceras inveteradas eran tenidas como especie de mal de lázaro ó lepra.

En el Cap. XIV, pág. 55 del tomo citado, identifica las budas con la sífilis, pues dice que las indias de la isla de Santo Domingo contagiaron las budas á los españoles. Desde el primer viaje de Colón, aparecieron las divas en España, el año de 1496, en los cortesanos que la adquirían de las mujeres públicas; era contagiosa y terrible, y como dolencia nueva los médicos no la conocían ni sabían curarla. El gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, llevó la enfermedad á Nápoles con sus soldados, cuando fué enviado contra Carlos el Cabezón. Como las budas allí no eran conocidas, los napolitanos las llamaban mal francés, creyendo que el rey Carlos las había traído de Francia; los franceses las llamaban mal napolitano, porque nunca se había visto esta plaga en Francia. Pero la verdad fue que pasó de la isla Española á Europa. (Esto se discute: véanse los Opúsculos de Bello).

El mismo carate, voz indígena que designa una enfermedad de la piel, endémica en Colombia y muy común, pero que nada tiene qué ver con las elefantíasis de los griegos, es considerado en el glosario de las voces americanas empleadas por Oviedo, hecho por D. José Amador de los Ríos, como sinónima de leproso ó gafo.

Los españoles llamaron, pues, lepra no sólo el período ulcerativo de la sífilis, sino diversas dermatosis, entre ellas el carate.

Hasta ahora se había creído que Quesada era el primer leproso mencionado en nuestra historia, pero Doña Herminia de Abadía dice en sus *Leyendas y Notas históricas*, que Fray Pedro de Guzmán, uno de los fundadores de Tudela (1552), con Pedro de Ursúa, se hallaba enfermo de lázaro.

2. Un leprosorio modelo en Colombia*

A instigación de los agentes del Gobierno colombiano en Hamburgo, el profesor P.G. Unna redactó un plan para la extirpación de la elefancia en Colombia, á fines de 1907; por su importancia lo transcribo íntegramente:

“Memoria relativa á la manera de combatir con probabilidades de buen éxito la lepra en Colombia.

“La dificultad mayor con que se tropieza para poder sanear completamente un país como Colombia, en lo que hace á la lepra, no consiste tanto en la que presenta el combatir la enfermedad misma, pues ya para esto, ahora, se han encontrado casos — sino que más bien se encuentra en ciertos enfermos y en determinados casos — sino que más bien se encuentra en ciertas condiciones de carácter de los leprosos— y en especial de los que pertenecen á la clase ignorante y pobre— por una parte, y más aún en cierto prejuicios, no solamente de la población sana sino aun de parte de los mismos médicos.

“Estos obstáculos pueden resumirse en los siguientes puntos:

I. Indolencia de los leprosos

“Al desarrollarse la lepra en un enfermo, lleva á éste poco á poco, por la intoxicación de los nervios y del cerebro, á un estado general de indolencia que hace que el paciente desee solamente que lo dejen llevar su vida en paz, y que rechace todo tratamiento que se quiera empezar con él. Esto se acentúa más aún mientras más indolentes y menos educados sean los leprosos (por su razón ó por su educación) y cuanto más adelantada se halle la enfermedad.

* Publicado en Montoya y Flórez, J.B., *Contribución al estudio de la Lepra en Colombia*, Medellín: 20 de julio de 1910. CAPÍTULO VI.

II. Indolencia de los médicos

“La reconocida dificultad que presenta el tratamiento de la enfermedad y lo dilatorio de su curación, unidos á la idea generalmente acogida —aunque errónea— de la “incurabilidad del mal”, idea que erradas medidas parecen darle crédito, hace que médicos inteligentes y de acción, que se dedican á la leproterapia, desmayen poco á poco. Esto hace que el espíritu ni ánimo para combatir la enfermedad.

III. Envidia de los médicos

“A esto hay que agregar que muchos médicos que por experiencia conocen bien la lepra, pero que no han tenido ningún buen éxito en su tratamiento, muestren respecto de sus colegas que si lo han tenido, cierto despecho, humanamente comprensible pero injustificado. Que los lleva á hacer oposición, tanto activa como pasiva, á la introducción de los métodos de tratamiento que han dado buenos resultados.

IV. El pánico de los sanos ante la lepra

“Este pánico es infundado. La gente debería temer más las probabilidades de contagio, tanto intensivas como extensivas, en lo que hace á la tuberculosis y á la sífilis; sin embargo el temor á la lepra lo alimentan:

“*a*) La suposición general de la incurabilidad (en contraposición á la sífilis, curable).

“*b*) La manera misteriosa de su contagio (en contraposición á la sífilis).

“*c*) Las feas deformaciones en la cara y en las manos (en contraposición á la tuberculosis), deformaciones que hacen que los leprosos sean reconocidos aun á grandes distancias.

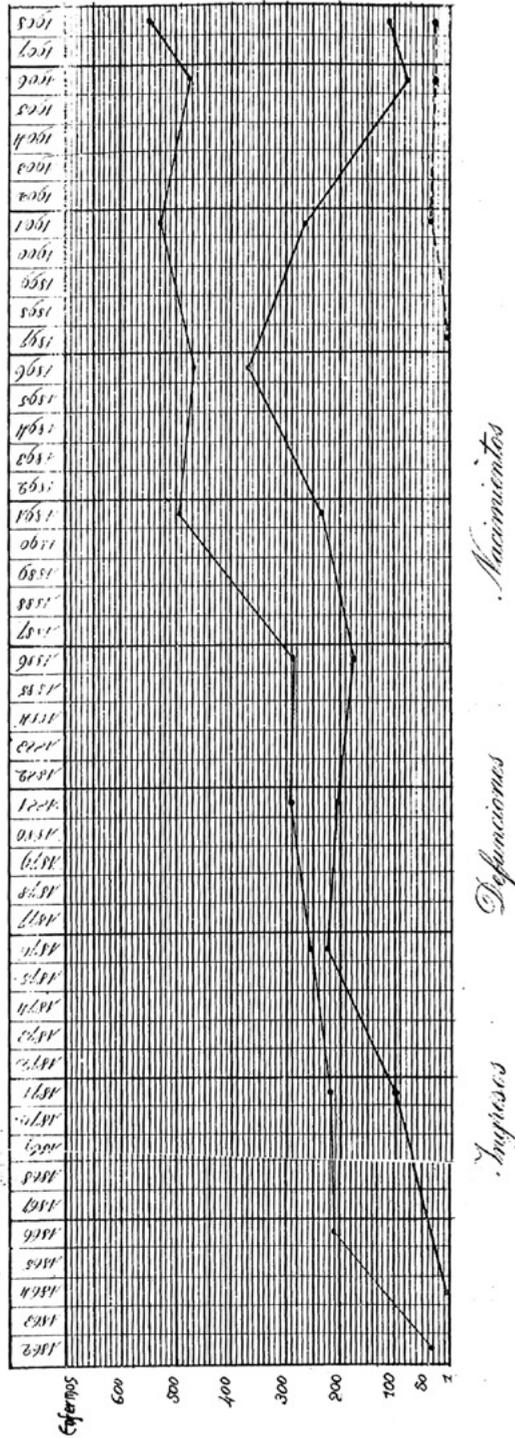
“De aquí viene que el temor á la lepra se convierta en pánico general.

“Las tristes consecuencias de este pánico son:

“*a*) El ocultamiento por tanto tiempo como es posible del primer período de la lepra.

“*b*) La conducta inhumana de la población en lo que hace á los casos declarados.

Movimiento de Elefanciados en la Colonia de Convalecencia desde el año de 1862.



* * *

“Al adoptarse un plan para sacar un país, en lo que se refiere á la lepra, deben tenerse siempre presentes estos cuatro prejuicios de los leprosos, de los médicos y de la población sana.

“No basta tampoco curar casos aislados de leprosos, como puede suceder, por ejemplo, con los que van á países en donde no hay lepra.

“Al mismo tiempo que se trate de curar la enfermedad hay que estudiar la manera de cambiar fundamentalmente el espíritu de los leprosos, de los médicos y de la población. A los leprosos hay que llenarlos de esperanzas; los médicos deben tener más ánimo y más estímulo: la población sana más confianza, menos temor, y hay que enseñarla á pensar y á sentir más humanitariamente respecto de los enfermos de este mal.

“¿Cuál debe ser un plan general para Colombia? Las siguientes condiciones son, á mi modo de ver, necesarias:

“1.° Como la oposición activa y pasiva que presentarían los leprosos y los médicos haría fracasar la introducción de mis métodos de tratamiento y curación de la lepra en las tres leproserías existentes hoy en Colombia, no tendría objeto ninguno gastar el dinero que sería indispensable para la conveniente y necesaria reforma:

“a) Del personal médico:

“b) Del personal de enfermeros; y

“c) De los medicamentos y de los otros factores de curación en las leproserías que hay hoy.

“Al contrario, habría necesidad de invertir los fondos que se necesitan, destinándolas únicamente á la erección de un cuarto y nuevo leproserio principal, en el cual el tratamiento y la curación de los leprosos pudiera hacerse de tal manera que sirviera de prototipo.

“2.° A este leproserio principal serían llevados todos enfermos de lepra grave que hubiera en las otras leproserías, y ordenar que los médicos de ellas certificarán que, en su concepto, son incurables. De estos sacos una gran parte podrán curarse, otra parte podrán mejorarse y solamente una parte pequeña, en que el mal esté demasiado avanzado (complicaciones con tuberculosis y nefritis), morirían.

“3.° Este leprosorio principal no debería establecerse en un lugar en donde no haya relativamente lepra, pues así vendría á ser para la población sana un objeto de horror, sino que debe quedar:

“a) Muy cerca de los centros principales en donde domine la lepra.

“b) En un lugar lo menos habitado posible, en donde se pueda disponer fácilmente y sin costo de un valle.

“4.° Para reducir los gastos á un minimum es de desearse que esté á proximidad:

“a) De caídas de agua que puedan suministrar toda la fuerza eléctrica necesaria.

“b) De grandes bosques, de suerte que la madera no cueste nada y que todo el leprosorio puede edificarse de madera.

“Hay que tener también presente, al hacer la elección del lugar, la belleza del sitio, que tenga montes cercanos y bonitos puntos de vista, pues este leprosorio debe venir á ser algo así como un paraíso para los leprosos.

“Agua en gran abundancia es muy de desear, para poder fomentar la afición al baño entre los leprosos.

“No se debe de manera alguna escoger un lugar desnudo de vegetación, sin agua, sin árboles, ó es una palabra un paraje que sea feo.

“5.° Este leprosorio principal y modelo debe tener como empleados:

“a) Un médico en Jefe, muy inteligente, enérgico, con talento de organización y que piense y obre humanitariamente.

“b) Un médico asistente para cada cien leprosos, muy inteligente y experimentado en Histología y en Bacteriología.

“c) Un enfermero (ó Hermana), para cada cincuenta leprosos, hábil y educado para su oficio.

“d) Un boticario experimentado, con conocimientos químicos suficientes, y que tenga los ayudantes necesarios.

“6.° Este leprosorio principal y modelo deberá poseer:

“a) Un laboratorio histórico y bacteriológico para experimentos, junto con los animales y establos necesarios para ellos.

“b) Una Biblioteca completa con todas las obras y publicaciones relativas á la lepra, á la Histología y á la Bacteriología.

“c) Un Botica bien arreglada y provista de todo lo necesario, en donde pudiera también hacerse análisis y experimentos con nuevas drogas y remedios.

“7.° En lo que hace á los edificios, el leprosorio principal y modelo debería dividirse en:

“a) Un hospital principal, construido según el sistema de barracas, para los enfermos pobres y los leprosos consignados allí coercitivamente.

“b) Una Colonia de quintas, separadas de aquél por jardines, destinada á los leprosos acomodados, á quienes se le podría dar en arrendamiento aquellas quintas.

“8.° La translación de los pacientes al leprosorio principal y modelo se efectuaría en parte:

“a) Por medio de la fuerza (de acuerdo con la ley) para los leprosos que nose puedan aislar á su costa ó que el Estado tenga que mantener, y para aquellos que los médicos de las otras leproserías calificados para ir allí (que serían los casos graves, y por lo mismo lo más peligrosos).

“b) Por voluntad de los pacientes para todo los enfermos acomodados que podrían aislarse á su costa; pero que desean someterse á un tratamiento racional y tan enérgico como sea posible.

“9.° La salida de los enfermos del leprosorio principal y modelo podría disponerse así:

“a) Primeramente, y una vez que estén aparentemente curados, pasándolos á las leproserías para casos leves, á fin de tenerlos allí en observación durante un año.

“b) En caso de curación estable para que vuelvan á su hogar, en donde serían vigilados ocasionalmente.

* * *

Los resultados de una institución tal serían los siguientes:

“1.° Para las tres leproserías que hoy existen:

“a) En lo que hace á las leproserías existentes, en ellas no se hallarían ya sino casos leves, y así vendrían á tener en apariencia el carácter de simples sanatorios ó balnearios.

“b) Perderían así poco á poco en el ánimo del pueblo la impresión de horror que hoy despiertan y los enfermos irían allí voluntaria y oportunamente.

“2.° Para los médicos que han estado en las tres leproserías:

“a) Estos se verían obligados, por la competencia y por la voluntad popular, á adoptar el tratamiento establecido en el leprosorio principal y modelo.

“b) Se les descargarían del cuidado de los casos difíciles y podrían así dedicar más tiempo y atención á la profilaxis y á la averiguación de tratamiento de casos de contagio reciente.

“c) Formarían la inspección y crítica más apropiadas y severas respecto de los resultados del leprosorio principal, cuyos enfermos dados de alta como curados, recibirían ellos primeramente en observación.

“d) De esta manera vendrían á ser activos colaboradores en la obra general de saneamiento del país.

“3.º Para los leprosos:

“a) Todos ellos se llenarían de nuevas esperanzas y así desaparecería principalmente su natural insolencia.

“b) Los casos más graves, que hasta ahora se consideraban sin remedio, tendrían la esperanza de una curación ó, á lo menos, de una mejoría en el leprosorio principal

“c) Los pacientes de leprosorio principal tendrían la esperanza constante de ser trasladados á una leprosería para casos leves.

“d) Los pacientes de éstas tendrían á su turno la esperanza constante de ser enviados como curados en observación á sus hogares, y

“c) Con esto la energía y el deseo de curarse se avivaría en todos los leprosos y así su colaboración para el saneamiento general quedaría asegurada.

“4.º Para el pueblo en general (público):

“a) Se le enseñaría así á proceder con discernimiento porque ve que se está haciendo algo grande y útil contra la lepra; aprendería que ésta, en condiciones favorables, es curable: perdería entonces el horror y el miedo á la enfermedad y el pánico cedería su puesto á la compasión y á una tolerancia sensata.

“b) Se le enseña á colaborar en la obra común, porque reconoce que principalmente importa conocer inmediatamente los casos frescos de infección para ponerlos en tratamiento, y así impedir nuevos contagios, y entonces el pueblo mismo; ayuda á poner en conocimiento de autoridad estos enfermos y cuida, por otra parte, acordando y suministrando el dinero necesario para ello, de que la permanencia de los leprosos en las leproserías se les haga tan llevadera que los enfermos gustosamente vayan allí, en donde encontrarían un tratamiento adecuado y cariñoso y la esperanza de una curación y de poder regresar como sanos al seno de los suyos.

Profesor, Doctor P. G. UNNA”

Este proyecto podría ponerse en práctica en Contratación, valla aparente por sus aguas abundantes y sus inmensos bosques, siguiendo los planos para los edificios que en 1908 envió de Hamburgo el Cónsul Dr. Solano, y hechos bajo la dirección del Dr. Unna. En Contratación las maderas son excelentes y no habría otro trabajo que aserrarlas, pues los bosques son del Gobierno.

Los planos son muy completos y detallados, los pabellones están calculados para cincuenta enfermos y todo el hospital comprendería doscientos individuos. El primer hospital que se edifique en Contratación debería hacerse según este plano y todo de madera, lo que lo haría más económico. Ya que el Gobierno no sólo tiene que construir uno sino varios hospitales en Contratación, conviene, pues, que los haga edificar según un plano científico y no los deje á voluntad de contratistas ignorantes, como ha sucedido en Agua de Dios, lo que no impide que aquellos edificios, sin higiene ni armonía, le cuesten á la Nación cerca de \$40,000 oro cada uno. Ya que se gasta el dinero deben hacerse cosas bien hechas y consultadas con hombres idóneos. No hay duda que habría que hacer algunas variantes de adaptación, pues estos edificios están calculados para tierra caliente y Contratación tiene apenas 19.°C; habría que hacerlos, pues, un poco más abrigados y simplificar algunos detalles, imitando, en general, el conjunto y la distribución.

La fundación de un cuarto leproso principal y prototipo, con el fin de llevar los enfermos más agravados de las tres colonias existentes para tratarlos allí y luego, después de curados aparentemente, volverlos á esas colonias, que serían ya para casos leves, donde permanecerían un año en observación y de allí, en caso de curación estable, se irían á sus casas, donde serían vigilados ocasionalmente, que así nuestras viejas colonias vendrían á quedar como sanatorios ó balnearios, por no tener sino casos ligeros, por lo cual la gente les perdería el miedo y los enfermos irían voluntariamente, etc. Es idea apenas practicable en un país pequeño, con vías rápidas de comunicación por todas partes, pero quizá es una utopía entre nosotros, dada la inmensa extensión de nuestro territorio, sin modo de trasladar con rapidez y comodidad los elefantíacos; sin duda nuestro distinguido colega Unna no sabrá que entre nuestras actuales colonias de Caño de Loro, Agua de Dios y Contratación media una distancia inmensa, pues de Caño de Loro á Agua de Dios hay, lo menos, 190 leguas, y de Agua de Dios á Contratación cerca de 69, por caminos fragosos, y que precisamente estas distancias, que invalidan su plan, han sido el gran obstáculo para tener ya aislados todos los enfermos.

Al elegir á Contratación para leprosorio modelo se hallaría éste situado en el centro del principal foco de elefancia en la República y luego casi equidistante entre Agua de Dios y Caño de Loro; pero el movimiento de enfermos graves al leprosorio modelo y de los mejorados á las colonias viejas, sería muy costoso y difícil en casi de enfermos tullidos ó reducidos á la cama.

Según las ideas de Dr. Unna el leprosorio modelo no sería otra cosa que un hospital para pobres y detenidos, con capacidad para doscientos y luego una colonia de quintas para arrendar á los enfermos ricos, es decir, desde el punto de vista del aislamiento, lo que tenemos actualmente, ó sean colonias con hospitales; más los enfermos ricos que lo deseen, podrían aislarse á domicilio.

En el plan propuesto se puede decir que se prescinde del aislamiento, y este sistema apenas estaría bueno para Alemania ó Noruega, pues que aquí se necesitan disposiciones más enérgicas; nuestros elefanciácos del pueblo no son europeos civilizados, aquí el aislamiento á domicilio no lo guardan medianamente, ni en las grandes poblaciones; á los elefanciácos hay que llevarlos por la fuerza y mantenerlos aislados contra su voluntad.

En resumen: creo que se pueda seguir, en parte, el plan indicado por el Dr. Unna, haciendo los edificios públicos de Contratación según sus ideas y tratar allí sólo los enfermos de esa región.

El sistema ó tratamiento del Dr. Unna es bastante complicado para que se pueda aplicar simultáneamente á miles de enfermos; apenas sí se podría llevar al cabo en un centenar, aunque es probable que médicos, enfermos y enfermeros necesitarán, para llevarlo hasta el fin, mucha perseverancia y fuerza de voluntad.

3. Reformas necesarias a nuestro sistema de aislamiento*

La experiencia prueba que el sistema de colonias, entre nosotros, es el único aceptado, sin mayor resistencia, por la mayoría de los enfermos y de sus familias. Este sistema, por ser más económico, se halla más al alcance de los recursos del país. Siendo labradores la mayor parte de nuestros enfermos, es claro que prefieren la vida del campo á la reclusión en un hospital.

Las tres colonias que tenemos, aunque relativamente bien situadas para el centro y Costa Atlántica de la República, están muy lejos para los Departamentos de Cauca y Nariño, cuyos enfermos sufren mucho en tan largo viaje, siendo imposible enviar algunas por su mal estado; debería, pues, crease un cuarto leprosorio, si es posible insular y si no mediterráneo, compuesto de hospital para los indigentes y quintas para los acomodados: los primeros por cuenta del Gobierno, los segundos costeados por ellos mismos.

Para este nuevo leprosorio podrían seguirse los consejos de Unna, introduciendo las modificaciones indispensables; así, por ejemplo, en vez de casas para enfermos ricos podrían hacerse cuarto para pensionados, en un pabellón especial, que tendría mejor servicio, y el conjunto debe calcularse para que haya estricta separación de sexos.

Aunque en el mapa parece que el Departamento de Antioquia podría enviar fácilmente á Contratación sus enfermos, resulta que toda esa es una región de selvas vírgenes, del río Magdalena para allá, y no hay camino directo, por lo cual se les envía á Agua de Dios, aunque muy de tarde en tarde, porque

* Publicado en Montoya y Flórez, J.B., *Contribución al estudio de la Lepra en Colombia*, Medellín: 20 de julio de 1910. CAPÍTULO VI.

generalmente prefieren dejarlos aquí, por no exponerlos á un viaje tan penoso; de tal manera que los elefanciacos de Itagüí, reconocidos hace más de tres años, se encuentran aún allí, sin duda aguardando la fundación del hospital de San Pedro Claver, en Fontidueño, que aunque en sitio mal elegido, por estar á orillas de la vía pública y del río Aburrá, sí sería, suficiente para alojar los enfermos que faltan en el Departamento por aislar y que no pasan de 40 á 50.

Se necesitan, pues dos leprosorios más, para evitar los inconvenientes de las grandes distancias, el uno en el Cauca, y en Nariño, y el otro en Antioquia, que son los Departamentos más distantes de Agua de Dios, que es donde actualmente se reciben sus enfermos.

Para mejorar el aislamiento en las actuales colonias debe hacer lo siguiente:

1.° Suprimir los mercados y establecer una proveeduría, en que se distribuya la ración en especies á los enfermos indigentes. Así los campesinos de los alrededores buscarán su mercado en otra población.

2.° Suprimir las Parroquias, y que los Capellanes asistan sólo á los asilados, é impedir que las gentes sanas de las cercanías asistan á las fiesta religiosas.

3.° Establecer un asilo y una *crèche* para los niños sanos, nacidos allí.

4.° Asignar una pequeña pensión á los niños sanos, menores de edad, de los elefanciacos, para que no los traigan al leprosorio.

5.° Impedir á los cónyuges sanos que salgan á otras poblaciones si no han previamente desinfectados sus ropas. Debe hacerse lo mismo con la de los parientes sanos que van á visitar los enfermos, y que permanecen más o menos tiempo en el leprosorio, tiempo que debería también limitarse.

6.° Las chozas de poco valor, que dejan los elefanciacos al internarlos ó al morir, deben ser quemadas, previo avalúo, que el Gobierno debe cubrir, y las casas de algún valor deben ser desinfectadas convenientemente, por cuenta del Gobierno si son de gentes pobres, y por cuenta del enfermo si éste es rico. El haber omitido esta precaución explica porqué algunas localidades se han transformado en un verdadero leprosorio natural, debido á que ciertas casas solariegas son focos familiares donde se infectan de preferencia los miembros de una misma familia.

7.° Es necesario evitar los matrimonios mixtos en los leprosorios, y en lo posible ver cómo se establece la separación de sexos.

Legislación Colombiana sobre elefanciacos.—Lo numeroso de nuestras Leyes, Decretos y Resoluciones, sobre esta materia, muestra el gran interés de nuestros Gobiernos por extirpar el mal, aunque, á decir verdad, esa legislación ha sido tal vez demasiado severa y complicada y, por lo general, se ha quedado escrita. Primitivamente cada Departamento legislaba sobre las medidas profilácticas que debían ponerse en vigor para evitar la propagación de la elefancia; cada cual trataba de adaptar sus disposiciones á los hábitos y modo de ser de las gentes de su Provincia; y, aunque esto resultaba muy complicado é irregular en apariencia, parece que se adaptaba bastante bien á las secciones en que debían regir.

Antiguamente no había, pues, unidad ni uniformidad en nuestras disposiciones preventivas: cada Gobernador hacía lo que le parecía mejor; hoy, por el contrario, desde 1905, en toda la Nación rigen unas mismas leyes y unas mismas disposiciones respecto á elefancia y elefanciacos. La única ley vigente es la N.º 14 de 1907, que adiciona y reforma el Decreto Legislativo N.º 14 de 1905, la cual transcribí en la parte histórica, así como el Acuerdo N.º 2 de 1905, de la Junta Central de Higiene, sobre profilaxis de la lepra y lazaretos, aunque de éste lo relativo a aislamiento á domicilio está derogado.

4. Deducciones generales*

Es de Observación corriente que los elefanciácos indigentes, mal alimentados, mal vestidos, que viven en chozas desmanteladas, en zahúrdas infectas, obligados á trabajar para vivir ó á mendigar, arrojados y perseguidos en todas partes, se reponen, y la enfermedad hace un alto más ó menos largo, cuando se condicen á los leprosorios, colocándolos en mejores condiciones de vida.

La naturaleza lucha ventajosamente contra las enfermedades crónicas, cuando el individuo es vigoroso, vive al aire libre, lleva una vida activa, tiene comodidades para montar á caballo, para comer bien, cambiar su ropa con frecuencia y bañarse diariamente. En esta clase de individuos la enfermedad se cura aunque no tomen otra cosa que bebidas diaforéticas, porque verdaderamente es raro el caso de un elefanciáco que no haya recurrido por lo menos á la zarza, al guayacán ó á algún otro vegetal reputado como depurativo. Debe evitarse toda droga que pueda comprometer las funciones digestivas ó renales.

No se necesita un específico para curar la elefancia, lo que se necesita en un régimen y una higiene apropiada. El ejercicio al aire libre, y en su defecto el masaje, son y han sido grandes factores de curación, ya porque regularizan la circulación periférica, ya porque activan las combustiones y la eliminación del microbio específico.

Los enfermos prefieren los leprosorios en localidades calientes y secas, porque muchos de ellos sufren intensamente del frío, por lo cual les conviene la ropa interior de lana, que lo hace menos susceptibles á las vicisitudes del clima, porque toda perturbación de la circulación cutánea favorece la localiza-

* Publicado en Montoya y Flórez, J.B., *Contribución al estudio de la Lepra en Colombia*, Medellín: 20 de julio de 1910. CAPÍTULO VI.

ción del bacilo en el tegumento externo; por eso una máscara de caucho ó una mascarilla de gasa con óxido de zinc, aprovecha de tanto para los tubérculos de la cara, como los guantes á los de las manos y el calzado á las infiltraciones de los pies, pues es bien sabido que la paquidermia sólo es conocida en los países en que los elefanciácos andan descalzos; por eso en una lesión casi constante en nuestros enfermos del pueblo.

El estudio de los casos de curación espontánea muestra que basta sólo la higiene para curarse ó al menos para mejorarse. La depresión moral del enfermo, tan común en los que viven clandestinamente en sus casas, agregada á la vida sedentaria y á la inacción forzosa, son condiciones que agravan mucho la enfermedad y que naturalmente desaparecen en los que se trasladan á las Colonias, pues allí no tienen sobresaltos, y si disponen de algunas comodidades, pueden dedicarse á su tratamiento con toda tranquilidad, en medio de la placidez que les proporcionan una sociedad amiga.

El dormitorio del elefanciáco debe ser amplio y bien ventilado, la aglomeración de muchos enfermos, por la noche, en lugares estrechos, es sumamente pernicioso y reagrava la enfermedad. La alimentación debe ser sana, evitando el enfermo todos aquellos alimentos que la experiencia le ha demostrado que le sientan mal.

El Dr. Tavera creía que podía curarse la elefancia obligando los capilares y las glándulas sudoríparas á funcionar por las fricciones y los diaforéticos; dice que Elvira Mosquera se curó con la incubación del calor solamente, por el uso exclusivo de la estufa. Respecto á lo que él entiende por curación, dice que basta que la enfermedad haga alto y que los principales síntomas desaparezcan para que pueda considerarse un elefanciáco como curado, y que al principio la elefancia se cura fácilmente, de un modo espontáneo, y aun sin advertirlo las personas atacadas. La mayor parte de nuestros médicos antiguos son de opinión que los elefanciácos deben evitar las grasas, los ácidos y los dulces; por lo general desaconsejan los alcohólicos, pero los Dres. Nicolás Restrepo y Samuel Durán no los creen perniciosos, y el último afirma haber visto casos, en Agua de Dios, de curación por las bebidas alcohólicas.

Impey asegura haber obtenido mejorías notables, en los elefanciácos fimatoides, con yoduro de potasio y cocimiento de zarza, y en segundo lugar con ácido salicílico.

Tal ha sido la terapéutica de la elefancia hasta hoy. De haber alguna droga específica, á la manera de la quinina para las fiebres palustres ó el mercurio

para la sífilis, ésta no se ha ensayado. Los hechos demuestran que la elefancia, como la tuberculosis, puede curar espontáneamente, y que muchas de estas curaciones pasan realmente inadvertidas; que lo más lógico es, para llegar á la curación artificial, imitar la naturaleza en su proceso de curación espontánea, el cual parece simplemente consistir en sostener las fuerzas del organismo, para dar tiempo á que la enfermedad recorra su ciclo, y que el microbio específico sea eliminado del organismo, donde ya no encuentra un medio próspero para su vegetación.

5. La deformación artificial del cráneo en los antiguos aborígenes de Colombia*

Lección de Clínica Quirúrgica por el
Profesor Montoya y Flórez

Señores:

Antes de comenzar en análisis de la interesante observación de la enferma que ocupa la cama Nro. 3 de la sala Santa Genoveva, es indispensable que veamos sucintamente el histórico de la cuestión.

Preambulo Histórico

Las deformaciones craneanas parecen tan viejas como el hombre, a juzgar por lo que dicen: Hipócrates, Heródoto, Aristóteles, Plinio y Estrabón. Los arcaicos cráneos de las tumbas de Crimea y de las ruinas de Kertch no dejan duda respecto a la antigüedad de esta costumbre. Nadaillac creía que Atila tenía la cabeza artificialmente deprimida.

Posteriores investigaciones han probado que estas deformaciones artificiales del cráneo eran muy usadas entre la raza mogólica, por lo cual Retzius cree que tan bárbara costumbre fue traída a América por inmigrantes asiáticos.

En realidad esta singular costumbre era casi mundial y existió en diversas comarcas del globo, incluyendo Europa, especialmente del período neolítico

* Publicado en Montoya y Flórez, J. B., la deformación artificial del cráneo en los antiguos aborígenes de Colombia, Medellín: Capítulo I, pp. 3-14.

hasta la edad de bronce. En Oceanía aún subsiste. En América se distinguieron en el arte de modelar la cabeza de los niños las antiguas tribus de la Florida, las del Mississippi, de donde probablemente se originaron las hordas caribes, que invadieron progresivamente las Antillas y luego la América del Sur, regando por doquiera el uso, cuasi superticioso, de su repugnante aplastamiento craneano; las tribus mayas de la América Central y sobre todo los habitantes de los Andes Perú-Bolivianos, que después de Lloque Yupanqui la practicaron en grande escala. Entre nosotros, según los cronistas, era general y muy exagerada en las tribus caribes de los Panches, entre los Chancos y tal vez los Carrapas y Pozos, que por su gran estatura y cara larga parecen ser de la misma raza, así como entre los Quimbayas, que talvez la trajeron del alto Perú.

Respecto a las demás tribus de Antioquia y Caldas nada dicen los cronistas, pero es seguro que muchas la practicaban en la época de la conquista española, porque las que habitaban por ese tiempo esta porción del territorio colombiano eran Caribes, Tolstecas y tal vez Zapotecas, pueblos que rendían culto a la deformación y la tenían como atributo de belleza varonil en los guerreros, considerando su falta como propia de esclavos, buenos a lo más para la olla del ajiaco. Esta deformación diferenciaba al pueblo conquistador del conquistado, cosa seguramente muy importante en sus desordenadas guasabaras.

Desgraciadamente el clima y los terrenos húmedos de Antioquia son impropios para la conservación de las momias y huesos, pues en las *guacas* los cráneos que se encuentran están casi deshechos e inutilizados para el estudio. Sería, sin embargo, de desear que se remitieran a la Universidad los pocos que se saquen sanos, indicando su procedencia, para poder estudiar sus características antropológicas. Creemos que en el Quindío sí se han sacado muchos sanos y que nuestros colegas de Manizales y de Pereira podrían hacer un estudio interesante de ellos, para ver si sus deformaciones son del tipo aymaró o bien las corrientes de los Panches de Tocaima. Nuestros médicos de Bogotá, por el contrario, están colocados en magníficas condiciones para esta clase de estudios, por abundar las cuevas o cavernas de infinidad de momias, pues se cuenta que en Suesca en una sola había 150; por otra parte, predomina el elemento aborigen puro, mientras que en Antioquia, sólo existe en las lejanas selvas del Chocó o de Urabá.

El estudio de algunos cráneos prehistóricos de los Chibchas por los Dres. Luis M. Rivas y Julio Manrique, en 1919, parece ser el primer hecho en el país, y es muy importante en lo relativo a la antropología de estas tribus.

Broca, al examinar dos pequeños grupos de cráneos antiguos de Cundinamarca encontró que el primero era mesaticéfálico con tendencia a la dolicocefalia y el segundo francamente braquicefálico.

Para los craneólogos modernos, el Perú era el país de las deformaciones, dice el Dr. Morales Macedo, distinguido médico de Lima. Es tan considerable su número, en los cráneos exhumados por todas partes, que Rivero y Tschudi creen normal la deformación en la raza aymará, en la que encontraron hasta fetos con el cráneo deformado, lo que sería una prueba perentoria de la herencia de las deformaciones artificiales, sin duda cuando éstas han provocado un proceso patológico por su exageración brutal. De los 500 cráneos del Perú que posee el museo antropológico de París, sólo hay 60 sin deformación. Según Buch, de los cráneos de la famosa necrópolis de Ancón, la mayor parte fueron deprimidos artificialmente.

Los cronistas del Perú están acordes respecto a la bárbara costumbre que tenían de deformar la cabeza de los niños, hasta que las autoridades eclesiásticas tuvieron que tomar cartas en el asunto, desde su primer Arzobispo, Fray Jerónimo de Loaysa, quien mandó en el sínodo de 1595: “Que la superstición de amoldar las cabezas de los muchachos de ciertas formas que los indios llaman *Zaita-oma*, u *Palta-oma*¹ del todo que quiten”. Los Coyas o Aymarés traían atada la cabeza con los *chucus* y *llautus*, aún después de la conquista, y a los niños de la apretaban reciamente para hacerla alta y prolongada. Tanto Manco Capac como Lloque Lllupanqui, ordenaron deformar las cabezas a los niños en general. Todavía hasta 1753 tuvieron que intervenir los Virreyes para que cesara la barbaridad de alargar la cabeza de los niños “porque padecían mucho y podían morirse”.

Al Perú pudieron importar la deformación los Nahuas de Méjico o de las riberas del Mississipi y de la Florida; lo mismo aconteció en Colombia, donde la introdujeron principalmente los Caribes, pueblos más recientes de la misma procedencia, aunque algunos los creen originarios del Orinoco o bien de las pequeñas Antillas. De todos modos, las prehistóricas necrópolis de Ancón y Tiahuanaco, muy anteriores al imperio incaico, están llenas de cráneos deformados.

¹ De *palta*-aguacate y *oma*-cabeza, sea “cabeza de aguacate” o piramidal.

En las ruinas de la necrópolis megalítica de San Agustín, en el Departamento del Huila, no se ve en ninguna de las estatuas (dibujadas por Manuel María Paz, de la Comisión Corográfica) el alargamiento o dolicocefalia artificial de los peruanos, ni tampoco el aplastamiento de los Panches y demás tribus caribes, pero sí se ve el *chucus y llautu* que usaron los Aymarás prehistóricos del Titicaca y más tarde los Coyas del período incaico. El uso de la *valaca* o *Llautu* peruano no la hemos visto representada en las cerámicas prehistóricas de Antioquia, pero sí en algunos ídolos de oro de mucha importancia arqueológica, por representar divinidades aladas antropomorfas, que probablemente no existían en ninguna otra parte de América, de las cuales posee dos bellos ejemplares el museo del difunto D. Leocadio María Arango.

En el Ecuador se deformaban los Caraques, que eran Caribes de los mismos de Colombia. En Venezuela, los más exagerados en la deformación eran los de Cumaná, de quienes dice el P. Simón: “si bien en el rostro y la cabeza son feos, porque desde niños ponen la cabeza muy ancha por detrás y por delante, aunque a ellos les parece esto muy hermoso”.

Clasificación morfológica de los cráneos deformados

Los cráneos artificialmente deformados en el Perú, ofrecen gran variedad de formas, que Broca reduce a dos tipos, uno levantado y otro echado, con variantes según su procedencia.

DEFORMACIONES ECHADAS. El tipo más común es el simétrico prolongado de Morton, encontrado en gran número de los cráneos de las ruinas Tiahuanaco, en las islas del lago Titicaca y en general en los de las sierras Perú-Bolivianas, territorio habitado por los aymarás, y que fue la más en boga del antiguo Perú predinástico, la que probablemente usaron también nuestros Quimbayas y algunos de los Chibchas, como los Guanes, aunque los cronistas no lo dicen, pero que sí podrán estudiarse en los cráneos antiguos del Departamento de Santander, lo mismo que en sus cerámicas. Esta deformación está caracterizada: primero, por un aplanamiento del frontal; segundo, por un aplanamiento del occipital y tercero, por la curvatura exagerada de los parietales. La cara parece proyectada hacia adelante y ensanchada. (Es de notar en algunas de las estatuas de arenisca de San Agustín, que las caras estilizadas son más anchas que largas). En ocasiones la cabeza parece casi horizontal, en otras es cónica u ovoidea, de gruesa extremidad hacia atrás.

Raras veces se ve en los cráneos aymarás la deformación anular, característica de los antiguos normandos.

DEFORMACIONES LEVANTADAS. Los cráneos de la costa peruana, especialmente los de Ancón, presentan la deformación levantada; esta antigua raza de pescadores del Pacífico se deformaba a la manera de los Nahuas y Caribes del Mississippi, antiguos conquistadores que, en épocas remotas y después más recientes, emigraron al Sur, a consecuencia de grandes inundaciones y cataclismos de su tierra natal. Características: primero, frontal ensanchado y altos; segundo, occipital casi vertical hacia abajo; el cráneo es generalmente más alto, con el diámetro vertical notablemente aumentado a expensas del anteroposterior, lo que puede servir, en lo general, para distinguir esta deformación de la echada, atribuida a los aymarás. Los parietales ofrecen también una curvatura muy manifiesta. En el occipital llama la atención la protuberancia iniaca, muy acentuada. La cara no se ve tan proyectada hacia adelante como en las deformaciones echadas. En las variedades se ve la cuneiforme levantada, característica de los Nahuas, según Gosse.

Asimetría de los craneos deformados

La simetría perfecta es excepcional, casi siempre las dos mitades están desigualmente deformadas y la plagiocefalia se exagera. Parece que las deformaciones no modifican en nada la capacidad craneana.

Procedimientos empleados para deformar la cabeza del niño

Los diferentes tipos de cráneos corresponden a otros tantos procedimientos. Según nuestro cronistas, los Paches colocaban una tablilla atrás sobre el occipucio y otra por delante sobre la frente, atándolas reciamente en esta posición con pita o cabuya, y esto desde que nacían hasta los tres o cinco años.

El P. Sión los pinta así: “Con rostros horribles, feos y feroces, con las frentes y colodrillos chatos y aplanados, que es la disposición de cabezas de estos indios, puesta así con artificio, porque en naciendo la criatura le ponen una tablilla en el colodrillo y otra en la frente, y atándolas por extremos aprietan ambas partes, y hacen subir la cabeza hacia arriba y quedar aplanados la frente y el colodrillo, con que les quedan las cabezas muy feas, aunque a ellos no les parece esos por ser de su uso”.

De los Quimbayas y Chancos dice Cieza de León: “porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes desde Indias cuando la criatura

nasce le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así, unas quedan sin colodrillo y otras la frente sumida y otros hacen que la tenga muy larga; lo cual hacen cuando son recién nacidos con unas tabletas y después con sus ligaduras”. En todo caso, parece que esto lo hacían por costumbre tradicional sin que ningún jefe o sacerdote los obligase, como en el Perú. Tal vez los Quimbayas emplearían también una faja o ligadura circular, fuertemente apretada, sin tablillas y en este caso la cabeza se alargaba quedando una zanja sobre los parietales. En el primer caso la cabeza se ensanchaba transversalmente mientras que su diámetro anteroposterior, es decir, de la frente al occipucio disminuía, presentando la, para ellos graciosa, cara de luna.

Las ligaduras dejaron en algunos cráneos aymarás una depresión circular tal, que constituye una verdadera cintura que aprisiona el ovoide craneano y que es muy notable en la enferma presente.

El martirio de los niños, según los cronistas, era de duración variable y Cieza de León dice de los Caraques que: en naciendo la criatura le ponían en la cabeza entre dos tablas liadas de tal manera, que cuando eran de cuatro o cinco años, quedaba ancha, larga y sin colodrillo. Diego Landa habla de las mismas deformaciones en los indios Mayas de Yucatán, pero dice que sólo duraba algunos días.

Motivos que inspiraron la deformación

Algunos creen que se trataba de un asunto de estética, otros lo consideran como un medio de sumisión impuesto por los vencedores, otros como signo de distinción en ciertas clases sociales o como medio de desarrollar el valor. Los indios de Nicaragua decían que les quedaba la cabeza más propia y recia para cargar. En el Perú parece haber sido el distintivo de las clases sociales más elevadas; mientras que aquí en Colombia servía, sobre todo, para diferenciar la raza de guerreros conquistadores caribes y era el símbolo del valor y de la intrepidez. En la Columbia británica estaba prohibida a los esclavos. Morales Macedo, cree que en el Perú esta costumbre se practicó al principio como superstición, luego como imposición de los gobernantes, y también fue cultivada como ideal de belleza en sus postrimerías.

Existió entre las tribus precolombinas la tendencia a llevar una señal indeleble que les permitía reconocerse entre sí y distinguirse de los enemigos ya por medio del tatuaje, de las incisiones simétricas de la cara, del número de perforaciones de las orejas y labios, del alargamiento descomunal de las

orejas o del labio inferior, de la deformación de cráneos etc., modos especiales de marcar una casta de guerreros o toda una raza, como se hace en los hatos hoy con el ganado, cortándoles un pedazo de oreja en cierta forma o con el hierro rojo. Las deformaciones sirvieron ciertamente en Colombia de carácter distintivo de ciertas razas, entre las innumerables tribus que la habitaban. El uso de las *unchas* y *llautus* era considerado en el Perú incaico como un testimonio de fidelidad y vasallaje a la autoridad teocrática del soberano y por sus diferentes formas y colores diferenciaba a unas tribus de otras.

Accidentes producidos por la deformación

Tal como la practicaban los Panches y Quimbayas la capacidad craneana no parece haber disminuido gran cosa, pero naturalmente un aparato compresor mal aplicado o demasiado apretado, aumentando rápidamente la presión intracraneana podía muy bien producir el cuadro trágico propio de la compresión cerebral y hasta hacer ceder o estallar la bóveda craneana en un punto de menos resistencia. La mortalidad infantil debió de ser considerable, puesto que en la Colonia los gobiernos del Perú tuvieron que dictar medidas severas para hacer cesar este suplicio, infligido por los padres a sus infelices niños; por otra parte, del cementerio de Ancón se han sacado gran número de cadáveres de niños.

¿Hicieron algo nuestros gobernantes coloniales a favor de los niños aborígenes sometidos a la deformación? No lo sé, pero es probable que en el Archivo nacional de Bogotá se encuentren algunas disposiciones a este respecto.

Efectos fisiológicos

Para nuestros cronistas, los Panches aplastaban el cráneo de sus hijos para que fueran atrevidos y valientes. En el Perú, dice Pachacuti, que el inca Manco, impuso la deformación para que sus vasallos fueran simples y pusilánimes, porque los de cabeza grande y redonda, son atrevidos y desobedientes. La verdadera influencia que estas deformaciones puedan ejercer sobre el desarrollo de las facultades mentales y morales es difícil de apreciar hoy, toda vez que los aborígenes que aún quedan en nuestras selvas parece que no se deforman ya.

La mujer de la presente observación es de un nivel intelectual muy inferior y se puede clasificar entre los pobres de espíritu, sino entre los imbéciles, pero en todo caso sus facultades son muy escasas y en cuanto a su combatividad es más escasa aún, pues parece la sumisión y la pusilanimidad en persona. Es de

suponer que en ciertas deformaciones irregulares haya cierta marcada predisposición a la epilepsia, al idiotismo, a la imbecilidad y hasta a la demencia. Los médicos franceses, de principios del siglo pasado, hicieron interesantes observaciones a este respecto, pues aún se deformaba el cráneo a los niños en ciertas regiones de Francia. Experimentalmente se puede notar inflamación en los puntos comprimidos, y adherencias de las meninges al cerebro y a la pared ósea.

Herencia de la deformación artificial

Hipócrates aseguraba que se transmitía por herencia. Rivero y Tschudi, sostuvieron que las deformaciones persistían en los indios peruanos descendientes de los aborígenes deformados treientos años antes; pero la Biología ha demostrado que las deformaciones y mutilaciones que no se acompañan de alteraciones mórbidas no son hereditarias, aunque se sigan practicando en una serie larga de generaciones (como la circuncisión de los hebreos). Serían hereditarias, solamente, las que han producido trastornos funcionales del sistema nervioso, lo que equivale a decir que Tschudi tenía razón y que la mayoría de los peruanos, especialmente los Aymarás tuvieron complicaciones patológicas importantes, como secuela de la deformación.

La conclusión lógica, que se impone, es que las deformaciones bien ejecutadas no son transmisibles y que las brutales y mal hechas que originaron alteraciones mórbidas del sistema nervioso central, son transmisibles por vía de herencia.

Señores, después de este preámbulo histórico-quirúrgico, necesario, podemos ya ocuparnos del presente caso:

M. E. Sánchez *Suaza*, mestiza, hija de un mestizo y de una indígena, cuyo apellido pertenece a los aborígenes del Departamento del Huila, que habitaban las riberas del río Suaza, el cual vino a ser como su nombre patronímico, así como los aborígenes del río Orteguzaza llevan el nombre de Orteguzas. Según Codazzi, estas dos tribus hacían antiguamente parte de la nación de los Andaquies, hoy dispersos en las faldas de la cordillera Oriental, en las márgenes de los tributarios del Caquetá; para él las famosas ruinas megalíticas de San Agustín serían su antiguo y grandioso adoratorio o ciudad mística. Cosa muy discutible, pues esta necrópolis con sus *dólmenes*, *menhires*, y estelas funerarias, amén de sus colosales estatuas hasta de 4 metros de altura, parece remontar su origen a la primera conquista de América, por un

pueblo de origen cushita, talvez el egipcio predinástico; en todo caso parece anterior a las ruinas de Tiahuanaco y con relación a las de los Mayas éstas serían casi modernas, pues no cuentan, a lo más, sino dos mil años, mientras que las construcciones dolménicas de San Agustín y sus similares regadas por todo el Tolima, Quindío y río Cauca, hasta Titiribí, como lo hace notar Sardella, el secretario del conquistador Robledo, deben tener de cuatro mil años para arriba.

Por lo expuesto se ve que está enferma pertenece a la raza de los Andaquies, originados por los Quitus, antiguos peruanos, como lo son los Mocoas, Ignas, Guambías, Pastos y Quillacingas, cuyo nombre en quichua significa cara de luna, de donde se deduce que se deformaban exageradamente la cabeza, cuando se dieron este expresivo nombre. Hubo un tiempo en que las tribus peruanas se extendieron hasta el Sinú y de ellas no quedaba en la época de la conquista española sino el retazo de los Aburraes (de *Apu* en quichua, padre, jefe) y la sibarita tribu de los Quimbayas; habían sido devoradas por los feroces Caribes, que los cazaban como liebres. Ambas razas se deformaban el cráneo, luego las tribus que encontraron los españoles en territorio antioqueño debían deformarse también, aunque los cronistas nada digan al respecto.

Ahora, en Titiribí no quedan restos de la raza aborigen, que debió de ser caribe, pues su nombre lo indica, como también el de Caracol, nombre del cerro que le queda al frente, al otro lado del río Omogá, hoy Amagá, voz Caribe también. La palabra *suaza* no es caribe y es de suponer que la madre de nuestra enferma vino del Departamento del Huila y casó en Titiribí, aunque la paciente no da razón por haber quedado huérfana de corta edad.

No sabe que su madre usara artificio alguno para deformarles las cabezas a ella y a cinco hermanos más, todos con la misma deformación; de éstos, dos hombres casados viven aún en Titiribí, los demás murieron.

En los ascendientes de esta mujer, que hace 400 años se deformaban el cráneo, sin duda debieron ocurrir frecuentes alteraciones del sistema nervioso central, haciéndose así hereditario este alargamiento alto e irregular, de plagiocefalia tan marcada y de ovoide partido en dos por una profunda cintura (véase los fotografados). En el labda se ve el hueso llamado incaico muy prominente y que debe corresponder por dentro a la no menos marcada foseta cerebelosa mediana de los antiguos cráneos peruanos, que para Lombrosa sería una de las características del tipo criminal que, por su frecuencia en los cráneos aymarás, la llamó fosita aymará, la cual no encontró en los cráneos

mogoles, lo que hubiera hecho amostazar a Humboldt, tan convencido del origen asiático de los americanos. Lo de Lombrosa no pasa de ser una exageración debida a una corta serie de cráneo en que por casualidad predominaba la fosita, pues para el Dr. Morales Macedo, que ha estudiado centenares de cráneos peruanos, la fosita mediana no existe sino en el diez por ciento.

La raza de nuestra enferma es inconfundible, y aunque es una mestiza, tiene el sello de la raza americana más común. Cara triangular, por lo saliente de sus pómulos, donde es de presumir existe el *os japonicum* o sea el *os malare bipartinum* y el *sulcus mongolis*, característico de los cráneos de Tiahuanacu. Vello escasos, manos pequeñas, pies demasiado cortos, y restos de doble mancha mogólica en los pliegues infra-gluteos, de color amarato; piel bronceada, tipo pequeño rechoncho, cabello negro y lacio, ojos pequeños.

Trepanación

Pasando ahora a la trepanación que le hice, con motivo del hundimiento de la parte alta del parietal izquierdo, sería oportuno recordarles el histórico de esta operación, tan vieja como el hombre, y cuyas trazas se encuentran en los restos neolíticos y del bronce de ambos mundos, pero como el tiempo se nos angustia sólo les haré un sucinto resumen.

Ya Hipócrates aconsejaba la trepanación en las fracturas del cráneo. Fué conocida y practicaba en la antigüedad por griegos, egipcios árabes, polinesios, melanesios y americanos del Sur de las altiplanicies andinas. En nuestras cerámicas y joyas antiguas de oro no se ve representada la trepanación y en las del Perú mismo es excepcional.

La trepanación fue extensamente practicada en el antiguo de los Incas sino antes de ellos, como lo demuestran los cráneos de Ancón, en la costa, de Machú Pichú y de Tiahuanacu en el altiplano del Titicaca. Probablemente los cirujanos eran los mismos sacerdotes sacrificados, sirviéndose de una cuchilla o *tumi*, de sílex o de bronce templado, en forma de media luna, con mango en el centro de la parte cóncava, muy parecida a lo que nuestros talabarteros de Medellín llaman *guifla*.

Dos estatuas de piedra de San Agustín, (véase el fotograbado) con lo que aquí llaman *valaca* nuestras mujeres o sea el *llauto* peruano en la cabeza, de metros 1,60 y 1,40 de altura, por un metro de ancho en los hombros, muestran es su mano derecha, colocada sobre el pecho, la famosa *guifla* o cuchillo semilunar de los cirujanos incaicos. La más pequeña de estas estatuas la hizo trasladar el Gral. Rafael Reyes a Bogotá, en 1907, y está en el Parque de la

Independencia. Aunque lleva atrás del *chucus* y sobre el elegantísimo moño el facsímile de la pirámide sacrificial de los mejicanos, no en absolutamente seguro sea la imagen de un sacerdote-cirujano, sino tal vez, la del escultor que dirigió la construcción de la pirámide sagrada y que se le esculpió allí, como recuerdo de su más importante trabajo, pues no debe olvidarse que San Agustín es una necrópolis y la mayor parte de las estatuas son estelas funerarias o totémicas. El verdadero jefe de los sacerdotes sacrificadores tiene su estatua cubierta por una mitra escalonada que es la vera efigie de la, tristemente famosa, pirámide del Huichilobos mejicano. Tal mitra se encuentra también, adornada por delante con bandas laterales de escalones, en admirables planchas de oro estampado, pertenecientes al museo del Sr. Leocadio María Arango y procedentes de Segovia y Supía, lo que indica que a estas localidades, separadas por grandes distancias, llegó la civilización tolteca, con sus terribles sacrificios de víctimas humanas. La efigie estampada de los sacerdotes antioqueños lleva la *guifla* colgada al pecho y su forma es de gran elegancia, pues el mango parece representar dos corazones unidos por la punta. La factura es casi enteramente egipcia por los motivos decorativos y es la representación realística de esta clase de cirujanos sagrados.

De lo expuesto resulta que si la *guifla* o *tumi* servía a los sacerdotes para abrir el pecho y sacarles el corazón a las víctimas propiciatorias y para sus trepanaciones etc., también era muy usada por los escultores y otros artesanos, aunque sin duda era característica de los escultores y de los cirujanos-sacerdotes de la pirámide sacrificial.

Creen algunos que para la trepanación sólo podrían usar esta media luna dándole un movimiento de vaivén, a manera de sierra, para lo cual suponen le haría amelladuras o dientes, como la sierra de Doyen; en este caso hacían cuatro incisiones lineales al hueso para limitar un cuadrilátero más o menos extenso; como es de suponer la operación hecha de esta manera tenía que ser larga y difícil.

Por esto y por la forma de los agujeros, en los antiguos cráneos trepanados, pequeños y hechos con regularidad sorprendente en círculo perfecto, como con la fresa de un trépano actual, es de suponer que los hacían con un taladro de metal o de sílex de forma apropiada para hacerle dar un movimiento semirrotatorio, de la misma manera que se maneja una lezna. No se han encontrado cráneos que indiquen que la trepanación se hizo por percusión con la susodicha *guifla* o un cincel de oro y cobre, que también empleaban para

la cantería, y que es precisamente lo que nuestra estatua lleva en la mano izquierda. Esto parece raro porque es el primer procedimiento que a uno se le ocurriría, como más expedito antes que el de serruchar o barrenar.

¿Se usaba esta operación entre nuestros aborígenes? Es casi seguro que la empleaban los Quimbayas, porque esta tribu era netamente peruana, como se colige por las cerámicas que quedan de ella. En menor escala que en el Perú se practicaba también la trepanación en Centro América y Méjico. Aquí en Antioquia es difícil averiguarlo porque los cráneos prehistóricos salen deshechos. Los colegas de Boyacá y Cundinamarca sí podrían examinar los numerosos cráneos de los cementerios chibchas, que están perfectamente conservadores; porque siendo, en parte, esta tribu de origen aymará es probable que hayan conservado esta costumbre tradicional y humanitaria, de pueblos cuyas principales armas eran los guijarros lanzados con hondas, la maza o clava y el garrote de macana, siendo muchos los cráneos fracturados después de una de sus batallas cuerpo a cuerpo.

Se calcula que de los cráneos trepanados en el Perú, lo menos el 28% se hizo para lesiones traumáticas y generalmente, a juzgar por lo viejo y regular de la cicatriz ósea, con éxito sorprendente; las muertes post-operatorias eran pocas, lo que induce a creer a algunos tratadistas que, aunque empíricamente, los indios hervían sus instrumentos o bien empleaban alguna planta de propiedades bactericidas, como el poleo.

Como anestesia usaban la embriagues profunda con chicha, a la cual talvez mezclaban algunas plantas narcóticas, porque entre nosotros para inhumar a gentes vivas, de la servidumbre de algún cacique importante, se mezclaba a la chicha el *borrachero* (*Datura arbórea*), la *tonga* (*D. tonga*), el *chamico* (*D. estramonium*).

De aquí se derivan los verbos antioqueños *emborrachar*, *entongar* y *enchamicar* que sirven para calificar a personas muy obstusas o sonámbulas.

La cabeza la afeitaban con el *tumi* de cobre, de sílex, u obsidiana. Apoyaban la cabeza del paciente y la inmovilizaban entre las rodillas, estando el cirujano sentado en un banco o asiento bajo llamado *duho*, o bien colocada sobre otro banco con musgo o paja. Como hemostático usaban ciertas plantas, pero es casi seguro que el *llautu* o *uncha* tradicional, bien apretada, servía de banda hemostatática en el Perú puesto que todo el mundo lo llevaba, y así empíricamente, sin conocimientos anatómicos de la circulación del cuerpo

cabelludo, hicieron la hemostasia preventiva, como la hacemos hoy. La curación se hacía probablemente con algodón en rama y vendas de lo mismo.

Para terminar es bueno hacer notar que el grosor del parietal trepanado a esta enferma es doble o triple de los normales, lo cual es característico de los cráneos primitivos.

Como punto de comparación tienen el cráneo no deformado del operado Luis E. M., indígena meztizo de Urrao, quien parece de raza Cuna negroide.

La observación fue tomada por el Sr. Tulio Castrillón G. y los datos craneométricos por mi distinguido amigo, y antiguo alumno de esta clínica, Dr. David Velásquez, médico de la Casa de Menores, a quien agradezco su valiosa colaboración.

6. Clínica quirúrgica

Sala santa Genoveva – cama número 3

M. E. Sánchez Suaza, de 30 años de edad, casada, se ocupa en oficios domésticos, natural de Titiribí, raza mestiza, entró al servicio el 26 de Abril de 1921.

Antecedentes hereditarios. Huérfana hace varios años, no recuerda con precisión qué enfermedad sufrieron sus padres durante su vida, ni cuál fue la causa de su muerte. Por lo demás, sus antecedentes no tienen importancia. Colaterales sin particularidad qué anotar.

Antecedentes personales. Recuerda haber sufrido hace próximamente 8 años una disentería, que según los datos fue amibiana; de vez en cuando enconos; ninguna venérea. Da síntomas muy vagos de ataques de apendicitis crónica. Su última novedad fue una herida del cráneo con instrumento cortante por la cual vino al Hospital y de la que hablaré más adelante.

Antecedentes fisiológicos. Su primera menstruación tuvo lugar a los 15 años, tipo normal; durante variable de 2 a 5 días, dolorosa especialmente antes de su aparición (Molimen menstrual).

Antecedentes obstétricos. Hubo en su matrimonio 3 niños que nacieron sanos. A los dos años enfermaron uno de disentería y otro de fiebres palúdicas (?) de lo cual murieron. El que vive es poco desarrollado (*arriéré*). No hubo en sus partos complicaciones ni novedades (abortos).

* Publicado en Montoya y Flórez, J. B., la deformación artificial del cráneo en los antiguos aborígenes de Colombia, Medellín: Capítulo II, pp. 15-18.

Inspección general. La inspección general en esta enfermedad proporciona datos curiosos, sobre todo desde el punto de vista de la *Antropometría*. (Véase el fotograbado).

De mediana talla y piel bronceada, presenta como puntos salientes los siguientes:

Cráneo y Cara. Además de su herida se observa: cráneo completamente desviado (como arremangado) hacia la izquierda formando una eminencia, sobretodo marcada a nivel de la base parietal izquierda (recuerda un *dolicocéfalo irregular*). En la parte posterior al nivel de la sutura lamdoide izquierda a 2 centímetros más o menos de la línea media hay una prominencia que tiene una base como de una moneda de ,020 centavos; es un hueso wormiano, llamado *hueso de los Incas*. Región mastoidiana derecha muy pronunciada.

Cabello ligeramente suave, no cerdoso, y negro. Frente corta y recta.

Cara, con aspecto de un triángulo isósceles, que tuviera por vértice el tubérculo del labio superior cuya línea opuesta a dicho vértice estuviera formada por una línea transversal, pasando inmediatamente encima de las cejas. Pómulos muy salientes formados por el malar bastante grande recordando el huego llamado *os japonicum*.

Nariz corta en silla (nariz socrática). Ojos pequeños (*de chino*) con iris de tinte café y pupila azulosa, especialmente brillante (ojos típicos de ratón). En ambos pómulos y en el lóbulo de la nariz, existen unas manchas que dan el aspecto de una mariposa de alas extendidas. Oreja pequeña.

Miembros superiores. - Pelos lanudos, escasos en la axila; muy cortos, sobre todo las manos y los dedos.

Miembros inferiores. - Monte de Venus poco tupido. Muslo, pierna y piel cortos lo mismo que los dedos. En la pierna se ven restos de enconos.

Tronco. cara ventral: pechos bien conformados, abdomen presentando una cicatriz lineal y mediana debido a una intervención, hace 6 años. Organos genitales bien conformados.

Cara dorsal. Romboide de Michaelis ausente, reemplazado por una depresión infundibuliforme con un diámetro exterior de unos 8 centímetros próximamente. Por último se observa en los pliegues glúteos de ambos lados la llamada *mancha mongólica*, no extremadamente marcada.

Aparatos: Urinarios, genital, circulatorio y respiratorio. - Normales.

Digestivo. Solo hay que mencionar en él vagas crisis de apendicitis crónica y digo vagas porque la enferma da muy pocos datos precisos acerca de

sus dolencias. Es doloroso el punto de Mac. Burney y positivo el signo de Bertomier. Hígado y bazo normales.

Sistema muscular y linfático.- Normales.

Sistema óseo y piel. Véase lo dicho de ellos a propósito de la inspección general.

Sistema nervioso. Sensibilidad y reflejos normales.

Inteligencia obtusa, Dado el sitio de su herida y la probable comprensión de la sustancia cerebral, pensé que esta enferma pudo haber tenido ataques de epilepsia jacksoniana; pero sus respuestas son tan inciertas y tan vagas, que no pude deducir si los habrá tenido o no.

Enfermedad actual. Vino al Hospital por una herida (en parte ya cicatrizada) que le hicieron con una hoz hace 11 meses. Durante nueve meses estuvo tratándose, pero la herida se supuró lo bastante para necesitar una intervención; está situada en el hueso parietal izquierdo, dirigida de adelante hacia atrás y un como de dentro afuera, a pocos centímetros de la línea media, larga de 10 a 12 centímetros, supurando en parte; presenta varias prolongaciones laterales ya cicatrizadas.

Operación. Trepanación; extracción de 5 esquirlas de hueso. Parietal excesivamente grueso.

La cicatrización completa de la herida ha sido lenta debido a la supuración, pero por medio de las curaciones húmedas, indispensables en estos casos, la supuración ha disminuido mucho y hoy se encuentra casi perfectamente bien.

Medellín Junio 18 de 1921

Datos antropométricos de la Sra. M. E. Sánchez Suaza*

	Datos normales en las mujeres de raza blanca (París) ¹	
Peso		
Talla	1,48 cts.	1,545
Braza	1,49 cts.	
Diámetro antero-posterior máximo	0,171 mls.	170 a 180 mls.
Diámetro antero-metópico [mínimo de Broca]	0,169 mls.	0,1144
Diámetro transversal supra-auricular	0,129 mls.	0,145 mls.
Diámetro transversal biparietal	0,132 mls.	
² Índice cefálico [dolicocefalia]	75,30 o 73,43	
Circunferencia horizontal cefálica [Inioglabelar]	0,530 mls.	0,545 mls.
Hemicircunferencia derecha	0,270 mls.	
Hemicircunferencia izquierda	0,250 mls.	
Diámetro ofimentoniano	0,122 ml.	0,124 mls.
Diámetro bicigomático	0,133 mls.	0,126 mls.
Índice facial	107,01	98,7 mls.
Diámetro frontal del mismo	0,102 mls.	0,101
Longitud del pabellón auricular derecho	0,060 mls.	
Longitud del pabellón auricular izquierdo	0,059 mls.	
Longitud del antebrazo	0,216 mls.	0,212
Longitud de la mano hasta el dedo medio	0,164 mls.	0,170
Longitud del pie	0,210 mls.	0,230
Perímetro torácico, altura inframamaria	0,87 cts.	

* Ciudad y fecha de publicación Medellín, julio 25 de 1921.

1 En la segunda columna están las cifras correspondientes a las principales medidas similares en las mujeres de raza blanca de París, dadas por Bronca, Topinard, Papillault, etc.

2 El índice cefálico, tomando como punto de partida el diámetro transversal biparietal es de 77,30 y tomando el diámetro transversal biauricular es de 75,43; diámetros de los cuales es necesario deducir dos unidades que son el espesor en que se calcula de los tejidos músculo-cutáneos de la región; la misma nota corresponde al índice facial, en lo que toca a la resta de dos unidades.

De la inspección de la señora y de los datos antropométricos se deduce lo siguiente:

Cráneo oblicuo ovalar [plagiocefalia] de apariencia reniforme; dolicocefalia; braquio-prosopia; *os japonicum* muy notable, lo que da una saliente muy aparente en los pómulos, *os incaicum*; nariz aplanada [platirrinia]; oreja desigual [asimetría de Blainville] microcia de 0,060 para abajo; frente ligeramente huyente; muy leve desviación oblicua de los ojos hacia arriba y fuera; esbozo de un tercer párpado, pliegue que tapa lo conmisura palpebral interna [epicanthus]; el rombo de Machaellis está reemplazado por una depresión infundibuliforme; mancha mongólica bilateral en el pliegue infraglúteo; color amarillo cobrizo de la piel.

Índice cefálico de Broca

Dolicocéfalos	{	verdadero	{	debajo de 75
		subdolicocéfalos	{	de 75 a 77,76
Mesaticéfalos	{	Raza blanca	{	de 77,7 a 79,99
		Subbraquicéfalos	{	de 80 a 83,33
Braquicéfalos	{	verdaderos	{	Más de 83,33

Datos Antropometricos

Sala San Jose Número I		Servicio del Profesor Montoya y Flórez
Nombre	Luis E. M	
Peso	36½ Kls.	
Talla	1,42 Cts.	
Envergadura	1,42 Cts.	
Diámetro cefálico-antero post-máximo	0,171 Mls.	
Diámetro cefálico antero-post-mínimo [metópico de Broca]	0,170 Mls.	
Diámetro cefálico trasverso máximo supraauricular	0,115 Mls.	
Diámetro cefálico biparietal	0,133 Mls.	
Índice cefálico	75,77	
Circunferencia máxima horizontal	0,520 Mls.	
Hemecircunferencia inio metópica derecha	Mls.	
Hemecircunferencia inio metópica izquierda	Mls.	

Sala San Jose Número I	Servicio del Profesor Montoya y Flórez
Diámetro nasiomentoniano	0,122 Mls.
Diámetro bicigomático	0,0119 Mls.
Índice facial	95,54 Mls.
Diámetro bigoniano	Mls.
Distancia goniomentoniana	Mls.
Diámetro frontal mínimo	0,96 Cts.
Longitud del pabellón auricular	0,060 Mls.
Longitud del antebrazo	0,212 Mls.
Longitud de la mano	0,135 Mls.
Longitud del pie	0,227 Mls.
Perímetro torácico, altura supraxifoidiana, insp. Forzada.	0,73 Cts.
Perímetro torácico, altura supraxifoidiana exp. Forzada	0,70 Cts.
Tipo indígena. Inspección general e interpretación de los datos.	

Subdolicocefalia, cintura temporo-parietal; cabeza poblada de cabello indio; frente estrecha, baja e hipertrícica; cejas pobladas y rígidas; párpados grandes; platirrinia; ojo oblicuo, tercer párpado; prognatismo superior e inferior; pómulos salientes; labios belfos; cuello delgado; toráx ligeramente aplanado; los tres últimos dedos del pies derecho son pequeños; el espacio interdígital del primero y segundo dedos es muy amplio. Mestizo de 17 años, de Urrao. Operado por el Dr. Montoya y Flórez de una amigdalectomía y raspado de adenoides. Caso presentado en la lección para comparar su cráneo con el deformado de la Suaza.

Antonio José Restrepo

Antonio José Restrepo (1855-1933)

Nació en 1855 en Concordia, Antioquia. Hizo sus estudios universitarios de literatura y jurisprudencia en la Escuela San Bartolomé, de la Universidad Nacional. Ocupó cargos de diputado en la Asamblea Legislativa del Estado Soberano de Antioquia y fue miembro de la cámara de representantes, senador y procurador general de la nación.

Se desempeñó también en el área de la escritura, en varias publicaciones periódicas que circularon por Medellín y Bogotá y publicó *El cancionero de Antioquia* y *Ají pique*, que, en palabras de Juan de Dios Uribe, fueron muestra del más auténtico sabor colombiano y obras de gran aliento literario.

Jorge Isaacs y “María”*

Al Sr. Luciano Rivera Garrido

Yo fui un amigo de D. Jorge de diez años acá y pude apreciar cuánto valía por su carácter y talento. Leí su *María* en mis mocedades, y lloré sobre sus páginas, como han llorado leyéndolas tres generaciones de jóvenes. Amé el Cauca, sus valles y su cielo contemplándolos en las melancólicas hojas de aquel libro, y concebí desde entonces la más grande admiración por su cantor glorioso. Por entonces ya yo había leído al pomposo Chateaubriand , al amanerado y exótico Bernardino de Saint- Pierre y al elocuentísimo y tierno, pero también exótico para mí, Alfonso de Lamartine. Los amantes salvajes del Meschacebé, los inocentones chicuelos de las orillas de los Lataneros, y aun la vagarosa Graciella nada decían de muy hondo y conmovedor á mi enamorado corazón de diez ocho años...

Nacido yo y criado en algún pueblo rústico de las montañas antioqueñas, sin trato ni comunicación con los indios del Chamí y del Hábita, a quienes mis padres y otros descendientes de españoles habían desalojado de aquellas tierras, que á la sazón se convertían en praderas que mansos ganados poblaban; rodeado de campesinos sencillos, si bien rozándome también con personas de linaje y de instrucción, para quienes la Villa de la Candelaria (Medellín) era como casa propia y que conocían a Santafé y Popayán, á donde habían viajado con algún tío Canónigo de la Catedral de Antioquia; huyendo de las escuelas y colegios que mi padre creaba y ayudaba á sostener, y encovándome

* Publicado en *Revista gris*, volumen 3, número 2, julio 1895.

en las haciendas de mis tíos, orillas del rumoroso Cauca ó del turbio Barroso; creciendo y desarrollándome entre el más precioso *échantillon* de “Marías” que apenas soñara Jorge Isaacs, grupo gentil de muchachas de mi familia ó de familias amicísimas de casa, que así cosían una camisa como adornaban de flores rústicas un sombrero de caña que las gusrdara del sol, ó traducían también en sus mejores ratos aquello tan hermoso de Lamartine sobre el Petrarca: “IL y a deux amours: l’amour des sens et l’amour des âmes...”; ni siéndome tampoco extrañas, usted puede creerlo, las miradas de fuego de las *ñapangas* de Concordia y Titiribí, para quienes oía yo cantar á los respectivos *Ñapangos* coplas como la siguiente, de que hay muchas y excelentes muestras en la obra maestra de Isaacs:

Por aquí te estoy mirando
La puntica de la enagua;
El corazón me palpita,
La boca se me vuelve agua....

O bien:

En las calles de Concordia
No se puede caminar,
Porque hay unas tijeritas
Que cortan sin amolar....

En estas condiciones mías, perfectamente tropicales y arcádicas —si pueden juntarse esos dos epítetos— tan parecidas, empero, á las del insigne amigo que hoy lloramos (salvo el fausto rimbombante que él desplego en su verde juventud, según me cuentas); en estas condiciones, repito, que son las condiciones generales de todos los colombianos *que no nacimos con chaqueta*, como diría Gregorio Gutiérrez González, ¿Qué sabor íntimo, profundo, podían tener para mí René Chactas, Pablo Beppo y Lamartine? Aquellos amores y amoríos, si es verdad que fueron *imaginados* por escritores de mucha fantasía y grandes localizadores de escenas y pasiones, ello es cierto que no fueron *sentidos* como yo sabía ó podía sentir, como yo hubiera querido que sintiese la humanidad entera al influjo irresistible de mis diez y ocho años....así como sintió el mago prodigioso que se trató de Efraím.

María llegó muy a tiempo para mí. Aunque muy lejos de Cali, de ese hermoso y resonante valle donde pasan las peripecias de nuestro poema inmortal, yo también vivía en las orillas del Cauca, había cruzado sus aguas en canoas y balsas, y sumergídomme entre sus tumbos y remansos á oír el chirrido de sus ondas, que repercutía —en la creencia de los estultos ribereños —el lejano clangor de las campañas del infierno. . . . Yo también, desde ligera canoa, había matado *guaguas con el canaleta* y había enlazado venados sobre aquel río tormentoso, y en sus playas de arena menuda sequé mojada y comí el viudo de pescado cocido en tarro de guadua. Despertado yá mi amor á la lectura y devorados los libros forasteros de la biblioteca paterna; preparado retóricamente por *El Genio del Cristianismo*, Capmany y Hermosilla, cuya sequedad y majestad hueca no mucho de grandioso le decían á mi espíritu, *María* llegó, junto con *El Cultivo del Maíz de Gregorio*, á colmar el vacío de verdadera poesía, de pasión fogosa que yo sentía en mi corazón de joven. *Ella*, la mía, la de cualquiera de mis lectores, era la heroína de Issacs; yo era Efraím; la hacienda, lo campos, el medio ambiente del poeta, eran mi hacienda, mis campos, el medio en que yo estaba leyendo y sollozando. Yo también en ese entonces,

Soñé vagar por bosques de palmeras
Cuyos blondos plumajes, al hundir
Su disco el sol en las lejanas sierras,
Formaban resplandores de rubí. . . .

María fue una revelación para todos los corazones jóvenes del país al tiempo en que ella apareció. Los héroes y personajes que revoloteaban en nuestra imaginación, fingiendo semejanzas con las situaciones nuestras ó con las que veíamos agitarse á nuestro derredor, desaparecieron como vanos fantasmas, como cruzados que Saladino degolló implacable, como Casandras yá para siempre mudas en los limbos del olvido. *María* nos dominó, nos sedujo, nos hipnotizó a todos en aquella época, y en Antioquia mucho más que fuera de él. Allá habían conocido a su joven apuesto autor, de quien se sabía que amaba esa tierra con fervor de consanguíneo. Su nombre extraño de judío, que el reclamaba ante todo y sobre todo, le despertaba afinidades secretas en todas partes. El cantaba las campesinas antioqueñas con una coquetería de salón que no se asemejaba al deajo sencillísimo de Gregorio y de Epifanio Mejía; y una vez que pasó por Sonsón y se internó en las montañas

y breñales del Páramo en busca de Victoria para venir a Bogotá, esa vez sacó a su lira de poeta el mejor y más alto són que haya dado jamás jugando con las rimas: esa vez cantó á *Río Moro* e inmortalizó para siempre el modesto y escondido afluente de la Miel, cuyas aguas Isaacs y muy contados más hemos bebido. A Antioquia, en fin, le consagró el poeta su último canto, el canto del cisne moribundo. *La Tierra de Córdoba*. En esta vigorosa poesía, en que el cantor abandonó su modo primero natural (que ya en *Saulo* había hecho á un lado también) y se encaramó a estrofa de estructura inaccesible al vulgo de lectores, vuelven á presentarse las mujeres antioqueñas en paralelo bellísimo con las mujeres de la Biblia, el libro de Isaacs, como revelado, como poético, como histórico. Y la Biblia que para Isaacs era manual casero, un libro que le contaba la historia y hazañas de los de su familia y su solar, fue para nosotros los antioqueños un punto de comparación, una piedra de toque donde aquilatamos nuestro entusiasmo y devoción por la prometida de Efraím. Si en materia de novelas íbamos nosotros en las ya citadas, en *Oscar y Amanda* y *el sitio de la Rochela* (por lo que toca á lo sentimental), en historia estábamos aún en *Los doce Pares*, por el Obispo Turpino, y en la *Historia Sagrada* que crea al mundo en siete días, le saca a Eva de una costilla al padre Adán, y, pasando por el diluvio y lo de Pentápolis, llega á maravillarnos con los sueños de José, las blasfemias del viejo Job y las muertes de los diese cuasi maridos de Sara. ¿Pero quién de nosotros podía entender ni menos apreciar las parábolas y apólogos del libro por excelencia (filológicamente hablando), ni siquiera gozar de sus metáforas y figuras orientales, que nos dejaban lelos y confusos? María y Efraím y demás personajes del libro recién llegado nos daban, eso sí, una idea de Ruth la segadora, de Noemí, de Booz, de Abraham y de Jacob, de Eliécer y Rebeca. La vida patriarcal en nuestro trópico, la tragedia rápida y conmovedora de una familia y de unos amores, allí están pintados, sublimados, por la mano viril de un tataranieto de Esdras...y también Macabeo que supo luchar por sus ideas con las espada del soldado y la fortuna del mártir.

¡Qué triste es decir, como nosotros tenemos que decir hoy en día, ó digo yo al menos, hablando con la franqueza requerida, que *María* nos sedujo, nos dominó y nos electrizó á su aparición, como si nos refiriéramos á un libro viejo y de ocasión, de quien ya nadie se acuerda, porque le pasó la moda y cambiaron las circunstancias en que logró efímeros aplausos!

Pero nó. La gloria de Isaacs fue precisamente el haber escrito un libro que es impercedero como lo es el amor en nuestra especie; y mientras lo hombres

y las mujeres aprendan á leer, y, enamorados humana pero noblemente, lean a *María* á los veinte años, esos hombres y esas mujeres llorarán estremecidos por aquellos amores malogrados, y sentirán, pensando en el adorado ó la adorada ausente, revolotear sobre su cabeza entumecida las aves negras del olvido, los búhos del desengaño y de la muerte. Ellos, todos ellos, se fingirán volviendo del obligado maldecido viaje; entrarán trémulos, con paroxismos de ansiedad, á la casa antes alegre, ahora sombría, y llamarán con el nombre que en sueños han repetido mil veces: "¡María! ¡María!" para oír la respuesta abrumadora de una madre: "Murió! ¡Está en el cielo!" y caer desvanecidos apretando contra el pecho el libro que así describió su desventura, ó que, como en anhelosa pesadilla, les enseñó cómo sufre y cómo deben llorarse los amores desgraciados...

Ese es el privilegio de las obras de arte destinadas á la inmortalidad: son como las obras de la naturaleza, que por los grandes asombran; son como las maravillas de la creación de que habla á nuestra niñez el afectuoso Carreño: basta dirigirles una mirada para comprenderlas en su eterna quietud de bloques de belleza. Ellas no cambian, nó, de modo alguno perceptible á los mortales; pero nosotros si: somos, tal vez por fortuna, una espiral infinita de sensaciones que, aun conservando el mismo centro, —el corazón,— nos vamos alejando del punto de partida cada día más y más, bajando o ascendiendo, según los lances de la vida y el giro de nuestras inclinaciones. Sólo Caro, el poeta, se atrevió á decir en su orgullo de amante empecinado:

¡Campos, montañas, cielos, todo cambia,
Pero no cambia, nó, mi corazón!.....

Y Caro, amante correspondido, y luego esposo enamorado, hubiera leído mil, cien mil veces á *María*. Hay naturalezas virginales en que la ebullición de los primeros amores no se aquieta; como los grandes volcanes, el penacho de humo y llamas que los corona, es el faro lumbroso de los otros amantes. Isaacs también era de estos estilistas del amor y por eso pudo lanzar al mundo su libro único en nuestra literatura. Otras almas siempre frescas son las almas de los sabios, de los verdaderos sabios, que estudian, desentrañan y utilizan para los demás hombres las leyes de la naturaleza. Véase, por ejemplo, á Moleschott. Ya viejo y rodeado de su familia en Roma, le escribe á Isaacs una sentida carta para darle las gracias por haberle proporcionado el placer

indecible de leer á *María*. Las fibras todas del corazón del sabio anciano se removieron y hallaron el calor y la alegría de los años juveniles al contacto de la creación del poeta colombiano.

“Muy señor mío:

No tengo el honor de ser de usted conocido, y sin embargo yo soy un antiguo deudor de usted

Hay cuatro años que he leído su novela *María*, y la leí con mi mujer y mis hijas. No podría expresar con palabras la admiración llena de ternura con que hemos seguido el desarrollo de su conmovente y sencilla historia.

Yo conocía novelas de aldea. Inmermann, Bizius, George Sand, Auerbach y en cierta manera el mismo Alarcón, han creado ejemplos, en los cuales la belleza y la verdad se encuentran á porfía.

Jamás he tenido ocasión de leer la historia de una casa sola, en la cual la exposición de los más simples y llanos motivos produce una expectación y un enternecimiento iguales á los del enredo más refinado y sutil que pueda imaginar el más divino poeta. Los colores que usted supo reunir en el estrecho cuadro de escenas domésticas hacen pálidos muchos lienzos en que el pincel ha prodigado los tintes más relucientes que la más rica paleta pueda ofrecer.

Nosotros amamos á *María* y su amigo tierno y infeliz. Todavía no sabemos si usted inventa más bien cuando describe la natura ó cuando penetra el corazón del hombre. Lo que sabemos es que usted ha siempre visto, siempre sentido, padecido y experimentado lo que pinta, y así es que se puede aplicar á su novela el verso de Dante:

Amor che a nulla amato amar perdona.

Yo habría repetido muchas veces la lectura de su *María*, que es digna émula de Paul y Virgine, si no me hubiese sido imposible de procurarme la posesión de su obra poética y soave. La conozco porque la hija de Mancini, nuestro Ministro de Relaciones Exteriores, me la ha prestado, pero ningún librero ha podido proveerme de un libro que para mí sería uno de los mejores tesoros de mi biblioteca amena y artística.

Le quedaría muy agradecido á usted, si tuviese la bondad de encargarme á su editor de enviarme tres ejemplares de su libro, por mi cuenta, yá se entiende.

Deseo, antes he prometido de regalar su libro á dos amigas, dignas las dos de recibir semejante joya. La Sra. Flora Piccoli á Nápoles, que es la hija de Mancini á quien debo el conocimiento de su cuento, está traduciéndolo en lengua italiana, y mi mujer tiene gana de traducirlos a lengua alemana. Lo agradecería mucho si usted se sirviera decirme si algo se opone á la publicación de su libro en Alemania.

En todo caso ruego á usted, reciba con bondad la expresión, por débil que sea, de mi sincero reconocimiento por un regocijo, por el cual le quedará obligado por la vida su más atento y seguro servidor, Q. B. S. M.,

Jac Moleschott,

Profesor de Fisiología en la Universidad de Roma y senador del Reino de Italia.

Roma, 20 Abril, 1882."

Pero nosotros el común de los hombres, los que ya —según otra frase de Gregorio— le sacámos todos los filos al dolor y les bebimos todas sus mieles á las pasiones cálidas; nosotros somos la insulsa prosa del mundo, que bajamos, para no volver á subirlos, los círculos concéntricos de la espiral luminosa y vamos hacia las cavernas del no ser, con el Código Civil ó el Formulario de Bouchardat en una mano y las *Cartas de Mujeres* de Prevost y la *Tierra* de Zola en la otra, hasta para en el Eucologio *Romano* ó en *Las Ruínas de Palmira*, según las indicaciones de cada uno y los lances de la vida de cada cual. Pero volver á *María*.....imposible! Yá lo dijo Teófilo Gautier:

*Viginité du coeur, hélas! Si l'ól ranvoie!
Sanges riants, projets de bonheur et d'amour,
Fraiches illusions du matin de la vie,
Pourquoi ne pas durer jusqu'à la fin du jour?*

Cuanto más puede pedírse nos para la imagen desvanecida es un recuerdo piadoso y sincero como éste que ahora lo consagro, haciendo venir a mí brisas lejanas y aromas extintos; cuanto más podemos darle es una lágrima rencorosa que la lleve nuestra maldición contra el cuadrante de la vida que no se detuvo á tiempo, para siempre saber amarla y comprenderla. Consuélome con saber

que *María* no necesita de mí ni de los que, como yo, hemos modificado nuestra estética al pasar de los años. Si el corazón humano, el que palpita dentro de cada uno de nosotros, no se renueva ni aun con los filtros probados por el Dr. Fausto, la santa madre tierra es una fragua inmensa donde cada chispa vale por un corazón, y la última chispa sensible de esa fragua leerá á *María* y llorará por ella antes de extinguirse en el frío caos de la nada muda. La desaparición de Jorge Isaacs era el golpe de gracia que faltaba para la literatura moribunda de Colombia. El eclipse es total; y aun parece que la muerte misma se pone del lado de la superstición y las tinieblas. ¡Que así sea!

Bogotá, junio 30 de 1985.

Antonio José Restrepo

VE, PENSAMIENTO!

Como las brisas
De aroma llenas
De aquellas tardes
Siempre tan bellas,
Que hora doliente
Mi alma recuerda,
Vé, pensamiento,
Vé libre y vuéla
Por los collados
Y las florestas
Donde pasara
Mi edad primera.

—
En las montañas
Hay azucenas,
Ay! que no nacen
Yá para ella!
Como á las cumbres
Volubles nieblas
Las matutinas

Sobre la tierra!....
Vé, pensamiento,
Vé libre y vuéla,
Como los vientos
Que el césped riegan
Con azahares
Y rosas muertas.....
Que yá no te adornan
Sus negras trenzas!

—
Mi hogar ruinoso
Cárabos pueblan:
Por las techumbres
Rotas, penetra
Luz de la luna,
Luz macilenta.....
Como los cierzos
En noches negras
Sobre esos muros

Auras elevan,
 Vé, pensamiento,
 Vé libre y vuéla
 Por do en cascadas
 El zabaletas
 Baja formando
 Húmedas vegas.

—
 Vé, pensamiento,
 Vé libre y vuéla
 Por los jardines
 Do amante espiela;
 Do en las auroras,
 De rosas frescas
 Llenar su falda
 La vi risueña.....
 Edén perdido!
 Santa inocencia!
 Angel de un día

Gimen y vuelan,
 Despedazando
 Su airón de hiedras,
 Vé, pensamiento,
 Vé libre y vuéla
 Sobre el sepulcro
 Do la maleza
 Cubre la losa
 Yá cenicienta
 Que sollozantes
 Mis labios besan.
 Lláma en su tumba;
 Lláma en la puerta
 Que en mi camino
 La muerte cierra;
 Mas si á tus ruegos
 Sorda la encuentras.....
 Dolor que matas,
 Bendito seas!

JORGE ISAACS, 1867.

Por el artista

Jorge Isaacs y *María* son para mí una misma cosa, al menos considerados desde el punto de vista artístico. Los que tuvimos la fortuna de conocer y tratar al primero, supimos que en su alma vivía siempre latente —pronta á revelarse con cualquier recuerdo de su libro inmortal— la nostalgia infinita de los espíritus superiores, la poesía exuberante que rebosa en las páginas de la segunda. Y aquellos lectores de *maría* que han podido apreciar y comprender ese libro en más de lo que la verdad histórica y artística puede encerrar en él, saben hasta dónde alcanza la sinceridad de su autor, y conocen, mediante el proceso psicológico que han hecho de éste durante la lectura, el alma de quien supo imprimir á su mejor obra el mayor sello de personalidad que es posible á un artista.

Digan lo que han leído el libro de Isaacs, ó lo que es lo mismo, los que aprendieron á admirar y á querer esa gloria de Colombia, si no sintieron hú-

medos los ojos cuando supieron su muerte. De mí sé decir que cuando tuve conocimiento de ella sentí como si algo de mí mismo se hubiera desprendido y muerto. ¿Era acaso que mi corazón sufría la desgracia de la Patria, ó que la admiración y el cariño que profesara al insigne escritor trocara, por una causa natural y fácil de comprender, en materia de justísimo duelo? Quizás por una razón ideológica que solo yo siento y me explico, la muerte de Isaacs representa para mí la pérdida de una ilusión acariciada harto tiempo en mi espíritu, la tristeza suprema que deja la desaparición de un ideal casto y hermoso. Jorge Isaacs, mejor dicho, el Efraím que ha vivido con nosotros, que hemos tratado íntimamente desde la adolescencia, cuando la naturaleza comienza su despertar de ansias secretas y de anhelos misteriosos, ése es el compañero y el amigo que deja aquí, en lo íntimo del corazón, el vacío de una aspiración noble que no se satisfizo y el dolor de un afecto profundo que se evapora con la muerte....

2. Los Capuchinos del Caroní* leyenda histórico-burlesca

Antes

Leyendo la bombástica apología que hace D. Felipe Larrazábal de la vida y obras del General Bolívar, caí en la cuenta de lo mucho que se afana el prosador caraqueño en defender el héroe colombiano de haber metido la hoz suya en la mies de veintidós catalanes, por allá en los tiempos de la reconquista, cuando tuvimos la fortuna los caribes americanos de arrojar el equívoco embozo de la bandera española. Ese ridículo afán y la prueba siniestra episcopal en que se funda el biógrafo para absolver á D. Simón, me pusieron en el brete de escribir una leyenda histórica, que también es burlesca porque habiendo frailes en el asunto.... “lo raro fuera que no”, como dijo un poeta memorioso.

Esta leyenda no es maña, pues que en ella se guarda fiel la tradición histórica y yo he procurado hablar español y acompañarme como para andar entre ladrones, esto es, con gente buena y experta: Teófilo Folengo, Francisco Rabalais y Francisco de Quevedo son hombres que hoy en día pagarían en moneda de 0.900, ó que siquiera pagarían; ellos me han servido de lana y de aguja, el anjeo es la capuchinada (no debe leerse cochinateda) de los llanos del Caroní.

Suplico á mis amigos que me lean que no vayan á creer por un momento que yo deje el ínfimo oficio que tengo por meterme á *leyendero*; antes diera con mi musa y con mi prosa en la última trastienda de la última parroquia, como último memorialista: yo no aumentaré el número de palurdos que sin talento, ni gracia, ni sal bautismal, pretenden seguir los pasos del insigne es-

* Tomado de B.B. DE LA R, LIBRERÍA COLOMBIANA, Camacho Roldan & Tamayo, 1887.

critor y poeta peruano Ricardo Palma. La gloria para él, la risa y la caritativa lastima para sus ineptísimos payasos....

También suplico á los insensatos, creyentes que llaman los clérigos, que no lean este cuaderno, no vaya á producirles el malísimo efecto que siempre les produce la lectura de algo que no acaba en la firma de un zoquete con una mala cruz á un lado, ó con las espeluznantes S.I. Ese efecto es el de querer meter ó que otros metan á la cárcel al actor del escrito repudiado; y como ahora esos insensatos creen que meter á la cárcel es como soplar y hacer botellas, (creencia tal vez puesta en razón), tengo especial interés en que las manos de éstos no me toquen no aun con los ojos leyendo el impreso que el cajista compuso con un original por donde paso la mía.

Descartados, pues, los santurriones sin santidad, tocarme decir una palabra á mis amigos impresores de Bogotá que no quisieron imprimirme de puro miedo y por singular agachamiento. No es verdad que los frailes y la religión estén ahora convirtiéndose en cosa sagrada por artes del Gobierno. La Constitución habla claro á ese respecto, y el Dr. Núñez —que es quien manda— ha dicho claro y muy claro, que con esos sujetos no se ha hecho otra cosa que tener piedad, la piedad suprema de Víctor Hugo. Todo el partido liberal y una gran parte, la parte inteligente, del partido conservador, son religiosos, tolerantes, civilizados, ciudadanos, urbanos; y toda esa fuerza comprime serena la nociva expansión frailesca. Si en estos momentos el humo de la pólvora que ayer no más se quemó no deja ver claro, pronto, muy pronto se disipará la dulce ilusión de los agraciados y la infundada creencia de los temerosos. El elemento bárbaro está ya juzgado en Colombia y llevara su merecido: si ahora hace añagazas y visos es porque en la lucha por la vida ningún organismo se transforma antes de haber hecho la última evolución vital; el pez que se retuerce y brilla en las arenas está vivo, pero ya no tiene vida...

Por lo demás, quiero consignar aquí mi gratitud á la imprenta de *El Espectador*, que publica mi leyenda, y especialmente al Sr. Cano —Director— que ha corrido bondadosamente con los cuidados de la publicación.

Titiribú, Marzo 15 de 1887

Los Capuchinos del Caroni

De tal manera estaban disciplinados dentro de los frailes los movimientos y proposiciones de nuestra mísera naturaleza humana, que era diferente ver

como la injuria no levantaba la voz hasta que la gula se diera por satisfecha, y la pereza no daba señales de vida mientras le correspondía á la codicia impulsar el ánimo.

Roberto Robert. *Los cachivaches de antaño*.

“Ahora que los cantos gallan”, y ya que tanto bendito de Dios se ha dado á la inocente labor de hacer de la historia crónicas y de los hechos consejas, quiero decir, ahora que tanto abundan los escribidores de *leyendas históricas*, me vengo yo con mis once de oveja á contarles á mis lectores una de tantas, á las mil y quinientas, en que se verán cosas tan dignas de atención como risibles, y tan históricas como el sombrero de Bolívar, el pitillo de Franklin y la carabina de Ambrosio.

Á los hechos me remito.

Mala era la sopa y peores las lechugas de las eras en el fértil principado de Cataluña á fines del siglo pasado. Por esa que fue razón de tomo y lomo resolvieron dejar su ingrata patria y buscar mejor acomodo unos veintidós súbditos de Carlos III, que vestían el hábito de nuestro padre San Francisco, y á quienes por llevar los pies descalzos y traer la barba larga y otras señales exteriores, llamaban capuchinos los hijos de las Españas. Providos de las licencias necesarias, con ánimo de reducir infieles, á la fe del Salvador, y sin *animus revertendi*, se vinieron á un rincón de la Capitanía general de Venezuela, en esta América, en donde en santa paz de Dios y ayudados de los arcabuces de sus paisanos, establecieron una misión, que se llamó del Caroní, en el riñón de la Guayana.

Reconocida sin contradicción la benéfica influencia de las misiones catequistas, y mereciendo universal aplauso todo esfuerzo legítimo para conservar la vida y mejorar la fortuna, excusado seria cualquier razonamiento para justificar la conducta de nuestros capuchinos, y rastrera mezquindad no aplaudir con una doble batería su cristiana resolución.

No por andar descalzos y traer la barba larga eran uno boquirrubios los padres catalanes para eso de saber dónde eran los indios más infieles al Dios verdadero, y donde los terrenos más férciles y más opulentas las cosechas. El valle de Caroní presentaba esas condiciones elevadas á la quinta potencia, como luégo veremos. Allí sentaron sus reales, allí clavaron su cruz y se dispusieron á llevar á remate sus intentos. Con los blandos y paternales medios que la religión y la conquista pusieron en sus manos, inducían suavemente á los retrecheros aborígenes á dejar las viejas supersticiones para seguir las nuevas...

santas enseñanzas; y por los métodos no menos ingeniosos de hacer trabajar á los demás en provecho propio, y sembrar y ver llover, iban convirtiendo en trigo la cizaña, las cañas en azúcar, los toros bravíos en bueyes y los bueyes en cecina. Es fama, además, que con maña sacaban cimarrones del monte.

En dimes y diretes con los indios y en dares y tomares con sus bienes, dejaban correr los años aquellos santos misioneros sin poner oído á los sucesos terribles, á las guerras y terremotos que tenían lugar no lejos de la misión á ellos por nuestro Señor encomendada. La felicidad suele llevar consigo un cierto olvido, una agradable sensación de egoísmo por todo aquello que no la perturba de un modo inmediato, máxime cuando esa felicidad no es la nuestra propia —que entonces se confunde con el indigno utilitarismo— sino la de nuestros semejantes salvajes, que suelen, para más probarnos ante el Altísimo, volvernos agasajos con patadas... Alelados, que no dormidos, dejaron pasar á mejor vida al siglo XVIII, que les vió nacer, sin darle en despedida ni un responso. El siglo XIX y sus borrascas alelados les vieron en aquellos llanos, haciendo la felicidad de sus moradores en el tiempo. Y la bienaventuranza de los mismos en la eternidad. En esa dulcedumbre del deber cumplido los hubiera encontrado el juicio final, si no da la desgracia de que al diablo se le antojara tirar de la manta... Y el diablo tiró.

El día 17 de Febrero del año del señor de 1817, el General republicano Manuel Piar, hombre malo si los hubo, en sentir de los franciscanos descalzos, llegó á la villa de Uputa, metrópoli de la misión (que las misiones también tienen metrópolis), y al grito satánico de ¡muera el Rey! No dejó libre á rey ni roque de entre la respetable hermandad de la capucha. El hermoso convento de Caruache fue el lugar escogido para que se entretuviesen á la sombra los veintidós misioneros que gobernaban en el nombre del Dios de los ejércitos y de D. Fernando VII aquellas tribus cuasi trogloditas...

No me detendré á pintar la cínica osadía de Piar, su sacrílega insolencia ni la magnitud de su atentado. Quiero sí hacer resaltar la infamia de aquellos torpes indios guayanenses, su ingratitud inaudita, su proclive naturaleza. Apenas Piar, al grito sonoro de *¡libertad o muerte!* Invadió los llanos del Caroní, aprisiono á los frailes y apellido república, los tales se le presentaron á engrosar su ejército, y á servir de carceleros á sus padres... espirituales. Dice un cronista que daba gusto ver á esos barbaros asirse á las banderas tricolores y besarlas con más unción de la que solían gastar para lamer la sotana de los capuchinos; y añade un historiador: “Los indios, que odiaban de muerte (sic)

á aquellos padres, apoyaron el partido de los independientes y aun se alistaron en nuestras filas”.¹

Cosa de poco momento les parecía á los dignos misioneros aquella invasión diabólica y aquella su prisión inesperada. Más no lo quiso así su buena estrella. El General Piar, empeñado en una guerra á muerte con los compatriotas de los hermanos, en la imperiosa necesidad de refocilar su ejército hambreado y perseguido, tuvo el mal gusto de creer que aquellas llanuras verdiazules, aquellas dehesas rebosantes de caballerías y novillos, aquel pedazo de *paradiso in terra* que se habían fabricado allí los misioneros catalanes, era lugar resguardado y propicio para su desmantelada tropa, y arsenal abundante á las necesidades de su injusta causa. Sin duda que hizo mal el desatentado caudillo, pero ello es que “conociendo más cada día la importancia del territorio del Caroní, almacén y granero de las provisiones necesarias, se resolvió á conservarlo á todo trance.” (Ídem.)

Ya habían dejado de brincar de alegres los indios malnacidos; ya los soldados de Piar no tiritaban de frío ni bostezaban de hambre; ya los capuchinos iban amarillando á la sombra, cuando se le metió en la cabeza al Brigadier D. Miguel de Latorre. Jefe de las fuerzas españolas, venir á disputarle á Piar los ganados de los llanos y la suculenta volatería del convento de Caruache. Caprichos de españoles... Piar, que digan lo que quieran los historiadores peninsulares, era muy devoto de la orden (descalza) de San Francisco, y sabía que Latorre era medio hereje y medio masón, se preparó á defender el territorio providencial. Rezando quedaron los capuchinos por el buen éxito del celoso guardián, mientras él, trasladándose á San Félix, dio allí tal batalla que no quedo ni remota duda de que el Espíritu Santo andaba á su lado, pues la causa del rey católico de derecho divino llevo tamaña derrota como un templo. Más de 500 realistas muertos, 300 prisioneros, inclusive 75 jefes y oficiales y el gobernador Ceruti. Latorre se escapó aquel día porque montaba un bayo no soñado mejor para esos percances. “Piar, dejándose arrastrar por la irritación vengativa de que estaban poseídos entonces patriotas y españoles, mando matar los 300 prisioneros europeos, no perdonando sino á los criollos.” (Ídem.)

Bolívar, que no daba oídos á la molicie, resolvió abandonar aquella Capua y salir en busca de Morillo y sus secuaces. Pero á las rápidas marchas y con-

¹ Larrazábal, *Vida de Bolívar*, T.I. p. 469

tramarchas, sitios, cercos y emboscadas de las fuerzas patriotas, se oponían con una tenacidad inaguantable los veintidós de marras; no que ellos tuvieran voto en las deliberaciones ni fueran consejeros del Libertador, sino que aquellas moles de manteca y bodrio no podían moverse con la presteza que las circunstancias exigían. El que más se preocupaba con la terca oposición de los curianas era el Jefe del Estado Mayor, General Carlos Soublette, quien como piadoso cristiano que era y “en aquella situación tan erizada de peligros, resolvió hacer trasladar todos los capuchinos supervigilados en Caruache á un pueblo interior de las misiones, llamado la Divina Pastora”. (Ídem).

No se necesita mucho ingenio para comprender cuanto amaba el buen Soublette á los reverendos capuchinos, sin duda en recompensa de los que éstos hacían amar de los indios; y de ningún modo mejor podía el probarles ese amor tan puro como dando orden de que los acarreasen á la Divina Pastora. La intención se ve clara como un espejuelo; si por desgracia los resultados fueren desastrosos, culpa será de Béntham, no de Soublette...

Sabedores los frailes de que iban á ser enviados al lugar de mirificas delicias que habían sabido prepararse en toda una vida de consagración, ahorro y vigilancia, el asilo feliz de sus inocentes amores, al vergel encantador de su esperanza, á la Divina Pastora, en fin, resolvieron despedirse del maldito convento de Carnache echando la casa por la ventana, esto es, haciendo una de las suyas, un fandango en que la grosura diera al gznate. Hablaron de este proyecto á los indios que los custodiaban, y éstos, que sabían cuan fuertes eran los benditos en el arte culinario (¡por experiencia propia!), y deseando echar con ellos, en esta vez, un atracón de resonancia antes de partir, les prometieron su pequeño contingente: vista gorda y orejas de mercader mientras sus paternidades se daban trazas de prevenir el hartazgo...

Dirigía las operaciones de la misión el respetable Fray Tejuelo Gandull, de la más pura cepa catalana, y devotísimo sujeto. Un cronista de la época² habla de él en los siguientes honrosos términos:

“Este (Fray Gandull) se vanagloriaba de no saber ni el arte ni la regla de su orden, y la mostraba con sus hechos. Á las veces oficiaba en la iglesia de Upata, la cual más parecía una taberna que otra cosa, atento el mal estado en que se hallaba: las paredes cubiertas de letreros y de figuras obscenas,

² Mertino Cocayo, *Historias diacrónicas*.

recordaban aquello tan sabido: la muralla es papel de la canalla. Trascendía en el interior un olor insoportable, de no limpia procedencia, y guardaban la entrada unos cuantos de esos enemigos del olfato que el vulgo apellida lombardas. No puedo saber (continúa el cronista) cual fue el simple obispo que le dio licencia de decir la misa. Entre las muchas virtudes que adornaban al prior Gandull tenía la de ser más sabio que ningún carnero. Muchos años paso yendo á la escuela de Pedralbes sin lograr aprender una letra, hasta que fue preciso enviar este alcornuquillo á la ciudad de Barcelona para que allí le enseñaran el abecedario por esta chusca manera. La primera letra del alfabeto es Á. esta, como capitana de las otras, le fue enseñada bajo la representación de un compás o de una escuadra, de que se sirven los carpinteros, los filósofos y los astrólogos cuando quieren tirar líneas en redondo, á lo largo o al través, con las cuales se forman todas las figuras. De este modo supo distinguir la primera letra; pero no podía pronunciarla y fue preciso darle un burro por preceptor, el cual á fuerza de rebuznar *á, á, aaa* se la enseñó debidamente. La letra que sigue es la B, que él aprendió sin ningún trabajo por lo parecida que es á la prisión llamada gruillos, que ponen á los ladrones, asesinos y bandidos que llevan á las cárceles, y él había estado preso algunas vez por cierta fechoría en que mediaron faldas que no eran de Montserrat. Para que la pronunciara bien le forzaban á fingir el balido de un carnero, *bee bee*. En cuanto á la C, la aprendió contemplando el asa de un caldero, que él conocía muy bien por haber sido guardador de puercos, y mil veces les había llevado lavazas en gamellas. La pronunciaba felicísimamente porque los catalanes llaman sus puercos diciendo: *e, ce*. La D no le costó mayor trabajo, pues que toda la vida había acostumbrado blasfemar el nombre de Dios; y no obstante, hubo que ocurrir á otro medio, cuál fue el de hacerle escuchar las campanas cuando suenan; *din, don*. La quinta, que es la E, le fue representada á Gandull bajo la semejanza de un arco tirante sobre el cual está colocada la flecha. La aprendió á pronunciar, siendo ya clericó tonsurado, cantando *Kirie*, por cuanto los tales repiten mucho aquella E. hartos trabajos le costó la F, por tenerle mucho miedo á esta letra, como que por ella comienza la palabra *forca*, que nosotros llamamos patíbulo, á donde él debía haber subido tantas veces cuantas había forjado moneda falsa. Nunca pudo aprender á pronunciar la G, pues tenía la lengua calamocana, y por esta razón cantaba *Loria in excelsis* y no *Gloria in excelsis*. Ningún cuidado tuvo con la H, en razón de que los poetas, siguiendo el Doctrinal, no hacen caso de ella. Para que conociese la I se le hizo presente

el campanario de San Cipote, en cuya cima hay un ángel que voltea con el viento; pero la pronunciación se la enseñó un potro que le relinchaba en el oído: *iii*. La K no la pudo pronunciar, como la G, y dijo que era mejor dejarla para por detrás que para por delante. Aprendió la L por la semejanza que tiene con las hoces con que siegan los prados y con la que suelen poner en manos de la muerte los que la pintan en los libros místicos. Aprendió á pronunciarla oyendo, en los bailes de candil mientras se remeneaba con alguna pelleja, zonas la flauta: *lu lu*. Su paciente magister le mostro la M en una horquilla de tres dientes de esas con que se recoge el estiércol. En dos horquillas sin mango, puestas en sentido inverso la una contra la otra, se lo hizo ver la N. Por poco para aquí la carrera literaria de Gandull, pues la O por ser redonda le indujo á fabricar moneda á imitación de su rey... En cuanto á lo demás, no dejaba que desear ni á Dios ni á sus feligreses. Dijo siempre sus misas de un mismo modo y jamás supo hacer el signo de la cruz. *Confíteor* y *Amén* eran para él una misma palabra, pues antes de comenzar ya pensaba en el fin: no había dicho *La nómine Patris* cuando ya estaba en *Ite missa ext*. Si algunas veces se detenía en el *Memento* era acordándose del capón que se asaba en la cocina, y con el temor de que el gato hubiera metido la pata en el puchero. Cantaba frecuentemente dos o más misas en un mismo día, llevándose al soslayo las ofrendas que los devotos habían hecho para los difuntos, sin decir los responsos y sin dar su parte al cura o al vicario. Vendía todos los cálices de oro o plata que caían en sus manos, para comprar riñones de ternero que constituían su manjar predilecto. Jamás hizo lavar o renovar los corporales, ni las servilletas y paños del altar, que estaban roídos de ratones y manchados de vino. Cualquier mantel de bodegón era más limpio que sus manteles, y la mesa en que comen arrieros o soldados, mas aseada que su altar. Confesaba por cuatro maravedises á los ladrones, homicidas y falsarios y los absolvía del pecado y dela culpa. En su vida tuvo vieja por ama, diciendo que tales mujeres no hacen sino sazonar los manjares con su babas, y son sordas de las orejas y duras de rabadilla. Siempre tuvo muchachos, y no ajenos, que le respondiesen *kier e ora pro nobis...*”.

Tal era el digno Fray Gandull, á quien estaba encomendada la suerte de la misión del Caroní, la honorabilidad de la orden franciscana descalza en aquellas tierras, y, por el momento, la francachela de despedida en el convento de Caruache. Por fortuna sus compañeros de prisión se pintaban solos en las artes culinarias, y á falta de mayor libertad y más detenida organización

¿No estaba allí Margute, el negro viejo, esclavo antes de Gandull, prodigio de naturaleza, que crecía y se desporrondingaba como *lignum crucis* en las grandes solemnidades....?

Era este Marguto un negrazo descomunal que Fray Gandull había comprado, para el servicio de su paternidad, á un italiano llamado Pulci, que arri- mo algún día á la Guayana á vender macarrones y á coger monas. Tenía el tal (Margute no Pulci) el alma atravesada y la hiel ausente de su cuerpo, era de la piel del diablo, y hablaba más lenguas que los boros del Orinoco. Aunque lo creían bozal, Margute era un dialectico casuista que no le iba en zaga á ningún capuchino; así es que con los de Caruache solía tener largas discusio- nes, mas intrincadas las unas que las otras, pero todas utilísimas. Además de mil feos vicios que le acompañaban á toda hora (y que Gandull le perdonaba por confraternidad), era el negro libre pensador y epicúreo hasta las cachas. Preguntado un día por Gandull si creía en Jesucristo o en Mahoma, si era cristiano viejo o perro sarraceno, respondió con insólito cinismo:

“Para decir verdad honradamente, yo no creo más en lo negro que en lo azul, pero creo á pie juntillas en el capón asado y en los bollos. Algunas veces llego á creer en la mantequilla, en la cerveza, y, cuando lo tengo, creo también en el vino dulce. Lo que si arroba mis sentidos en éxtasis celestial y convierte mi libre fe en convicción profunda, es, ante todo, el vino añejo, y tanto es así que opino, y sostengo hasta el fuego (exclusive), que quien crea en él se salvara:

Ma sopra tutto nel buon vino ho fede, E credo che sia salco chi gli credo”

Margute, pues, era una alhaja. La noche de la despedida de los capu- chinos se sobrepujo á sí mismo, movido de piedad y gratitud: el negro ya era libre, mediante los decretos de los patriotas; ya estaba enrolado en las filas de Piar, y los frailes, sus viejos amos, habían de partir á la mañana siguiente, á ver la Pastora Divina, á donde el jama siria con las tropas libertadoras ni á deshacer los pasos.

De alquilar balcón para verlo fue el trajín que se armó aquella tarde en el convento y sus alrededores. Los festines con que obsequiaron los peruanos al Libertador, las celebradas bodas de Camacho, el banquete dado por Carlo Magno á sus paladines, que nos describe Quevedo en las *Locuras y necedades de Orlando*, todo eso se queda muy por debajo del jaleo que Fray Gandull y sus compañeros prepararon en Caruache aquella noche inolvidable. Dispersados en guerrillas por corrales y huertos, no hubo ave que no torciera el pescuezo no hortaliza que no pasara por agua. Fray Pandolfo, que era el cocinero ti-

tulado, se apareció al patio principal con una vaca gorda, novilla, que decía: comedme. Sin quitarle pelo ni cuerno fue metida en el gran asador, y todos los frailes se pusieron á voltearla y caracolearla para que el fuego lento. Fuego de herejes, como decía Gandull, la sazónara á punto. Cuando todo estuvo listo, llamaron á Margute, que había ido en busca de los licores, y á los indios que esperaban su bocado. El portador del vino los encontró en un rincón de la cocina, alrededor de la vaca asada: eran los veintidós sin faltar uno solo. Bebido el primer apetitoso trago, se abalanzan sin despabilar sobre la vaca. “Cuál (continúa el cronista) tira de una paleta, cuál de un pernil, quién busca el solomo, quién el pecho sustancioso; otro, exquisito en gustos, arranca los ojos con las uñas, y aquél, consumado maestro, después de comerse la carne, carga contra la medula del hueso que golpea en las piedras del fogón. ¡Visteis alguna vez hartarse más suciamente una piara de cerdos en sus vasijas repletas de desperdicios? Margute, al entrar al bello refectorio, es invitado á participar de la difunta. Este, á su turno, da un hueso al indio que le queda más cercano. Ambos á dos juran haber comido en su vida cosa más delicada. Nadie da vagar á las mandíbulas. No se oye otro ruido que el crujir de los huesos y el rechinar de los dientes. De cuando en cuando Fray Pandolfo sopla con sus fauces de rinoceronte sobre las brasas del fogón, en que se cuece una enorme olla de tripas y asadura, que ha de servir de sopa y ayudar al vino contra la sed. Se oye el golpe sordo de los labios que se chocan y se separan como las cabezas de dos cabrones que riñen. El caldo hirviente corre por la barba y por los codos de sus paternidades. Comen apresuradamente para cumplir con la Escritura, que así reza. La miserable vaca comienza á desaparecer como por encanto: ya no hay perniles ni solomos. El esqueleto macilento va dejándose ver más á medida que más comen los que lo rodean, y el hambre y la vaca parece que se acaban á un mismo tiempo. Pero nó: todos se arrojan á la olla de tripas, á la gordana y al untado de las hojas: cada lengüetada suena como un cintarazo, cada regüeldo como un trueno. Todos se aflojan los tafanarios y pretinas: sobre cada panza de aquellas hubiera podido pernoctar un ejército. Cansados los dientes, el gazzate traga sin mascar y recibe la tripa sin llenarse. Ya los huesos de la vaca brillaban esparcidos: en vano perros hambrientos hubieran venido á recogerlos: estaban como patenas. Las ollas fueron raspadas con las uñas, los pintos con el canto de los hábitos. Así lavan su loza estos buenos frailes, dueños absolutos de las almas necias que siguen su religión hablada, puesto que la que ellos practican es la de esta individua Trinidad: El Vientre de Dios,

la Comida su Ley, sus Santas Escrituras la Botella... Después de rellenarse de este modo, se levantaron —más cocidos que crudos— á beber y á jugar baraja. Así pasan la vida estos benditos, burlándose á más y mejor de todos aquellos hijos de Adán que se afanan para ganar el cielo y mantener la vida”

Mas ya sonaba la hora de partir. Soublette no podía conciliar el sueño pensando en la suerte dela respetable cofradía y en s inmediato viaje á la Divina Pastora. Por fortuna ya se habían dado todas las órdenes necesarias, y muy distinguidos jefes y oficiales corrían con la cuenta de los capuchinos.

Á las cinco de la mañana de aquel día de bureo, una voz imperiosa ya conocida llamó á la puerta del convento. Margute salió á ver qué era.

- Quién va á la guardia?
- El Coronel Jacinto Lara, de orden superior.
- Avance el Coronel, dijo Margute, abriendo de par en par la enmohecida puerta.

El Coronel Lara, seguido de un pelotón de gente armada y con unos pliegos en la mano, penetró en el convento. No sin mucha sorpresa notó al hacer la requisa, que caso todos los frailes estaban acurrucados en la cocina, quiénes roncando como unos órganos, quiénes acusando las diez ultimas.

- ¿Qué será, preguntó á Margute, que siempre se encuentran frailes en cocinas, y no se encuentran en tan viles lugares ni reyes, ni generales, ni galantes caballeros?
- Eso depende, contestó Margute, de alguna virtud escondida y latente en las marmitas, asadores y cazuelas, que atrae hacia sí á los frailes, como el imán atrae al hierro, virtud que no empoce á los reyes, á los generales ni á los caballeros. O quizá sea esa una inducción o inclinación adherente á las capuchas y cogullas, la cual empuja y lleva los religiosos á las cocinas, aun cuando no tengan elección ni deliberación de ir á ellas.
- Quiere decir eso, agregó Lara, formas que siguen á la materia, según lo enseña Averroes. Estudia filosofía architoista...³

³ Rabelais. Pantagruel, Cap. XI, Láb. IV.

Penetraron luego á una pieza del convento, en donde se comunicaron acerca del objeto de la visita matinal del Coronel. Este puso ante los ojos de Margute una orden así concebida:

Cuartel General ☞ ☞

Señor Coronel Jacinto Lara.

El Jefe de Estado Mayor general, General Carlos Soubllette, me comunica, de orden de S. E. el Libertador, que los veintidós capuchinos actualmente encarcelados en el Convento de Caruache, deben ser enviados inmediatamente á la Divina Pastora, con todas las consideraciones que su santo estado se merece. Queda usted encargado de tan envidiable comisión, pudiendo encomendar usted á otra persona de toda su confianza, según las necesidades del servicio.

Dios guarde á usted,

Manuel Piar

- Margute leyó de prisa, y, alzando los ojos al Coronel, en actitud de un mico que ve musarañas, le interrogó con la mirada.

Lara le dijo:

- Margute, yo no estoy para lidiar con estos frailes ni para entenderme con ellos. En momentos en que Morillo con 6000 hombres quiere presentarnos batalla: ahora que la gloria y el honor me laman al peligro, ¿Qué diablos he de hacer arreando á esos monigotes por estos rastrojos, convertido en fraileSCO maragato? Tú, Margute, que eres baquiano en esta brega, arrearlos ahora por fa, ya que ellos tanto tiempo te hicieron sudar el quilo por nefás. Dispón de esa escolta de indios, y lleva, además, algunos de tus hermanos del Guárico, recién libertados, y que te ayudaran con fervor. Pero ya sabes, vivos o muertos, á la Divina Pastora deben ir.....

Los ojos de Margute relumbraron como dos cocuyos, y mil ideas, unas peores que otras, atravesaron los arrabales de su cabeza.

- ¿Es cierto, dijo al Coronel, que el Libertador cuando llegó y supo que estos reverendos estaban presos aquí, exclamó con arrebató: *¿Por qué no los han matado?*

Lara se sonrió bondadosamente, y respondió:

- No me consta el hecho; pero ello es que ese decir ha corrido con mucha insistencia en todo el campamento. Sin embargo, yo no lo creo, pues hartó nos consta el ardiente patriotismo del clero americano, de que son prez estos capuchinos: y el Libertador no ha perdido ocasión de mostrarles su agradecimiento, sobre todo después del terremoto de Caracas. Pero sea de ello lo que fuere, cumple con tu deber.
- Es de lo que se trata, agrego Monzón, el ayudante de Lara: que la Divina Pastora los reciba en su seno antes que dos soles le alumbren las narices á Fernando VII.
- Mi comisión será cumplida *perinde ae cadaver*, como enseñan los jesuitas, dijo con resolución el teólogo Margute.

Lara y Monzón salieron del convento de Caruache á paso redoblado, no sin echar antes una ojeada á la cocina, en donde cabeceaban aun como molinos de vientos los veintidós de la cena.

Margute comunicó á sus compañeros la comisión que le estaba encomendada, y ordeno al tambor de servirse despertar á sus reverencias aunque en la empresa se reventara la caja.

Puestos en pie los capuchinos y notificados de la marcha inmediata, empezaron á querellarse al buen capitán (en San Félix había ganado el grado Margute), para que les otorgara algunas caballerías en que hacer el viaje, por serles imposible moverse en el caballo de San Francisco por aquellos andurriales.

Margute repulso con aspereza aquella extemporánea petición; pero, reflexionando un poco, vino en conceder lo pedido. Ordeno, por tanto, á los indios que salieran á os alrededores del convento por ver que bestias encontraban y las endilgaran al patio interior. Á otros ordeno que buscaran en los zarzos cuantos aparejos hallaran y los previniesen. El mismo se puso á ensillar el famoso rabicano que había pertenecido al prior Gandull, y que piafaba ya en una de las celdas convertidas en pesebreras.

Á poco rato fueron entrando, como al arca de Noé, toda clase de animales al patio en que debía ordenarse la caravana. Burras paridas, yeguas estropeadas, matalotes valetudinarios, cuáles sin cola, cuáles sin orejas, daban los buenos días á sus antiguos amos, en el rústico idioma que de ellos habían aprendido. Las necesidades de la guerra habían barrido de buenas cabalgaduras aquellas dehesas, antes oprimidas al peso de bucéfalos relinchadores. Al ver la manada de inválidos que les destinaba Margute en aquel trance, no pudieron menos de abochornarse los antiguos gobernadores del Caroní. El más gordo de ellos, Fray Guiñapo, que gozaba de las comodidades que dos hernias siendo diligentes pueden proporcionar á un buen sujeto, hubo de soltar dos lagrimas como dos almireces cuando le ordenaron que enjalmara la burra en que solían cargar los huevos de las primicias. Pero no había escapatoria; y aunque Guiñapo jamás pudo barruntar en donde tenía las narices, si era moralista capaz de explicarse el viejo refrán de su tierra: contra pujos no hay valor.

Pronto estuvieron enjaezadas como unos palafrenes ocho burras con angarillas, un caballuco con un sudadero y un fuste, dos mulas mancas con ídem, ídem, un buey tuerto y flaco con otras angarillas, y un muleto quebrado con un costal tendido sobre el lomo: total, montura para veintidós personas en diferentes posiciones.

Margute hizo arrimar las burras de las angarillas á los poyos de la cocina, y dijo con voz de chirimía: “Vamos, podagras! Divídanse como puedan, pero vengan los menos pesados á las angarillas y cojan el caballuco, el muleto y las mulas los otros. ¡Arriba! Arriba! Que se hace tarde...”

Como reos que marchan al patíbulo o como cura de pueblo que va á confesar á campesino pobre, es decir de muy mala guisa, se zampuzaron los unos en las árguenas y se acomodaron los otros en sus fustes. En esta vez les sirvieron los hábitos como nunca, pues sin temor al que dirán los doblaron blandamente para resguardo de las posaderas.

Media hora después aquella grotesca farándula se intrincaba por los senderos que conducen á la Divina Pastora. Contar las aventuras ridículas de aquel día sería cosa de nunca acabar. Baste saber que las mulas y el muleto, á pesar de sus gomas y mataduras, no pudiendo contemplar con impavidez aquel aparato fantasmagórico, dieron en la flor de corcovear y espantarse, haciendo echar la nata á sus paternidades en cada matorral. Las burras se adelantaban al buey y se echaban con estrepito en los hormigueros que bordaban el camino. El caballuco, acoplándose de que por ser un rezago inútil no había

perdido su integridad y entereza, atacaba á las burras con los más bruscos y desmañados cariños que presenciaron jamás franciscanos descalzos. El buey, punzado á cada paso con las bayonetas de los indios, daba cabezadas de ciego contra las angarillas, y golpes con la cola contra cosas blandas que no eran sus lomos. Margute y los indios renegaban si Dios tenía que, y mataban la murria echándole aguardiente al estómago con una gana monacal.

Por fin, á las cuatro de la tarde llegaron con vida á una posada equidistante de Caruache y la Divina Pastora. Echaron pie á tierra los que pudieron, y fueron desenzurrados los demás. Lástima les dio á los compasivos circunstantes ver salir de entre aquellos embudos bocarriba á los honorables dominadores de la que fue ostentosa misión del Caroní.

Allí, para cerciorarse de que ninguno faltaba, llamo lista Margute. Allí resonaron por última vez los hermosos nombre de: Asafétida, Bragazas, Carnestolendas, Damajuana, Estampasillas, Frescachón, Gandull, Guiñapo, Hipomanes, Intestino, Jaranero, Licencioso, Megaterio, Necuácuaro, Saltatrás, Tiquemique, Turuleque y Zampatortas.

Margute quiso hacerlos entrar á la sala, pero ellos prefirieron la cocina, por lo que ya se sabe, y alegando, además, que les urgía untarse un poco de gordana por donde amargan los pepinos... En todo convino el Capitán, á quien los ojuelos de la patrona le hicieron comprender que los frailes dentro eran mala compañía. Todos merendaron de o que hubo á la mano, y á las ocho de la noche el ruido monótono de ranas en ciénaga que hacían los franciscanos descalzos rezando unas letanías, acompañaba el sueño de Margute y de su gente...

No ha de faltar nunca una pérfida Dalila en donde menos se piensa. Los dengues de la patrona con Margute eran el cebo que había de hacer caer en el anzuelo al vigilante Capitán, y á los frailes también. Esa mujer, que había sido penitenta del P. Guiñapo, resolvió poner las artes de su fanatismo en pro de los confesores de la comarca y hacerlos escapar de cualquier modo. Y diciendo y haciendo: á la media noche aquella mejerá había logrado levantar sus fardos, ágiles yá como peonzas al ver de cerca y fiada á sus piernas su libertad. Por el corral de los marranos tomaron las de Villadiego con sigilo incomparable....

¡Id con Dios, dignos representantes de la civilización cristiana en el Nuevo Mundo; que la noche os envuelva en sus tinieblas, que se allanen á vuestro paso los barrancos, y que la Virgen de Chiquinquirá (que ya estaba inventada) os encubra en su divino manto...!

No formó los mismos piadosos votos que nosotros Margute al despertar. Á las cinco de la mañana todo era batahola en aquella posada. Descubierta la figa de los misioneros, la ira se apodero de todos con creciente frenesí. Sin más demora que la precisa para tomar una provisión de aguardiente y tasajo, se desparramo la escolta, como una traílla de sabuesos, por aquellos llanos, en que angostos senderos, que se cruzaban en todas direcciones, extraviaban al viajero en sus interminables zigzags. Empero, Margute confiaba en la infinita pericia de los indios para cacerías de aquella especie, y sabia, además, que el filial amor que profesaban á los capuchinos perdidos les ayudaría á desenterrarlos de aquellos atolladeros.

Mediodía quemaba con su insoportable calor los llanos que cercan á la Divina Pastora, cuando el negro Chiriguaco dio con los reverendos, que dormían la siesta en un oasis de copudos árboles. Voló el negro, sin despertar á los nuevos apóstoles, á comunicar la noticia al Capitán, que esperaba impaciente en la posada. Al saber éste el hallazgo, hizo llamar á todos sus compañeros y siguió los pasos de Chiriguaco.

El aguardiente había producido sus efectos en Margute y compañía, que veían sangre y exterminio al través de la conducta pérfida de los frailes. Llegados al lugar en que yacían los prófugos, no pudieron menos que reírse al contemplar las posiciones y cataduras de aquellos. Un grito horrible de Margute los arranco de su letargo; el espanto palideció en sus mofletes, y las exclamaciones resonaron. Margute, implacable, les dijo á voz en cuello: “Ah, frailes bellacos! ¿es este el modo de corresponder á los cuidados con que os hemos distinguido, á la confianza que en vosotros depositamos, dejándoos dormir en la cocina solo para que satisficieras la mala inclinación que tenéis de manchar los hábitos con hollín? ¿Pensabais escaparos á seguir vida nómade de catequistas, sonsacando infelices con vuestras marañas, dejándonos sujetos á las consecuencias de vuestra fuga, que nos hubiera costado la cabeza? Yo voy á enseñaros, bellacos redomados, cómo se catequiza la mala gente, cómo se limpia la tierra americana de verdaderos salvajes, cómo se llega sin andar á la Divina Pastora. Poneos de rodillas, y rezad el *confiteor*, que de morir tenéis, zancajos de la muerte!!... Y vosotros, fieles soldados de la Independencia, poned á un lado los fusiles, que las piedras de chispa están escasas y la pólvora no se halla y el plomo es reliquia; mano á los machetes afilados, y como partiendo calabazas. Acordaos que estos felones han querido poner nuestras cabezas en peligro, que han sido nuestros tiranos exactores, que nos despo-

jaron de nuestras tierras y bienes naturales y llegaron hasta hacernos la vida aborrecible, intolerable la luz del sol; que se adueñaron de nuestras mujeres y de nosotros mismos ¡qué horror! En nombre de un Dios de paz que no engendra sino desolación y muerte; acordaos de la causa de la América libre que estamos defendiendo palmo á palmo, batalla tras batallas, reivindicando nuestros derechos; pagad la tierra de estos sicarios, y el Dios de vuestros abuelos...se morirá tranquilo!... ¡Que la Divina Pastora los reciba en sus brazos...!

Una...!dos...! y tres...!
“Dijo; y entre pentágonos y cercos
Murmuro invocaciones y conjuros,
Con la misma tonada que los puercos
Sofaldan cieno en muladares duros..”

El tajante machete de los indios cumplió su deber con una horripilante exactitud,

“Ni demonios que van con espigones
Huyendo de reliquias conjurados;
Ni en la sopa revueltos los bribones;
Ni cationes de bronce disparados;
Ni pleito en procesión por los pendones;
Ni pelamesa de los mal casados;
No gallegos en bulla; no calderas
En choque de vasares y espeteras,
“Se pueden comparar con el estruendo
Que resonó del choque y cuchilladas,
De que los capuchinos van muriendo
Á puro torniscón de las espadas.
Las armas con el sol están ardiendo
Y arrojando centellas fulminadas...”
Pobres misioneros!!!
“Los majan, los machacan, los martillan,
Los acriban, los punzan y los sajan,
Los desmigajan, muelen y acribillan,
Los despizcan, los hunden y los rajan,

Los carduzan, abruman y los trillan,
Los hienden, y los parten y desgajan...”⁴
Pobres misioneros! Cuando ya quedaron de no poderlos recoger ni
con papel secante,

Según la expresión de un contemporáneo;⁵ Margute y sus compañeros tornaron á la posada á descansar de la refriega de aquel día y á prepararse para volver al campamento á dar cuenta de su cometido.

Mientras un fraile ciego se persigna se pusieron los de la comitiva al habla con el Coronel Lara en el campamento. Con todos los pormenores indispensables contó el negro al Coronel el fin trágico de los franciscanos descalzos. Lara no pudo menos que encomiar la conducta del fiel soldado y elocuente orador; pues al imponerse del discurso de Margute á los suyos, él mismo se sintió con ganas de encontrar un fraile á mano para “hacerle cerner el credo”, que era su expresión habitual. Sin embargo Lara y Margute no las tenían todas consigo, pues entre las muchas cosas que sabían, no ignoraban que los jefes superiores se impondrían con gusto de la tragi-comedia de los capuchinos, pero que no perderían la ocasión de echar dos párrafos de moral en improbación de aquel escándalo, &, &. La reprimenda inminente era para Margute una parodiada aplicación del viejo proverbio lombardo:

“Passato el periculo, gabbato il santo”.

Y así fue. Apenas Bolívar supo el fracaso de los misioneros, olvidó aquello de *¿Por qué no los han matado?*⁶ Que dijo al llegar al campamento, y escribió un oficio á Piar en que le ordenaba la averiguación de los hechos y el castigo de los delincuentes. Piar, aunque rezongo un poco cuando supo el acaecimiento de los catalanes, no creyó justo castigar ni á Lara ni á Margute ni á nadie. Creyó él que era nimia alharaca dar importancia á tan minúsculo suceso en una guerra á muerte en que cada día morían centenares de americanos y españoles, miembros útiles de la sociedad, padres de familias, sabios, viejos y niños. Así se lo respondió á Bolívar, recordándole de paso los 888 de Caracas y los 300 que él mismo acababa de despachar en San Félix. De la conducta de los Boves, Morillo y Antoñanzas tampoco se olvidó Piar. Pero lo que á él más

⁴ Quevedo, Orlando Canto II.

⁵ W. Arango (Aranquito).

⁶ Díaz, Montenegro y Barali.

le mortificaba eran los melindres de Bolívar... y de muchos otros que luego han escrito historias para achacarle la capuchinada. Así es que el vencedor de San Félix se hubiera dado al diablo —si Bolívar le deja vida— leyendo, en 1829, una defensa que hizo del Libertador el señor Obispo de Popayán don Salvador Jiménez. En la tal defensa, el bueno del Obispo echa el muerto de los veintidós muertos sobre Piar, Lara y otros, sin más datos que ser Bolívar omnímodo Dictador y dador de mitras, y estar los otros muertos o ausentes.

¿Qué podía saber el bueno de don Jiménez de ese hecho? ¿Qué documento exhibió para exculpar a Bolívar? Bien dicen que los obispos hacen cosas como de gente que tenga cola. El historiador Restrepo, que no era obispo ni sacristán, dice que lo de los franciscanos descalzos del Caroní #fue una desgracia para Bolívar.” ¿Desgracia por qué? Á Dios gracias los documentos de que nosotros hemos usado en esta leyenda nos han servido para decir la verdad y toda la verdad. La fuga inconsulta y arriesgada de los veintidós barbas, el ímpetu vengativo de Margute y los indios y negros del Caroní y Guarico, y más que todo “las circunstancias” fueron causa de la catástrofe de los enviados a la Divina Pastora. El mismo Margute así lo decía, y jamás sintió pena de consideración por las pequeñas “incorrecciones” de la grande obra de la emancipación americana. En 1830 estaba en París, en el Jardín de Plantas, viendo los patatuses y monerías de sus antepasados, encerrados allí en grandes jaulas para diversión de los papamoscas, cuando llegó el General Santander —como él proscrito por liberal— y le mostró el folleto del Obispo Jiménez sobre lo de Caroní. Margute no pudo menos que reírse de la sandez episcopal, y aun manifestó a su interlocutor que al Obispo de Popayán lo debían llevar a una jaula de aquellas. Luego, quedándose fijo en un orangután que hacia mil cabriolas poniéndose unos calzoncillos, se le ocurrió que ese era el autor del folleto que tenía en las manos y empezó a reírse estrepitosamente... y la risa seguía con mayor fuerza hasta llamar la atención del gran concurso que había frente a la jaula: y vuelta a la risa, y la risa y la risa, y los circunstantes empezaron en fin a reírse también y a decir: *é est drôle, é est drôle...* y cayó al suelo, reventando en medio del concurso, como reventaron los naufragos del Don Juan que se comieron a Fray Pedrillo...

Salvamento

Decir D. Julio Arboleda que las mentiras impresas eran las únicas que podían salvarse. Para contribuir a sacar verdadero al famoso autor de las célebres cartas

de *El misofoto* contra los PP. Jesuitas, salvamos aquí las que se han deslizado en este escrito:

1. Las espeluznantes *S.I.* de la página 6^a, son las espeluznantes S.J. (*Sotyclate Jesus*);
2. Después de la *evolución vital* de que se habla al final de la misma página, agréguese este paréntesis: (Dios me entiende);
3. La *libre fe* de Margute, que se halla á la página 22, es *tibia fe*.

Los demás gazapos con que tropiece el lector inteligente, que los salve sin vacilar, que esta salvación no le cuesta ni humillaciones ni dinero.

Marco Fidel Suárez

Marco Fidel Suárez (1856-1927)

Nació en Bello, Antioquia, en 1856. Fue presidente de la República entre 1918 y 1921. Su texto titulado *Ensayo sobre la gramática de don Andrés Bello* recibió medalla de oro con motivo del centenario de Andrés Bello y se editó en 1885 en Madrid, España.

Durante su gobierno se realizaron importantes reformas en materia de ordenamiento: en 1918 se creó el impuesto sobre la renta; en 1919 se fundó en Barranquilla la empresa de aviación Sociedad Colombo Alemana de Transporte Aéreo (SCADTA), antecesora de la actual Avianca, que se inauguró en 1920 y que fue pionera en el transporte aéreo en América Latina. La campaña de Suárez se basó en una política exterior pronorteamericana: “Mirar al norte”, decía. Su gobierno pasó graves crisis económicas, una de ellas, la del café, y se caracterizó por una fuerte presencia de la economía de Estados Unidos, lo que le generó muchas presiones y su renuncia en noviembre de 1921.

En sus últimos años se dedicó a su obra literaria. En *Sueños de Luciano Pulgar* se defendió de las diversas acusaciones contra su gobierno y desató el interés público debido a su contenido polémico. También publicó *Escritos*, *Estudios gramaticales* y *El castellano de mi tierra*. Entre sus muchos discursos sobresale la *Oración a Jesucristo*, obra magna de la oratoria sagrada colombiana, pronunciado durante el Congreso Eucarístico Colombiano de 1913. En su libro *Semblanzas* presentó a varios colombianos notables y algunos ensayos históricos y lingüísticos.

1. La gramática de Bello*

Cuando los modernos idiomas de Europa entraron en su periodo de cultura, después de haber atravesado el de su formación dialéctica, adoptaron para sí la gramática de las lenguas sabias que a varios de ellos habían dado origen, de donde resulto que Dionisio Tracio, Donato y especialmente Pisciano constituyeron durante largos siglos autoridad absoluta en lo tocante al arte del lenguaje. Arte decimos, porque en el tiempo que prevalecieron los principios de las gramáticas griega y latina fue el empirismo el método impuesto a las inteligencias: los nuevos idiomas, al ser reducidos a la enseñanza, se amoldaron al sistema gramatical inventado en Atenas, Roma y Alejandría. Natural era que así sucediese en una época que para no ser bárbara tenía que vivir vida prestada, asimilándose en cuanto podía la cultura de los antiguos, y en que el espíritu predominante era, en cuanto a la ciencia, más especulativo que experimental.

Así como la necesidad de enseñar un idioma extranjero fue la causa probable del primer análisis del lenguaje, o sea de la primera gramática, del propio modo el estudio más o menos general de las lenguas ha sido parte en reciente época para que estas se clasifiquen; clasificación que, permitiendo observar junto con las semejanzas las profundas diferencias que separan los innumerables ramos del habla, ha dejado en el aire y sin fundamento alguno

* Es esta la introducción al trabajo premiado en 1881 por la Academia Colombiana, con ocasión del centenario de Bello. El resto del trabajo, así como esta misma introducción, fueron ampliados en el libro *Ensayos gramaticales* publicado en 1885. Nos parece oportuno incluir en este tomo una parte siquiera de la obra que dio a conocer al señor Suarez como humanista. Puede verse todos el *Ensayo sobre la Gramática castellana de don Andrés Bello*, en el tomo primero del *Anuario de la Academia Colombiana*. Edición de 1938. (J. J. O. T.).

el sistema de aplicar a un idioma la gramática propia de otro. Débese pues en gran parte a la moderna filología, tan cultivada hoy y tan ilustrada, el haber sustituido en los estudios gramaticales un método científico al antiguo de secular dominación. Esta reforma, empero, no se ha verificado de un modo tan completo que pueda decirse universalmente olvidado el sistema de la rutina en lo que ha tenido de tiránico.

Por aquel camino hubo de andar la lengua castellana, que, después de lenta elaboración, entró en su edad dorada al tiempo que la nación a quien había tocado en dote, se hallaba también en época de gloria. Pero aun antes de llegar a este periodo juvenil ya la lengua de Castilla tenía cultivadores sin hablar de antiguas colecciones de refranes, encontrarnos en tiempo de los Reyes Católicos bastante cultivada la afición a este linaje de estudios, siendo su digno representante el restaurador Antonio de Lebrija, autor del Arte de gramática para la enseñanza en la corte de Fernando e Isabel.

Bien que fue durante los reinados de Carlos I y de los Felipes cuando la lengua alcanzo mayor esplendor, pues adquirió entonces la elegancia, riqueza y majestad con que aventajo a sus hermanas, no siendo por lo mismo aquel un periodo de crítica, no por eso decayeron, antes se aumentaron, los estudio gramaticales, trabajando en ellos con más o menos perfección y éxito después del Brocense, López de Velasco, Aldrete, Covarrubias y otros.

En la edad post-clásica, con la decadencia de las letras y la consiguiente de la lengua, hízose sentir la necesidad de los estudios gramaticales como remedio a tamaño mal. La fundación de la Real Academia Española a principios del siglo pasado, fue feliz ocasión para que los hombres ilustrados se diesen a la noble y útil tarea de estudiar el admirable idioma castellano y limpiarlo, fijarlo y devolverle el esplendor que había perdido. Fiel a sus fines, aquel cuerpo emprendió desde luego la formación del diccionario y la gramática, y al cabo de algún tiempo publicó sus primeras ediciones, que, seguidas de otras y otras de un modo y otro, han sido fuente abundante y sana de las doctrinas que sobre la materia se han publicado en las obras posteriores. A aquellas obras, tanto más meritorias cuanto tenían pocos modelos propios, han dirigido su vista y las han limitado cuál más, cuál menos, los gramáticos españoles del presente siglo, entre los cuales bástenos citar el eximio Salvá, cuyo texto ha gozado de grande y merecida aceptación en los países que hablan castellano.

Pero en las obras que hasta aquí van brevemente enumeradas, el sistema tradicional, si así es licito decir, ha sido el religiosamente seguido. Exactitud

y abundancia en la exposición del arte de hablar, claridad en los conceptos y hasta erudición en la doctrina, todo esto, que basta para enaltecerlos, se puede hallar en dichos tratados, pero no se vaya a buscar en ellos el análisis científico del idioma. Al consignar hechos estamos distantes de lanzar cargos insensatos con respecto a los primeros tratadistas, puede afirmarse que bastante se hacía en una época en que así los métodos como los modernos inventos eran desconocidos, harto se hacía con preparar la materia prima que andando el tiempo había de tomar magnífica forma bajo manos más adestradas por haberse educado en época más culta. Ni las humanidades ni la misma filología fueron jamás extrañas a aquella nación que parece haber heredado, más que otros pueblos hermanos suyos, en las letras y en hechos gloriosos, el espíritu que hizo inmortales las razas del Cécropo y de Encas, ella puede en efecto, mostrar nombres que, en sus varias épocas, se han ilustrado en estos nobles estudios, allí está Valdes, que al comenzar la cultura de la lengua escribía sencilla y elegantemente cosas exquisitas acerca de ella; allí están Mayáns y Capmany, eruditos restauradores del idioma; allí el ilustre Hervás, de esclarecida fama, digno continuador de Leibniz, autor del pasmoso Catalogo a que tanto debe la ciencia, hervás el encomiado por un Humboldt, un Max Müller, un Pott.

En lo que se refiere a la Real Academia Española, como ella lo advierte en el prólogo de su Gramática, la misma naturaleza de su instituto no puede compadecerse con un indiscreto espíritu de reforma, ni le permite aceptar a la ligera innovaciones por buenas que estas parezcan o sean; siendo cuerpo conservador del idioma, sobre ella pesa grave responsabilidad que la obliga a examinar mucho y aguardar largo tiempo para admitir modificaciones gramaticales; conducta tanto más prudente cuanto la ciencia que ilustra con sus enseñanzas a la gramática particular, si no puede ni podrá nunca verse despojada de su carácter, es nueva todavía, y de aquí nace que sus fallos no tengan aun toda la fuerza y prestigio que da la experiencia hija de una larga vida.

Los autores particulares, en quienes no se descubre tal circunstancia, tienen mucho más franca la vía de la investigación y del invento; empero, respecto de los que han escrito gramáticas, buenas en muchos aspectos, aunque siempre conforme al primitivo sistema, hay también razones que nos explican por qué han sido remisos en introducir en la gramática teorías nuevas, aun las sugeridas por la ciencia del lenguaje. Entre los obstáculos con que tropiezan las reformas no es el menos grave el embarazo que produce en los estudio la admisión de nomenclaturas, clasificaciones y definiciones recientes que,

por buenas que sean, hablan cuando son exclusivas de un idioma, su sistema gramatical del de los otros idiomas. Fuera de esto, una circunstancia influyó seguramente para que la gramática castellana, aun en manos de doctos autores, anduviese abrazada al método latino: la de haberse exhibido la entonces naciente ciencia del lenguaje en poder de una escuela superficial, que adoptada acerca de transcendentales cuestiones teorías arbitrarias, de que se siguió cierto grafo de aversión, muy natural por cierto, a novedades que llegaban por tan desacreditado conducto. Si a esto se agrega que la audaz insuficiencia se creyó con derecho para reformar a su sabor el lenguaje y para sustituir el criterio del uso autorizado con el de una ideología que no tenía de tal más que el nombre, comprenderemos por qué el acreditado Salvá juzgó que debía rechazar, y rechazó en efecto, ciertas innovaciones, algunas de ellas fundadas, que se proponían en su tiempo.

* * *

En tal estado se hallaban estos estudios cuando apareció en 1847 la Gramática castellana destinada al uso de los americanos por don Andrés Bello, coronada luego con tan completo éxito, que sus doctrinas fueron pronto corrientes en los pueblos de la América española. Con profundos estudios de la lengua propia y de varias extrañas, así antiguas como modernas, perfecto conocedor de la historia del castellano, castizo escritor y gran poeta, dotado de una vasta ilustración literaria y científica, de solido juicio, de talento superior, y más que de talento de genio, pues que tuvo el excelso don de crear, Bello acometió y llevó a término la alta empresa de reformar, de reconstruir por completo, el edificio de la gramática castellana.

Sin embargo, para que su obra no careciese ni aun de aquel atractivo que la modestia sabe dar, él la destinó al uso de los americanos. “No tengo, dice en el prólogo de su obra, la presunción de escribir para los castellanos; mis lecciones se dirigen a mis hermanos los habitantes e Hispanoamérica” No espíritu exagerado de nacionalidad ni menos la pretensión de fraccionar el idioma fraccionando su estudio, como en breve tendremos ocasión de hacerlo notar, sino la modestia que casi siempre acompaña al verdadero mérito, fue lo que dictó las líneas que hemos copiado. Pero los estrechos fines que el autor se propuso los sobrepuso el alcance del resultado, pues la Gramática del gran filólogo fue luego encomiada y más tarde reimpressa en la Península, y valió a

su autor el insigne puesto de miembro honorario de la Real Academia de la Lengua, testimonio patente de la admiración que aquel docto cuerpo tributó a la obra de nuestro sabio.

Tres criterios guiaron a Bello en la composición de su Gramática: el estudio del castellano en sí mismo, para formarle a su medida una gramática propia, desechando todo lo que, más o menos bueno para la lengua madre, no podía convenir a nuestro romance; el de estudiar el lenguaje con un método bastante experimental, prescindiendo en lo posible para la clasificación y el análisis gramatical, del significado ideológico de las palabras, esto en cuanto a la parte filológica de su obra; cuanto a la crítica o corrección del lenguaje, el uso erudito fue el guía que se propuso seguir y la piedra de toque con que analizo el habla castellana.

No debemos aplicar a un idioma los principios, los términos, las analogías en que se resumen bien o mal las prácticas de otro... Una cosa es la gramática general y otra la gramática de un idioma dado; una cosa es comparar entre si dos idiomas, y otra considerar un idioma tal como es en sí mismo... ¿Se trata, por ejemplo, de la conjugación castellana? Es preciso enumerar las formas que tiene y los significados de cada forma como si no hubiera en el mundo otra lengua que la castellana. Este es, el punto en quien me he colocado y en el que ruego a las personas inteligentes, a cuyo juicio someto mi obra, que procuren también colocarse, descartando sobre todo las reminiscencias del idioma latino... Obedecen sin duda los signos del pensamiento a ciertas leyes que, derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal... Pero si se exceptúa esta armazón fundamental de las lenguas, no veo nada que estemos obligados a reconocer como ley universal de que a ninguno sea dado eximirse¹.

Vemos por estas palabras que Bello se propuso aislar la lengua para el efecto de estudiar sus accidentes y fijar sus cánones, partiendo del supuesto de que la gramática general no existe sino en campo sumamente reducido; en lo cual sus doctrinas han venido más tarde, debido a los adelantos que cada día alcanza la ciencia, a ser más que confirmadas, pues hoy se sostiene en vista de hechos irrecusables, que no existe una verdadera gramática general. Hay, en efecto, lenguas desposeídas de todo accidente y formas gramaticales y sepa-

¹ Bello, *Gramática castellana*, prólogo.

radas por completo del sistema de las demás, tales son las que constituyen la rama monosilábica en la gran clasificación lingüística moderna, careciendo estos idiomas de aglutinación y flexiones, las palabras no tienen carácter fijo y una misma puede desempeñar todos los oficios en la proposición, según el lugar que ocupe y las partículas que la acompañen; de que resulta que tales lenguas carecen de gramática. De este modo la doctrina de Bello, basada en un supuesto muy próximo a la verdad, ha recibido una corroboración completa.

Aunque no son idénticas las conclusiones por no serlo los casos a que se refieren, es muy para notarse en honor del sabio americano la semejanza que hay entre su doctrina respecto del desarrollo del lenguaje, que hemos copiado, y lo que casi al mismo propósito enseña Max Müller. Reléanse las palabras de Bello y compárense con las siguientes del ilustre filólogo alemán:

Este desarrollo (del lenguaje) no depende del capricho del hombre, y es dirigido por leyes que una observación atenta puede descubrir y hacer remontar a leyes de un orden superior que dirigen los órganos del pensamiento y de la voz humana².

Pero si Bello asentó como fundamento de su método el estudio aislado del idioma, no hay que violentar la mente con que escribió las palabras citadas para darles una interpretación tan lata, que hayamos de entenderlas como repudio formal de la filología en los estudios sobre una lengua dada, ni como un desconocimiento de los servicios que a las gramáticas particulares presta frecuentemente la gramática comparativa. Que no fue ese el propósito del insigne gramático ni que su doctrina puede velar un exclusivismo tan exagerado, nos lo prueba, primeramente, la época en que escribió su obra monumental. Privaban entonces, según ya hemos notado, las teorías de lenguas extrañas artificiosamente impuestas a la nuestra, y era natural que quien atacaba esa práctica se expresase en términos generales y aun se inclinase al otro extremo, fenómeno muy común en las obras del hombre, cuya huella por el camino de la perfección fue siempre huella sinuosa. Pero lo que más victoriosamente prueba que Bello no pretendió separar el estudio de la gramática de las enseñanzas de la ciencia general del lenguaje, son sus mismas prácticas, pues muchos de los puntos que trata en su obra, los relativos al artículo, al género, al pronombre, y otros, los ilustra con doctrinas deducidas de un estudio enteramente comparativo.

² Max Müller, *Lecturas on the science of language*, III:

Ni podía ser de otro modo, dados el ingenio y la ilustración del autor; porque mal podría avenirse con ellos el sistema de estudiar las cosas por un solo lado, que siempre da resultados falsos. Ciertamente que los adelantos de la filología permiten agrandar y aun modificar, como lo han hecho ya sabios continuadores de Bello, muchas teorías del primer filólogo de Hispanoamérica; pero de aquí ninguna conclusión puede sacarse en contra del mérito de éste; los talentos escogidos hacen grandes descubrimientos y señalan rumbos nuevos, tal es su destino; pero nunca les es dado dejar obras perfectas: ¿cuál hay perfecta? Newton descompuso la luz y creía que era emanación sideral. Colon halló un mundo nuevo y pensó que era la extremidad del Asia.

Como el lenguaje es un fenómeno que, sea cual fuere la opinión que se abrace acerca de su origen, da suficiente materia a las observaciones, clasificaciones y teorías de una verdadera ciencia natural, no es posible que el estudio particular de una lengua deje de sacar gran provecho del estudio de los otros ramos de ese árbol inmenso. Las obras de Dios, unas en las variedades, guardan siempre, por apartadas que se hallen íntimas y vivas relaciones; y si la análisis de individuos y hechos aislados sirve a la síntesis, ésta a su vez sirve a aquella y le presta eficaz ayuda.

Tiene además el idioma una parte histórica, de que nadie puede prescindir sin exponerse a errar, no debe dejarse de la mano esa clave para descifrar arcanos que sólo pueden explicarse a la luz de lo pasado. Hoy en día la consigna de la gramática no es, no puede ser, la mera tarea de mostrar y distinguir las buenas y las malas locuciones; destino más alto le ha tocado, el de sujetar al análisis científico el más admirable de los fenómenos después del pensamiento, el de estudiar ese “sagrado suelo” con la misma atención, con el propio cuidado con que estudian el naturalista y el filósofo la tierra que nos sustenta, los astros que nos dan su luz.

Desde este punto de vista considerada la gramática particular, deja de ser empírica para convertirse en teórica; al transitorio interés de simple arte del bien hablar agrega un carácter excelso, el carácter de ciencia; y redobla así su alcance, porque va servida de algo más que la aislada observación que discrimina lo correcto de lo incorrecto.

Otra de las exageraciones que Bello hubo de desechar como fecunda en malos resultados en los estudios gramaticales, es la de considerar el lenguaje no solo como un signo del pensamiento sino como su copia exactísima, tal que deban aplicarse a las palabras las mismas leyes de las ideas.

Se ha errado, dice, no poco en filosofía, suponiendo a la lengua un trasunto fiel del pensamiento; y esta misma exagerada suposición ha extraviado a la gramática en dirección contraria: unos argüían de la espía al original, y otros del original a la copia. En el lenguaje lo convencional y arbitrario abraza más de los que comúnmente se piensa.³

Esta idea, que Balmes defiende ingeniosamente con argumentos tomados en especial de las oraciones negativas, y que parece insinuar también Pott,⁴ envuelve la reprobación de aquel prurito que hubo en la escuela de trasladar intactas, de la dialéctica al lenguaje, las categorías y denominaciones, de donde resultaban absurdas teorías, tales como la del verbo único, que convertían la gramática en una oscura ideología.

En verdad que la palabra, por ser signo de la idea, tiene con ella estrechísima relación; pero de aquí no es dado inferir que todo lo que se dice de la una sea siempre aplicable a la otra, y de esto nos convenceremos si ponemos atención en un hecho evidente, a saber: que aliándose el pensamiento en los hombres sujeto a una admirable comunidad de principios y leyes, prueba de la existencia de una verdad sustancial, la expresión del mismo pensamiento, o sea el lenguaje, es asombrosamente variado. No es posible que el medio material del habla, reducido a las condiciones del espacio y del tiempo, pueda ser una imagen completa, pero ni siquiera una sombra simétrica del pensamiento: no es posible que una sucesión de sonidos materiales, por admirable que sea, pueda reflejar siempre con toda exactitud aquella actividad viviente, aquel verbo inefable que, libre de los límites de lo extenso y lo durable, brilla en la mente humana como destello de la divina esencia.⁵ Sobrada razón tuvo pues nuestro autor al impugnar un principio que la filosofía desecha, y para establecer en gramática un método propiamente baconiano, no libre en verdad de defectos si se pretende aplicarlo en todo y para todo, pero muy racional y generalmente provechoso.

Generalmente, decimos, porque no es posible en tratándose del signo prescindir por completo de la idea significada, y así Bello, si da y desarrolla varias de sus definiciones y teorías fundándose exclusivamente en la observación de los oficios que las palabras desempeñan, no llega hasta exagerar este

³ Max Müller, *Lecturas on the science of language*, III:

⁴ En la carta al señor D. Rufino J. Cuervo que corre al principio de las *Apuntaciones críticas*.

⁵ Vid. Balmes, *Filosofía fundamental*, iv, 38 y 39.

método aplicándolo a todos los casos. En efecto, si da a conocer las partes de la oración más por las funciones que desempeñan en el discurso que por las ideas que significan, cuando trata de la proposición y de sus dos elementos recurre al método ideológico para dar una definición en que descansan las demás.

Este último método es tan antiguo como la gramática misma, pues es sabido que los términos y divisiones introducidos por los antiguos fueron un traslado de los términos y divisiones de su dialéctica; y aunque es muy cierto que no hay razón para aplicarlo indistintamente al examen de todo accidente gramatical, ni ello es posible, los sabios han reconocido también que “el sistema frecuentemente criticado de la gramática clásica parece reposar sobre algo real y tener sus raíces en la naturaleza misma de nuestra inteligencia”.

Parece, pues, lícito concluir de aquí que a este respecto no puede aplicarse en la gramática un proceder exclusivo; y de las doctrinas de Bello confrontadas con su propia práctica, creemos también racional inferir que no profeso un sistema único, sino que supo colocarse en un punto muy conveniente, practicando aquel principio hasta donde es practicable y abandonándolo en lo que no puede seguirse, prueba de la prudencia, que es uno de los caracteres de nuestro insigne filólogo.

Como quiera que sea, es de Bello la gloria de haber sentado, al tratar esta materia, grandes principios sostenidos posteriormente por sabios de fama universal; bástenos citar el que pone en la nota II del Apéndice, confutando la teoría del verbo único, a saber, que en el lenguaje lo concreto ha precedido a lo abstracto, doctrina que casi con idénticas palabras ha sido sostenida por uno de los primeros filólogos contemporáneos.⁶

Dice mucho en pro del genio de Bello el haber consignado principios capitales que más tarde los sabios han deducido de profundas y extensas investigaciones.

* * *

Vamos finalmente a estudiar el criterio que siguió Bello en la parte crítica de su Gramática, o sea en la exposición del lenguaje correcto, conforme a aquel uso que el poeta llama “arbitro y juez y norma del lenguaje”.

⁶ “Todo lo que hoy es abstracto en el lenguaje, es concreto en su origen”. Max Müller, loc. cit, VI.

Mientras que otros autores se contentan con definir la gramática “el arte de hablar correctamente”. Bello aclara la definición, diciendo en que consiste dicha corrección, con estas palabras. “La gramática de una lengua es el arte de hablarla correctamente, esto es, conforme al buen uso, que es el de la gente bien educada”. En esta definición van embebidos dos principios: primero, que la tarea del gramático o del filólogo no es forjar teorías o reglas a priori y ajustar a ellas el lenguaje, sino que debe estudiar y clasificar los hechos, y de aquí deducir la teoría, y segundo, que el uso que la gramática ha de exponer no es un uso cualquiera, sino uno determinado, el cual no es, según ya veremos, otro que el de los doctos.

La misma naturaleza del lenguaje está indicando que su guía no puede ser en absoluto el mismo que dirige el arte y la ciencia: no el primero, porque el lenguaje carece de los caracteres de los inventos humanos, que son progresar y tender así a la unidad; no el segundo, porque está muy distante de regirse por la lógica, que es el distintivo de la ciencia. Siguese de aquí que a la gramática no es dado inspirarse en criterios puramente racionales al tratar de fijar cual es el buen lenguaje; aserción que se confirma con el testimonio de respetabilísimas autoridades que aseguran ser inútiles las tentativas para perfeccionar el lenguaje en su parte sustancial.⁷

Pensar, pues, que un individuo o una corporación puedan modificar o alterar sustancialmente un idioma, es pensar un imposible, porque el lenguaje es de aquellos fenómenos (y esto prueba que no es invención del hombre) que son guiados en su marcha por superior impulso, por misteriosa corriente. En su desarrollo constante, es tendencia del lenguaje el separarse y fraccionarse en diversos usos; ¿y cuál sería la tarea de la gramática en presencia de este fenómeno? En cuanto ciencia debe estudiar y comparar las leyes de ese desarrollo, que no por ser ocultas dejan de existir, y ya que otra cosa no puede, debe en cuanto arte exaltar y aprobar aquel de entre los usos que, por reunir ciertos caracteres, merezca preferirse. Cierto es que el hombre no podrá jamás evitar la creciente corrupción de los idiomas, pues la experiencia nos muestra realizada en todos los tiempo y lugares la maldición del Señor, pero si puede diferir tal cataclismo, y para ello no hay otro medio que conceder autoridad a cierto y determinado uso.

⁷ “Probablemente ya no volveremos a oír hablar de tentativas para enmendar el lenguaje y despojarlo de sus irregularidades”. *Id. Ib. Ii.*

No se ha librado el lenguaje de sufrir las influencias de la demente libertad moderna, divinidad destructora como el Siva de los indostanés, pero la idea que confunde la independencia con la libertad es tan absurda en lo tocante al lenguaje, que aún muchos de los que la defienden en otros aspectos, reconocen aquí necesario el racional imperio de la autoridad, porque suprimido este único principio de unidad, el idioma se divide y necesariamente se arruina.

Pero no cualquier uso es el que debe constituirse en árbitro del idioma, que a ser así ninguna locución podría calificarse de incorrecta; pues la más informe jerga, el dialecto más bárbaro, tienen siempre en su apoyo el uso más o menos dilatado de la tribu, el pueblo o la provincia; el uso que debe reinar en materia de lenguaje es, Según Bello, el que reúna las condiciones de uniformidad, elegancia y perfección.

Se prefiere, dice, el uso de las personas bien educadas, porque es el más uniforme en las varias provincias que hablan una misma lengua, y por tanto el que hace que más fácil y generalmente se entienda lo que se dice; al paso que las palabras y frases de la gente ignorante varían de unos pueblos y provincias a otros y no son fácilmente entendidas fuera de aquel estrecho recinto en que las usa el vulgo.

Considerada de este modo, la gramática viene a ser medio que asegura, en bien de los pueblos, las ventajas de una misma lengua, y no menos que literaria es social la tarea de defender en lo posible esa unidad que afianza las mutuas relaciones de las naciones, y las liga, por aparatadas que se encuentren, con poderoso lazo de hermandad, que es a la vez vehículo de civilización. De tanta importancia juzgo Bello esta influencia de la comunidad de lenguaje, que afirma haber sido uno de los fines que tuvo al escribir su Gramática el colaborar en la obra de mantener en la unidad el idioma de los pueblos latino – hispanos.

Fuera de estas razones de conveniencia y utilidad, hay otras que persuaden a erigir el uso erudito en árbitro de la lengua. Esta es el instrumento de la literatura, de la ciencia y de la religión, la forma en que encarnan la verdad, el bien y la belleza, alimento del alma; y es por lo mismo en alto grafo susceptible de elegancia y hermosura. ¿Cómo comparar el idioma pobre, versátil y mal sonante de una tribu, con la lengua armoniosa, fijada y rica de un pueblo civilizado? ¿Cómo no ver la inferioridad del habla de los salvajes comparada con la majestuosa lengua del Lacio, con la hermosísima del Ática, con las cultas lenguas de la Europa moderna? Es cierto, y así lo ha observado

Cantú, que en la parte lógica, es decir, en aquel fondo que poseen los idiomas independiente del esfuerzo humano, suelen los salvajes guardar primores que exceden a cualesquiera perfecciones que pudiera ideas el ingenio; pero en lo que es de formas y accidentes, los idiomas son capaces de adquirir y perder su cultura, es sabido que esas mismas lenguas de los salvajes son tan propensas a mudanzas, que quien ha aprendido una puede estar seguro de que a vuelta de pocos años sabrá apenas una lengua muerta; porque expuestas a los vaivenes de la fantasía y del capricho individual, ninguna resistencia contiene el indómito flujo que late en ellas.

Solo colocándola bajo la salvaguardia del buen uso puede librarse una lengua de esas fatales variaciones. Corroborase este aserto por el hecho de que la separación de los idiomas es más realizable en días de decadencia literaria; las épocas más funestas a la civilización son las más propicias a la continuación de la obra de Babel, cuando la lira no se deja oír, y calla la voz de los sabios y enmudece la elocuencia, entonces nada se eleva sobre la común medianía, y no habiendo modelos que concentren los esfuerzos esparcidos, ocurre naturalmente la anarquía de la lengua, como surge el feudalismo en las épocas de desorganización política.

¿Pero qué es lo que Bello entiende por el uso de la gente bien educada? Como el término es general y ocasionado por lo mismo a diversas interpretaciones, hemos de buscar la respuesta en las autoridades que cita nuestro sabio en apoyo de sus enseñanzas. Tales autoridades las saca preferentemente de los escritores que más se distinguieron en la clásica edad de la lengua y de los que, en la restauración de esta, han seguido con más fidelidad las huellas de aquellos otros, son sus preferidos autores Cervantes y Granada. Mariana, Rivadeneira y Santa Teresa, Jovellanos, Moratín y Martínez de la Rosa.⁸ Admite un uso elevado y erudito en el cual pueden y aún deben campear locuciones y gritos que si no se usan en el idioma vulgar, no por eso deben ser descuidadas del poeta ni aun del prosista; reconocimiento de aquella majestad que recibe la lengua del discreto uso de ciertos arcaísmos.

Cuando los idiomas entran en su periodo de perfección, es decir, en la edad que se llama clásica, los escritores que los pulen y enriquecen tienen

⁸ Si no nos hemos equivocado, cita. Fuera de otros muchos autores, 218 veces a Cervantes; 43 a Granada; 31 a Martínez de la Rosa; 23 a Jovellanos; 15 a Mariana; 13 a Coloma, Moratín y Santa Teresa; 12 a Hurtado de Mendoza y a Rivadeneira.

bastante libertad para escoger entre los varios usos y hacer prevalecer el que creen preferible; mas fuera de estos tiempos tal libertad ha de mermar, especialmente si se empieza a mostrar la decadencia; entonces la tarea del gramático es más conservadora que progresiva. Quizá por esto el príncipe de los líricos latinos, que escribía en el siglo de Augusto, que era contemporáneo, testigo y en mucha parte autor de la perfección de su propia lengua, erigió el uso actual en juez inapelable en materia de lenguaje,⁹ y con grande empeño defendió para los buenos hablistas de su tiempo la misma libertad que Cecilio y Plauto habían usado en el suyo, mientras que Quintiliano, escritor de época menos feliz encaminaba sus esfuerzos a restaurar la pureza y elegancia perdidas. Así también, refiriéndonos al castellano, el autor del *Dialogo de la lengua*, que escribir al empezar la perfección de nuestro idioma, parece defender para los escritores una libertad excesiva con tal que lleven en mira la mejora de su lengua,¹⁰ al paso que los eruditos Mayáis y Capmany pusieron, siglos más tarde, todo su conato en devolver a la lengua sus antiguas dotes.

Con todo, Bello no concede al uso una autoridad absoluta y despótica: en varios lugares censura a los más respetables autores, en varios propone útiles reformas, en varios aconseja la admisión de nuevos gritos y locuciones. “Una lengua viva es un cuerpo que crece siempre sin tasa y sin medida”, y que naturalmente ha de cambiar, no siendo posible ni conveniente que se mantenga en un mismo ser, dadas las modificaciones que exigen el progreso de los conocimientos, la difusión de las luces, las nuevas invenciones, los cambios mismos de la política, y hasta las circunstancias geográficas de los pueblos. Así es que la gramática, si por punto general se subordina al uso, sírvele en muchos de mentor y maestro, tarea que para ser dignamente desempeñada exige mucho más que el conocimiento del uso actual; necesitase aquí los auxilios de la historia del idioma, de la crítica ilustrada y de la gramática comparativa. Por tanto, quien cultiva en este país con más lucimiento y gloria la filología, no ha vacilado en decir que el uso y esta ciencia “son las dos bases en que funda sus decisiones” acerca de nuestro lenguaje.¹¹

⁹ Vid. Caro, *del uso en sus relaciones con el lenguaje*.

¹⁰ Habla Valdés: “Así es la verdad y aun por eso no os digo yo lo que otros hacen sino lo que yo procuro guardar, desenado ilustrar y adornar mi lengua”

¹¹ Cuervo, *Apuntaciones críticas*, prólogo.

Al verificarse este desarrollo necesario, la lengua se encuentra colocada entre lo pasado y lo porvenir; y aquí como en las demás fases del progreso la obra difícil, la que más juicio y sabiduría requiere es la de armonizar el movimiento con el orden, sin abrazarse al sistema de la enervante estabilidad, pero tampoco al de la loca innovación. Supo Bello situarse lejos de los extremos, pues, aunque eminentemente conservador del idioma, no por eso repudia todo neologismo ni niega que la lengua sea susceptible de mejorar.

Juzgo importante, dice, la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso el que me atrevo a recomendarles.

Bello practica la ingeniosa regla de Quintiliano, de escoger entre las palabras nuevas las más antiguas y entre las antiguas las más nuevas, y de este modo guarda una prudente distancia, así del innecesario neologismo como el arcaísmo caduco.

Pero lo que especialmente reprueba, lo que ataca en todo el curso de su obra, es el neologismo de construcción, que entraña violación de la índole del idioma y corrompe su esencia. A este propósito asienta Bello un gran principio cuando dice:

La vitalidad de una lengua no consiste en la identidad de elementos, sino en la uniformidad de las funciones que estos ejercen y de que proceden la índole y forma que distinguen el todo.

Palabras en las cuales se contiene la misma doctrina establecida hoy por los filólogos que aseguran ser imposible una lengua mixta, pues una cosa son las voces y otra los accidentes y las formas gramaticales que es lo que da a los idiomas su carácter especial.¹² El árbol del idioma exige que sus hojas se renueven, pero su forma no la puede cambiar sin perecer; puede enriquecerse con extraños elementos, pero, cuando estos penetran a su circulación sin haberse asimilado, atacan la vida de su admirable organismo. El neologismo de construcción que Bello impugna es ese elemento extraño no asimilado al idioma, que en vez de enriquecerlo lo destruye.

¹² Max Müller, *Loc, cit*, II:

A nuestra lengua, la más elegante y sonora, la más armoniosa de las modernas,¹³ le ha tocado su época de infortunio bajo la influencia de la irrupción neológica; y es el galicismo la plaga que, desfigurando el moderno castellano, ha marcado la peor de sus decadencias. Este mal no puede decirse que haya logrado conjurarse, porque sus causas son hoy las mismas que, hace un siglo, reducía a estas dos un apreciable autor: la primera es la que Longino señala en la incuria de la juventud, que debiendo heredar y conservar el tesoro de las ciencias, da lugar en su pecho a la desidia y no lleva más mira en sus estudios que procurarse en vil ocio el interés o el honor que va vinculado a los empleos; la otra es el predominio de una literatura extraña que, traída por mano de ineptos traductores, alza y echa a perder el idioma. No obstante, entre los autores de la feliz reacción, que ya se hace sentir en esta materia, ocupa distinguido puesto, y por eso es acreedor a gratitud, nuestro célebre autor americano.¹⁴

¹³ *Une langue qui aurali comme respaguale un hemreux mélange de voyelies et de consonnes douces el ronores, serait peut – etre la plus armoniense de tontes los langues vives et modernes – D'Alembert.*

¹⁴ El *Ensayo* que sigue a esta introducción comprende dos partes: *Filología y Crítica*. La primera está dividida en estos ocho capítulos: *Principios ortológicos y ortográficos, Clasificación de las palabras, Pronombre y articulo, Declinación, Relativo, Derivadas verbales, Conjugación, Significado de los tiempos y Clasificación de las proposiciones*. Y la segunda en cinco: *Nombre, Articulo y pronombre, Verbo y derivados verbales, Concordancia; construcciones anómalas del verbo sér y Preposición y adverbio*. Sigue una breve *Conclusión*. El interés de este trabajo crece al recordar que al escribirlo contaba el autor apenas veintiséis años (J. J. O. T.)

2. Un texto de filosofía*

Prólogo para edición bogotana de los Elementos de filosofía del padre Francisco Ginebra

Hemos consultado la obra cuyo título queda transcrito, y aunque no podemos omitir juicio sobre materia de tanto momento, si opinamos, a fuer de meros aficionados, que este libro es excelente texto de enseñanza por razón de su doctrina y de su método.

El padre Ginebra es uno de los restauradores de la filosofía escolástica en nuestros días, magnífico campo en que tiene por predecesores a Sanseverino, a Zigliara, a Libertatore, a Gonzalez y a otros injieres filósofos que, secundando las altas miras del inmortal León XIII, se han propuesto restablecer la filosofía cristiana sobre sus verdaderas bases y reducirla a sus genuinas fuentes.

En todas las edades ha experimentado y experimentará el espíritu humano la necesidad de indagar las causas más elevadas de su propia existencia y de la existencia de los otros seres, así como la razón de los fenómenos que ellos presentan. Por más que algunos consideren este esfuerzo como inútil e ineficaz, el hecho es que la mente no se resigna a esa ignorancia y a esa indiferencia, lo que prueba simultáneamente que la filosofía es una necesidad para el espíritu y que a semejante necesidad debe corresponder alguna satisfacción o resultado.

De cuantos sistemas se han escogido para resolver tales problemas, ninguno más interesante por su antigüedad, más respetable por su solidez, ni más perfecto por la unidad de sus enseñanzas, que la filosofía escolástica, o sean los principios de la filosofía aristotélica aplicados, especialmente por santo Tomas de Aquino, a la exposición y demostración del de la enciclopedia cristiana.

* Tomado de: Suárez, Marco Fidel, Estudios Escogidos, Bogotá, Santafé, 1952.

Aunque las fuentes de la escolástica son más antiguas, quizá por esta misma antigüedad, la juventud no debe desdeñar su estudio. Es un error esencialmente contrario a toda filosofía, y procedente de las falsas teorías sobre el progreso indefinido, el suponer que lo verdadero debe llevar el sello de las mudanzas. No, la verdad, por el hecho de ser eterna, es siempre antigua y siempre nueva como la belleza de Dios. En las ciencias de observación la naturaleza levanta cada día nuevos velos, las ciencias exactas van revelando también con el transcurso del tiempo luminosos oráculos que antes se desconocían; y en algunas de sus tramas la filosofía es asimismo susceptible de progreso. Pero por lo que hace a las verdades ya adquiridas, sería locura pensar que solo lo nuevo merece seguirse, tanta razón habría de desdeñar los principios de la dialéctica y de la ontología descubiertos por Aristóteles, como para despreciar las proposiciones de geometría inventadas por Euclides.

Los mismos autores del renacimiento, aun cuando atacaron, en nombre de la literatura y del buen gusto, los abusos de la escolástica, su ergotismo exagerado, la barbarie de sus formas, la esterilidad de algunas de sus aplicaciones y el furor de sus debates, reconocieron la excelencia de sus principales doctrinas y el genio incomparable de su fundador. La obra más seria que uno de los compañeros de Erasmo escribió contra lo que el llamo seudofilósofos, empieza por reconocer que Aristóteles ocupa la cima del genio de la humanidad. Ya en la edad moderna el inventor del cálculo de las diferencias confiesa que bajo la ruda corteza del escolasticismo hay inestimables tesoros. El autor de la crítica de la razón, aunque muy distante de las enseñanzas de la escuela, armoniza con ellas en muchas de sus teorías, tanto en el fondo como en el método. Y en nuestros días el filósofo que con más justicia ha merecido la reputación de sincero y conciliador, califica la Suma teológica como uno de los monumentos más admirables del pensamiento filosófico.

Si los estudios de la literatura antigua son de ordinario patente de buen gusto y condición casi necesaria para pensar y escribir bien, los estudios de la filosofía escolástica, libres de cierto exceso y acomodados a una forma clara y sobria, influyen no menos en la educación de las inteligencias. En todo, hasta en estas cosas, la prescripción es un grande argumento. Más noble y más seguro es dejarse ilustrar por los destellos de un sol de veintitrés siglos, que no por los fuegos fatuos, que hoy son y mañana no parecen, de tantas teorías novísimas, suscitadas por la corrupción de los tiempos modernos. Los sistemas improvisados en la corta vida de un hombre en nada aventajan seguramente a

los admirables cuerpos de doctrina formados por el concurso de los mayores ingenios cristianos y de las más sublimes inteligencias de aquella.

Grecia, Grecia inmortal, madre amorosa de héroes y genios, sosegada fuente de rica inspiración, fecunda esposa del arte, eterna luz de nuestra mente.

Hoy que las enseñanzas, los ejemplos y las costumbres conspiran a divertir la juventud de la creencia y de la esperanza en lo invisible, y a concretar todos sus esfuerzos y aspiraciones en la mera experiencia terrenal, los estudios de filosofía cristiana son más necesarios que nunca. Como materia y como forma, si así podemos decir, son indispensables para los espíritus, pues alimentan las aspiraciones más nobles y robustecen la fe en las promesas más consoladoras.

Hubo ciertamente una época en que se abusó lastimosamente de esta filosofía aplicándola a objetivo que no la corresponden, es decir, al descubrimiento de verdades físicas y a la indagación de las leyes naturales. Descuidando el análisis y la observación, se quiso deducir de los principios absolutos de la razón los hechos contingentes de la naturaleza, de donde resultó que las ciencias naturales quedaron convertidas en hipótesis y sueños. La física se redujo a metafísica.

Ahora es al contrario. A fuerza de ponderar el alcance de la observación y el poder del análisis para descubrir las leyes de la materia, se pretende desautorizar la más poderosa fuerza de la razón humana, que son los principios absolutos, base no sólo de la metafísica sino de las ciencias exactas. Y al revés de lo que sucedía en otros tiempos, cuando eran dogma los cuatro elementos y las enfermedades se curaban con raciocinios y los acontecimientos humanos obedecían a combinaciones estelares, hoy se pretende reducir la verdad al campo de lo material y relegar a hipótesis lo que no puede pesarse ni sentirse. La metafísica ha sido convertida en física.

Si el antiguo error detuvo por algún tiempo el progreso de ciertas ciencias, no perturbó siquiera el equilibrio ni socavó las bases de la sociedad, del estado, de la familia y del individuo. El extravío de hoy, aunque concomitante con grandísimos adelantos, produce males de inmensa cuenta. Es verdad que los prodigios de la invención se multiplican, que las fuentes de la riqueza se acrecientan, que el poder y las aplicaciones de la fuerza causan admiración, que los placeres se facilitan y que el dolor físico se disminuye probablemente, pero al lado de todo esto se nota también que está al estallar la guerra por la

igualdad social, que la fuerza que sostiene a los estados los consume al mismo tiempo, que la familia va haciéndose menos vigorosa, y que del pecho del hombre va desapareciendo la antigua esperanza. ¿Por qué? Porque del mismo modo que la atracción molecular y la gravedad de los cuerpos no bastan para mantener el equilibrio de la materia terrestre sino que es necesaria además la gravitación solar, los vínculos humanos no son suficientes a conservar el orden de la sociedad y de los estados si por encima de ellos no se ejerce la atracción de Dios, revelado por la fe y demostrado por la filosofía.

Y pidiendo perdón por esta digresión seguiremos diciendo que, en nuestro humilde concepto, la obra del sabio jesuita tiene que ser excelente texto de enseñanza, atendidas sus condiciones de método, claridad, solidez, precisión y doctrina.

A causa de ser reciente la restauración de los estudios sobre la escolástica, todavía no abundan las obras bien adecuadas a la enseñanza, aunque si hay varios tratados monumentales y de largo aliento. Exceptuando, por supuesto, algunos textos muy buenos, hay otros que no se caracterizan por la gradación de materias que consulta las fuerzas intelectuales del alumno, sino que desde los primeros días abruman a éste con formidables cuestiones que le infunden terror y hastío, lo cual es tanto como enseñar a un niño a dar los primeros pasos en un campo sembrado de espinas. En otros falta la proporción de las materias, destinándose largos capítulos a la exposición de sutilísimas e inútiles cuestiones. Otros, en vez de distinguirse por un estilo llano y cual conviene a las obras didácticas, lo tienen oscuro y revesado.

La obra del padre Ginebra nos parece libre de estos defectos y brilla por las cualidades opuestas y por muchas otras. Se recomienda por la tersura y claridad de estilo, por el vigor de la argumentación, por la gradación proporcionada de las materias y por su general armonía con la doctrina del genio de Aquino. ¡Ojalá que, difundida en nuestro colegios, sea fecunda en frutos de bien y de verdad para la patria!

Marzo de 1893¹⁵

¹⁵ El señor Suárez, quien, contra lo que se ha dicho recientemente, sí fue filósofo, y aun más, uno de los restauradores del tomismo en Colombia, dejó algunos otros artículos de este género, filosófico – moral, como son, por ejemplo *El utilitarismo*, estudio fragmentario escrito en su juventud (*Sueños*, tomo VII, segunda edición), y el *Elogio de la paciencia* (*Sueños*, tomo XI). Pero en toda su obra brillan de modo eminente sus conocimientos no comunes de escolástica (J. J. O. T.)

3. El positivismo*

Conferencia pronunciada en el Colegio Mayor
de Nuestra Señora del Rosario, en junio de 1893

Honrado por el respetable rector de este colegio, que se ha dignado señalarme para dirigiros esta noche, la palabra, he escogido un tema tal vez muy abstracto e indudablemente superior a mis alcances. El sistema positivista, tal es mi objeto, es asunto que excede a la capacidad de un simple aficionado, pero fiado en vuestra benevolencia, y considerando cuánto influyen estas materias sobre la moral, la política y la instrucción, atrévome a presentaros unas breves reflexiones, que os ruego recibáis indulgentes. En estas cuestiones la importancia no se halla siempre en razón directa de su carácter concreto; antes bien, sucede que las más abstractas y elevadas producen resultados prácticos y casi inmediatos, del mismo modo que la nieve acumulada en las montañas, elevada e invisible bajo brumosos velos, es la causa de las avenidas de los ríos, que producen la fertilidad o los desastres de los valles.

El positivismo deriva su nombre del adjetivo positivo. Sus adeptos le han dado aquella denominación refiriéndose al carácter que, según ellos, tiene esta filosofía, la cual está puesta, establecida y firme sobre incommovibles bases, de que resultan consecuencias necesarias; al contrario de lo que acontece en los otros sistemas, cuyos fundamentos son más o menos débiles, y cuyos desarrollos son más o menos hipotéticos. Ese nombre da, desde luego, a entender que en el inmenso campo de la filosofía los positivistas pretenden haberse apropiado aquel lote donde se halla la verdad pura y sin mezcla; trabajadores en el venero de la ciencia, han dejado a los otros los aluviones donde puede

* Tomado de: Suárez, Marco Fidel, Estudios Escogidos, Bogotá, Santafé, 1952.

existir o no existir la riqueza que se busca, reservándose para sí aquellos donde el oro aparece nativo y brillante. Partiendo de este concepto, los positivistas han pretendido también que su filosofía se denomine positiva; pero como este nombre si se admitiese aun por los que no aceptan aquel sistema, implicaría el reconocimiento de que efectivamente no es la única filosofía verdadera y sólida, el uso general no ha aceptado sino la denominación de filosofía positivista, que, conforme al genio de los idiomas cultos expresa apenas una pretensión de la escuela.

El positivismo puede definirse diciendo que es aquel sistema filosófico según el cual la razón no puede alcanzar otras verdades que las descubiertas o demostradas por la experiencia, y que desecha, por esto, los principios metafísicos, es decir, que salen fuera de la observación sensible, las proposiciones absolutas o sea aquellas que no pueden referirse a una combinación material, y las teorías a priori, esto es, tomadas en conceptos universales de nuestra mente.

En el cuadro de las ciencias, conforme a este sistema, ocupan el primer lugar las físicas o naturales cuyo criterio es la inducción y observación de los hechos: en segundo lugar vienen las ciencias exactas o matemáticas, no porque posean el distintivo de necesarias y absolutas, sino en cuanto pueden demostrarse empíricamente; y finalmente, aparecen algunas ciencias relativas al individuo, a la sociedad y a las relaciones de entrambos como son la sicología, la sociología y la moral, cuyos nombres, antiguos en parte se han conservado por razón del objeto que estudian pero no por razón del método, que debe ser exclusivamente experimental.

Lo que la filosofía positivista repudia de lleno es la metafísica y la teología, la ciencia de los principios absolutos y la de las causas anteriores y finales de nuestra existencia, cosas a que no pueden extenderse la experiencia ni la observación. De modo que según estos filósofos, los sistemas intelectuales de primero y segundo grado de abstracción forman verdaderas ciencias, pero no la forman los de tercero. En el primer grado se prescinde del individuo, pero no de las cualidades sensibles, para subir a la ley natural; así nacen las ciencias físicas. En el segundo se prescinde del individuo y de sus cualidades físicas, dejando apenas la cantidad, para ascender a las propiedades de la extensión y del número; y de aquí nacen las matemáticas. En el tercero se abstrae todo, hasta la cantidad, y apenas quede el concepto de ser, cosa que no puede percibirse experimentalmente, por lo cual la metafísica y la teología no pueden reputarse ciencias.

El proceso histórico de los conocimientos humanos confirma esta teoría según el positivismo, pues en él se pueden distinguir tres periodos que son el teológico, el metafísico y el científico. En el primer periodo los fenómenos se explican por la intervención de las causas sobrenaturales, en el segundo, por teorías *a priori*, por hipótesis indemostradas, en el tercero, por leyes naturales inducidas por medio de la observación y la experiencia. El viento y el rayo, para valernos de ejemplos, se atribuían en la época teológica a la voluntad de Eolo y a las iras de Júpiter, en el periodo metafísico se explicaban por el horror de la naturaleza al vacío y por la combustión de los vapores terrestres, finalmente, en el periodo positivo o científico, esos fenómenos se explican por las leyes del calor y de la electricidad. Este proceso que se ha observado en las ciencias experimentales, lo extienden los positivistas a toda la enciclopedia humana. Dan por demostrado lo mismo que trata de probarse, como veremos luego, y por el hecho de que la física no llega a su verdadero estado científico sino en el tercer periodo, establecen que lo mismo debe suceder a los otros ramos de nuestros conocimientos.

Es claro que el positivismo, repudiando la metafísica, desecha cuanto concierne a nuestra causa primera y a la naturaleza y destino de nuestro ser. La existencia de Dios, la simplicidad e inmortalidad del alma, son cosas que no pudiéndose comprobar empírica ni matemáticamente, se deben considerar como puestas fuera del alcance de la razón humana. Estos problemas se resuelven reconociendo que no tienen solución; y del mismo modo que las más afamadas academias ya no leen siquiera los estudios en que se promete la resolución de los problemas llamados áporos, porque está comprobado que esos problemas son indeterminados, así los filósofos deben persuadir a la humanidad a que no piense más en Dios ni en el alma, porque ese pensamiento es un trabajo estéril, un esfuerzo impotente.

En sus resultados prácticos, es decir, en aquellas que se relacionan con las costumbres y con la política, la doctrina positivista coincide con el materialismo ateo. Es cierto que este último niega rotundamente la existencia del mundo espiritual, en tanto que el positivismo no afirma ni niega esa existencia sino que se ciñe a establecer que es imposible demostrarla; pero como de esta duda negativa es imposible salir según el mismo sistema, se deduce que la idea de Dios y las otras que constituyen el fundamento de todo orden religioso, son absolutamente vanas e ineficaces. Un ateo puede llegar en su delirio, como Proudhon, hasta odia a Dios en el supuesto de que exista, un empírico no se

preocupa de semejante concepto y literalmente desprecia la divinidad, pues aparta los ojos del entendimiento de todo campo donde puede brillar la huella del Creador. Es visto que por diversos caminos ambas doctrinas conducen a un mismo resultado, cual es eliminar toda influencia religiosa sobre las costumbres del individuo y sobre las relaciones domésticas, políticas y sociales.

La primera observación que se ocurre al considerar la filosofía positivista en su aspecto exterior, es que ella choca con la naturaleza humana y con sus más hondas aspiraciones. Ni el individuo ni la humanidad experimentan disgusto porque se les diga que la cuadratura del círculo no puede resolverse o que es imposible saber a punto fijo si hay habitantes en Saturno; estas cosas, indiferentes respecto de nuestro destino, ni nos importan ni nos preocupan. Más no sucede lo propio en cuanto a la idea de Dios y de la inmortalidad del ser que nos anima; uno que otro individuo podrá tal vez olvidar esas cuestiones y aceptar la enseñanza positivista, admitiendo que el tiempo no debe perderse en resolverlas; pero el género humano protesta prácticamente contra semejante enseñanza.

Es que el consejo del positivismo pugna con propensiones naturales, con aspiraciones indestructibles. Las ideas de Dios y de la inmortalidad no se pueden sacudir de la mente de los hombres, y aun sucede que penetran el espíritu a despecho de los más parapetados sistemas. ¿Quién aventajo a Littré en esta filosofía, a Littré, de quien dice Julio Simon que es el verdadero fundador de la doctrina positivista? Y sin embargo, el gran sabio vio a Dios en el momento en que sus ojos se cerraban a la luz de esta vida. El consejo de los positivistas es más antinatural que el de aquel que nos dijese que debíamos borrar el recuerdo de nuestra madre ausente.

Si pues la humanidad no puede conformarse con el fallo de los empíricos, si no se resigna a olvidar a Dios y sus destinos futuros, hay por lo menos una fuerte presunción en contra del sistema, y es que contraria la naturaleza humana. La verdad se caracteriza porque su yugo es suave y su carga ligera.

Si del aspecto exterior del sistema penetramos algo en el cuerpo de la doctrina, encontramos que su fundamento histórico es inexacto.

La física, la química, la medicina, la astronomía, todas las ciencias naturales, presentan ciertamente el proceso de los tres periodos de que habla Augusto Comte, pero de eso no se sigue que a las demás ciencias les deba suceder otro tanto, a no ser que se incida en petición de principio, negándoles el carácter de tales. Por fortuna, las ciencias por excelencia en razón de su certeza, las

ciencias exactas, son admitidas por todo entendimiento sano, y sin embargo, no han pasado por el periodo teológico ni por el metafísico. El álgebra, la geometría, todos los ramos de las matemáticas, experimentan progresos y ni evaluaciones, su caudal se va aumentando sobre el de los tiempos anteriores, pero éste permanece invariable, nacieron exactas desde su principio. Las verdades que descubrieron los brahmanes de la India no se mudaron en tiempo de Euclides y de Arquímedes y han llegado idénticas a Leibniz y a Descartes. De forma que el fundamento histórico del positivismo es una proposición inexacta y que carece por lo mismo de solidez.

Esto mismo puede demostrarse penetrando en la razón íntima de la doctrina y estudiando la base en que ella se funda.

Según los positivistas, el instrumento por excelencia de la razón humana es la inducción, es decir, aquella operación por la cual la mente pasa de los hechos a la ley, de los individuos al género, del fenómeno a la causa. Entre paréntesis observaremos que esta operación es natural a nuestro espíritu y no invención de ningún filósofo, ni un procedimiento exclusivo de las edades modernas. El canciller Bacon no la invento, por la razón muy sencilla de que el no invento la naturaleza humana, en la cual se funda el procedimiento analítico. Lo que hizo el gran filósofo fue estudiar las leyes de la inducción, formar un sistema para explicar esas leyes y demostrar la necesidad de aplicarlas al estudio de las ciencias físicas que en la edad media se convirtieron en metafísica. Entonces la astronomía se reducía a sueños astrológicos, la química se fundaba en la teoría de los cuatro elementos, la medicina estaba informada por los cuatro humores; sucedía pues lo contrario de lo que estamos presenciando ahora, cuando las ciencias metafísicas han sido convertidas por algunos en ciencias naturales.

La inducción, decimos, pasa de los hechos a la ley; después de observarse que una sustancia sana diez veces seguidas una enfermedad, se concluye que aquella es el antídoto de ésta; después de notarse que veinte cuerpos de diferente peso gastan un mismo tiempo para caer de cierta altura en el vacío, se infiere que todos los cuerpos caen con igual velocidad en dicha condición. Ahora bien: ¿por qué razón nuestro espíritu se satisface con un número reducido de experiencias y acepta en virtud de ellas una ley general? ¿Cómo es que pasamos de algunos a todos? ¿Por qué un número limitadísimo de observaciones nos decide a abrazar una conclusión que abarca todos los hechos posibles, es decir, una cantidad enorme, indefinida, de combinaciones? Este

problema, sencillo aparentemente, ha fatigado la reflexión de muchos pensadores desde Aristóteles hasta Royer-Collard, desde los peripatéticos hasta la escuela escocesa; y el hecho es que ninguna explicación satisfacen si no se admite en nuestro espíritu una ley o principio a priori, es decir, anterior a la experiencia, y por lo mismo independiente de ella.

Se dirá, verbigracia, que aquello se funda en el cálculo de las probabilidades; pero al obrar inductivamente nadie piensa en tal cálculo, y el niño recién nacido que busca el seno de la madre después de haberse alimentado con él la primera vez, ignora completamente las fórmulas matemáticas. Se dirá que el tránsito de algunos hechos a la ley que los comprende todos, se funda en la estabilidad de las leyes de la naturaleza, pero tal estabilidad no nos consta sino por la experiencia y la observación, de modo que, según esa teoría, la inducción estribarla en la constancia de las leyes naturales, y esta última en nuestra mente, cuando se eleva de lo individual a lo genérico, de los fenómenos a la ley y de los hechos a su causa, obedece a una ley que precede a la experiencia, luego el positivismo yerra al negar la existencia de principios anteriores a la observación.

La comparación entre las verdades contingentes y las verdades necesarias nos brinda también un argumento decisivo en contra del positivismo. Todos reconocemos que hay dos clases de certeza y de verdad: la que se refiere a hechos físicos cuyos fundamentos son las leyes naturales, y la que concierne a los axiomas y que estriba en la evidencia percibida por la razón. Que el sol es centro del sistema planetario es una proposición de la primera clase, cuya contraria puede concebir nuestro espíritu sin ningún inconveniente, que la parte es menor que el todo, que el número infinito es imposible, son verdades de la segunda clase, es decir, necesarias, porque la mente no puede concebirlas de otro modo. Las verdades matemáticas son de esta última especie, y las leyes o principios de las ciencias físicas pertenecen a la primera.

Según los positivistas, tanto las verdades del orden contingente como las del orden necesario, provienen de la observación y la experiencia; pero esta teoría no puede explicar la diferencia entre las ciencias exactas y las ciencias naturales. ¿Por qué la observación produce en unos casos verdades del orden contingente, y en otros del orden necesario? ¿Cómo es que siempre analizando, el producto de la análisis es en unos casos una proposición enteramente hipotética, y en otros una proposición tan absoluta como un axioma?

De aquí se sigue que, además de la inducción, poseemos la evidencia, por la cual nos ponemos en relación con verdades del orden metafísico; se infiere que nuestra mente no sólo vive del pan material de las verdades experimentales, sino que percibe un mundo distinto que está formado por las verdades necesarias; y se deduce que los positivistas mutilan la razón humana por el hecho de despojarla de sus relaciones con lo absoluto.

Ni es exacto que las verdades matemáticas sean siempre demostrables por la experiencia, como pretende la filosofía empírica. Las series, por ejemplo, presentan teoremas que no pueden comprobarse de un modo experimental. En una serie decreciente de exponente igual a $\frac{1}{2}$, el primer término, o sea la unidad, es igual a la suma de todos los otros llevada al infinito; esto demuestra el cálculo, y sin embargo la observación no puede comprobarlo. Si tomamos un cuerpo cualquiera, y dividiéndolo en dos partes iguales, ponemos en el plato de una balanza la una mitad y en el otro las fracciones que vayan quedando de dividir siempre en dos el último residuo, no podremos demostrar prácticamente la igualdad de peso entre la primera parte y el conjunto de todas las otras porque para eso sería preciso llevar la división al infinito, lo cual es imposible. Además, todos compadecemos los esfuerzos que hacen algunos espíritus demasiado entusiastas por resolver ciertos problemas irresolubles valiéndose de procedimientos empíricos. Porque sabemos que las ciencias exactas perderían su real diadema el día en que fuesen pedestres secuaces de la experimentación sensible.

Nadie puede negar cuanto deben las ciencias, la industria y el humano bienestar al método inductivo y al análisis de los hechos por medio de los sentidos y de los instrumentos con que éstos se perfeccionan. Sin embargo, no debe olvidarse que la experiencia por sí sola y el fallo aislado de los sentidos no nos conducen al conocimiento de la verdad si no se auxilian de la razón y de la evidencia metafísica.

¿Qué cosa más natural que pensar que los colores, como nos dice la vista, están en los objetos exteriores? Y no obstante, la razón nos demuestra que ese pensamiento es un error y una ilusión. Pongamos entre el objeto y nuestros ojos un prisma cristalino, y veremos el primero con colores diversos de los que ordinariamente presenta; ¿dónde se hallan estos nuevos matices? No en el objeto, pues si quitamos el prisma, aquél recobra su anterior aspecto; no en el prisma, porque él es enteramente transparente; no en la luz, que en sí es incolora y no llega a ser visible sino cuando algún objeto la refleja, siendo

enteramente negra en el vacío. En las tinieblas, las presiones que ejercemos sobre los ojos nos hacen ver destellos que en ninguna parte exterior a nosotros existen. El color del objeto no es pues sino la forma de nuestra sensación, tal que desapareciendo la visión, el universo quedaría absolutamente oscuro. Esto que sucede con los colores sucede también con el sonido, que no es objetivamente más que una vibración molecular transmitida a nuestros órganos. Otro tanto, y aun con menos repugnancia, los olores, la dureza y demás formas sensibles de las cosas materiales.

Puede decirse que vivimos sumergidos en perpetua ilusión. El brillo de la remota estrella, el azul del cielo que hace revivir nuestra esperanza, la ojeada que dejó en el corazón huella indeleble, las armonías de la música, la despedida cuyo eco resuena para siempre en nuestros oídos, no son, fuera de nosotros, más que cúmulos de átomos agitados de varios movimientos y que reflejan diversamente el fluido que llena los espacios. Suprimido el ser que percibe esas formas, apenas quedaría la multiplicidad de la materia y la fuerza que la agita; donde está la vida es en el ser viviente; en lo exterior sólo existe el polvo oscuro, silencioso, que recibe misterioso soplo para ir a producir en los diversos seres sensitivos las ilusiones de que se viste el universo. De este modo ¡cosa admirable! Aquel “vanidad de vanidades” que se escucha como el eco de universal desengaño al través de los siglos, viene a confirmarse por la metafísica, y de este modo Newton viene a corroborar lo que dijo Salomón.

Si a esto se agrega que las dimensiones que nos aterran por su magnitud o por su pequeñez son todas relativas, nos persuadiremos de que reducir los criterios de la mente a la sola experiencia es rebajar nuestras facultades. ¡Qué distancia la que nos separa del sol! Y sin embargo, ella, comparada con la de la estrella más cercana, es apenas como un minuto a un año y esta última, comparada con la de otros astros, causa vértigo a la mente. Con todo, si dentro de las moléculas de una piedra hay seres vivientes, acaso ellos vean con el mismo asombro los átomos más cercanos, que para ellos serán soles y estrellas. Y si contrario, si en lo porvenir llegan los mortales a perfeccionar sus instrumentos hasta el extremo de que la bóveda celeste aparezca al través del telescopio como un inmenso patio de oro, ellos pensarán más espontáneamente que hoy, que todos esos astros son apenas moléculas de una esfera movida por el querer de Dios.

Ni es solamente en la vida ordinaria donde caben las ilusiones de los sentidos aun en aquellos actos en que hay una intención científica, si así puede

decirse, la sola experiencia puede producir y mantener graves errores. El “arte sagrado” que llamaron los antiguos no era sino los delirios de un empirismo exagerado y falto de crítica, que engendró los absurdos de la alquimia y de las ciencias ocultas. Los sacerdotes de Isis, con sus procedimientos misteriosos, creían componer y descomponer la materia, a imitación del Señor del universo. Plotino vertía cenizas de plomo en un mortero ardiente donde hubiese granos de trigo, de cuya combinación resultaba el metal primitivo, como resucitado por el vivificante grano. La ciencia verdadera no comienza sino cuando la inteligencia descubre la verdadera causa y da de ese modo forma al material preparado por la observación. Y el mero cálculo, los solos principios absolutos pueden también descubrir cosas que parecían reservadas al análisis y a la experiencia. Leverrier encontró a Neptuno en una cuartilla de papel.

Unas breves reflexiones acerca de ciertas ideas fundamentales sirven también para comprobar la falsedad de las teorías positivistas.

En el fondo de todos los actos de nuestra mente se encuentra la idea de ser, que es la más universal de todas: de forma que aunque se repudie la teoría de las ideas innatas, tenemos que reconocer que una de las primeras leyes mentales —la mente también tiene leyes— es la de percibir las cosas bajo la razón de ser. La abstracción y la generalización, operaciones que distinguen al hombre del bruto, obedecen a esa ley y se fundan en aquella idea. Todo lo cual comprueba que el análisis u observación de los hechos individuales no basta a las necesidades de la inteligencia humana.

Nuestras principales y más elevadas ideas son independientes de la experiencia y aun contrarias a ella. La idea de sustancia, o sea de aquel sujeto que permanece subsistente al través de las modificaciones, no puede provenir de los sentidos, incapaces de percibir la esencia de las cosas. La tierra que se convierte en madera, la madera en carbón, el carbón en ceniza, la ceniza en líquido y el líquido en vapor, ocasionan una cadena de percepciones comunes al hombre con el bruto; pero solo el primero se eleva, al través de esas mudanzas, al concepto de la materia prima que soporta la serie de las formas. La idea de infinito es contraria a la experiencia de los sentidos, que por doquiera nos ofrece seres limitados. La misma noción de causa, es decir, aquel vínculo o relación que liga al ser producido con el que lo produce, no procede de la mera experiencia, que apenas nos demuestra la coexistencia o sucesión de las cosas.

Si al espíritu no le llegasen sino los materiales acumulados por la percepción de los sentidos, y si sobre ellos no obrase la actividad de nuestra inteli-

gencia dorada de leyes independientes de aquella percepción, desaparecerían las ideas generales, que son la base de todos los actos de la inteligencia.

Cuando abstraemos y generalizamos, cuando olvidados de las olas sensibles que por doquiera circundan nuestra nave, nos elevamos a la contemplación de las verdades primeras, nos ponemos en relación con un mundo más verdadero que el que ordinariamente nos rodea. No recordamos quien fue el que dijo que las verdades absolutas son para el alma como voces y clamores de otro mundo.

Viéndolo bien, si hay algo real es la metafísica. Todo lo sensible es ilusorio en la forma que presenta, y contingente en el fondo que guarda. Nuestra alma, respecto de la materia, se encuentra sumergida en una atmosfera de vanos espejismos, en un mar de engañosas olas. La verdadera realidad está en el alma que refleja esas formas exteriores, en las leyes que la rigen, en los seres que le son semejantes y en la causa soberana de que procede. Berkeley y todos los idealistas erraron al negar la existencia de las cosas exteriores respecto de nuestra alma; pero no se hubieran equivocado al decir que los fenómenos son meras apariencias regidas por verdaderas leyes. Fichte y los panteístas erraron por confundir el alma con el universo, pero se hubieran librado de ese error si se hubieran reducido a decir que la primera realidad es la del espíritu y de su causa. Aquella palabra de nuestro Salvador: “El reino de Dios está dentro de vosotros”, tiene aquí perfecto cumplimiento.

Y aunque nos salgamos un momento de la cuestión, que es hacer la crítica del empirismo, hemos de notar que las ideas más universales demuestran por si solas la existencia de lo metafísico y suprasensible. Pasteur, el experimentador más notable tal vez de este siglo, al entrar en el templo donde Francia corona el genio, demostró la existencia de lo infinito. Si cuanto vemos tiene un límite, debe existir el ser que a todos los límites; si todo es relativo, mudable y contingente, tiene que existir el absoluto, el inmutable, el necesario, si todo es efímero y por consiguiente efecto, debe existir la causa primera y la razón final de todo.

Hasta aquí hemos procurado considerar la filosofía positivista en el campo de demostraciones más o menos directas, analizando sus fundamentos y el carácter de algunas de nuestras principales ideas. También podemos alcanzar conclusiones análogas si recurrimos al mismo criterio de la experiencia para estudiar el sistema de los empíricos.

El hombre es libre. En este hecho se hallan acordes todos los pueblos y todos los tiempos. Uno que otro filósofo niega esta verdad, pero la especie entera la acepta y defiende como base del orden moral, de la legislación, del mérito, de las recompensas y de las penas. Aun los mismo que pretenden nivelar al hombre con el bruto para los efectos de la ley penal, inciden en contradicción, pues solo retiran el campo de la libertad; Lombroso quita a las masas el albedrio, convirtiéndolas en máquinas de crímenes y vicios, pero al propio tiempo recomienda al legislador y al juez los medios de educar al pueblo y de mejorar sus tendencias; de modo que aunque las masas no son libres, el juez y el legislador si lo son; ¡la libertad de la designación o de la elección popular!

Sobre todo, en la edad actual y en los pueblos cristianos no es licito dudar de la libertad interna, porque destruida ésta, ¿qué razón quedaría para defender la libertad política y civil? Los partidarios del determinismo son necesariamente antiliberales, y en nuestro país, ¡oh señores! Donde la libertad tiene altares indestructibles, debemos considerar como enemigos de la patria a cuantos nieguen el libre albedrio, a cuantos enseñan la diversidad específica de las razas humanas y el destino natural del débil a perecer oprimido.

Ahora bien: si somos libres no podemos ser materia, porque los fenómenos físicos y químicos de la libertad son enteramente fatales: esta bujía no tiene libertad para dejar de alumbrarnos, ni el agua está facultada para correr hacia arriba. La espontaneidad de mis propios actos prueba que no soy mera materia, porque en tal supuesto esos actos serian fatales como la combustión o la caída de los cuerpos. Ninguna materia es libre, podemos decir, el hombre es libre, luego no es mera materia; y parodiando a un célebre filósofo podemos concluir: soy libre, luego soy espíritu.

Y no hay que pensar que esta prueba se debilita con las cavilaciones de los sistemas opuestos a la libertad, pues sus argumentos, contrariando el común sentir de la humanidad, nunca pueden dominarla. El determinismo puede cautivar la atención de algunos pensadores; pero a los hombres en general no podrán persuadirles de que somos maquinas irresponsables, o fieras más o menos educadas. El argumento del sentido común sale victorioso siempre sobre todos los demás; y del propio modo que el mejor estilo, después de recorrerse el ciclo de todas las literaturas, resulta ser el de Tucídides, que es el más sencillo y más espontaneo, la mejor filosofía es la que consulta aquel instinto de la especie humana.

Lo extraordinario, lo sobrenatural, se ha realizado a la vista del hombre en todos los tiempos y lugares. La crítica comprueba la realidad de los milagros en que se funda la fe cristiana, y la Providencia comprueba su posibilidad realizando prodigios en todas épocas. La magia, con diversos nombres, ha existido siempre, permitida tal vez por Dios como una comprobación práctica de lo invisible. Lo maravilloso, el milagro, no es privativo de los antiguos siglos del mundo o de las primeras edades del cristianismo, pues la historia registra hechos recientes y existen sucesos contemporáneos plenamente comprobados, que no dejan duda de la realidad de lo sobrenatural. En los albores de la revolución francesa. Cazotte profetizo de un modo tan extraordinario como el de los vaticinios que se registran en las sagradas letras, y el espiritismo es hoy prueba palmaria en contra de la filosofía materialista.¹⁶ Ahora mismo Zola ha ido a Lourdes con la intención de escribir una *Débaçle* más interesante que la de Sedán, y el milagro perenne y evidente lo ha dejado desarmado. En Inglaterra se coleccionan las historias de centenares de casos extraordinarios sucedidos a determinadas personas, cuya explicación es a veces imposible sin el influjo de un mundo superior.

Tan profunda se halla en nosotros la convicción de que existe el mundo suprasensible, que aun los mismos positivistas, olvidando sus teorías, ensayan armonizarlas con la doctrina espiritualista. Hace pocos años se publicó en la *Revista de ambos mundos* un estudio titulado *La hipótesis de la inmortalidad* en la teoría de la evolución, en donde se trata de probar que aun admitiendo que todo nuestro ser no sea más que materia, la evolución de ésta podría explicar nuestra inmortalidad. Un escritor que reunió al más bello estilo la lógica más débil y el carácter más mudable, escribió en la misma revista, poco antes de morir, un estudio en que niega rotundamente que jamás la humanidad haya estado en relación con lo invisible, y no obstante concluye que ella no podrá prescindir nunca de sus ilusiones.

Esta convicción, o por lo menos la tendencia a ella, explica en mucha parte la conducta de los hombres. El conocido monologo de Hamlet no es el simple dilema que el uso ha aplicado a expresar la incompatibilidad de dos ideas o de dos hechos sino que encierra una grave enseñanza filosófica; ese monologo es la duda en presencia de la muerte. ¿Qué es morir? ¿Es acaso un

¹⁶ Sobre la profecía de Cazotte, véase lo que dice don Antonio Gómez Restrepo al final del prólogo de este libro (J.J.O.T.).

dulce sueño o el reposo absoluto de la nada? Esto es, dice Shakespeare, lo que detiene al borde del sepulcro al hombre que se siente esclavo del infortunio y la desesperación. Si las inclinaciones naturales no se revelasen contra las enseñanzas positivistas, la muerte voluntaria segaría diariamente multitud de desgraciados.

Todo corazón apela en ciertos momentos a una justicia invisible y paternal. Así como la inteligencia escucha las voces de otro mundo cuando percibe las verdades absolutas, en el corazón se refleja la imagen de Dios bajo la forma de la justicia. Luego que la revolución francesa comenzó a devorar a sus propios hijos, y que aquellos desgraciados se convencieron de que todos ellos iban cayendo en la sima que para otros habían abierto, se dedicaban a escribir, escribían, escribían, observa un historiador, y apelaban de las injusticias del terror para ante el tribunal de la posteridad; pero los fallos de la posteridad no siempre llegan ni se cumplen en favor de los desconocidos. Cuando tenemos la conciencia tranquila, y con todo la calumnia nos clava su diente, cuando estamos convencidos de nuestro derecho, y sin embargo él es desentendido, apelamos al invisible juez y esperamos en su incorruptible justicia.

La justicia, cuya idea vivifica el orden moral, así como la evidencia es la base del orden intelectual, refuta victoriosamente el positivismo. Si éste fuera cierto, la bondad y el mérito de las acciones serían demostrables con ecuaciones o se comprobarían con instrumentos; pero sin recurrir a tales absurdos, todos los hombres continúan admirando la virtud y detestando el crimen.

Para concluir esta exposición, vamos a referirnos brevemente a la influencia que las teorías positivistas ejercen en los individuos y en las sociedades. Ya se ve que estas influencias tienen que ser sumamente nocivas, pues desde que el positivismo elimina toda idea religiosa, desquicia por completo el orden moral, de la misma manera que se destruiría el orden cósmico si se suprimiera la gravitación universal.

El primer resultado que tiene el producir esta falsa filosofía es el refinamiento del egoísmo, dado que por experiencia sabemos que el amor de Dios es la única base suficiente de la caridad entre los hombres, la familia, cuya perpetuidad y organización no pueden provenir de un mero vínculo voluntario, tiene que desaparecer por la misma causa; el estado, que no puede existir organizado y próspero sino mediante la paz y la justicia, se convierte en una agrupación heterogénea y tumultuosa desde que se niega el origen divino de la autoridad y la fuente ultraterrena de las leyes, el triunfo del más fuerte queda

así justificado por la filosofía, y la tiranía singular o anárquica reemplaza el gobierno de la razón y el derecho.

Sobre las costumbres, el influjo del positivismo tiene que ser desastroso, pues sistemáticamente fomenta los apetitos, halaga las pasiones y deja sin explicación el sacrificio y el honor. Pero hay, sobre todo una pasión, característica de nuestra época, que hace necesariamente de la propagación de las ideas positivistas y debe a ellas el creciente imperio que va alcanzando sobre los corazones: me refiero a la codicia, a la idolatría del dinero, pasión que degrada al hombre más que otra algunas y en la cual no cabe nunca disculpa porque jamás recibe la atenuación del acto primo. El hombre ve en el dinero el medio universal, el valor omnipotente que alcanza todos los placeres y todas las satisfacciones, y persuadido de que su fin consiste en la consecución de estos bienes, llega a adorar el instrumento con que los obtiene. Por eso la codicia actual no es ya aquella de que hablaba Rioja, que en manos de la suerte y aliada de la gloria se arrojaba al mar y junto con el oro conquistaba también la fama; la codicia de ahora es enteramente plebeya y positiva, hasta el extremo de poner en peligro los más poderosos gobiernos y hasta el punto de arrojar al crisol donde se funde el oro las coronas conquistadas por el mérito.

Bajo las influencias del positivismo la humanidad va perdiendo la verdadera idea de la vida y de la muerte. La vida, según la religión y la filosofía, es un campo de batalla donde se gana una corona inmortal, o una era donde cada cual hace fructificar, a los ojos de Dios, el grano de las virtudes, o una navegación que tiene por meta el puerto de la dicha eterna: según el positivismo, la vida es un juego permanente de la fatalidad en que somos de continuo engañados por la esperanza y vencidos al fin por el dolor. La muerte, conforme al mismo sistema, es la extinción completa de una débil llama, la desaparición de una espuma que perece para siempre. De este modo el positivismo borra del corazón el más controlador, el más dulce de los sentimientos, que es la esperanza, la cual ilumina las tinieblas del sepulcro, y nos dice que al morir somos como el ave que después de tormentoso día llega entre la sombra del crepúsculo, y posándose en la rama del árbol protector, se duerme confiada en los fulgores de una nueva aurora.

Luis Tejada

Luis Tejada Cano (1898-1924)

Nació en Barbosa, Antioquia, en 1898. Se dedicó al periodismo, con énfasis en la crónica, por lo cual fue llamado “príncipe de los cronistas colombianos”.

En su corta vida —26 años—, se reveló como el principal promotor de las ideas de vanguardia en Colombia. Rompió con la alabanza idílica de lo rural para exaltar e integrar en el horizonte simbólico de la cultura la variedad, el movimiento y la belleza de la ciudad, con todo ese “aparato ruidoso y estupendo” que caracteriza la vida moderna. No se le escapó, sin embargo, la visión futurista de la soledad y la angustia en que se vería envuelto el hombre moderno acorralado por la vida civilizada. Reprochó a la literatura contemporánea su inmovilismo e inmunidad ante las inquietudes renovadoras, por lo cual se convirtió en la primera figura moderna de la historia del pensamiento colombiano. En el campo de la política mostró siempre una tendencia izquierdista; fue un crítico mordaz e implacable de los gobiernos conservadores que le tocó vivir. Compañero ideológico de Jorge Eliécer Gaitán y Gabriel Turbay, apoyó el movimiento socializante del ala izquierda del liberalismo. Publicó una recopilación de sus obras bajo el título *El libro de las crónicas* y, posteriormente, *Gotas de tinta y Mesa de redacción*.

1. Los Libros*

Más rápidamente de lo que podría esperarse, ha llegado a estas montañas la novela famosa de Pierre Benoit. Me refiero a *La Atlántida*. Su publicación causó en Europa hace poco, un estrépito editorial comparable en los últimos años, al de algunas obras ya célebres de Barbusse.

Si el valor de un libro ha de medirse ante todo por la emoción que produce en nosotros, *La Atlántida* es un libro perfecto para mí. Un poco de misterio, eso es esencial; después amor, aventura, bajo aspectos levemente extraños; cierta discreta erudición casi imperceptible, y estilo suelto, penetrante y delicado. No sé por qué *La Atlántida* me hace pensar en algún relato exquisito de Melchior de Vogüé, quizá *Jean d'Agrevé* o en algo leído hace tiempos, y que ha dejado en mi alma sin embargo, una huella inefable de emoción.

Es verdad: los libros son gratos, no por lo que dice, sino por lo que nos sugieren. Pierre Benoit dejó aquí un sabor acre de regiones desconocidas, mezcló la aventura, el amor, y la fatalidad, enmarcándolos dentro de una naturaleza incomparable y remota, que despierta todo lo que hay de exploradores en cada uno de nosotros, todo el amor a lo absurdo, a lo prodigioso, a lo imposible que hay en nuestras almas sedentarias.

Pierre Benoit realiza lo que yo creo el ideal de la novela: expresar lo inverosímil dentro de lo posible. Os ruego que meditéis un momento en este precepto. En la vida hay mucho que es inverosímil, increíble, pero que puede perfectamente suceder a menudo. La vida es a veces sencillamente maravillosa, casi irreal. Dentro de la escala infinita de los acontecimientos, el prodigio (es

* Publicado en El Espectador, Medellín, 18 de agosto de 1920.

decir: lo inexplicable) se produce con frecuencia, pese a nuestra estupefacción. La realidad estrecha y cotidiana, la verosimilitud minuciosa de cada día, sólo se encuentra en la novela realista. En este sentido, la vida no es realista, y desde este punto de vista también la novela realista (escuela de Zola), es falsa, porque, a pesar de su prurito de exactitud, no interpreta exactamente la vida; no la interpreta, porque no incluye lo inverosímil, lo increíble, que es parte muy importante de la realidad de la vida. La novela realista fracasó precisamente porque no sabe alimentar nuestras esperanzas, ni excitar la imaginación loca poblándola de sueños quiméricos.

No hay que confundir el realismo con la verdad. Shakespeare es pasmosamente verdadero. Tiene la verdad esencial en el movimiento general de las pasiones, y en la trayectoria de sus personajes impercederos. Sin embargo, no es realista, en ese sentido riguroso que exige perfecta naturalidad en los hechos. ¿Cómo es que un personaje que anoche estaba a cincuenta leguas, amanece hoy en Venecia? Los realistas no admiten esas desproporciones absurdas de tiempo y de espacio con relación a los hechos. Sin embargo, Shakespeare es la suma de la verdad psicológica. Shakespeare es también, a menudo, inverosímil, pero lo inverosímil cabe perfectamente dentro de la verdad, desde el momento en que aceptamos que lo inverosímil puede suceder y sucede con frecuencia.

Pierre Benoit es inverosímil y verdadero. Además, siente sobre sí, como Barbusse, la garra del misterio profundo, y nos comunica con cierta intensidad ese sentimiento inexpresable. También se aparta de los psicólogos estrictos y aburridos, a la manera de Bourget. Pierre Benoit marca un paso más hacia la novela de mañana, eminentemente espiritual y abierta a las pasiones inexplicables, a la vida extraña siempre, y siempre llena de enormes sorpresas.

*El espectador,
Medellín, 18 de agosto de 1920*

2. El arte de olvidar lo que se lee *

Entre las leves ofensas que me hace “Luis Bernal”, hay una que yo no le perdono: ¡me dice que no lo leo! Eso no es cierto del todo. Yo sí lo leo, y lo confieso, aunque quizá no me lo crean ni el público ni “Luis Bernal”. Pero, en fin, estaría dispuesto a jurarlo, si me lo exigieran.

Lo que sucede es que yo leo a mi manera, es decir, leo pero olvido, y he llegado a convencerme de que esto es un método excelente.

Hay quienes leen sólo con un fin utilitario. Leen para instruirse, para hacerse sabios y eruditos. Llevan cuidadosamente sus notas y sus apuntes, escriben a los márgenes las ideas que les sugiere la lectura y prefieren aquellos libros que poseen médula científica o puedan al menos enseñarles algo. Almacenan escrupulosamente en la cabeza lo que leyeron, todo muy rotulado y ordenado, como un boticario que coloca tiquetes a sus frascos. En un escaparate cerebral ponen, por ejemplo: “Schopenhauer y Bayle: ideas sobre el amor”; en otro “Lo que dice Carlyle de las ruanas americanas”, etc., etc.

Eso es muy útil y recomendable. Los que no hemos logrado aprender a leer así, somos unos muchachos perdidos para el porvenir. Nunca llegaremos a ser eruditos ni sabios. Leemos los libros desinteresadamente, sólo por encontrar en ellos un placer inmediato y fugaz. No llevamos jamás apuntes ni notas. Preferimos las cosas inútiles y fantásticas. Nos embebemos con fruición en “El Corsario Negro”, en las “aventuras de Raffles”, y en los “Doce pares de Francia”, Leemos dentro de lecho, y a menudo nos quedamos boca arriba largas horas pensando cómo hará el héroe para salvar a la princesa de Pipiripí,

* Publicado en El Espectador, Medellín, 4 de septiembre de 1920.

sin que se lo coman los negros. Nos transportamos, idealmente al terreno de los acontecimientos sufridos y gozados con los personajes y hasta nos identificamos totalmente con ellos, haciéndonos la ilusión de que marchamos al frente una caravana de expedicionarios en el Desierto, o de que acabamos de desembarcar en la isla de Robinson. ¡Al día siguiente lo hemos olvidado todo!

Hace años ya, leí por primera y última vez “La Casa del Pecado”, de Marcelle Tinayre. En estos días la recomendé a “Luis Bernal”, diciéndole “es un libro jansenista”, Lo cierto es que a “Luis Bernal” le ha encantado y eso puede ser un argumento a favor de las recomendaciones a tontas y a locas. Pero a mi amigo le ha parecido que el tal libro no es jansenista, y de ahí saca una consecuencia muy lógica para probar la ligereza de mis juicios.

“¿Si será —pregunta— que Frater Aloyius no ha leído “La Casa del Pecado”, sino por encima, de prisa?” ¡Ay, amigo mío, la leí muy detenidamente, sin duda, pero la he olvidado ya del todo!

Casi no sé bien en qué punto de la geografía teológica viene a quedar el jansenismo. Me lo figuraba como una doctrina severa y pesimista, que limita el libre albedrío y cree en la predestinación. En fin, no veo la necesidad de releer ahora el “Augustinus”, del Obispo de Iprés, ni de hojear de nuevo las “Cartas provinciales”, de Pascal. No entraremos, pues, en discusión. Tampoco me atreveré a dar un juicio *escrito*, sobre la novela de Marcelle Tinayre. Sólo conservo de ella un remoto sabor “pascaliano”, y el recuerdo vago de la figura penetrante del señor Forguerus. Eso me basta. “Luis Bernal” no tendrá la crueldad de hacerme releer esa obra maestra, ¡para... tener el trabajo de olvidarla de nuevo!

Es verdad que podría transcribimos una parte del prólogo de Blasco Ibáñez a la edición española. Pero, pongámonos en guardia contra los prólogos de pacotilla de Blasco Ibáñez.

*

Creo que podemos pasar a Bourget. Tratábamos de “El sentido de la muerte”. “Es verdad que es obra mediocre”, dice “Luis Bernal”. “No vivirá lo que la Ilíada”. Y yo agrego ni siquiera tanto como el peor de los novelones de Jorge Onhet, que al menos será leído hasta que haya cocheros y porteros en el mundo.

En su propaganda religiosa Bourget no ha logrado salirse del antiguo “cliché”. Su novela es digna de un jesuita literato y podría titularse: “Por un

piojo”, o cualquier otra cosa fantásica, especial para señoritas beatas. Hay una disposición premeditada de los personajes, un acomodamiento de la realidad a la tesis que se va a sostener a todo trance, que delata la improbabilidad intelectual del autor. El incrédulo se os presenta bajo un aspecto repugnante, grosero, intransigente, árido. En cambio, el creyente se le describe como un ser dulce, benévolo y seductor. El lector ingenuo cae en esa infame estratagemma, amando al uno y odiando al otro, no en virtud de la pureza o impureza de su pensamiento, sino únicamente atraído o rechazado por su presentación externa.

Bourget es un proveedor de psicología a la moda para damas elegantes y jóvenes aristócratas que llevan con coquetería sus insignias de las cofradías del Corazón de Jesús y de la Virgen. No valdría la pena de entrar en largas comprobaciones.

Pero si queréis ver la mala fe intelectual, verdaderamente escolástica, de esta clase de propagandistas, me bastaría mostrar la interpretación aviesa y falsa que el autor, para probar la existencia de Dios, da de una frase de William James al final y como resumen de su novela. James dijo: “Creo que mediante la comunión con el ideal una nueva energía entra en el mundo, y da origen a nuevos fenómenos”. Bourget comenta: “¿Qué entendió por ideal?” Indudablemente una fuerza, ya que es manantial de fuerza. Manantial, asimismo, de inteligencia, debe de ser una inteligencia. Manantial de amor, debe ser un amor”.

Reflexionad en la emboscada silogística y frailuna que se esconde en ese pequeño comentario a las palabras del ilustre fisiólogo americano. Mediante la comunión entre nosotros y una idea “entra en el mundo una nueva fuerza”. Parafraseemos esta afirmación en forma más vulgar peor más honrada, y digamos, por ejemplo: rozando dos maderos uno contra otro, se produce fuego, es decir, “entra en el mundo una nueva fuerza”. ¿Pero eso significa que el madero tosco y el fuego maravilloso sean de una misma esencia? No, los maderos facilitan la producción de la luz, como el ideal da lugar al sacrificio, al amor, a la virtud. No son causas, son medios.

Sólo intentaba probar un aspecto de la mediocridad de ese libro, pero estaría dispuesto a decir algo más a quien saliera a defenderlo.

El Espectador,
Medellín, 4 de septiembre de 1920

3. La buena prensa*

El padre Ruano, excelente sacerdote, se ha dedicado con interés digno de encomio a levantar en todos los pueblos de Cundinamarca una suscripción pública para dotar de rotativas y de linotipos a los diarios conservadores “La Crónica” y “La Nación” de Bogotá. No intentaré yo reírme de la actitud sincera que a favor de su causa está asumiendo el padre Ruano. Me gusta también que la prensa conservadora prospere, aun cuando sea por estos medios inusitados en la historia de nuestro periodismo nacional.

Es un fenómeno inexplicable el que sucede en este país, evidentemente santo y conservador: la mala prensa, la prensa excomulgada y desahuciada, la que se complace en difundir la impiedad, en propagar por todas partes tremendas ideas de subversión y se atreve a poner en duda la procedencia celestial de ciertos hombres y de ciertos partidos políticos, esa prensa se robustece por sí sola, se afirma, prospera en todos los sentidos y goza cada día más del favor del público. No vale que las gentes sean conminadas con amenazas candentes, que se muestre antes los ojos de los lectores todo el horror probable del infierno, con sus pailas encendidas, con su azufre, con sus yunques rojos, con sus tenazas que arrancan la lengua de los apóstoles perversos, con sus diablos de cola negra que danzan danzas macabras. No importa: la prensa mala adquiere preponderancia, se constituye en una fuerza social que influye definitivamente en el destino del país, trata todos los temas, da todas las noticias, estudia todo los asuntos y hasta se sabe de pacatos varones que la leen a hurtadillas y reinciden a conciencia de que ponen su alma en grave peligro de perdición.

* Publicado en El Espectador, Medellín, 4 de octubre de 1920.

En cambio —y aquí está la gran paradoja— la prensa buena decae visiblemente y llega en veces a situaciones precarias, hasta el punto de que haya que implorar la caridad pública para sostenerla a cierta altura. Sin embargo, esa prensa es timorata, cautelosa y siempre tiene la verdad teológica en los labios y la expresa en tono beatífico y conmovedor; cuando calumnia lo hace en un sentido apocalíptico, invocando los más santos principios en forma adecuada para impresionar a las masas. Esa prensa está siempre con Dios y con el Gobierno y sus lectores tienen prometida toda la felicidad del cielo con sus glorias inefables y sus serafines que tocan cornetas. A pesar de todo, el público, ciego sin duda, o ingrato quizá, no la favorece como debía favorecerla, no la hace prosperar hasta la altura en que está colocándose la prensa mala, y hasta se sabe que ciertos santos varones la detestan y les parece intonsa y pesada.

¿Cómo pueden explicarse estos fenómenos incongruentes? Quizá porque el mal posee una virtud dinámica, un poder de atracción irresistible que no tiene las buenas ideas y que es sólo propio de pecado. Quizá porque el espíritu de este siglo horrible, es eminentemente subversivo y laico, y la influencia impalpable de este revolucionarismo filosófico se está haciendo sentir hasta en el alma beata y ortodoxa de nuestro pueblo. O tal vez y esto es lo más probable porque los periodistas malos en Colombia gocen de la ayuda secreta del diablo. No sería extraño, amados hermanos míos, que uno de estos días viéramos a aquel personaje incandescente alzarse con las rotativas de esas empresas contaminadas y llevarlos por encima de los tejados para calentar y mover las instalaciones modernas del infierno.

El Espectador
Medellín, 4 de octubre de 1920

4. Luis Bernal*

¿Cómo vive “Luis Bernal” en la Estrella? Yo no lo sé. La Estrella es un pueblo triste y pequeño. Aún recuerdo con cierto pavor una noche que me dejó el tren allá. Como a las 9 llegaron el doctor Juan Saldarriaga y “Luis Bernal” y me dijeron:

—Aquí no hay más que hacer sino dos cosas: o nos subimos a la torre de la Iglesia a conversar, o nos vamos para el Cementerio.

Había llovido todo el día; estaba la noche oscura y severa; sin embargo creí menos peligroso el viaje al Cementerio y opté por él. Nos fuimos con el boticario del pueblo, atravesando pantanos y cercos; saltamos con trabajo la alta verja de madera y nos sentamos sobre una bóveda húmeda, a hablar de difuntos. La melancolía de esas montañas cercanas, ingentes, calladas, y el ambiente de esos alrededores bárbaros, sin gritos, sin ruidos urbanos, sin los innumerables sonidos ciudadanos que hemos oído siempre y amamos y necesitamos, todo eso tan cerril y tan lleno de romanticismo anticuado y conmovedor, me dejó una impresión torturante; sin contar los dólmenes reumáticos que he empezado a sentir después y que sin duda provienen de esa bóveda mojada. Aquella noche me di cuenta de que mi pobre amigo va a concluir por enloquecerse en su pueblo, o por caer en las uñas de una neurastenia feroz.

“Luis Bernal” se ha empeñado en acomodar su temperamento al temperamento masculino dominante en La Estrella, en Itagüí y en Copacabana, donde los hombres son a menudo románticos en un sentido nietzscheano, en

* Publicado en El Espectador, Medellín, 27 de octubre de 1920.

un sentido eufórico y terrible, que los hace pujantes en el amor, en la pelea, en el vicio, en el sport. Aquellas plazas, paupérrimas por otros aspectos, son sin embargo abundantes en buenos tiradores al blanco y en insignes pendencieros. Creo que ese medio un tanto primitivo ha impresionado intelectualmente a “Luis Bernal”, determinándose un ideal de hombre de acción; entonces él quiere hacerse como ese ideal y trata de colocar sobre su idiosincrasia natural una coraza fuerte: se torna cruel, dominador, egoísta, intransigente, fiero. Pero a lo mejor del experimento, su naturaleza ingénita lo traiciona y el egoísmo se convierte en generosidad desbordante: os había negado antes un pequeño servicio y ahora os hace incitaciones suntuosas; había hecho avaros propósitos de economía y de pronto se vuelve dilapidador como un príncipe; dijo al amigo duras palabras, pero inconscientemente las rectifica mostrándose sincero y cordial como ninguno; lo habíais visto orgulloso y amenazante, pero luego en cualquier momento, lo veréis como realmente es, sencillo en un grado inigualable; con aire temible se macha de caza y en el momento de disparar la escopeta contra un bicho, no lo hace y los conejos pasan ilesos ente él. Y es que “Luis Bernal”, en el fondo, en su verdadera realidad interior, es un niño mimado, único varón de un hogar austero e hidalgo donde se le adora. Como todos los niños mimados, es sensible y bueno pero un poco caprichoso. Su inteligencia enorme y penetrante lo hace cometer diabluras que intranquilizan a mamá y ponen en apuros al señor Alcalde del pueblo. Pero al fin todo se le perdona a este muchacho que escribe en los periódicos y confunde a los doctores.

Examinando con atención cariñosa el curso de las ideas de mi amigo, y su evolución probable, he venido a imaginar una cosa, no tan rara como parece: ¡“Luis Bernal” va a concluir por hacerse cura! No me extrañaré cuando sepa dentro de un tiempo más o menos remoto, que va a tomar las órdenes sacerdotales. Por influencia atávica y por educación, “Luis Bernal” es religioso en el peor sentido, con un respeto recóndito hacia los mitos y los ritos y las tradiciones. No ha logrado conquistar aquella serenidad goetheana con relación al temible “más allá”. Tiene una afición especialísima por el Derecho Canónico y sus ideas íntimas se van haciendo marcadamente eclesiásticas, casi jesuíticas. Pero eso sí: va a ser un cura como esos maravillosos curas de Santander que nos escribe Quijano Mantilla: inteligente, sabio, progresista y amigo de trapatistas y jolgorios; fanático hasta cierto punto, pero mujerie-

go y guerrero; con revólver junto al escapulario y Montaigne discretamente metido debajo del libro de horas.

¡Desde hoy te saludo, insigne párroco futuro, aunque me parece improbable que lleguemos a sentir algún día el olor de tu santidad!

El Espectador,
Medellín, 27 de octubre de 1920

5. El Maestro*

El gran maestro espiritual de todos aquí es Tomás Carrasquilla. Hace días, sin embargo, que no se sienta en este cenáculo ni está con sus discípulos; sólo ya de cuando, se aparece a alguno de ellos, pero esas apariciones se hacen cada vez más raras. El Maestro ha resuelto ocultarse en el seno de una vida familiar y silenciosa.

Yo recuerdo, y recordaré aún por mucho tiempo, la última noche que estuvo entre nosotros, sentado en su amplio sillón director, con ese aire monumental y grave que adopta cuando nos disponemos a oírlo. Nunca había contemplado su figura tan neta, tan definida, tan resaltante, con los tintes intensos de un aguafuerte; el sombrero grande un poco torcido y encasquetado, pero no inconveniente, las recias mandíbulas rasuradas y el cuerpo enorme y satisfecho metido dentro de un traje ceñido y abrochado, todo le daba no sé qué aspecto de austeridad clásica y de leve bohemia, de descuido elegante y de discreta corrección. Esa visión bella y fuerte me entusiasmó porque comprendí que aquella noche existía en el Maestro una analogía suprema entre su alma directora y su conformación exterior, porque creía asistir por un momento y en silencio, a la creación de un espectáculo conmovedor e inestimable que buscamos en vano en el mundo: la confluencia misteriosa del espíritu y la forma, de la inteligencia y el aspecto externo, para hacer la entidad perfecta, para constituir el conductor ideal, imponente y armonioso. Así transfigurado, la palabra del Maestro aparecía ante mí, sabia y penetrante.

* Publicado en El Espectador, Medellín, 28 de octubre de 1920.

Cuando Tomás Carrasquilla habla aquí, muchos le tememos un poco, porque quizá somos demasiado débiles para seguirlo en sus aversiones impetuosas, y para identificarnos con sus ideales intransigentes de Vida, de Belleza, de Literatura. Sabemos que nuestras más caras adhesiones intelectuales y nuestras ingenuas creencias se van a disolver ante el ácido mordedor de su discurso. No tenemos el valor ni la libertad espiritual suficiente para resignarnos a que el viejo sublime arroje a golpe de látigo los mercaderes de nuestros templos.

Su palabra sacrílega y vida, ahonda como un berbiquí en los conceptos preconcebidos en las ideas corrientes, en los fetiquismos literarios, en las admiraciones clásicas o modernas que todo el mundo siente pero que él desprecia y perfora. En cambio, sus adhesiones son imprevistas y arraigadas, y se complace en exaltar a los que ama, imponiéndolos, comprobando su valor efectivo, que él ha sabido descubrir con honda visión crítica. Después de todo, y con cierto pesar íntimo, nosotros sentimos que en esas pláticas violentas de Tomás Carrasquilla, hay un principio de justicia sincera, un tremendo sentido de verdad futurista, que nos resistimos a aceptar hoy del todo, quizá porque tácitamente nos sentimos un poco culpables de los pecados que él fustiga, pero que un día reconoceremos en su alcance justiciero, cuando seamos más independientes, y tengamos un valor propio auténtico, si alcanzamos a eso.

Hoy debemos entristecernos de que el Maestro sea entre nosotros una isla suprema, y de que exista entre su alto espíritu y el nuestro, una solución de continuidad francamente oprobiosa.

El Espectador,
28 de octubre de 1920

6. El periodismo*

El señor Earl Harding, viajero americano, consigna en su diario matinal algunas de sus observaciones sobre Colombia y, entre otras cosas, se muestra admirado del progreso de nuestra prensa en los últimos años.

Es verdad que nuestra prensa ha progresado, sobre todo en un sentido económico. Ya al menos, los periódicos en su mayor parte no suelen llevar aquellas vidas imposibles, efímeras y azarosas, llenas de gloria y pobreza. Ahora, el periódico lentamente se hace empresa, y el periodismo está llegando a convertirse, no sólo en una hermosa profesión, como antes lo era también, sino en una profesión relativamente lucrativa; en consecuencia, el periodista empieza a aparecer como un ciudadano pulcro, correcto y distinguido, que puede pagar sus deudas y vivir desahogadamente; está conquistando a fuerza de trabajo y de inteligencia, el puesto que merece, social y económicamente, al lado de otros afortunados profesionales como el médico, el abogado, el ingeniero. Dentro de la fauna literaria colombiana, la especie periodista es la única que ha sabido redimirse.

Sin embargo, en nuestras principales ciudades la prensa no ha logrado adquirir todavía el considerable incremento que tiene ya en otros centros similares extranjeros de más o menos igual categoría e importancia, como Panamá, Caracas, Valparaíso o Lima.

Eso se debe, hasta cierto punto, a la carencia de rápidos medios de comunicación; es lógico que, cuando, por ejemplo, los diarios bogotanos pue-

* Publicado en El Espectador, Medellín, 27 de marzo de 1922.

dan leerse al día siguiente en Bucaramanga, en Barranquilla, en Medellín, en Manizales, en Armenia, el número de lectores aumenta considerablemente.

Pero lo aumentará tanto como se piensa. Porque, además de la carencia de ferrocarriles y aeroplanos, que es un defecto exterior, de medio, nuestro periodismo tiene ciertos defectos intrínsecos, que impiden su mayor difusión. Uno de esos defectos concierne a los periodistas mismos, a su carácter intelectual, a su manera especial de concebir lo que debe ser un diario. Casi todos nuestros periodistas son literatos, literatos políticos o literatos filósofos, o simplemente literatos, en el sentido que damos por aquí a es apalabra, que han adoptado el periódico como único medio posible entre nosotros, de propaganda ideológica. Como es natural, los literatos llevan al periodismo sus prejuicios estéticos y literarios, demasiado personales a veces, demasiado exclusivistas; se rodean de colaboradores que piensen como ellos y escriban como ellos; no dejan pasar por el tamiz de su crítica severa, nada vulgar, nada mediocre, nada que no esté de acuerdo, en la forma, con su sentido personal del estilo, y en el fondo, con el exquisito refinamiento de sus ideas. Total: que el diario viene a constituir un órgano tan elevado, tan delicado, y con frecuencia tan oscuro, que no logra conmover profundamente a la gran masa del público, y se queda sólo al alcance de una aristocracia intelectual.

Podríamos poner un ejemplo práctico: el poeta desconocido X, que acaba de llegar del fondo de su provincia trae a la redacción unos versos, con la esperanza de que se los publiquen; son, supongamos, unos versos patrióticos; el pobre poeta habla contra el coloso del Norte, contra el monstruo rubio, etcétera, y los fustiga en frases incorrectas y vibrantes. El director del periódico los lee y, conforme a su excelente gusto personal, los encuentra mediocres, y no los publica. Sin embargo, no todo el mundo es director de periódico; el obrero politiquero, y la vieja tendera chatarrera, y el barbero de provincia, y el maestro de escuela, y todos los que integran la masa media, enorme y oscura del público, hubieran encontrado esos versos no solamente lindos y perfectos, sino apasionantes; hubieran encontrado allí la medida de su pensamiento y de su sensibilidad; e inconscientemente, hubieran comenzado a interesarse por el periódico que supo ponerse a su alcance, que supo conmoverlos íntimamente. El periódico penetraría así en la masa, se haría popular y podría llegar a constituir entre nosotros, como lo es realmente en otras partes, una gran fuerza social.

Y naturalmente también, una gran organización económica, porque sólo se venden mucho los periódicos escritos con claridad, con sencillez —y si queréis— con cierta brutalidad vibrante. Pero nuestro periodismo académico es demasiado excelente para que lo puedan leer más que los académicos, que, afortunadamente, ya van constituyendo un número regular.

El Espectador,
Medellín, 27 de marzo de 1922

7. León de Greiff*

No sólo por el prurito informativo, sino con el deseo de imprimir a estas páginas de los lunes una evidente intención revolucionaria, vamos a hacer pasar por ellas, sistemáticamente, todos los valores literarios de la generación que empieza a surgir. Alguien ha dicho que esta generación no se diferencia en nada a la anterior. Trataremos de probar que no es así: que nuestros jóvenes poetas son más sustantivos, más fuertes, más originales, más saturados del sentido íntimo de la tierra, que los que les anteceden.

Muchos de estos muchachos ya han logrado imponer sus nombres en el país, otros son completamente desconocidos y nosotros los revelaremos por primera vez. Pero, es obvio que tanto los unos como los otros, no han dado todavía de sí todo lo que pueden dar, y, por eso, no deben considerarse sus obras como realizaciones culminantes, sino como indicios de algo más grande y decisivo que seguramente llegará con la madurez.

Y empezamos con León de Greiff porque es, entre nosotros, el que con más recias líneas ha definido su personalidad. Hay quienes aman y quienes odian sus versos, pero nadie permanece indiferente a ellos, por la singular virtud de penetración que contienen.

Para ser el poeta de hoy y de mañana, el poeta necesario y esperanzado, León de Greiff posee ya una cualidad esencial: su formidable capacidad revolucionaria, que le ha permitido desvincularse en absoluto de todos los prejuicios estéticos diseminados en el ambiente. Como Darío y Herrera y Reissing, los grandes intuitivos, los grandes desencadenadores del idioma, de Greiff

* Publicado en la Revista El Sol, Bogotá, número 24, 18 de diciembre de 1922.

ha descubierto formas nuevas para el verso, imprimiéndole insospechadas armonías musicales en el ritmo, y sorprendentes combinaciones en la rima no empleadas antes ni aun por los inquietos futuristas de ultramar. En este sentido es un innovador auténtico, un verdadero revolucionario.

Ahora en cuanto al fondo de su poesía, nosotros encontramos en León de Greiff un defecto considerable: la egolatría; no esa simple obsesión autobiográfica y anecdótica que el señor Quijano Mantilla llama agolatría, sino cierto elevado narcisismo espiritual, cierta idealización de sí mismo que transcurre a lo largo de la obra del poeta, robándole universalidad y profundidad.

Pero ya en sus últimos poemas, de Greiff va saliendo sensiblemente sí mismo, para aplicar su sensibilidad maravillosa a la realidad exterior; porque empieza a adivinar que es necesario crear vida exterior; porque empieza a adivinar que es necesario crear vida externa, enriquecer la realidad actual proyectándose generosamente hacia afuera. Y cuando esa conjunción del poeta y de la vida se efectúen, entonces León de Greiff, más que ninguno otro en América, estará en situación de darnos el poema supremo de esta hora, el que ha de resumir, precisándolas y exaltándolas, todas nuestras angustias y nuestras alegrías actuales.

El Sol (De José Mar y Luis Tejada)
Bogotá, No. 24, diciembre 18 de 1922
Reproducida en Cyrano No. 34. Medellín
18 de enero de 1923

8. Visiones de la montaña*

El Señor Cura

Las ideas religiosas en abstracto no interesan ya a un gran número de espíritus que han llegado a adquirir cierta imparcial serenidad filosófica, en lo que se refiere a los famosos problemas del más allá. Para que esas ideas interesen, hay necesidad de que encarnen en los individuos, de que se personifiquen; las ideas, muertas y frías en sí mismas, adquieren una vitalidad extraordinaria cuando un temperamento determinado las asimila, las interpreta, haciéndolas elásticas y acomodándolas a su manera peculiar de ser. Metafísicamente, un dogma puede constituir una aseveración absurda, inmóvil e intrascendente; pero cuán pintoresco, cuán dinámico, cuán interesante es el fanático que se hace matar por su dogma!

Por eso yo comprendo perfectamente a los anticatólicos y aun a los ateos, pero no he podido comprender nunca a los anticlericales. A mí, al menos, los sacerdotes me son singularmente simpáticos, casi diría que me entusiasman. En cada uno de ellos, las ideas religiosas, sin perder quizás su fundamento esencial, se modifican, se estiran o se encogen, según el temperamento, adquiriendo multitud de matices, conmovedores a veces, a veces divertidos. Sobre todo, dentro del gremio sencillo y fuerte de los párrocos, de los clásicos, de los admirables párrocos de pueblo, cuántas figuras verdaderamente estupendas aparecen a menudo dignas de la inmortalidad de la pluma o de pincel, por lo cómicas, por lo trágicas, o simplemente por lo características. Yo amo y admiro con sinceridad a esos buenos párrocos, si son pendencieros y coléricos, y llevan

* Publicado en la Revista Cromos, Bogotá, número 345, 17 de marzo de 1923.

revólver bajo la sotana, como los insignes curas de Santander, que nos retrató una vez Quijano Mantilla; si son humildes y caritativos como muchos que he visto yo, de hábitos roídos por la pobreza y de alma pura y evangélica; si son mujeriegos y alegres, como se ven con frecuencia en la Costa y en el Cauca; si son severos, rígidos y autoritarios como existen en Antioquia; si son sabios como también los hay sin duda, o si son ignorantes como innegablemente abundan. Yo los acepto así procuro comprenderlos; sé que al fin, encontraré una discreta satisfacción intelectual al acercarme imparcialmente a sus vidas bellas, sencillas, dolorosas, pintorescas o cómicas.

Durante estas vacaciones yo estuve a ver con frecuencia al señor Cura, en el pueblecillo antioqueño en que viví. Es un anciano alto, robusto, mesurado; lleva la cabeza blanca y la barba un poco crecida. Todas las mañanas se pasea, sin sombrero y con las manos atrás, por la acera de la plaza, conversando familiarmente con los buenos hombres de las tiendas. Cuando le encontré allí la primera vez, y fui a saludarlo, me habló en seguida de los nacidos que lo atormentaban en esos días impidiéndole montar, y de un yucal frondosísimo que tiene frente al pueblo y que puede percibirse desde la misma plaza.

— ¿Qué opina usted? —Me dice—; esa tierra me costó sólo diez y seis mil pesos. ¿No le parece muy barata?

Por la tarde he estado sin falta en el sermón. ¿Quién va a perder en el pueblo un sermón vespertino o matutino? Ante una pequeña concurrencia de hombres sencillos y de modestas mujeres tocadas de pañolones o de ceñidas mantillas negras, el señor Cura ha abominado del lujo; y luego dirigiéndose especialmente a los hombres, le ha reprochado sus vicios: “Todos fuman tabaco o cigarrillo y sin embargo no tienen con qué dar una limosna para la iglesia”. “¿No les da vergüenza —agrega— la pobreza en que se encuentran ahora las cosas santas? La virgen tiene un vestido prestado, allí están de testigos las señoritas que han arreglado el pesebre”.

Otras veces los excita a que blanqueen los frentes de las casas y desyerben las calles para que el pueblo presente un aspecto digno; por las montañas organiza convites llevándose a los jóvenes y a los viejos hasta el río a traer piedras para el empedrado de la plaza; él mismo llega delante de todos con la mole más grande en los hombros; la empuja con denuedo sobre el montón, enjuga las canas venerables y marcha a decir su misa humilde y feliz.

¡Ah, dentro del marco vetusto del pueblo, la figura ingenua y enhiesta del señor Cura, hace un espectáculo conmovedor!

Cromos, No. 345
17 de marzo de 1923

9. La mujer en el gobierno*

Se han publicado los nombres y los retratos de ocho y diez mujeres inglesas que ocupan hoy puestos en el Parlamento y en el Gobierno.

Son mujeres de todos los partidos que han ganado su elección en lucha reñida y leal, enfrentándose a hábiles políticos prestigiosos. El pueblo inglés, un pueblo libre y conciencizado, las oyó y las juzgó, y encontrándolas superiores a muchos hombres, las escogió para que ayudaran a dirigir los destinos de un país, que es la primera potencia del mundo.

La noticia de este suceso es para nosotros un poco exótica y casi incomprendible. Nos revela un mundo nuevo, un mundo que está organizándose de otra manera y que se encuentra a una inverosímil distancia psicológica de nuestra vida actual. Todavía parece muy lejano el momento en que nuestras mujeres puedan ir al Parlamento y al Gobierno; y esta perspectiva remota no alcanzamos a considerarla sino desde un ángulo de ironía, porque nuestra mentalidad general no ha logrado asimilarse aún un concepto moderno de la mujer, más racional y más equitativo que el que hemos heredado de los moros y los chibchas. En este sentido conservamos todavía una actitud mental medioeval, es decir, bárbara.

Y lo peor es que nuestras mujeres se sienten contentas de su esclavitud; no experimentan ninguna emoción cívica, no desean estar activamente unidas a la vida ciudadana, a los negocios apasionantes de la comunidad, que reclaman la colaboración de todas las energías humanas. Pero las mujeres no quieren ser “humanas”; prefieren quedar al margen de la noche y ardiente actividad públi-

* Publicado en El Espectador, Medellín, 6 de febrero de 1924.

ca y seguir colocadas al nivel de los imbéciles, de los locos y de los criminales, quienes, junto con las mujeres, son los únicos que en la democracia no gozan de derechos políticos ni pueden participar en el Gobierno. Sin embargo, las mujeres pueden y deben llegar a la vida política y administrativa. Quizá en el gobierno de los pueblos, donde hay que confesar que ha fracasado el don especulativo del hombre, su capacidad teórica, hace falta ya para enderezar eficazmente el rumbo del mundo, el don práctico de la mujer, su capacidad administrativa, su certero sentido de lo útil y de lo bueno, su noción clara de las necesidades primordiales, su fuerte instinto económico. Quizá lo que hace falta al mundo es la traslación al plano del gobierno, de las leyes estrictas y nunca fallidas de la economía doméstica. Tal vez lo que se necesita al frente de un gran país, es sólo una buena ama de llaves.

Pero la mujer puede ser algo más que una buena ama de llaves. Puede llenar, dentro de una línea superior de eficacia, tanto las actividades prácticas como las que son puramente especulativas, las que requieren el dominio puro de la inteligencia.

Así al menos lo están empezando a probar ya en todos los lugares en que han podido disfrutar de una educación y de una posibilidad de desarrollo mental, siquiera iguales a las que se le dan al hombre.

El Espectador,
Medellín, 6 de febrero de 1924

10. Tres escritoras antioqueñas*

En este exuberante surgimiento de la personalidad de la mujer, que se advierte en todas partes, la primera actividad conquistada ha sido la actividad literaria, y dentro de ella el género lírico ha logrado constituir el medio más apto y propio de expresión de la nueva alma femenina, un poco dispersa aún. La mujer posee hoy en Europa y América una especie de monopolio de la poesía lírica y hay que confesar que se mueve en esa esfera demasiado transitada, con una originalidad inquietante y atractiva.

Los buenos poetas actuales tienen nombre de mujer, en todas partes, pero especialmente en América, donde parece que la poesía masculina está claudicando definitivamente. Sólo en nuestro país, los varones sostienen todavía —con cierto jadeante cansancio— el centro de la lírica. La mujer colombiana que era hasta hace poco, relativamente sorda al intenso movimiento literario femenino que nació en el Sur y que encontró hondas repercusiones en el continente, dejó oír algunos balbuceos aislados, pero adoptaron un son viejo, tímido y rutinario; no aparecieron incorporados del todo en la vasta alma nueva, llena de gritos supremos, de la poesía femenina.

Ya no sucede así, o empieza a no suceder así. Hay indudablemente una iniciación genuina, libre y vigorosa, de la poesía femenina en Colombia; y fue, en esta vez, en las montañas antioqueñas donde nació el canto nuevo, donde la mujer, más oprimida, pero quizá por eso más sensible y más llena de ansiedades espirituales, rompió primero la red de convencionalismos y prejuicios que separaban a nuestra mujer de la profesión literaria. Yo quiero

* Publicado en El Espectador, Medellín, 12 de febrero de 1924.

traer hoy únicamente tres nombres, los más jóvenes y los más representativos del movimiento nuevo, los que tienen una fisonomía más nítida y más pura de verdadera poesía femenina. Son María Eastman, María Cano y Fita Uribe, tres poetisas que escriban en prosa, pero que poseen el aliento lírico característico, que pertenecen del todo a la admirable raza espiritual que dejó en América Delmira Agustini.

No intentaré todavía hacer un estudio detenido de cada una de ellas; deseo sólo llamar la atención hacia sus nombres y hacia su obra inicial, que viene a ser un complemento y un perfeccionamiento de este gran renacimiento literario que empieza a observarse en el país, provocado por la nueva generación. Cada una de ellas es distinta y no podría decirse que algunas de ellas es superior a las otras. María Eastman es quizá la más universal, la que toca un mayor número de cuerdas, la que se asoma a un panorama más vasto; tiene sobre todo, cierta sensibilidad social y entra al mundo con un interés crítico, con un criterio de análisis y revolución. Su estilo es violento y certero; sería un estilo varonil, si los hombres escribieran siempre con ese vigor expresivo, con esa sobria y precisa fuerza interpretativa con que escribe María Eastman.

María Cano, es mucho más concentrada en sí misma, más “yoísta”, no va al mundo; cree que el mundo está todo dentro de ella; y canta exclusivamente al amor, con honda y apasionada sinceridad, ya que el amor es el eje de la vida de nuestras mujeres. Es una sensibilidad fina y audaz del tipo de Juana de Ibarbourou, pero María Cano tiene sin duda un sentido todavía más vivo y más intenso del color de la forma y una mayor y más extraña esplendidez lírica.

Fita Uribe es encantadoramente íntima y local; cuenta simplemente lo que ve desde su ventana o lo que le sucede en su vida sencilla; pero “eso” aparece al través de una personalidad vigorosa y original. Ese hombre que pasa con las manos en el bolsillo, ese paisaje de la noche lleno de estrellas, ese mundo apretón de manos, adquieren en su prosa sintética y natural, una inefable poesía, nueva y grata.

Por una singular coincidencia y según la índole literaria especial de cada una, María Eastman, María Cano y Fita Uribe, parecen enunciadas en este orden, hermanas menores de Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni.

Podría agregar seguramente alguna palabra más sobre cada una de ellas y sobre ellas en conjunto; pero sería al mismo tiempo temerario y pueril intentar un juicio crítico sobre un movimiento que apenas empieza a surgir y que no ha

adquirido todavía su fisonomía definitiva. Esas tres mujeres maravillosas van aún, dentro de sus modalidades peculiares, buscando una forma perfecta de expresión; yo confío que al fin llegarán al verso puro, como un procedimiento, más adecuado y más accesible que la prosa, para revelar el alma femenina.

Este movimiento inusitado es aún más admirable por estar naciendo en Antioquia, rincón hermético, demasiado desvinculado de la atmósfera literaria contemporánea. El ambiente literario está allí singularmente retrasado y las influencias externas o no llegan nunca o llegan tarde. La juventud ha venido envenenándose en los últimos años con el magisterio medriocre de los Martínez Sierra y los Maeterlick. Por eso, es sorprendente la aparición de esta fuerte y audaz poesía que anuncia un periódico de literatura femenina, sin precedentes entre nosotros.

El Correo Liberal,
Medellín, 12 de febrero de 1924

César Uribe Piedrahita

César Uribe Piedrahíta (1897-1951)

Médico cirujano, investigador, arqueólogo, acuarelista, dibujante, grabador y escritor nacido en Medellín en 1897. Se graduó como médico de la Universidad de Antioquia en 1922 y completó su formación en la Universidad de Harvard.

Al regresar fue nombrado director del Instituto Nacional de Higiene, cargo que lo llevó a las selvas del Darién y del Caquetá y a los llanos orientales, donde aprendió varias lenguas indígenas y consolidó una de las mayores colecciones de fauna y la flora de aquellas tierras. Consiguió, asimismo, elaborar el primer antídoto fabricado en el país contra el veneno de serpiente.

Contribuyó a mejorar las condiciones sanitarias de Colombia desde la Universidad Nacional, donde impartió clases de Parasitología. Fue nombrado rector de la Universidad del Cauca (1931-1932). Se distinguió por su empeño de crear un prestigioso orfeón en Popayán. Años después, cultivó con acierto la pintura y la escultura en madera, y llegó a ofrecer varias exposiciones en Bogotá, donde murió a los 54 años de edad, afectado por el alcoholismo.

Tres años antes de su muerte, sufrió la pérdida de miles de anotaciones en las que atesoraba observaciones científicas recogidas a lo largo de su brillante trayectoria como especialista en parasitología y toxicología. Tal desgracia ocurrió el 9 de abril de 1948, cuando un incendio acabó con los laboratorios *CUP*, fundados por él mismo.

Sus obras son *Toá* (1934), novela sobre su experiencia en las selvas caucheras colombianas; *Mancha* (1935), novela sobre la explotación petrolera en Zulia, Venezuela, y *Sebastián de las Gracias*, relato.

1. Teotl en Santa Marta*

La mitología azteca mencionaba un sinnúmero de dioses y diosecillos menores, cuya relación, procedencia y símbolos con el fin de desenredar la madeja de sus genealogías. A pesar de la complacida teogonía y la confusión mitológica creada por la multiplicidad de nombres y simbolismos usados para una misma divinidad, la religión de los aztecas era muy superior en desarrollo a la de los griegos y romanos.

En la época de la llegada de los conquistadores, la religión monoteísta progresaba rápidamente, con la creación en un ser superior, el dios aéreo, Tezcatlipoca o “El espejo fiero” que llevaba consigo un resplandeciente escudo donde se reflejaban las acciones de los hombres. Sin duda alguna este disco resplandeciente es un símbolo solar, pero el verdadero dios-sol era distinto de Tezcatlipoca y hasta la época de la llegada de los españoles, era superior a la nueva concepción centralizadora de la divinidad. Esta antigua deidad solar se llamaba “Tonatia”, el jefe-sol o dios-sol, fuente principal de la vida. También se le llamaba “Teotl” o sea Dios. Otras veces se le llamó Ipalneomohavi, lo que significa “Aquel por quien el hombre es”. Numerosas víctimas humanas se sacrificaban a Teotl y los corazones aún estremecidos de los seres inmolidos se ofrecían primero a él. La sangre que corría sobre la piedra del altar debía Teotl para saciar su sed. Por esta razón el dios-sol se representaba con la lengua afuera, lamiendo la sangre de sus víctimas. En el centro de la gran piedra del calendario azteca está el sol, Teotl o Dios, con la lengua afuera acompañado por dos cabezas de jaguar, estilizadas, entre dos círculos o dis-

* Publicado en la *Revista Pan*. 8:39-41, jun./36.

cos. Esta representación de la deidad solar azteca, se encuentra reproducida en el lejano país de los nazcas peruanos. La representación del sol entre los nazcas es idéntica a la azteca como puede verse en los croquis simplificados que ilustran la página anterior. Ya que no puede atribuirse esta identidad a mera casualidad son únicos y seguramente de origen mexicano.

En nuestro reciente viaje a la Sierra Nevada de Santa Marta, tuvimos oportunidad de examinar una piedra labrada que se encuentra hoy en uno de los edificios de la quinta de San Pedro Alejandrino. Nos sorprendió inmediatamente la representación que la piedra tiene en una de sus caras. La piedra, que dicen fue hallada en las estribaciones de la Sierra, de forma lenticular, tiene un diámetro de unos 50 centímetros. Una de las caras es casi plana y presenta una excavación reciente hecha con cincel metálico. Esta excavación fue hecha probablemente con el fin de buscar algo en su interior. Las gentes de nuestros países no estiman los objetos arqueológicos sino cuando tienen oro o cuando creen que en su interior esconden esmeraldas u otras piedras preciosas. Quien empezó a romper esa piedra no sabía que toda ella era un tesoro de gran valor.

En la cara más convexa, un artista desconocido esculpió una máscara que representa el disco solar, de manera idéntica a la azteca y a la nazca. La boca, de gruesos labios, semeja el eslabón de una cadena y muestra la lengua pendiente, característica del símbolo del dios-sol. La parte inferior de la lengua está rota; probablemente se rompió cuando se hizo la exploración en la cara posterior. Los ojos circulares y sin párpados están inmediatamente encima de la boca y separados por una nariz corta que se continúa con las cejas espesas y apenas recurvadas. Encima de éstas se ve un reborde poco marcado que parece representar el corte del cabello o del borde de un gorro.

No puede adelantarse nada concreto respecto a la identidad de esta máscara y las representaciones solares de México y Perú, pero sí puede asegurarse que estos símbolos son idénticos.

La falta de récord precisos, la incuria e ignorancia de las gentes de nuestras tierras y el olvido criminoso en que nuestros gobiernos tienen todas las cosas que nos son propias no permiten que en Colombia se estudien los restos, muy interesantes por cierto, de las costumbres, creencias, ritos y antes de nuestros aborígenes. Las naciones extrañas lo harán y antes de nuestros aborígenes. Las naciones extrañas lo harán por nosotros y a sus hombres y a sus países corresponderá el lustre y la gratitud de las generaciones venideras.

2. Comentarios a un “Replique insonoro”*

Al fin terminé de leer, no sin trabajo, el artículo que aparece en el número 21 de la Revista *Universidades de Antioquia*. Francamente no comprendo cómo, mi viejo y dilecto amigo el doctor Alonso Restrepo M., hombre de ciencia y excelente bacteriólogo profesional, pudo acumular tantas cosas en su ensalada o receta compuesta de 32 retazos. Ni entiendo el título “Arte y Eugénica-Repique insonoro en V mayúscula”. Este título pseudo moderno y de mal gusto se continúa con diez epígrafes firmados por Nietzsche, un servidor y otros. Algunos dicen:

“¡Echen pal morro!”

“¿Qué vaina es esa?”

“¡Somos unos pendejos”

“Hay frescos que... más bien calientan a uno”.

No creo necesario advertir que estas bobadas no son de Nietzsche. Pero pregunto si esas cosas invitan a leer el “Replique insonoro”. Muy a pesar de ellas y otras cosillas inocuas, no quise dejar pasar en silencio ciertos conceptos o frases que, según mi leal criterio, tienden a desacreditar obras nacionales y a torcer la opinión del público poco o nada versado en “eugénica, arte, drogas heroicas, teratologías, impotencias de expresión, tergiversaciones, piratería, paradojas, coloridos fetales y excelsitud integral del arte verdadero”.

* Publicado en la *Revista Universidad de Antioquia*. 6(22): 233-238, ene./38.

El fragmento de álbum de pegados que mi amigo Alonso se atrevió a prolongar y a firmar, puede dividirse en dos secciones compuestas de multitud de cositas separadas por ***.

La primera parte es algo increíblemente heterogéneo. Un alarde inconexo de erudición, sin que hubiera necesidad de escribirlo.

¿Cómo se le ocurrió al doctor Restrepo poner esa lista interminable de citas y de nombres?

Voy a transcribir el catálogo de personajes citados en las primeras tres páginas o sea en el mosaico mareante de la primera parte.

Roxana, Emilio Robledo, Eduardo Vasco, Alberto Bernal Nicholls, David, Laban, Roque... “Sócrates y Platón, Pericles y Alcibiades, Aspasia y Phriné... Budin y Devenport... Fidias, Praxiteles, Buonarroti, Cellini, Rafael, Rembrandt, Thorwaldsen y Boucher... (j) “Séneca, Goethe, Shakespeare, Cervantes, Francisco de Asís, Juan de la Cruz, Descartes, Pascal, Ramón y Cajal, Lord Byron, Shelley, Newton, Einstein, Wagner, Liszt, Teresa de Ávila, Madame Curie, Sor Juana Inés de la Cruz, Juana de Ibarbourou, Cleopatria, Madame de Récamier, Julia Farnesio y Wallis Simpson... (Por Dios Alonsito: ¿Mrs. Simpson también?)

Y eso continúa así como un índole de autores o un directorio telefónico. Sigue citando a Leonardo da Vinci, Rodin, Dalou, Styka, Rubens, Rembrandt, Buisiére, Riviére, F.A. Cano, Bolívar y Viero, Goya, Vera Gordini, Efe Gómez, Miguel Ángel Osorio, Fernando González, Gutiérrez González, Epifanio Mejía, Antonio J. Restrepo, Pacho Rendón, Tomás Carrasquilla...

Y para terminar llama a todos los cerebrales de Antioquia... (¡Alonso, por Dios!).

Bien, esa primera parte no es nada a pesar de que en ella dice el doctor Alonso unas cosas que... francamente.

Como el trabajo de mi amigo parece dirigido íntegramente contra la obra del artista Pedro Nel Gómez, autor de los frescos que vitalizan los muros del Palacio Municipal de Medellín, creo que debemos todos separar a Nietzsche de Efe Gómez, a don Ricardo Olano de Einstein, a Fidias de F. A. Cano, a Praxiteles de Vieco y a Mendel del Alberto Bernal, Eduardo Vasco y Toño Ospina.

Pero en toda su larga y temblorosa excursión sin rumbo, del doctor Alonso pierde la vista que sus mismas palabras “por culpa de la ignorancia circundante y por virtud de su perfecta compañera la perversidad cultivada de los hombres”

(véase N° 5 ***), los llamados críticos tienen la culpa de que entre nosotros se interprete ligeramente la obra audaz de nuestro artista Pedro Nel Gómez.

Algunos ensalzan los frescos del Palacio Municipal, sin entender nada, o muy poco. Pretenden hacer creer que ellos, los *dilettanti*, conocen la pintura mural, saben la historia y el significado del fresco, ¿Habrán visto a Giotto? ¿Sabrán lo que significa un muro?

Otros se burlan estúpidamente de los muros embadurnados con “aceites de pigmentos echados a perder en un esfuerzo inconcebible de plagio exótico y de caricatura inicua a todos un pueblo cargado de méritos laboriosos y de iniciativas de redención” (véase N° 22 ***)

Tengo que advertirle a mi amigo Alonso que la pintura al fresco no es al óleo, es decir con aceite.

Ni los que creen que la obra de Pedro Nel alcanza la excelsitud de los gloriosos frescos clásicos, no los que se ríen o insultan la *única obra de aliento* que tiene el país, están en el derecho de hacerlo. ¿Por qué no critican después de estudiar? ¿Por qué no se burlan sin antes conocer el país, conocer nuestro pueblo y su dolorosa gestación larvaria, informe, deformada por culpa de la olímpica ignorancia versallesca de nuestros intelectualoides?

Muchos creen que la belleza se define como la definió Alonso Restrepo en su *Repique insonoro* (véase la historia del hijo de la prima Roxana N° 1 ***). Otros se encajan, petrificados en los moldes únicos del clasicismo y no quieren ver, no han visto lo que hicieron, lo que pensaron y expresaron los maestros. ¿Están creyendo que el carnicero Bouchet, el bobalicón embustero Millet, *los pintadores* de celajes, campesinas cubiertas de afeites y calzadas con medias de seda y de pastorcillos homosexuales y amaricados, son los que dan pauta para lo que: “se amaña uno viendo”?

¡Hay que ver el gusto de nuestros críticos de arte, embobados hace algunos meses en la exposición de *calcomanías* agropecuarias que se hizo en el centro social de nuestra *élite*! Recortan monitas de jabón de Reuter y adornan su oficina con abanicos de Tricófero Barry y tablitas untadas con óleos donde figuran calaveras sobre libros abiertos junto a un manojito de pensamientos y un cirio agonizante. ¡Hay que ver tantas cosas lindas!

¿Y son ellos los que se atreven a llamar mamarracho al tríptico de la minería en Antioquia? ¿Por qué las mulatas, las negras —nuestras mujeres— no tienen los pechos como poma-rosas y las caderas onduladas y embelesadoras? —¿Creen que “Horizontes” de Cano es el reflejo de la raza emprendedora que

puebla nuestras tierras ásperas y duras? Pues bien, no es así nuestra gente. Con todo el respeto y el amor que tengo a la memoria de Cano, mi amigo de siempre, creo que ese ensayo, no respondió a la realidad. Pido a todos los que no tengan las retinas cubiertas de pomadas y ungüentos europeos que digan si nuestros campesinos no son “pura tierra”, resecos por nuestros soles, deformados por la brega contra el suelo rocoso, el río cargado de oro y de muerte y el socavón estrecho o el organal que lo obliga a penetrar al lecho aurífero, como entran las raíces en terreno pedregoso.

¡Nuestros niños! ¿Quieren que se reproduzcan en el muro grandioso de nuestra municipalidad como avisos de Leche Dryco o como una repetición de las Quíntuples? ¡Imposible! El muro no está colgado con guirnaldas ni angelotes nalgudos. El muro está hecho con la tierra de nuestros montes, con el esfuerzo de un pueblo que se quema en el sol y en la fiebre. En ese muro humanizado por Pedro Nel y enriquecido con la fuerza del color de tierra dorada, de carne morena como el pan, aparecen los niños de nuestro pueblo. Los niños sucios, lo *muchachos* mal nutridos, los despreciados. Son los niños, no los bebés mofletudos y rollizos criados entre el confort señorial y los cuidados de los pediatras. ¡No faltaba más que en los frescos que representaban la fatiga incubación de un pueblo amorfo o deformado, hubiera que darle gusto a las señoras encinta para que la vista de esos “muchachos sucios”, pobres y enflaquecidos, no fuera a influir en el fruto de su vientre!

¡No importa que no les agrade! Que desagrade a todos los estetas alambicados. Quiéranlo o no, nuestro pueblo es feo, rudo, enjuto, óseo y térreo.

En cuanto al significado simbólico de la obra de Pedro Nel, podrá discutirse en un plano netamente temperamental. También la técnica puede adolecer de flaquezas en algunos muros. Hay, sin duda, errores. Pero, ¿quién puede decir que no es una hazaña prodigiosa la de nuestro pintor? Se necesita un hombre como Pedro Nel, formado en las disciplinas matemáticas, en el estudio consciente de las formas grandiosas, en la dolorosa ejecución de sus concepciones de hombre real, de trabajador incansable, para darle a Medellín, a Antioquia, al país, una obra que durará.

Y al mencionar la personalidad moral e intelectual de Pedro Nel Gómez, no puedo menos que quejarme por los truculentos párrafos que incluye el doctor Restrepo en el N° 8 *** de su trabajo. Esos párrafos dicen:

Y tras de los vicios y de la incapacidad de realizar algo superior a los modelos clásicos, el opio y el haschish en bruto primero, el alcohol, la mor-

fina y la cocaína luego, los barbitúricos ahora, perseguidos por los artistas descorazonados, han hecho surgir una serie de pseudo-escuelas ridículas, fantásticas, tergiversadas y monstruosas que en lugar de embellecer la vida, traducen apenas y malamente siempre, los horrores de las pesadillas tóxicas y las deformaciones sugeridas por los guayabos feroces...

Concepciones impotentes de la forma, fraudes de la proporción, estridencia intolerable en medio de los ritmos vitales, expresiones fatigadas escorzos patológicos, figuras falsificadas de la teratología efectiva, piratería del buen gusto, sarcasmos inauditos contra la perpetua armonía de la naturales, contra la realidad sugerente de superaciones y grávida de refinamientos escondidos en su desnudez plena, casta y dulce y gloriosa, y contra la excelsitud integral del arte verdadero.

Y con la irrisoria disciplina de que “no entiende” quien no admira servil e imbécilmente los tales adefesios...

Esta andanada puritanista que el doctor Restrepo enfoca contra todos los artistas que crean formas nuevas de expresión o que se liberan altivamente de los prejuicios que llaman formas clásicas, estética clásica, cuadra mal cuando se trata de criticar la obra de un hombre íntegro, leal y trabajador, lleno de dignidad y de decoro.

Un estudio detallado de la obra de Pedro Nel será motivo de i próximo trabajo. Será un comentario desinteresado, pero fervoroso, de la obra grande que es y será orgullo de nuestra verdadera y auténtica Antioquia.

Ya para terminar, mi amigo Alonso exclama emocionado:

¡Oh! Artistas y cerebrales todos de Indo-América!

¡Varones y valores preclaros subidos del suelo antioqueño.

López de Mesa, Alfonso Castro, Sanín Cano y demás sociólogos melioristas.

Pintores, escultores, arquitectos, urbanistas.

Francisco Antonio Cano y Tobón Mejía, los Vieco y los Rodríguez,

Ricardo Olano y Ricardo Lalinde.

¡Oh! ¡Científicos!

Robledo y Vasco, Bernal Nicholls, Villa Haeuzler, Toño Ospina y demás puericultores e higienistas!

(¡Oh! Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?)

Con todo el respeto que me meren todos estos “varones preclaro del suelo antioqueño”, pido a mi amigo Alonso que apunte en su cartera a:
Ricardo Rendón (dibujante, filósofo, humorista, pintor...)
León de Greiff (poeta, músico, filósofo...)
Abel Farina (poeta y precursor, escritor...)
Antonio Merizalde (poeta dulcísimo).
Mesa Nicholls (poeta, dramaturgo...)
Eladio Vélez (pintor...)
Ciro Mendía (poeta...)
Gonzalo Vidal (músico, compositor...)
Tulio Ospina (antioqueño geólogo, formador de minero...)
Víctor Manuel Botero (ingeniero, explorador y constructor...)
Gonzalo Mejía (hombre de fe y antioqueño...)
Guillermo Jaramillo Madarriaga (químico, científico...)
Joaquín Antonio Uribe (naturalista, poeta...)
Pedro R. Gómez (filósofo).

Y mil más que olvidó el doctor Alonso Restrepo debido a la acumulación de nombre inmortales y preclaros como el de la señora Simpson.

Enero de 1938

3. Carlos Correa, pintor de la vida*

Discurso de apertura de la reciente exposición de este joven artista, pronunciado por el doctor César Uribe Piedrahíta en el Edificio de la Sociedad Colombiana de Ingenieros.

Débese a una coincidencia, que no a mi capacidad, el que años antes me tocara presentar la obra del maestro Pedro Nel Gómez y hoy la de su discípulo dilecto Carlos Correa.

La obra está presente con todo el vigor y la lozanía de la juventud y del talento. El artista se esconde en su pequeñez, apenas salida de la pubertad, para gritar en sus lienzos, acuarelas y dibujos toda inquietud que bulle en su alma bellamente realista y humana.

Hay quien dice, y aún en el mismo programa se manifiesta, que ésta es pintura de vanguardia. Yo quiero llamarla simplemente *pintura*. Pintura de la realidad, pintura de la Tierra y del Hombre, pintura del deseo, del amor y de la muerte, representados con toda la sinceridad y el entusiasmo de un joven hecho hombre por la fuerza de su trabajo de su comprensión.

En toda la obra de Correa se nota la influencia de su maestro. La técnica, la composición y la ejecución recuerdan inmediatamente la obra del artista incomprendido.

Pero, en este mismo camino, Correa emprende la tarea de adelantar y empujar la escuela realista y positiva que Pedro Nel inició con valor y con éxito.

* Publicado en la *Revista Pan*. 24:95-101, oct./38.

El dibujo de Correa es duro, fuerte y equilibrado. Desde el esbozo se adivina el cuadro y en el cuadro se trasluce el muro macizo y terno.

Como en las “Fuerzas migratorias”, las “Madres” y “Los trabajadores”, de Pedro Nel, Carlos Correa traduce en sus obras todas las fuerzas que emanan de una nueva divinidad resplandeciente y tranquila que llamamos La Vida. La vida en su aparente quietud geológica que arruga la corteza de la tierra y la dispone en su equilibrio de masas inestables en apariencia inmóviles. La vida en las piedras, las flores, los frutos y los árboles. La vida plena en los vientres fecundos, en las madres humanizadas y desnudas. Toda radiación del vivir que se siente pero que no se comprende. La vida junto a la muerte. La muerte con toda su nobleza y su tranquilidad frente al paisaje sonriente, los árboles temblorosos de luz y a las nubes efímeras que se miran en las aguas y acarician los montes arrugados y duros donde crecen los seres que han de morir bajo la misma sonrisa de la luz.

Correa siente la muerte como consecuencia del vivir. En el último retrato, inconcluso, de su madre, vierte emocionado la majestad de la vida, que ya cumplió su misión. Quiere y consigue quitarle a una función vital la máscara de calavera macabra que idearon los trágicos para espantar al porvenir.

Correa, Pedro Nel, Gómez Jaramillo, Vélez Rodríguez, Medina y tantos otros artistas nuestros rompen los ídolos viejos y carcomidos ya por la falsedad que los creó y lanzan al mundo la pintura real, en tremenda armonía plástica e intranquila manifestación estética.

Recorriendo la obra de Correa se lee claramente su intención artística. Lleva todos sus cuadros por la colina del vivir. Desde el niño tierno hasta el anciano decrepito y triste en su desnudez irrisoria y los muertos eventrados en la mesa del anfiteatro o cobijados con la placidez del deber cumplido o la pompa y gala de la fiesta fúnebre, van los hombres caminando por todos los caminos, bajo todo los cielos, a hundirse de nuevo en el vientre milagroso de la naturaleza.

En las mujeres de Correa se pierde Afrodita para que renazca la Venus de Ayurá, la hembra dura y metálica parida en la mina o en la playa dorada donde canta el río sus imposibles melodías.

Ya no se muestra en el lugar común de la llamada estética clásica el rapto de las Sabinas ni se representan Ledas acariciadas por cisne perfumados y retocados por manicuristas. Ahora son los hombres hechos a mano los que

estrechan, muerden y fecunda a las mujeres nuevas de nuestro trópico bravío y fulgurante.

Los hombres marchan siempre por el camino y llegan siempre al final. Entre errores, compasiones, a veces con odio, muchas con amor, crean sus ídolos, fabrican sus juguetes peligrosos, vacilan, sonríen y mueren con la cara al cielo. Por entre las máquinas monstruosas que amenazan aplastar a los hombres empequeñecidos por las creaciones de sus cerebros hipertrofiados, al través de los aparatos de destrucción, de las armas mortíferas, resurge la mujer y entrega su pecho y su vientre a la vida que renace y florece sonriendo ante la luz o entre las tinieblas grávidas de esperanza.

“EL SIGLO XIX –ÉPOCA EN QUE NACIERON Y ACTUARON ESTOS
pensadores– fue importantísimo en la historia de Antioquia... Lo acontecido en el tránsito de la noche oscura en la cual, a pesar de existir oro a borbotones, no se dio desarrollo humano significativo, hacia la Antioquia pensante de Emiro Kastos, Antonio José Restrepo, Luis López Suárez, Juan de Dios Uribe, Mariano Ospina y Rafael Uribe Uribe, es algo que quien desee conocer al pueblo de la dura cerviz, feliz expresión de Isaacs, debe estudiar y es por ahí, por donde debemos comenzar la profundización de nuestro tema”.

Héctor Quintero Arredondo

[Extracto de la “Presentación”]

